

TOMO SEGUNDO

CONCORDANCIA DEL ESPIRITISMO CON LA CIENCIA

Felipe Senillosa



**CONCORDANCIA
DEL ESPIRITISMO
CON LA CIENCIA**

CONCORDANCIA DEL ESPIRITISMO CON LA CIENCIA

POR

FELIPE SENILLOSA

Miembro Honorario de la Sociedad Científica de Estudios Psicológicos de París

TOMO SEGUNDO

EL ESPIRITISMO CIENTÍFICO

≈ su filosofía y su moral ≈

© De la revisión, adaptación, y actualización: Salvador Martín

© De esta edición cursoespirta.com

<https://cursoespirta.com>

info@cursoespirta.com

Maquetación y cubierta: Salvador Martín

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso por escrito del editor, al amparo de la legislación vigente en materia de propiedad intelectual.

1ª Edición, junio 2022

ISBN: 9798837058318

ÍNDICE¹

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Historia del Espiritismo 11

CAPÍTULO II

Explicación de las fuerzas desplegadas por los espíritus 31

CAPÍTULO III

Mediumnidades y Médiums 39

CAPÍTULO IV

Fenómenos espontáneos y de origen ultraterrestre 49

CAPÍTULO V

Fenómenos físicos con médiums 61

CAPÍTULO VI

De las manifestaciones visuales hasta la materialización 79

CAPÍTULO VII

Apariciones espontáneas después de la muerte 99

¹ Del **Tomo Segundo**. *Concordancia del Espiritismo con la Ciencia* es una obra que se publica en dos tomos, es decir se trata de dos libros que se editan por separado. No confundir con las partes, cada libro o tomo tiene a su vez primera y segunda parte.

CAPÍTULO VIII

Fenómenos de aportes 111

CAPÍTULO IX

Fotografía Espírita 121

CAPÍTULO X

Escritura directa 129

CAPÍTULO XI

Médiums escribientes y dibujantes 135

CAPÍTULO XII

Médiums curanderos 141

CAPÍTULO XIII

Médiums parlantes, comunicaciones y consejos 147

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Del periespíritu 167

CAPÍTULO II

Reencarnación. Olvido del pasado. Libre albedrío 177

CAPÍTULO III

Solidaridad humana. Influencia entre dos mundos 203

CAPÍTULO IV

Percepciones y sensaciones de los espíritus 209

CAPÍTULO V

Cuestión de si los animales tienen alma 219

CAPÍTULO VI

El verdadero transformismo. Evolución del espíritu 233

CAPÍTULO VII

Dios y su acción sobre las cosas, los seres y el alma 259

CAPÍTULO VIII

Justicia Divina. La fe y las ideas innatas. El bien y el mal 277

CONCLUSIÓN 303

APÉNDICE

¿El Espiritismo predispone a la locura o al suicidio? 305

Los materialistas y su opinión sobre los fenómenos 314

Una objeción atendible 319

Lombroso admite los fenómenos espíritas 321

Problema científico resuelto por un espíritu 322

Discurso de ultratumba 325

Predicción de Cazotte, referida por Laharpe 337

Pruebas de la verdad cefalométrica 346

Ventajas de la cefalometría 352

Dos palabras más sobre la cefalometría 355

Magnetismo espiritual 357

Palabras de Flammarion 359

Experiencias de Reichenbach, el fluido ódico-magnético 360

Mariano Perdriel, médium curandero en Buenos Aires 373

Consejos a espiritistas y a los nuevos experimentadores 376

PRIMERA PARTE

Fenómenos espíritas. Pruebas irrecusables de la
Supervivencia del alma.

CAPÍTULO I

Historia del Espiritismo

«SI LA VERDAD Y LO BELLO SON UNA REALIDAD, COMO ASÍ LO CREEMOS, ES INDUDABLE QUE EL QUE LA HAYA BUSCADO Y AMADO MÁS, HABRÁ SIDO EL MEJOR INSPIRADO».

ERNEST RENÁN

El magnetismo y la fascinación son conocidos en la India desde muchos siglos. Relacionándolos con el Espiritismo, han dado por resultado el ocultismo o teosofismo, conservado aún en toda su integridad por los *yoghis* e iniciados, mediante una larga preparación y pruebas que se establecen por grados, no pudiendo llegar al completo conocimiento de la doctrina y a sus más elevadas prácticas, sino paulatinamente y en virtud del grado alcanzado, sin duda con el fin de mantener el secreto. Del teosofismo que proclama la inmortalidad y la existencia de un solo Dios, dimana la masonería¹, que, de degeneración en degeneración, ha llegado a ser una sociedad fantasmagórica, cuyos propósitos se esterilizan en una mímica ridícula.

¹ Delaage, *Science du vrai*.

Acuérdate, hijo mío, decían los brahmanes indios al neófito¹, que no hay más que un Dios, soberano y principio de todas las cosas, y que todo brahmán debe adorar en secreto. Pero debes saber también que es un misterio que no debe revelarse jamás al estúpido vulgo. Si lo hicieres te acaecerían grandes desgracias.

Hay mucha verdad en la causa manifestada del secreto, pero ha existido siempre una más real: conservar un dominio prestigioso por prácticas, misterios y fenómenos monopolizados.

El sacerdocio de Egipto poseía el teosofismo, y por excepción, algunos fueron iniciados en él, siendo uno de ellos Moisés. Este, al sacar de Egipto al pueblo judío, creyó conveniente transmitir algunos de sus conocimientos a los jefes de tribu, sin duda con el fin de mantener una segura superioridad sobre un pueblo tan ignorante. Pero los jefes no supieron guardar el secreto, y la evocación de los espíritus cundió en la masa, dando los más desastrosos resultados; razón por la cual Moisés se vio forzado a prohibirla bajo las más severas penas; como consta en los libros llamados sagrados.

El teosofismo conviene en sí al Espiritismo, pero este, no solo rechaza las creencias absurdas en cuanto al génesis y el fin de las almas, que envuelve un panteísmo que nada justifica², sino que lejos de querer mantener el ocultismo, hace la más detallada propaganda de las verdades y doctrina que en los fenómenos espíritas se fundan, porque se consideran necesarias al progreso moral de la humanidad, si no del todo ya preparada para comprenderlas

¹ Louis Jacolliot, *Le Spiritisme dans le monde*, 1879, pág. 13.

² He desarrollado debidamente en varios artículos en la Revista *Constancia* esta cuestión.

y seguirlas sin peligro, en la posibilidad de estudiarlas y relacionarlas poco a poco con las de las ciencias conocidas.

El Espiritismo es un *hecho* de todos los tiempos, dice el Vizconde de Torres Solanot¹, no observado ni explicado racionalmente hasta hoy, y una *ciencia* que se está formando en la actualidad y cuyas aplicaciones encarnan directamente en la esfera de la filosofía, de la religión y de la sociología, e indirectamente en la esfera de las ciencias físico-naturales.

Ese hecho es el origen de todas las religiones; ese hecho es el llamamiento constante que en virtud de leyes naturales (explicadas unas y presentidas ya otras por el Espiritismo moderno) hubo que hacer al espíritu humano para que el sentimiento espiritual no se desvaneciese con los goces naturales; ese hecho, en fin, está consignado en todas las páginas de la historia y llegará a estar atestiguado en todos los capítulos de la ciencia.

El primitivo foco del pensamiento humano que domina al mundo, ha dicho un célebre orientalista, está en los Vedas, los libros sagrados de la India, primer monumento que nos ha llegado de la revelación escrita; pues bien, esos libros contienen también el primer testimonio de los hechos espiritistas, y aquel pueblo que asoma en la aurora de las civilizaciones, deja consignadas las raíces de donde parte el espiritualismo, y algunos de los principios que hoy hace resplandecer el Espiritismo. Los *yoguis* o inspirados de la India, hombres especiales que se suponía comunicaban con los dioses o recibían las inspiraciones de Brahama, completan los libros sagrados, y hay que reconocer en ellos una superioridad de ideas que sería inconcebible, si no supiéramos que para recibirlas caían en éxtasis, esto es, ejercían la mediumnidad, o sea la facultad

¹ Septiembre de 1888, Barcelona, *Primer Congreso Internacional Espiritista*, Proemio, pág. 9.

de comunicar con los espíritus desencarnados o almas. A ellos debió la antigua India su desarrollo intelectual y material, y si se inició luego en ese primitivo pueblo el quietismo, fue debido al predominio de la casta sacerdotal, contra cuyo absolutismo no pudo la racional reforma de Budha. Ese Espiritismo rudimentario o empírico que todavía se conserva hoy en la India, fue el primer testimonio de la relación que existe entre las almas, independientemente de la envoltura corporal.

Si de la India pasamos a Persia, en lo poco que hoy puede traducirse de sus Naskas, libros atribuidos a Zoroastro, veremos también consignada la antigüedad del Espiritismo, y el desarrollo religioso y social de aquel pueblo, íntimamente ligado a los fenómenos que se producían por sus *médiums*, o sea inspirados y oráculos. La historia de Darío, la de Ciro, la de Varennes, la de Cobades y otros reyes persas, está sembrada de esos hechos, así como la del misionero y santo católico Francisco Javier, poderoso *médium* cuyos esfuerzos en Persia a favor del cristianismo fueron al fin estériles, pues a sus doctrinas oponían las del Zend-Avesta y a sus hechos los de los inspirados persas.

Otra confirmación tenemos en Egipto. El templo de Serapis fue lugar donde se verificaron muchísimos fenómenos espiritistas; los historiadores antiguos refieren multitud de hechos; y los libros sagrados del catolicismo contienen la narración de los prodigios operados por los magos, ya como magnetizadores, ya como médiums, hechos y prodigios que aún hoy se repiten, según aseveran modernos, instruidos e imparciales visitantes del país de los Faraones.

En Grecia fue conocido el hecho de la comunicación con los seres invisibles y es general esta creencia, reflejada en su religión. Los oráculos o médiums, son allí consultados por los legisladores para llevar sus inspiraciones a los códigos, por los guerreros para

acometer sus empresas, por los reyes para guiarse en la administración de los pueblos, y por estos para sus decisiones importantes. Bien conocido es el papel que hizo el oráculo de Delfos en los tiempos de Grecia, y conocidas son también las opiniones que respecto a la comunicación manifestaron Sócrates (que tenía su *demonio* o espíritu inspirador), Platón, Hipócrates y otros sabios no ideólogos, Jámblico, Sófocles, Xenofonte, Plutarco y tantas otras lumbreras griegas, siquiera no puedan en aquel tiempo explicar satisfactoriamente la teoría, admiten el hecho, y hasta lo admite Aristóteles, al mismo tiempo que niega la existencia de los espíritus.

Como las Pitonisas en Grecia, las Sibilas en la Roma pagana acreditan los fenómenos del Espiritismo, y la adivinación allí tan extendida; y los dioses lares y los penates, y los augures y los libros sibilinos comprueban su práctica, común a los pueblos del Norte, que no habían de relacionarse hasta más adelante con los del Mediodía para elaborar los gérmenes de la civilización moderna en el crisol de la Edad Media. Virgilio y la poesía latina, Tácito, Suetonio, Josefo y demás grandes historiadores, acreditan los hechos, y por un hecho espiritista, la aparición del lábaro a Constantino, la doctrina de Jesús penetra en el corazón del paganismo. Y si los tiempos antiguos recuerdan al oráculo Fauno, a la maga Angitia, a la ninfa Egeria y el culto de los Genios, los tiempos nuevos traen el recuerdo de los profetas y la nueva fe que se extiende maravillosamente, gracias a los hechos provocados por los discípulos de Jesús.

Las apariciones de los recién muertos a sus deudos o amigos ausentes, es un hecho de todos los tiempos. Citaré uno, El Conde de Rochefort dice lo siguiente en sus memorias publicadas en 1696 en la Haya. Que el marqués de Rambouillet y el de Preci, después de haber hablado de cuestiones de ultratumba, habían convenido

para salir de la duda sobre si se podrían comunicar los que hubieren dejado la materia con los vivos, que el primero que muriera, debía venir a ver al que quedara. Pasaron unos meses; el marqués de Rambouillet, había ido al ejército de Flandes. El de Preci no había podido acompañarle por estar enfermo.

Aun en cama, un día sintió que se movían las cortinas y vio con sorpresa que aparecía el marqués de Rambouillet en uniforme. Quiso abrazarle, pero el marqués le dijo que las caricias no eran del caso, que no venía sino para cumplir lo prometido, que había sido muerto la víspera en un combate, que todo lo que habían hablado sobre las cosas de ultratumba era cierto, y que le aconsejaba vivir de mejor manera que lo había hecho hasta entonces, pues iba a morir muy pronto. Dicho esto, desapareció.

Contó el marqués el hecho; pero todos lo atribuían a la alucinación, hasta que se recibieron noticias del ejército y se supo que efectivamente el marqués había muerto el día indicado por la visión.

Pero lo que más causó admiración, fue que, habiendo empezado la guerra civil en Francia, el marqués de Preci murió en el combate de la puerta de San Antonio en París, y según esas memorias, esto produjo mucha impresión.

Fenómenos en los que la mediumnidad estaba manifiesta, no han faltado tampoco.

El fanatismo vio en ellos actos de brujería o de poseídos del demonio, cayendo así algunos inocentes médiums en las garras de la Inquisición.

No hablaré, sin embargo, de las poseídas del Delfinado; solo deseo referir algún hecho de los que han sido observados por la ciencia, si bien atribuyéndolos a simples fuerzas inconscientes.

El célebre Kerner, dicen los Doctores Bourro y Burot en su obra sobre la acción a distancia de las sustancias tóxicas, ha referido la vida de la profetisa de Prevorst¹.

En 1807 nació en Prevorst, pueblecito de las montañas de Wurtemberg, en el que casi todos sus habitantes presentaban accidentes nerviosos semejantes al baile de San Vito, una niña que se hizo célebre en los anales del magnetismo. Era sensible a la acción de los diferentes rayos del espectro, del cristal de roca, del laurel, del imán y de casi todos los metales. Su cuerpo desprendía chispas durante las tempestades. Se hundía con mucha dificultad en el agua y sus miembros parecía adquirirían en el baño las propiedades insubmersibles del corcho². En Bergzabern, cerca de Wissembourg, en el Palatinado, se vio presentarse en un mismo individuo todos los fenómenos ya citados: ruidos estrepitosos en la habitación, movimientos de muebles, objetos lanzados a lo lejos por una mano invisible, visiones y apariciones, sonambulismo y éxtasis, catalepsia, atracción eléctrica, gritos y ruidos eléctricos, instrumentos que tocan sin contacto, comunicaciones inteligentes, etcétera. Estos hechos se presentaron durante cerca de dos años y fueron observados por muchos testigos.

¹ Kerner, *La voyante de Prevorst*, *Revue des Deux Mondes*, Julio, 1842. *Revue britannique*, Febrero 1848. Goupy, *Les Tables Parlantes*, 1855.

² Se sabe, añade M. de Rochas, que los hechiceros pasaban otras veces por insubmersibles y sufrían la prueba por el agua.

Se puede consultar también la historia del presbítero de Cideville (Sena Inferior)¹; la de la pequeña española, de doce años, en Bayswater²; la de la criada de Saint-Quintin³; la de Adolfina Benoit de Gillonville, de catorce años y observada por M. Larcher, médico de Sancheville⁴; la de la criada de Clairefontaine, cerca de Rambouillet⁵.

Estos hechos, hay quienes los consideran aún como simples fenómenos debidos a la electricidad preponderante en algunas personas, lo que es del todo insostenible, cuando se producen *gritos aéreos*, se oyen instrumentos que tocan sin contacto y se reciben comunicaciones inteligentes.

El estudio de estos fenómenos solo ha podido tener lugar después de vencido por la ciencia el fanatismo que hubiera imposibilitado el curso del Espiritismo. Queda por vencer la indiferencia y la ignorancia general, y el error de la ciencia, que, en su victoria, cree que no hay más allá de lo que ella ha conquistado.

El espiritualismo moderno data de 1846, siendo esta la época en que, por primera vez, se tuvieron comunicaciones inteligentes con la causa ignorada de los golpes y sonidos, semejantes a los que habían perturbado a las familias Mompesson y Wesley en los siglos XVII y XVIII.

Golpes, cuya causa nadie pudo adivinar, se dejaron oír por primera vez en 1846 en casa de un tal Veckman, que vivía en una

¹ *De Mirville*, 1851.

² *Junglas Ferrold*, 26 marzo, 1847.

³ *Gazette des Tribunaux*, 20 diciembre 1849.

⁴ *Abeille de Chartres*, 11 de mayo 1849.

⁵ *Revue française*, 1 de diciembre 1846.

ciudad llamada Hydesville, no lejos de Arcadia, en el estado de Nueva York.

Todo se intentó para descubrir el autor de estos misteriosos ruidos, más nada se pudo encontrar.

Una noche despertaron a la familia los gritos de la más joven de las hijas, de ocho años, que aseguró haber sentido algo así como una mano que había recorrido su lecho y pasado finalmente por su rostro, cosa que ha tenido lugar en muchos lugares donde se han escuchado este tipo de golpes.

Desde ese momento, durante seis meses no hubo manifestación alguna; la familia abandonó la casa, que fue entonces habitada por un metodista, John Fox y su familia, compuesta de su mujer y sus dos hijas. Durante tres meses todo permaneció tranquilo; después los golpes comenzaron con más fuerza.

Al principio se oían ruidos muy ligeros, como si alguno golpease sobre el pavimento de uno de los dormitorios produciéndose una vibración en el entarimado; se percibía aun estando acostado, y personas que la han experimentado la comparan a la acción producida por la descarga de una batería eléctrica. Los golpes se hacían oír sin discontinuidad; no había medio de dormir en la casa; toda la noche esos ruidos vibrantes sonaban secamente y sin descanso. Fatigada, inquieta, siempre al acecho, la familia se decidió por fin a llamar a los vecinos para que los ayudasen a encontrar la clave del enigma; desde ese momento los misteriosos golpes atrajeron la atención de todo el país.

Grupos de seis u ocho individuos vigilaban la casa, o bien salían todos fuera, y todo el mundo escuchaba al agente invisible que seguía siempre golpeando. El 31 de marzo de 1848, la señora Fox y

sus hijas, no habiendo podido dormir la noche precedente, y rendidas de fatiga, se acostaron temprano, en el mismo cuarto, esperando escapar así a las manifestaciones que ordinariamente se producían a medianoche, el señor Fox estaba ausente. Bien pronto comenzaron los golpes y las dos jóvenes, despertadas por el alboroto, se pusieron a imitarlos haciendo castañetear los dedos. Con gran asombro los golpes responden a cada castañeteo; entonces la más joven, Kate, quiere comprobar este hecho sorprendente; produce un chasquido, dos, tres, etc., y siempre el invisible ser da el mismo número de golpes. Su hermana dice burlándose: «Ahora haced como yo, contad uno, dos, tres, cuatro...», dando palmadas según el número indicado. Los golpes se suceden con la misma precisión; pero ese signo de inteligencia alarma a la joven, y la experiencia cesa.

La Señora Fox dijo entonces «contad diez», y en el acto se dejaron oír diez golpes; entonces añadió: «¿Queréis decirme la edad de mi hija Catalina (Kate)?». Y los golpes indicaron precisamente el número de años que tenía esta niña. La Señora Fox preguntó entonces si era un ser humano el autor de esos golpes; no hubo respuesta. Luego dijo: «Si sois un espíritu, os suplico que deis dos golpes». Inmediatamente se dejaron oír. Ella añadió, «Si sois un espíritu, a quien se ha hecho mal, respondedme del mismo modo». Y los golpes se oyeron otra vez. Tal fue la primera conversación que tuvo lugar en los tiempos modernos, que ha sido atestiguada, entre los seres del otro mundo y los de este. De esta manera la Señora Fox llegó a saber que el espíritu que le respondía era el de un hombre que había sido asesinado en aquella casa muchos años antes, que se llamaba Carlos B. Rosma, que era un buhonero que tenía treinta y

un años cuando la persona en cuya casa se alojaba lo mató para robarle.

La Señora Fox dijo entonces a su invisible interlocutor: «¿Si hacemos venir a los vecinos, continuarán respondiendo los golpes?» En señal de afirmación se oyó un golpe. Llamados los vecinos no tardaron en venir, creyendo reírse a expensas de la familia Fox; pero la exactitud de una infinidad de detalles dados por golpes en respuesta a las preguntas dirigidas al ser invisible sobre asuntos íntimos, convencieron a los más incrédulos. El eco de estos sucesos se extendió a lo lejos, y bien pronto llegaron de todas partes sacerdotes, jueces, médicos, y gran número de ciudadanos.

Poco después la familia Fox, que los autores de los golpes perseguían de casa en casa, fue a establecerse en Rochester, ciudad importante del estado de Nueva York, donde millares de personas fueron a visitarla y trataron vanamente de descubrir si había alguna impostora en este asunto.

El fanatismo religioso se impresionó con estas manifestaciones de ultratumba, y la familia Fox se vio atormentada. La Señora Hardinge, que se ha hecho la defensora del Espiritismo en América, cuenta que, en las sesiones públicas dadas por las hijas de la Señora Fox, corrieron los mayores peligros. Tres veces se nombraron comisiones para examinar el fenómeno, y tres veces afirmaron que la causa de esos ruidos les era desconocida. La última sesión pública fue la más borrascosa, y sin el auxilio de un cuáquero, las pobres niñas hubieran muerto, víctimas de su fe, destrozadas por un pueblo delirante.

Triste es pensar que en el siglo XIX se puedan encontrar hombres bastante atrasados para renovar las bárbaras persecuciones de la Edad Media.

La noticia de este descubrimiento se divulgó rápidamente, y en todas partes tuvieron lugar manifestaciones espiritistas. Un tal Isaac Post tuvo la idea de recitar en voz alta el alfabeto, invitando al espíritu a indicar por golpes, en el momento en que se pronunciasen las letras que debían componer las palabras que quería dictar. De este día data la telegrafía espiritual¹.

Bien pronto se cansaron de procedimiento tan incómodo, y los mismos golpeadores indicaron un nuevo modo de comunicación. Bastaba simplemente reunirse alrededor de una mesa, poner encima las manos, y levantándose, la mesa daría un golpe, mientras se recitaba el alfabeto, al pronunciar las letras que el espíritu quería dar. Este procedimiento, aunque muy lento, produjo excelentes resultados, y así se llegó a las mesas giratorias o parlantes.

Hay que decir que la mesa no se limitaba a levantarse sobre un solo pie para responder a las preguntas que se le hacían, se movía en todos sentidos, giraba bajo los dedos de los experimentadores, alguna vez se levantaba en el aire, sin que se pudiera ver qué fuerzas la tenían suspendida. Estos extraños hechos atrajeron la atención general, y enseguida la moda de las mesas giratorias invadió toda América.

Al lado de personas ligeras que pasaban el tiempo interrogando a los espíritus sobre la persona amada, o sobre un objeto perdido, personas graves, sabios, pensadores, atraídos por el escándalo que

¹ Por este medio, el espíritu pudo indicar que su cadáver había sido enterrado en el sótano, lo cual resultó exacto; se cavó y se encontró un esqueleto.

produjeron estos fenómenos, resolvieron estudiarlos científicamente, para poner en guardia a sus conciudadanos contra lo que llamaban *locura contagiosa*.

En 1856, el juez Edmonds, jurisconsulto eminente que goza de una autoridad indiscutible en el Nuevo Mundo, publicó un libro donde afirmaba la realidad de esas sorprendentes manifestaciones.

El profesor Mapes, que enseñaba química en la Academia Nacional de los Estados Unidos, se entregó a una investigación rigurosa que terminó, como la precedente, por una comprobación razonada, según la cual los fenómenos eran debidos claramente a la intervención de los espíritus.

Pero lo que produjo un efecto mayor, fue la conversión a las nuevas ideas del célebre Roberto Hare, profesor de la Universidad de Pensilvania, que experimentó científicamente el movimiento de las mesas, y consignó sus investigaciones, en 1856, en un volumen titulado: *Experimental investigations of the spirit manifestations*.

Desde entonces, la batalla entre los incrédulos y los creyentes tomó mayores proporciones. Escritores, sabios, oradores, eclesiásticos se arrojaron a la lucha, y para dar una idea del desarrollo alcanzado por la polémica basta recordar que ya en 1854, una petición firmada por 15.000 ciudadanos había sido presentada al Congreso, suplicando se nombrase una comisión encargada de estudiar el nuevo Espiritualismo (este es el nombre que se dio originalmente al Espiritismo en América).

La petición fue rechazada por la asamblea, pero el impulso estaba dado y se vieron surgir sociedades que fundaron periódicos, donde se continuó la guerra contra los incrédulos.

Mientras se producían en el Nuevo Mundo estos acontecimientos, la vieja Europa no permaneció inactiva. Las mesas giratorias se convirtieron en una actualidad llena de interés, y durante los años 1852 y 1853, muchos en Francia las vieron girar. No se hablaba en todas las clases sociales más que de esta novedad; no se abordaba a nadie sin la pregunta sacramental: «Y bien, ¿hacen ustedes girar las mesas?» Luego, como con cualquier moda, después de un momento de favor, las mesas cesaron de ocupar la atención, que se dirigió a otros asuntos.

Esta manía de hacer girar las mesas produjo, sin embargo, un resultado importante, y fue el de hacer reflexionar a muchas personas en la posibilidad de establecer relaciones entre los muertos y los vivos. Leyendo, se descubrió que lo que se llamaba creencia en lo sobrenatural, es tan antigua como el mundo¹.

Muchos son los hombres de reconocida ciencia que se han ocupado de Espiritismo, en sus escritos, desde 1850 en que apareció la primera obra en Nueva York. *Explanation and history of the mysterious communion with Spirits*. Escribieron luego W. Bryant, B. K. Bliss, W. Edwards y David A. Wells, profesores de la Universidad de Harvard; Robert Hare, doctor en medicina y profesor de química en la Universidad de Pensilvania; el Doctor R. Richmond, el juez John Edmonds, magistrado del Tribunal Supremo de Nueva Cork y ex presidente del senado; Talinadge, gobernador de Wisconsin; el Dr. Dexter, afamado cirujano de Nueva York; y otros.

En 1853 cundió la noticia del Espiritismo por Europa. La frivolidad general la convirtió en una diversión social: las mesas giratorias, dieron la vuelta al mundo. Mientras tanto, notables

¹ *La Buena Nueva*.

inteligencias lo estudiaron y confirmaron la verdad de los fenómenos, si bien intentaron explicarlos por teorías más o menos ingeniosas, más o menos absurdas como dice el Vizconde de Torres-Solanot, pero que cayeron por sí mismas porque ninguna ha podido explicar satisfactoriamente el hecho en todas sus manifestaciones. Esas teorías se limitaban a los fenómenos iniciales del Espiritismo; actualmente aquellos hombres no se atreverían a presentar sus teorías absurdas teorías ante los progresos alcanzados en la comunicación entre el mundo de las ideas y el mundo material.

F. de Saulcy, miembro del Instituto de Francia, sabio arqueólogo, célebre viajero y experto físico, dice Solanot, no se limitó a una observación superficial de los hechos y a imaginar una deleznable teoría como sus compañeros de Academia. Si bien recibió con incredulidad y burla la noticia de los fenómenos de las mesas giratorias y parlantes, se decidió a experimentar por sí mismo, cediendo por fin su orgullo de físico y de matemático ante la realidad de los hechos que comprobó a toda conciencia, y tuvo la lealtad y el valor de manifestar sus opiniones abiertamente opuestas a las de los gestores de teorías.

Aquel sabio dirigió una notable carta al marqués de Mirville, quien la publicó al frente de su memoria dirigida a la academia. Termina así dicha carta:

«En resumen. Creo en la existencia de hechos que generalmente mi voluntad no sabría producir, y sobre los cuales, sin embargo, declaro que esa voluntad tiene a veces una acción palpable. Creo en la intervención de una inteligencia *diferente a la nuestra*, y que pone en juego medios casi ridículos».

Por encargo de Mr. De Sauley, su hijo, que le había acompañado en sus experiencias, comunicó al marqués de Mirville interesantes detalles, notables hechos científicamente comprobados, que

destruían por completo las teorías inventadas por sus compañeros del Instituto de Francia.

En cuanto a los fenómenos en sí, casi la totalidad de los sabios que los han estudiado, han aceptado, por lo menos, la realidad de los fenómenos, como el conde Agmar de Gaspardin, el Dr. Coze, distinguido médico en la Facultad Academia Real de Saboya, Mrs. Seguin y de Montgolfier, ingenieros distinguidos.

Entretanto, Allan Kardec escribió sus obras, en su mayoría dictadas por los espíritus, como *El Libro de los Espíritus*, que es la base fundamental de la doctrina espírita y la primera enseñanza de lo antes desconocido: el mundo de los espíritus. Al mismo tiempo el Conde de Mirville declaraba, que, a su juicio (fundado en la observación y el estudio más profundo), los fenómenos debían ser producidos por *inteligencias* servidas de fluidos.

La Sociedad Dialéctica de Londres, en vista del incremento que iba tomando la nueva superstición y *deseosa de evitar que se propagase a la masa del pueblo esa alucinación que acabaría con la razón de muchos*, nombró una comisión de 33 miembros, entre los cuales se contaba Alfred Russel Wallace.

En ese comité, dice este sabio¹, no había al principio sino ocho que aceptaron como reales los fenómenos y solo cuatro admitían la teoría espiritualista. Durante el curso de la investigación, doce de los más escépticos se convencieron de la realidad de muchos fenómenos, habiendo concurrido a los subcomités de experimentación, donde fueron producidos por miembros del mismo comité, que resultaron con mediumnidad. Tres de los comisionados que eran consumados escépticos, prosiguieron sus

¹ *Defensa del Espiritualismo Moderno* por Alfred Russel Wallace.

investigaciones fuera de las sesiones del comité, y acabaron por ser convencidos espiritualistas.

Mi propia observación como miembro del comité y del subcomité más numeroso y activo, me pone en actitud de asegurar que el grado de convicción producido en la mente de esos varios miembros, atendidas notables diferencias de carácter, estaba en proporción aproximada al tiempo y al cuidado empleados en la investigación. Este hecho, es el resultado de todos los fenómenos naturales. El examen de una impostura o de una alucinación, tiene, invariablemente, resultados contrarios, siendo engañados los que tienen escasa experiencia, mientras los que continúan con perseverancia la indagación, inevitablemente descubren el origen del engaño o de la ilusión. Si no fuera así, tan imposible sería descubrir la verdad como el error.

El conocido astrónomo Camilo Flammarion envió al comité una comunicación que merece una consideración especial. Además de declarar que acepta la realidad objetiva de los fenómenos después de una investigación de diez años, hace la aseveración siguiente:

Mi sabio maestro y amigo Rabinet, del Instituto, que se ha esforzado junto a Liais (después director del observatorio astronómico del Brasil) y varios otros colegas de París, en buscar las causas y naturaleza de los fenómenos, no están enteramente convencidos de que se produzcan con intervención de los espíritus; aunque esta hipótesis, única que puede explicar cierta clase de estos hechos, ha sido adoptada por muchos de nuestros más estimados sabios, entre otros, por el Dr. Hoefle, erudito autor de la *Historia de la química y la Enciclopédica general*; y por el laborioso investigador del campo de los descubrimientos astronómicos, cuya muerte hemos

tenido que deplorar recientemente, Herman Goldschmidt, descubridor de 14 planetas.

El ingeniero Gerard de Codemberg, miembro de varias academias, redactor de revistas científicas, del periódico *L'Assemblée Nationale*, hombre positivista por educación, muy versado en la física mecánica, un sabio, en una palabra, decía en aquel periódico en 1855: «Los fenómenos del movimiento de las mesas, y especialmente aquellos que el Sr. de Gasparin ha estudiado con cierto aparato científico, no pueden hallar su explicación más que en una potencia sobrenatural inteligente, animada, que se manifiesta fuera de los operadores, aunque sujeta en cierta medida a la influencia de sus deseos y de sus voluntades».

Poco después Henri Carrión, director de un periódico de Cambray, escribió un libro: *Letras sur l'évocation des Spirits*, reconociendo la acción indirecta e inteligente de los espíritus en el fenomenalismo.

Entre los escritores más recientes, citaré: al ingeniero G. H. Love, distinguido sabio francés, que en su notable obra *Le spiritua-lisme racional* demostró científicamente que la comunicación con los espíritus no solo es posible, sino que debe tener lugar diariamente durante el sueño; y al profesor A. de Morgan, presidente de la *Sociedad Matemática de Londres*, secretario de la *Sociedad Real de Astronomía*, que publicó su obra: *From matter to spirit*.

En el mismo año 63, dice Solanot, de quien tomo la mayoría de estos datos, Herrensneider se ocupó en un importante trabajo, de la necesidad de la alianza entre la filosofía y el Espiritismo.

Henri Delaage, en 1864, publicó su precioso libro: *L'Éternité dévoilée ou vie future des âmes après la mort*.

El año 1865, dice Solanot, André Pezzani, abogado de la corte imperial de Lyon, autor de la obra *Los principios superiores de Moral*, laureada por la Academia francesa de Ciencias Morales y Políticas, y de varios tratados de filosofía, dio a luz su notable obra *La Pluralidad de las existencias del alma*, que es una monografía de uno de los principios fundamentales del Espiritismo, y en el que se desarrolla magistralmente aquella cuestión a la luz de la historia y de la filosofía.

Suprimiendo, en fin, las numerosas obras de menor importancia, citaré: las de *Los cuatro evangelios* por el doctor J. B. Roustain; *Les Nouveaux principes de philosophie médicale* por el Dr. Chauvet; *Recherches sur le spiritualismo*, del sabio Croques; *La Defensa del Espiritualismo moderno*, por el sabio naturalista Alfredo R. Wallace; obras del astrónomo alemán Zöllner; y por último las del distinguido médico francés el Dr. Paul Gibier: *Spiritisme ou Fakirisme occidental y Analyse des choses*.

El mayor número de los que observan los fenómenos, no pueden, pues, poner en duda su realidad. Son raros los casos negativos, o, mejor dicho, en que los investigadores queden en la duda. Esto depende, a veces, de falta de ocasión o de haber dado con alguna sociedad compuesta de gentes ignorantes, en que generalmente los procedimientos son mal dirigidos, presentándose a menudo chocantes manifestaciones operadas por los invisibles, y algunas veces por los mismos espiritistas en el afán de convencer. Es necesario decirlo, por vergonzoso que sea: no faltan médiums que no contentos con los fenómenos que naturalmente producen, simulan otros, que tarde o temprano, se descubren, dando sobrada razón a la desconfianza y a la duda en cuanto a la verdad de la comunicación.

Pero, a pesar de esto, la verdad se abre rápidamente paso, y puede decirse que la realidad de los fenómenos no la niega nadie, salvo en los casos de insuficiente observación o de haber caído en los centros retrógrados del Espiritismo. Así pues, creo que no debo abundar en las citas de los fenómenos de efectos puramente físicos o que demuestran una fuerza que pudiera atribuirse a una acción psíquica inconsciente de los médiums, como así lo creyó al principio el sabio Crookes. Recargaré más las transcripciones, sobre los que prueban la intervención de una causa inteligente que los dirige, a fin de contribuir, en lo que pueda llevar al ánimo de los lectores mi convicción de que el alma no muere, y que los espíritus de los que fueron en el mundo, no solo se comunican con el hombre, sino que disponen de fuerzas que será más fácil aceptar después de haber leído el primer libro.

CAPÍTULO II

Explicación de las fuerzas desplegadas por los espíritus

El contenido del primer tomo ha debido dar al lector los conocimientos requeridos para poder comprender la explicación que sigue sobre las fuerzas que los espíritus ponen a su servicio para producir los fenómenos.

Para esto, como se verá más adelante, es necesaria la presencia de personas que presten consciente o inconscientemente su fuerza vital, por cuyo motivo las llamamos médiums.

Suponiendo que la inmortalidad sea concedida, lo que no deja de ser bastante general, aun sin tener las pruebas que el Espiritismo proporciona, queda por comprender, lo que es siempre difícil, que los espíritus puedan producir tales fenómenos; y esta dificultad, conduce a las personas pensadoras a la creencia de que se trata de fuerzas psíquicas que no pueden dejar de atribuirse a los médiums, no obstante, los actos en que parece que actúa una inteligencia exterior. Voy, en consecuencia, a tratar de llevar a la mente del lector, la convicción, antes de presentarle hechos, de que las fuerzas espirituales existen.

He sostenido, apoyándome en la fisiología y en los fenómenos del magnetismo animal, que el pensamiento es un acto dinámico, que la voluntad es una fuerza del alma que tiene acción sobre los músculos de la vida de relación, mediante una sucesión de transformaciones a través de los fluidos de que está saturado el organismo, y que, cuando se exteriorizan esos fluidos, quedan siempre sujetos a la voluntad. Si, pues, pudiésemos probar que el espíritu arrastra consigo parte de esos fluidos, formando con ellos su cuerpo astral o periespíritu, tendríamos mucho adelantado. Nos sería fácil comprender que pudieran operar como los magnetizadores sobre personas que fuesen sensibles a sus fluidos, produciendo lo que llamamos los espiritistas la *posesión*, en virtud del dominio que mediante los fluidos ejerce el espíritu sobre el médium, obligándole a decir, en estado más o menos consciente, lo que desea manifestar por su intermedio. Sin embargo, esto no es ni de cerca convincente.

Los espíritus que se comunican, como ya he dicho, explican los medios de que se valen, asegurando que la idea del periespíritu es exacta; pero cuando se duda de que sean ellos los que producen los fenómenos, esta afirmación es de poca importancia. Es necesario, pues, recurrir a otras pruebas.

Entre las diversas mediumnidades, existe la de la videncia, es decir, personas que ven a los espíritus, algunos con los ojos abiertos, otros con los ojos cerrados. La cuestión es dar con médiums que nos merezcan perfecta fe. Por mi parte he podido hacer la

experiencia de una manera convincente: mi señora es vidente¹. En una habitación oscura y provocando el fenómeno, se le cierran los ojos y ve a los espíritus bajo la forma de una nubecilla blanca, más o menos luminosa, teniendo al centro un punto más brillante.

Esa nubecilla que rodea al espíritu; ¿no sería el periespíritu? Desde luego debo decir que los fluidos que se escapan de los magnetizadores tienen el mismo aspecto para los videntes, y que personalidades como el Dr. Gibier, han podido comprobarlo por sí mismos.

Cuando se encuentra uno, dice², en la oscuridad, cerca de una persona cuya fuerza anímica se materialice en abundancia, se le ve flotar sobre los vestidos del individuo del que emana, y principalmente al nivel de la región epigástrica o de los troncos arteriales, bajo forma de materia vaporosa o luminosa. Se dará el lector una idea de esa vislumbre por la ilusión que ella me produjo una vez. Había ido a ver a uno de mis clientes, enfermo, al regreso de un viaje, en una casa de la calle Maubeuge, en París. Este hombre era médium de profesión, y a consecuencia de repetidas experiencias que otras personas habían hecho con él, estaba en un estado de gran postración nerviosa. No podía soportar la luz ni el ruido y permanecía acostado quejándose como un niño. Cuando entré en su cuarto, reinaba una oscuridad casi completa. De repente, mientras le interrogaba, vi muy distintamente una claridad en uno de sus brazos. Pensé en el primer momento que sería un rayo de la

¹ La vista del vidente es idéntica a la del sonámbulo, lo cual ya ha sido explicado. El sentido de la vista no puede percibirlos porque no reflejan la luz, porque su transparencia es mayor que la del aire y que la del más fino cristal. Ellos no pueden ocupar un espacio cualquiera, es decir, con relación a la atmósfera, por cuanto compenetran todos los cuerpos y fluidos menos el éter, por el cual son compenetrados.

² Dr. Paul Gibier, *Analyse des Choses*, pág. 157.

luna que penetraría en la habitación a través de alguna rendija de la persiana mal cerrada, y me coloqué levantándome (estaba sentado) entre la vislumbre en cuestión y la ventana. Mi movimiento no produjo ningún cambio en la débil luz. Me aseguré además de que no había luz lunar ni ninguna luz proveniente de la ventana. Otros puntos luminosos se dejaron ver en distintos puntos del cuerpo del paciente que parecía del todo inconsciente en cuanto al fenómeno. Ensayé tocarlos: no sentía nada de anormal, solamente noté que desaparecían al contacto de mi mano. Acerqué la cara donde más vislumbre se presentaba, y no sentí ningún olor de fósforo. Por lo demás, el aspecto de esta especie de nubecillas luminosas no se asemejaba de ninguna manera a los humos blanquizcos y ondulantes producidos por el fósforo cuando se le frota con los objetos en la oscuridad.

He tenido después muchas ocasiones de ver, en los sujetos bien dotados, desprendimientos de esta fuerza y *su condensación en pleno día*, bajo una u otra forma.

El fluido que emana del cuerpo de ciertas personas se asemeja mucho a los fluidos que ven los videntes. Si se duda de ellos, existen medios de comprobación. A pesar de la debida fe que debía inspirarme mi señora, temiendo una alucinación, pensé que uno de aquellos seres para mí invisibles, se me aproximase. Apenas había formulado el pensamiento, mi señora exclamó: Ahí viene uno, se coloca sobre tu pecho.

Si estas experiencias no bastasen para darnos la convicción de que el alma no solo no es una abstracción en sí, sino que posee un cuerpo fluídico que no ocupa espacio, es verdad, como los cuerpos que el hombre puede estudiar directamente, pero que por su fluidez compenetra todos los cuerpos, dentro de los cuales ocupa siempre un espacio. Si no bastan, digo, estas experiencias, las

únicas que podemos hacer por observación propia sobre el cuerpo fluídico espiritual, recurriremos a la prueba indirecta, es decir, comprobaremos la producción de fenómenos en que es imposible negar la acción de los espíritus, ni achacarla a los médiums, y entonces tendremos necesariamente que atribuirles las fuerzas que para producirlos se requieren, y por analogía, tendremos que equipararlas a las que poseía el alma cuando se hallaba encarnada, y por medio de las cuales podía obrar sobre sus semejantes.

Detallaré enseguida y por el momento uno solo de esos fenómenos.

Al año, poco más o menos, de mis investigaciones en Espiritismo, más de una vez la duda venía a perturbar mi espíritu. Esto se explica: no había ni intentado aun poner de acuerdo los conocimientos adquiridos por las ciencias con los que pueden dar la explicación de los fenómenos espíritas, y, por momentos, cuando en mi mente dominaban aquellos, llegaba hasta la negación de los fenómenos más auténticos o les buscaba una explicación puramente material. Pues bien, aprovechando la ocasión de encontrarme perplejo en cuanto a una decisión que debía de tener, según ella fuese, gran repercusión en pro o en contra de mi destino, se me ocurrió dirigir desde mi estancia a la capital (184 kilómetros de distancia) una carta a una médium de gran reputación, no solo por su mediumnidad en sí, sino por la seguridad de que no ha sido nunca mistificada, pidiendo consejo en mi tribulación con las siguientes textuales palabras:

Señora Juana de Navajas: Le ruego evoque y consulte. Se trata de un asunto de gran trascendencia para mí, primero en cuanto al fondo de la cuestión, y segundo para arrancarme las dudas que me persiguen aún en cuanto a la posibilidad de la inmortalidad, a la

conservación de la integridad de la inteligencia, que según la ciencia, parece ser imposible según el funcionamiento de los órganos cerebrales, y sobre todo, que, aun conservándola, puedan comunicarse con los encarnados por medio de una sugestión mental inequívoca. Si los espíritus guías de *Constancia* me dan un buen consejo y por este hecho me arrancaran la duda, prometo ser un defensor franco del Espiritismo.

El contenido de la comunicación, le ruego sea del todo reservado. Nadie en el mundo conoce las causas de mi tribulación, que es de un carácter del todo íntimo.

El Venado, 10 de noviembre de 1883.

La contestación no se hizo esperar, constaba de seis grandes páginas que contenían el consejo solicitado, designando a las personas por iniciales y diciendo las cosas de una manera encubierta para aquel que no estuviese en antecedentes, de manera que la médium misma no podía saber de qué se trataba. ¡Cuánta fuerza de inteligencia se revela en esa comunicación! El consejo fue seguido y he tenido que felicitarme de ello.

Ahora, ¿no sería un absurdo ridículo atribuir esa contestación a la inteligencia de la médium? Y si otra inteligencia la dictó, solo la de un espíritu libre pudo ser, porque ni el asunto ni los detalles, y aún menos mis dudas en cuanto a qué decisión tomar, podían ser conocidas de nadie. Siendo esto así, nos encontramos con una sugestión de pensamiento de lo más completo. Y ya se ha visto en el capítulo VIII, libro 1º, parte 2ª, que para ello es necesario la vibración de fluidos. Esta experiencia, como muchas otras, prueba que el espíritu conserva su integridad intelectual y los fluidos periespirituales que le personalizan.

Hemos visto ya que la transmisión del pensamiento, aunque de un modo imperfecto y limitado, es posible entre encarnados; luego más fácil debe ser, como además lo prueban los hechos, entre un espíritu y un encarnado, y más aún entre espíritus en libertad. Pero en el caso aludido, no solo se han transmitido las ideas, sino las palabras, lo que exige la mediumnidad oyente en cierto grado de desarrollo.

Cuando se trata de otro orden de fenómenos, como la escritura llamada mecánica, en que el médium escribe sin que su voluntad tome parte y sin recibir inspiración, se exige ya una acción más fuerte de parte del médium. La acción mutua se complica aún más en los fenómenos en que se producen efectos físicos, hasta el más complicado y difícil de concebir: la materialización, es decir, la aparición personal y visible de los espíritus con ayuda de los fluidos que toman del médium y del ambiente.

En estos últimos fenómenos, las fuerzas vivas que se requieren son tan poderosas, que para obtenerlas los espíritus deben someter al médium, por medios análogos a los del magnetismo, al estado cataléptico o letárgico, disponiendo así desde ese momento de sus fluidos animalizados que quedan bajo la acción de su voluntad.

Como prueba de lo dicho solo puedo citar una experiencia de Pelletier. Según se asegura en la *Revue Spirite* de marzo del año 1890, magnetiza a tres personas, las hace sentar alrededor de una mesa, donde intencionadamente se han colocado algunos objetos de poco peso, los cuales se ponen en movimiento, sin contacto, obedeciendo las órdenes que les da el operador.

No diré más, por ahora, sobre este punto, debiendo ampliarlo más adelante al tratar del *periespíritu*. Solo tengo que agregar para

que puedan apreciarse los fenómenos espíritas que relato en esta parte, que el periespíritu es más o menos etéreo, diré así, según el grado de adelanto del espíritu; cuanto más atrasado este, cuanto más empecinado en el mal, más fluidos pesados o animalizados arrastra el periespíritu.

CAPÍTULO III

Mediumnidades y Médiums

Según Allan Kardec, los médiums, por sus aptitudes, pueden dividirse en dos grandes categorías: una de **efectos físicos** y otra de **efectos intelectuales**. La primera comprendería todos aquellos por cuyo intermedio se producen los efectos materiales o manifestaciones ostensibles, y la segunda abarcaría tan solo a los que reciben y transmiten las comunicaciones que acusan una inteligencia ultraterrestre.

Esta clasificación es muy oportuna, pero teniendo siempre presente que no puede aplicarse en absoluto, puesto que, por intermedio de los médiums de efectos físicos, pueden también los espíritus, en más de una ocasión, manifestar que son seres inteligentes.

Pueden entrar en la categoría de los **médiums de efectos físicos** los siguientes:

Médiums tiptólogos: producción de ruidos y golpes; variedad muy común, voluntaria o involuntariamente.

Médiums motores: producción de movimiento, traslación y suspensión de los cuerpos en el espacio; elevación, en algunos

casos, de la propia persona.

Médiums de materialización: producción de apariciones fluídicas y tangibles.

Médiums de aportes: que sirven de auxiliares con sus fluidos al raro fenómeno de llevar de un punto a otro, al parecer a través de los muros, ciertos objetos reales, como flores y dulces.

Médiums pneumatógrafos: por medio de los cuales se produce la escritura directa, fenómeno poco común.

Médiums curanderos: son los que tienen el poder de curar o aliviar por la imposición de las manos.

Creo, con Allan Kardec, que esta facultad no es esencialmente mediúmnica, sino que pertenece a todas las personas creyentes, sean médiums o no, pudiendo ser la consecuencia de la exaltación de la potencia magnética.

Médiums especiales para los efectos intelectuales

Pueden considerarse los siguientes:

Médiums auditivos: son los que oyen a los espíritus, mediumnidad poco útil, porque no se puede probar la veracidad y puede confundirse con la alucinación.

Médiums parlantes o de posesión: son los que hablan bajo la influencia de los espíritus. Son muy comunes, hablan por influencia o inspiración sugestiva y en un estado parecido al del sonámbulo, pero que no puede confundirse con él, puesto que llegan a pronunciar discursos que merecen ser reproducidos, cuando, a menudo, los médiums son ignorantes o incapaces de ello. Esta clase de médiums son más o menos conscientes; es decir que, aunque no recuerden lo que han hecho o dicho mientras el fenómeno

tiene lugar, influncian o entorpecen un tanto la manifestación y sus términos, según así lo aseguraban los mismos espíritus. Sin embargo, los hay del todo inconscientes en que el espíritu del médium está momentáneamente impedido de toda acción sobre su propio organismo. De estos médiums se sirven, con preferencia, para la dirección de los grupos de que se han constituido guías¹, y para dar recetas a los enfermos que las solicitan.

Médiums videntes: que son los que en estado de vigilia ven a los espíritus. Es mediumnidad sospechosa, como la auditiva, sin embargo, existe y puede aprovecharse en los centros que tienen una elevada dirección espiritual.

Médiums de inspiración: son los que reciben inspiración cuando evocan, o sea los que se disponen a escribir pasivamente lo

¹ No es requisito *sine qua non* para conducir un grupo y tanto las instrucciones de los espíritus, como el propio ejemplo de la *Sociedad de Estudios Espíritas de París*, la que dirigía Allan Kardec, muestran que un grupo se ha de conducir por el sentido común de los encarnados, fruto del debate, votación, etcétera. Esto evita caer en mistificaciones, muy probables cuando un grupo de personas se sienten guiadas por las comunicaciones mediúnicas de su *médium y director*. Las comunicaciones, por el intermedio de quien sea, se han de someter **siempre** al crisol del análisis y el sentido común; el criterio de la mayoría y el análisis de las comunicaciones es un preventivo contra los engaños de los espíritus. La autoridad de un grupo la debe detentar el propio grupo, el conjunto de sus miembros, a través de sus herramientas democráticas. Por tanto, hasta donde sabemos según las instrucciones de Allan Kardec, la autoridad nunca debiera estar en los espíritus sino en los encarnados, que aceptarán o no los consejos y guías que puedan dar; y tampoco en su director o responsable, que debe ser más bien un coordinador y representante de la voluntad de la mayoría, con más deberes que poder. Y, si fuera médium, el valor o importancia de sus comunicaciones será por el contenido, y en el mismo rango que las de otros médiums del grupo. (Nota de Salvador Martín).

que les comunican los espíritus, pudiendo, cuando ya están desarrollados, tener la seguridad de que no mezclan sus propias ideas.

Médiums dibujantes: son los que pintan o dibujan bajo la influencia de los espíritus, con más o menos perfección, pero *con rapidez* y casi mecánicamente, como en la escritura. Los hay extraordinarios como Mr. Fabre, herrero, que ha obtenido dibujos de verdadero mérito.

Médiums musicales: ejecutan, componen o escriben música bajo la influencia de los espíritus. «Hay médiums músicos mecánicos, dice Allan Kardec, semi mecánicos, intuitivos e inspirados como para las composiciones literarias».

El ejercicio de estas mediumnidades no está exento de peligro, y, desde luego, aconsejo a los que se sientan con alguna facultad, a que rechacen formalmente toda clase de manifestación; *si no están dispuestos a prestar sus servicios a la causa del Espiritismo*; y si lo están, deben formar parte de las sociedades mejor constituidas para el estado y la propaganda, en cuyo seno se aleja casi por completo el riesgo de caer en la obsesión, en la fascinación o la subyugación¹.

Hecha esta clasificación de las diversas mediumnidades, ocurre preguntarse qué particularidad puede ser causa de la mediumnidad. ¿Es una disposición especial del organismo, del sistema nervioso, o bien del espíritu o de los fluidos? Es lo que estudiaremos enseguida, dándonos a la vez cuenta del modo como se operan los fenómenos.

Muchos confunden la idea de Espiritismo con la de mediumnidad. Sin embargo, bueno es decirlo, desde luego, entre los

¹ Al terminar la obra hablaré más extensamente de esto.

espiritistas no hay más médiums que entre los que no lo son, es indiferente. ¡Cuántos de los que en su ignorancia ríen de la posibilidad de los fenómenos, podrían producirlos ellos mismos, si ensayaran con un poco de constancia! ¡Cuántos de los que se vanaglorian de escribir con facilidad y elegancia, reciben la inspiración de algún espíritu amigo!

Los médiums no presentan ninguna particularidad fisiológica ni patológica apreciable. Las mismas mediumnidades, en toda su diversidad, pueden encontrarse en hombres como en mujeres, en ancianos como en niños. Ni la edad ni el sexo tienen importancia en cuanto a la mediumnidad. El Dr. Gibier cree ver en ellos algo de desequilibrio, en el sentido moderno que se da a la palabra, sin dar las causas de su creencia. Por mi parte puedo decir, fundándome en observaciones hechas en ocho médiums que he estudiado muy de cerca, que no son histéricos o desequilibrados, y que solo tres de ellos son sensibles al hipnóscopo¹, lo que da próximamente la proporción de las personas magnetizables, según el Dr. Ochorowicz.

El Dr. Charles Richet cree que no es el histerismo el que facilita la hipnotización, sino que los sensibles a la hipnotización, son propensos al histerismo; y se funda en que la sensibilidad es conservada toda la vida, y la enfermedad en cuestión solo aparece en una época de la existencia.

¹ El hipnóscopo es un imán de forma particular inventado por Ochorowicz, que aplicándose a un dedo u otra parte del organismo determina fenómenos tales como entumecimiento, parálisis, contracturas, analgesias, etcétera. En mayor o menor grado en los sujetos más o menos hipnotizables y con ningún fenómeno en los que no lo son. Con una fiabilidad relativa, manifestada finalmente por el propio autor del invento, dadas ciertas contradicciones experimentales. (Nota de Salvador Martín)

Para que los médiums a que me he referido no puedan ser considerados del uno ni del otro modo, diré que son seis mujeres y dos hombres, siendo los más sensibles al hipnóscopo estos dos y una sola mujer.

Sin embargo, no se puede negar que existe alguna analogía, bajo otro punto de vista, entre los médiums y los sujetos magnetizables, y entre los medios empleados por los magnetizadores y por los espíritus.

Si necesita tiempo el magnetizador para preparar un buen sujeto que pueda luego adormecer con facilidad y manejar como pasivo instrumento, llegando así, por grados, hasta la magnetización contra la voluntad del sujeto y a distancia; tiempo también se necesita para que un espíritu pueda dominar a un médium hasta producir la obsesión, cuando de un espíritu mal intencionado se trata¹.

Si los hipnotizables son en extremo sensibles y conocen por los fluidos a las personas que se les acercan, los médiums, en general, son sensibles a los fluidos periespirituales. Durante nueve años de estudio práctico del Espiritismo, he notado siempre que todos los médiums conocen por la *sensibilidad fluídica* cuál es el espíritu que está más cerca de ellos, o sea para tomar la *posesión*, como así mismo cuando es uno malo, o cuando en el salón de sesiones los fluidos son, como ellos dicen, pesados; o los sienten buenos, lo que, en este caso, augura una sesión tranquila en la que los espíritus elevados vienen a darnos sus consejos y enseñanza directa.

¿Cuál puede ser la causa de estas analogías y diferencias?

¹ Veremos en el apéndice que esto es la excepción; y daremos los medios que existen para evitarlo.

Hay analogía porque se trata de una acción fluídica guiada por una voluntad extraña; y diferencia porque los fluidos son distintos y obran de diverso modo.

En el caso del magnetismo, el fluido se apodera de toda la persona; de ahí, a veces, la catalepsia o la letargia, que nunca producen los espíritus *en la posesión*. En el caso del espíritu como operador, el fluido ataca directamente al cerebro, porque sus fluidos periespirituales son de la misma naturaleza, y por consiguiente, afines con el periespíritu del médium. De ahí que el magnetizador haga mover al sujeto en tal o cual sentido, lo atraiga, lo rechace o le haga caminar, pudiendo transmitirle el pensamiento con más o menos dificultad; mientras que el espíritu que opera se posesiona de los órganos que dan el impulso al organismo y proceden (en el caso de posesión) sustituyéndose del todo a la acción del espíritu del médium sobre el organismo.

¿Qué se hace o dónde se halla, en tal caso, el espíritu del médium? Según la revelación espírita, envuelto en fluidos en que no puede actuar porque están bajo la dependencia de la voluntad del espíritu que opera.

La sugestión mental se explica fácilmente, puesto que el periespíritu del médium está entrelazado con el del espíritu, y entonces el médium recibe la inspiración directa del pensamiento, de tal manera, que casi ignora si es o no propia la idea que percibe, y solo cuando se trata de médiums que sienten interiormente la vibración que corresponde a la palabra articulada, conocen claramente que obedecen a un espíritu desencarnado, pero pudiendo, las más de las veces, rechazarlo si así les conviene.

Las mediumnidades de efectos físicos exigen que el espíritu pueda disponer de fluidos animalizados; si no los tiene en sí, no debemos olvidar que la acción de su voluntad, habiendo sido extensiva a tales fluidos cuando se hallaba encarnado, no hay una razón para que no pueda disponer de los que se desprenden de ciertos médiums y de los que constantemente esparce la humanidad en el ambiente; esto es aplicable a la levitación de objetos, a la tiptología y a la materialización.

La especialización que el Dr. Gibier ha podido notar en los médiums de efectos físicos y de materialización, consiste, según él, en que los fluidos que en abundancia exhalan, están en un estado pasivo que llama de materialización¹, mientras que las personas que no tienen esa mediumnidad, conservan más sus fluidos, los mantienen en estado *commaterial* (*cum-materia*). Dice:

La gran mayoría, de los seres humanos, para no hablar sino de estos, son commateriales. Pero existen individuos que, naturalmente o a consecuencia del régimen dietético que he mencionado, poseen la facultad, el poder de exteriorizar, es decir, de proyectar, de extender su fuerza anímica a una distancia más o menos alejada de su persona.

Acepto gustoso esta explicación, si bien no sigo al Dr. Gibier en la idea que parece desprenderse de la conclusión de su párrafo; es decir, que con esa fuerza producen *los médiums* los fenómenos físicos. Se ve que confunde a los médiums, que no se preparan por ningún régimen dietético, con los yoghis, que han adquirido ciertos conocimientos sobre los fluidos que someten a la acción de la

¹ Paul Gibier, *Analyse des choses*, capítulo V, pág. 157, *abmateria*, es decir fuera de la materia.

voluntad, para producir fenómenos extraordinarios en los que serían también ayudados por los invisibles. Los médiums, en general, son ignorantes; nada leen y nunca se preocupan de establecerse regímenes que desconocen, son simples instrumentos al servicio de los espíritus, sirviendo así a la gran causa del Espiritismo. No son ellos los que producen los efectos, sino espíritus que se apoderan, por la fuerza de su voluntad, de los fluidos que escapan del médium en abundancia, y que son, por una causa fisiológica cualquiera, o por una apatía espiritual, como bien lo dice el mismo Gibier, pasivos, o sea, no sujetos a la propia voluntad. De ahí que estén a merced de otra voluntad, es decir, a la de un espíritu, que por el hecho de estar libre de los lazos de la materia, tiene mayor acción sobre los fluidos y más libertad para actuar sobre ellos.

La materia, cuanto más sólida, más inerte, como ya he dicho, más pasiva y obediente a las fuerzas. Estas, como he tratado de probar, se manifiestan exclusivamente por medio de los fluidos que llamamos imponderables, y la transformación de su vibración o movimiento es lo que les da efectividad. No es, pues, tan difícil comprender que los espíritus, disponiendo de los fluidos, despliegan tanta fuerza bajo la primera impulsión de la voluntad y el pensamiento, que es un acto dinámico, como lo dice también el Dr. Gibier. Siendo esto en realidad así, como lo demuestran los hechos, sería necesario aceptarlo, aunque, por no conocer todas las leyes de la naturaleza, nos pareciese que va en contra de leyes conocidas. Sin embargo, podemos recordar que el movimiento inicial de la nebulosa, proviene directamente del Creador; que el calor es una fuerza secundaria; y que, si no puede haber en el mundo ninguna fuerza que no emane de otra, la fuerza activa y secundaria del alma es la

conversión y atesoramiento de muchas fuerzas combinadas en una elaboración que ha durado cientos de años.

Pero esas fuerzas para manifestarse, en general, exigen la presencia de médiums, y estos, si bien son virtualmente numerosos, son pocos los que llegan en realidad a serlo, pues sus facultades, con rarísimas excepciones, exigen un desarrollo previo más o menos largo.

Desarrollados los médiums, si su estado de salud es satisfactorio, la menor o mayor amplitud de los fenómenos dependerá tan solo de los fluidos afines o contrarios que predominen entre los presentes.

Además, debe tenerse bien en cuenta que, para obtener una *comunicación* sincera y moral, se requiere que los que la buscan estén deseosos de instrucción y de progreso espírita, o imbuidos del sentimiento del bien.

«No es, como dice Delanne, haciendo Espiritismo de sobremesa como se encuentran las condiciones requeridas». Es exponerse a las mistificaciones y a las bromas, a veces pesadas, de los espíritus vulgares, atraídos por acto tan poco circunspecto. Los espíritus elevados, o por lo menos sinceros e inteligentes, no se prestan a tales evocaciones, como no se prestarían los hombres de cierta importancia a servir de blanco a fútiles preguntas, ni a costear la diversión.

No diré más de las mediumnidades en general. Los detalles de cada especialidad serán comentados cuando tratemos de los fenómenos correspondientes.

CAPÍTULO IV

Fenómenos espontáneos y de origen ultraterrestre

Empezaremos por el estudio de los fenómenos espontáneos, así llamados en razón de no haber sido provocados ni conocerse, las más de las veces, los médiums de quienes se hayan podido valer los espíritus para esa clase de manifestaciones.

Las manifestaciones espontáneas no se limitan a la simple tipología, sino que se producen con una fuerza de que carecen las obtenidas en las sociedades espíritas. Los muebles caen y se arrastran, se abren las puertas y se lanzan objetos. Todo ello con tal vigor que las personas, sin el conocimiento que el Espiritismo proporciona, no pueden atribuirlo sino a individuos mal intencionados, a pesar de que no den con ellos, ni aún por medio de la intervención de la policía.

No existe probablemente, una ciudad, ni una aldea en que alguna vez no se hayan sentido ni observado tales fenómenos.

En la *Revue Spirite* de París encontramos la descripción de varios casos perfectamente constatados. En los números de mayo a

agosto (inclusive) de 1858, se refieren los fenómenos de este género observados en Bergzabern y en Dibbelsdorf. Durante ocho años en la aldea de Grandes Ventes, cerca de Dieppe (mes de marzo de 1860). En París (agosto del mismo año), en San Petersburgo (abril del mismo año), y muchos otros.

Aquí mismo, en Buenos Aires, han sido varias las casas en que se han producido estos fenómenos, pero se puede citar uno bien comprobado, me refiero a una casa de la calle de Perú, cerca de la de Chile. Allí se sentían ruidos extraordinarios y otros fenómenos que aterrorizaban a los habitantes, de tal modo, que las pocas veces que durante 15 años fue ocupada por familias, la abandonaban enseguida. Solo fue aprovechada algún tiempo por las tropas durante la guerra civil. Los ruidos han cesado desde la muerte del propietario, y la casa está actualmente habitada.

De las averiguaciones llevadas a efecto por las varias sociedades existentes en el mundo, ya evocando y consiguiendo las explicaciones de los mismos espíritus que han originado tales fenómenos, o de protectores de esas sociedades, resulta que son producidos por espíritus muy atrasados o materializados; pero bajo permiso o mejor dicho siguiendo la ley del libre albedrío que permite la venganza, aunque ella por sí misma implique una falta.

Para producir tales fenómenos se valen los espíritus de algún médium, como los que un guía de Allan Kardec clasificaba de *médiums de disposición física especial*, cuya mediumnidad anuncia, a menudo, una tendencia material en el espíritu, puesto que como sabemos, por la enseñanza y la experiencia espírita, la ley de afinidades tiene gran aplicación en lo espiritual. Cada uno atrae hacia sí los espíritus que están a su altura y participan de sus gustos y pasiones.

Los médiums, en tales casos, no se dan ninguna cuenta de que ellos prestan los principales elementos para la producción de los fenómenos y no pocas veces son ellos los más asustados. En tal caso, son las víctimas de la venganza, si bien a veces parecería que el espíritu encarnado en ellos se presta a lo que se ejecuta en otras personas.

Por lo dicho no debe creerse que no haya más que venganza en estos hechos, lo que se evidencia cuando es una familia o un individuo el perseguido, sino que también tienen lugar para dar más y más pruebas de la presencia y acción de los espíritus.

Esto explica las supersticiones de todas las épocas, sobre todo en los pueblos y aldeas, donde no existe el bullicio continuo que hace pasar desapercibidos todos los ruidos. Esa superstición está indudablemente basada en hechos, si bien reales, desfigurados o agigantados en el relato por la imaginación y el miedo. De ahí que las gentes sencillas estén siempre dispuestas a atribuir a lo sobrenatural el crujir de las maderas, los efectos del viento en las noches silenciosas y las fosforescencias luminosas en los cementerios o en las orejas de sudados caballos durante las cálidas y sombrías noches.

Podría citar muchos casos de manifestaciones espontáneas, pero solo referiré uno de los más notables por su carácter público, y otro del todo personal, cuya veracidad no podrá ser puesta en duda, a lo menos por las muchas personas que me conocen.

La historia del fanatismo católico está llena de horribles crímenes cometidos en nombre de las doctrinas de caridad y tolerancia predicadas por Jesús.

Entre estos horrores, hay uno que reviste una barbarie sin igual. Me refiero al degüello en masa de los protestantes que habitaban Francia en la noche del 24 de agosto de 1572. Más de 50.000¹ personas de ambos sexos y de todas las edades fueron alevosamente asesinadas, por encontrarse empeñadas en la regeneración de la religión transformada y explotada por el clero, que daba una prueba evidente de su culpa, hostigando a Catalina y al imbécil Carlos IX a dar la orden de tan horrendo crimen.

Pues bien, en las tres noches siguientes, se sintieron voces que repetían como ecos las producidas en los momentos aciagos de la matanza, como si ella solo hubiera tenido lugar concentrada en las calles que rodean el palacio del Louvre.

Este hecho, presenciado por muchas personas y por los oficiales de la guardia, a pesar de las prohibiciones de publicidad, ha quedado comprobado de una manera inequívoca.

Me he fijado expresamente en ese fenómeno, que no es único en su género, para tener el derecho de decir, que no está aún probado que en todo fenómeno espiritual sea necesaria la presencia de un médium. Pueden existir excepciones en que, permitiéndolo Dios, no haya menester tal vez de ellos, como en el hecho recordado que, dada su temeridad, bien merecía esa manifestación directa del mundo espiritual para demostrar su indignación.

Voy a citar otro hecho que parece providencial.

Encontrándome con la familia en mi propiedad *El Venado*, se enfermó, al parecer gravemente, mi niña, ya tan delicada por la

¹ Algunos disminuyen mucho esta cifra, pero que fuesen 10.000 o 100.000, la ferocidad y el crimen es idéntico.

enfermedad que le ha durado siete años¹. Justamente alarmado, la hice poner en cama, y creyendo que reposaba, la madre pasó al cuarto próximo y yo bajé a hacer un telegrama consultando al inteligente cuanto bondadoso y humilde hermano espiritual, que solo podía contestarme en 48 horas por hallarse su médium en esta capital.

Tal vez la contestación no iba a llegar a tiempo, tal vez mi cuidado excepcional hacia mi desgraciada hija me hacía merecedor a la conservación de su vida; no lo sé; lo cierto es que sintiendo que lloraba, subí rápidamente y supe que la mayor parte de su sufrimiento se lo ocasionaba el miedo, porque sentía fuertes golpes en su cama. Al momento la tranquilicé diciéndole que era su médico que venía a dictar los remedios de esa manera, siendo de advertir que cesaron los ruidos mientras así me expresaba; y preguntando luego si había acertado, la contestación por un golpe fuerte no se hizo esperar. Los golpes continuaron dictándome lo que debía hacer inmediatamente a la enferma. Pregunté luego si convenía enviar el telegrama, y dos golpes indicaron la negación. Todo se hizo como había sido indicado, y al día siguiente se produjo la más franca mejoría.

Ahora bien: ¿Cómo se puede explicar este hecho? ¿Era la niña el propio médium, o era mi señora? Esta tiene la mediumnidad tipológica, pero no con la fuerza que en aquel momento sentí. Por lo demás, el fenómeno requiere la imposición de las manos, y allí los golpes principiaron estando ella lejos de la cama donde tenían lugar aquellos golpes. Puedo suponer que los protectores espirituales,

¹ Debe la vida a los espíritus de *Constancia*, que después de haber sido desahuciada por los médicos, se encargaron de su medicación.

en vista de la urgencia, apuraron los fluidos de la enferma a riesgo de producirle un desequilibrio pasajero para salvarla del mayor peligro; y puedo también pensar en una manifestación de espíritus de gran elevación, que, tal vez puedan actuar en casos dados directamente sobre los fluidos o fuerzas libres del espacio sin recurrir al fluido animalizado de los médiums. Cuanto menos material el espíritu parece que menos facilidad tiene para la producción de los fenómenos físicos *por intermedio de las personas*; pero un estudio más avanzado de los hechos del Espiritismo nos demuestra que a medida que el espíritu se perfecciona, *pasando cierto límite*, ensancha el poder de su voluntad, lo que es lógico; mayor dominio debe tener que un espíritu atrasado sobre los fluidos y fuerzas generales, por cuanto se acerca a la fuente de todo poder y fuerza, a Dios.

Existe otra clase de fenómenos del género llamado espontáneo.

Muchas veces se sienten los movimientos de los muebles; parece que caen, se rompen o se arrastran, y sin embargo, cuando se entra en el cuarto donde esto tiene lugar, todo está en su sitio.

Tales ruidos simulando un hecho semejante, dudo que hayan sido obtenidos por más de unos cuatro o cinco médiums notables de los que hasta el presente conoce el Espiritismo.

Sin embargo, se ha observado a menudo el fenómeno, en todas las épocas y en diversos puntos de la tierra. Solo citaré dos casos.

Como presidente del *Centro de Propaganda*¹, recibí, no ha mucho, una carta de un caballero residente en San Juan, de la cual tomaré lo siguiente:

¹ *Constancia*, la asociación espiritista, fundó el *Centro de Propaganda* a iniciativa del propio Senillosa. Se trataba de un órgano divulgativo con tareas tales como

Tengo 33 años y desde niño he oído ruidos extraños, de los que no encontraba explicación alguna, hasta que he empezado, hace poco, a conocer el Espiritismo. Hallándome en Chile, contaba yo apenas 14 años cuando murió una tía mía a algunos kilómetros de nuestra residencia. El mismo día del fallecimiento, en las primeras horas de la noche, estando reunida toda la familia y algunos amigos, en momentos de religioso silencio, porque mi padre, ya anciano, después de pronunciar algunas palabras de cariño para su hermana, había dejado correr sus lágrimas, se oye que la llave de la puerta que daba al zaguán exterior giraba y se corrían los pasadores por un poder invisible, abriéndose la puerta de par en par.

Se miraron todos con inquietud, y un momento después las visitas se retiraron asustadas.

Cuando nos hubimos acostado, mis hermanos y yo sentimos el ruido de unos pasos cortos y el roce de un vestido sobre la alfombra de la habitación. Estos pasos iban y venían hasta la puerta del dormitorio donde se hallaban mis padres. En ese dormitorio había luz y los pasos se detenían ante aquella puerta, como si hubiera vacilación en penetrar allí.

En nuestro gran dormitorio había dos mesas llenas de adornos. Los pasos se detuvieron, y sentimos movimientos de esas mesas y su contenido; luego pareció que una de ellas se destrozaba, y que sus pedazos caían esparcidos por toda la habitación, juntamente con el ruido de las porcelanas que se rompían. Enseguida los pasos se dirigieron a la otra mesa, sucediendo lo mismo.

Mi hermano mayor exclamó entonces: «¡Qué demonios! ¿Hasta cuándo nos fastidiará la tía?» Cesaron entonces los ruidos en nuestra habitación; pero oímos los gritos angustiosos de mi hermana. «Mamá, mamá, decía: ¿no siente que mi tía viene a mi cama? La

siento, se detiene junto a mí». Mi madre contestaba: «Hija yo no siento nada; es ilusión tuya; tenemos luz y nada se ve; pero si tienes miedo, será por la disputa que hace pocos días tuviste con la tía». Entonces mi hermana hizo el propósito de perdonarla, cesando después toda manifestación.

Al día siguiente supimos que mi madre nada había sentido del estrépito movido en nuestro cuarto, y vimos con extrañeza las mesas y su contenido en perfecto estado.

En este caso; *parece que el médium fuese la misma persona que nos ha escrito*, puesto que desde niño ha sentido manifestaciones. Pero, seguros estamos de que, en caso de pertenecer a una sociedad espírita seria, no darían sus fluidos para tanto; es probable que los buenos espíritus evitarían el movimiento excesivo de ellos antes de obtener el desarrollo paulatino de la mediumnidad. Para ser ésta ejercida continuamente, exige que el ser recupere con facilidad los fluidos que proporciona; siendo de advertir que tienen que sufrir una transformación en el organismo, lo cual exige más o menos tiempo, según el grado de desarrollo mediúmnico.

En cuanto a mí, puedo decir que no me han faltado hechos que observar; entre ellos, citaré el que tuvo lugar durante algunos meses en la casa paterna, después del fallecimiento de un miembro de la familia. Parecía que todos los muebles se rompían, había verdadero estrépito y sin embargo, nada se movía en realidad.

Como se ve, abundan estos fenómenos, que son, no obstante, de difícil producción en las sociedades espiritistas, lo que a primera vista no encuentra explicación. En verdad, parece lógico suponer que lo contrario debiera tener lugar. ¿Cómo se explica esta aparente contradicción? La mediumnidad exige un desarrollo paulatino y prudente, a fin de mantener el equilibrio de los fluidos

en el médium que, para serlo definitivamente de materializaciones, o tan solo de efectos físicos¹, debe convertirse en una especie de acumulador del fluido vital, es decir de su concentración y expansión continua.

En definitiva, se comprende que, si en las sociedades espíritas no se obtienen con facilidad fenómenos extraordinarios de efectos físicos, es porque los buenos guías de las mismas atienden ante todo a la conservación de la salud de los médiums, y proceden con la prudencia que cada caso exige.

Sin embargo, hay excepciones, como en el extraordinario caso inserto en el *Globe* de Boston², a finales de octubre de 1883.

Una casa en Sandwich, Massachusetts, ha sido el teatro donde se ha observado uno de los más sorprendentes fenómenos de que tengamos memoria.

Ocupaban la casa la Sra. Carlota Sampson, de cerca de sesenta años, la señora Elisa Connors de veinticuatro años, y el Sr. Swift, hermano de la señora Sampson.

Ambas señoras profesaban la religión cuáquera. La señora Connors era sumamente afable con su simpático e ingenuo modo, y evidentemente una de esas naturalezas que ningún pensamiento es capaz de perturbar y solo se dedicaba a seguir sin hipocresía los puros dictámenes de su fe.

Era admirable la paciencia y resignación con que soportaba las molestias de su larga enfermedad, en medio de su difícil posición. Según el despacho dirigido al reportero del *Globe*, la señora Connors había conocido que, inválida e impotente por largo tiempo,

¹ Nótese bien que no menciono los médiums de posesión.

² De la revista *Constancia*, año 1884, pág. 429.

su caso era considerado como perdido por los diversos médicos llamados para aliviarla.

Según su propio testimonio, hacía ya mucho tiempo que no abandonaba el lecho y estaba imposibilitada de hacer el más pequeño servicio.

La primera señal que le dio a conocer la intervención de una potencia oculta, acaeció del modo siguiente:

La señora Sampson colocó un día en el aposento de la enferma las sábanas o lencería que necesitaba para mudarse, puesto todo sobre una silla, y habiéndosele olvidado alguna cosa volvió a la pieza contigua.

Un minuto después fue alarmada por un angustioso grito que salía del aposento ocupado por la enferma.

Corrió precipitadamente, y encontró la pieza en un pintoresco desorden y la tullida en un estado extraordinario de excitación nerviosa. Una sola mirada le bastó para convencerse que la lencería estaba colocada como había tenido la intención de hacerlo, que las ropas usadas estaban esparcidas por el suelo y la enferma se encontraba provista de las limpias.

La enferma no supo dar ninguna razón, asegurando que el cambio se había operado instantáneamente, y solo recordaba que había sentido su cuerpo como ascendido hacia el techo.

Al principio, este método especial para cambiar la ropa de la enferma impresionó bastante, tanto a la enferma como a la señora sana; a pesar de lo cual pronto se acostumbraron y llegó a resultarles natural. Bastaba colocar la ropa cerca del lecho y el cambio se operaba sin necesidad de ayuda material.

Esta manifestación fue seguida de otras de diferente carácter. De tiempo en tiempo se encontraban cartas escritas en la casa, ya en pequeños pedazos de papel, ya en sobres viejos, etcétera. También

se hallaron en el pavimento sobre una silla, junto a las puertas, pedazos de paño asegurados con alfileres u otras cosas diversas.

La mayor parte de estas manifestaciones figuraban venir de un médico francés que firmaba como De Fullkner, y resultaba de ellas mismas que el citado doctor tenía a la enferma bajo su protección, avisándole siempre por medio de escritos, que si hubiera seguido sus instrucciones respecto de los remedios habría dejado pronto de tener que guardar cama. Durante un largo período de tiempo, a intervalos regulares, un poder invisible desconocido le administraba la medicina poniéndosela en su boca.

–No habría podido, dice, aun queriendo, negarse a recibirla.

Era así como curaba a la enferma en presencia del Dr. Hobart, de esta ciudad.

Un día encontró un papel escrito que decía: «La señora sufre un absceso; tal día a tal hora llegará ese absceso a un grado de supuración necesaria y saldrá fuera, esto será su salvación; téngase pronto para ese momento un vaso de agua, un huevo y un pedazo de limón, cuando el agua tome un color perla, será el momento de dársela a la enferma».

En dicho día se encontraban presentes las dos señoras y el Dr. Hobart; todos estaban mirando atentamente los objetos presentes colocados sobre una pequeña mesa cerca del lecho de la enferma, y en un momento dado, más pronto que lo que los ojos podían seguir, desapareció el huevo y el limón, y el agua tomó el indicado color perla.

Esto es lo sucedido y tres testigos están prontos a afirmarlo, si no es bastante la prueba de que la señora Connors ha abandonado el lecho y se encuentra completamente sana.

Hechos como el que acabo de relatar, aunque no frecuentes, no dejan de producirse de tanto en tanto. Ellos dan testimonio irrecusable de las fuerzas de que disponen los espíritus, fuerzas que

actúan bajo la acción de la voluntad, como se ha explicado en el capítulo anterior.

Decir que estos fenómenos no son posibles porque van contra leyes conocidas de la materia, es un absurdo porque el hombre está lejos de conocer todas las leyes de la naturaleza. Lo que una fuerza promueve otra puede destruirlo. Así vemos que la impulsión dada a la bala por la fuerza expansiva de la pólvora, al cambiar de estado, vence la resistencia del aire y la atracción de la tierra en el primer momento del movimiento, siguiendo luego la resultante de las tres fuerzas. Si una fuerza se manifiesta en la materia que produce lo que llamamos la pesantez, y esa fuerza nos es desconocida ¿qué dificultad puede oponerse a que otra fuerza igualmente desconocida la anule o contraríe momentáneamente, como en el caso de la bala? Por lo demás, el fenómeno obedece necesariamente a fuerzas que pueden llamarse desconocidas, si se quiere, pero que no anulan en manera alguna la prueba decisiva del hecho consumado.

Las mayores fuerzas desplegadas por los espíritus, con *relación a la materia*, son producidas, según lo afirman los espíritus que acusan un alto grado de adelanto, por espíritus rudimentarios, groseros, que al desencarnar, arrastran por afinidad todos los fluidos que animaban al organismo, o bien por las ideas materialistas que los dominan. Por afinidad también atraen hacia sí los fluidos animalizados de que la atmósfera está cargada. Así, bajo la acción del pensamiento, algunos de esos espíritus toman formas que los videntes podrían distinguir. Y llega a tanto, a veces, su ignorancia, que encontrándose así revestidos de poder, creen que lanzan las piedras con sus miembros fluídicos o que con ellos golpean, cuando en realidad todo se ejecuta por la voluntad, a la cual están sujetos los fluidos.

CAPÍTULO V

Fenómenos físicos que se producen con intervención de los médiums y que muestran la presencia de inteligencias invisibles

La tiptología fue al principio del Espiritismo el único medio de comunicación practicado por los espiritistas. Pero la observación demostró que muchas personas obtenían el movimiento de las mesas, mientras la tiptología se producía con menos frecuencia. De ahí que se conviniese en que los movimientos de la mesa indicarían, al par de los golpes, por su número, las letras del alfabeto, obteniendo así, aunque lentamente, frases y aún discursos.

Posteriormente se adoptó un alfabeto en forma de triángulo sobre los *trípodes*, dando a las letras más usuales una colocación preferente, para evitar muchos movimientos o golpes. Con esta innovación, las comunicaciones fueron menos lentas. Eugène Nus y sus amigos, obtuvieron así una serie interesante de comunicaciones, que pueden leerse en su obra *Choses de l'autre monde*.

Este medio de comunicación no puede naturalmente

compararse en rapidez con el que se obtiene por los médiums de posesión; pero tiene en su favor el ser menos sospechoso.

Verdad es que se ha supuesto que los mismos médiums movían las mesas y se ha creído que podían simular la tiptología, pero también es cierto que estas dudas se acentúan cuando se oye hablar al médium en posesión o escribir lo que recibe por la intuición, mientras que con la tiptología no cabe poner en duda la existencia de una inteligencia que no es la del médium, puesto que les es fácil a los espíritus en breves palabras contestar *al pensamiento* de los presentes, dar un número de golpes mentalmente fijados por estos y comunicar en idiomas desconocidos del médium.

No contentos aun con esto, y deseando asegurar mejor la independencia del médium, los primeros espiritistas imaginaron diversos medios de comunicación, basados siempre en la mediumidad de efectos físicos, sin que hasta el presente se haya obtenido un resultado realmente satisfactorio.

En Estados Unidos se usó durante algún tiempo una aguja, que puesta en movimiento por medio de un hilo y de una polea, designaba las letras marcadas en la mesa. Con esto se aceleró el trabajo, pero se acrecentó la duda y fue necesario abandonarlo.

Madame de Girardin obtuvo numerosas comunicaciones valiéndose de un velador, de treinta a cuarenta centímetros de diámetro, girando sobre su eje a manera de ruleta. Sobre la circunferencia estaban trazadas como sobre un cuadrante, las letras, los números y las palabras *sí* y *no*, y en el centro se había adaptado una aguja fija. El médium colocaba sus manos sobre el borde de la superficie movable, y bajo la influencia del espíritu, hacía girar el

velador, que se detenía cuando la letra deseada estaba debajo de la aguja.

Pero como las manos tienen que seguir el movimiento de la mesa, si la tiptología puede ser sospechosa, más aún puede serlo este método. Si se obtuviese un movimiento independiente, sería el fenómeno más concluyente de que dispondría el Espiritismo; y esto sería posible, nos parece, si varios médiums cuyos fluidos estuviesen armonizados, emprendiesen la tarea con la requerida constancia.

En la esperanza de conseguirlo, en la Sociedad *Constancia* propuse, y fue aceptado, otro mecanismo muy sencillo que deja la movilidad tan solo a la aguja, a fin de suprimir el demasiado roce y facilitar el movimiento independiente. Consultados los guías¹, aconsejaron que se ensayase y designaron cinco médiums que, reunidos alrededor de la mesa, debían operar durante cinco minutos en cada sesión. Esto tuvo lugar durante algunas sesiones hasta obtener el movimiento; pero ha faltado constancia, y este procedimiento, que, según el guía, si hubiera tenido éxito, sería de gran provecho para la causa, ha quedado en los preliminares del ensayo.

Efectivamente, por este medio se habría demostrado que los médiums solo tienen en los fenómenos espíritas una parte puramente automática o de fuerza, y que sería necesario buscar fuera del mundo material a las inteligencias dotadas de voluntad y poder que obrarían sobre la aguja. Su fuerza probativa solo podría, pues, ser comparada con la de la escritura directa, y aún le sería superior, porque se produciría en presencia de todos.

¹ Toda sociedad espírita tiene sus guías, que la dirigen.

Mientras tanto, la tiptología es más conveniente que los movimientos de la mesa. Por medio de ella obtuve yo la primera comunicación del espíritu de la que fue mi madre. Sucedió el hecho en París, siendo el médium Delaborne, que me encontró por primera vez y no conocía el español, a pesar de lo cual la comunicación fue en este idioma. Relataré el hecho con sus incidentes.

Estábamos solos el médium y yo; él tenía sus dos manos sobre el trípode y yo mi izquierda; apoyaba mi derecha en otra mesita en la que había papel y lápiz. Empezó la tiptología con mucha rapidez. Para que no dudase de la identidad del espíritu, me dio su nombre, y el de mi padre, y la fecha de su muerte material. Esto pude leerlo; pero cuando empezó la comunicación y quise hacer otro tanto, un repiqueteo de golpes se sintió en la mesa. Pregunté al médium lo que aquello podría significar; su contestación fue que, al parecer, se deseaba que no leyese. Me propuse obedecer la indicación pensando al momento que de esa manera se garantizaría más la verdad de la comunicación ultraterrestre de la que todavía no estaba del todo convencido. Pero aún en el caso de que hubiera intentado leer, no me hubiera sido posible sin perder las indicaciones tiptológicas, pues apenas colocaba una letra, ya continuaban los golpes que debía atender y contar, siguiendo las letras con la vista para darme cuenta de la indicada. De esta forma de operar resultó que las letras seguían en el papel sin interrupción, es decir, sin separación de palabras, lo que dificultó un poco la lectura, debido a que, tal vez ex profeso, en las primeras había dos o tres letras que no correspondían.

¿Quién dictaba aquellas palabras cariñosas? Una inteligencia estaba allí presente, aunque invisible. No me era posible entonces

formarme una idea de los medios de que podían valerse los espíritus para producir los fenómenos, pero forzoso era pensar en otra inteligencia que la del médium o la mía, puesto que aquél no me conocía ni conocía el idioma con el que se daba la comunicación; y en cuanto a mí, ya lo he dicho, no sabía lo que escribía.

Con otra médium, la señorita Hué, puede presenciar la levitación de una mesa de salón, de poco más de un metro de largo y de pesado pie. Estaban presentes la señora de Poblain, el señor Delacroix (médium vidente) y otro caballero cuyo nombre no recuerdo. Era mi primera visita en aquella casa, recomendado por el Sr. Leymarie. Poco después de sentarnos alrededor de la mesa, el Sr. Delacroix dijo que estaba presente el espíritu de Delaage, fallecido hacía algunos meses. Entonces la médium exclamó: «¡Ah! Él, a quien tanto gustaba de la levitación de las mesas... a ver ahora, Henry, si podéis levantarla». Se levantó entonces, muy pausadamente el mueble, hasta unos sesenta centímetros, obligándonos a ponernos de pie para seguirlo. Yo observaba con atención. Veía muy claramente que las manos estaban por completo sobre la mesa y pude agacharme lo suficiente para asegurarme de que no había nada sospechoso por debajo. «A ver, a ver, otra vez», dijo animosamente la médium, y se repitió así el mismo movimiento tres veces consecutivas. Luego el espíritu dictó algo por medio de la tiptología que daba explicación sobre las impresiones que había recibido al entrar en el mundo espiritual.

Por último, fui a casa de otra señora, médium de tiptología, siempre recomendado por el Sr. Leymarie, y obtuve una comunicación del mismo espíritu de Delaage en quien pensaba. Que me ofreció, tal como deseaba, la explicación de un punto que yo no comprendía de su obra *Science du Vrai*.

Aparte de los movimientos de las mesas y la tiptología, destinados puramente a la comunicación, se producen otros fenómenos más extraordinarios, por las fuerzas desplegadas, que la mayoría de las veces no demuestran la existencia de inteligencias desencarnadas; otras se producen a petición, ya oral o mentalmente, de los experimentadores lo cual les asigna un lugar en este capítulo.

El Dr. Gibier¹ dice que con el médium Slade consiguió que una silla, *a petición suya*, fuese lanzada como movida por un resorte a un metro y medio de altura, lo cual se ha repetido, pudiendo garantizar que tales efectos no podían en manera alguna atribuirse a mecanismos ocultos, dadas las precauciones previamente tomadas.

En el *New Zeland Times*² encontramos lo siguiente:

Hará solamente dieciocho meses desde que la propaganda empezó. En marzo de 1883 notaron que al colocar la niña Berta un dedo sobre una silla o una mesa, se ponían estos objetos en movimiento y recorrían el aposento. La familia no tenía el menor conocimiento de Espiritismo, y no podía darse cuenta del poder extraordinario que la niña poseía. No pasó mucho tiempo sin que el Sr. Nation descubriera que los movimientos se producían bajo la dirección de una fuerza inteligente independiente de la mente y de la voluntad de Berta ni de ninguno de los allí presentes. Conociendo esto interrogó a la inteligencia que operaba y obtuvo resultados muy satisfactorios.

Una noche, dice Mr. Nation, la mesa se elevó del suelo con nuestras manos sobre ella dándose la vuelta sobre sí misma. Esa misma noche dije yo: «Si me escondo en la oscuridad, ¿podrá la mesa encontrarme?» Afirmó que sí por tres golpes, y me salí en silencio del

¹ *Le Spiritisme, Faquirisme Occidental*, año 1887, pág. 328.

² Tomado de *Constancia*, revista espiritista de Buenos Aires, año 1874 pág. 729.

comedor a la sala, en donde me acurruqué detrás de un sillón, en un rincón. Habiendo esperado, supongo unos cinco minutos, Berta dijo: «Busca a papá». Inmediatamente la mesa se puso en movimiento; atravesando el comedor cruzó el vestíbulo y entró a la sala, yendo directa al sillón, colocando los tres pies sobre e respaldo del sillón, como si quisiera decir «estás detrás del sillón». Este incidente intrigó mucho a todos los de la casa. Habiendo descubierto una inteligencia, seguimos haciéndole muchas preguntas, y a menudo nos admiraron las contestaciones, muchas de las cuales se referían a acontecimientos sucedidos hacía muchos años. Temiendo hubiese por nuestra parte alguna ilusión o influjo málévolo extraño, cesamos estas averiguaciones.

Sin embargo, un día, mientras los niños estaban sentados alrededor de una mesa redonda preparando sus lecciones, el costado en donde Berta estaba sentada de repente se levantó, y los demás le dijeron a ella que no lo hiciera. «No soy yo», contestó Berta. «Yo no lo puedo impedir». Comprendí cual era la causa, y dije: «Pon tu barba sobre la mesa». Así lo hizo; inmediatamente la mesa se levantó como antes. Entonces nos decidimos a investigar en todos sus detalles los fenómenos, y Berta, teniendo una pluma en la mano, escribió una noche la palabra *Amy*. Enseguida obtuvo una comunicación interesante. Las demás criaturas empezaron a dar pruebas de mediumnidad escritora, y las sometí a algunas pruebas difíciles.

Una noche vendé los ojos a Berta para averiguar si inconscientemente guiaba su pluma, pero aun así escribió las líneas perfectamente paralelas unas con otras, tan bien como teniendo la vista libre. Notando que alguna que otra *i* carecía de punto, y lo mismo de cruz alguna *t*, llamé la atención hacia este defectillo, y la mano de Berta instantáneamente fue llevada a corregir estos defectos. También, estando vendada, copió algunas líneas de un libro

al que yo le había dado la vuelta, y que ni aun con sus ojos descubiertos hubiera podido ver. Esto nos asombró todavía más; pero desde entonces, vendados los ojos, ha hecho descripción de pinturas, escrito números en la pizarra y hecho las sumas, y jugado a O y X tan bien como cualquiera de la familia. Esto lo han visto muchos visitantes. Si preguntamos cuál es el poder que influye en Berta para que haga esto, la contestación es: «Amy», y este Amy dice ser su espíritu guía.

Nation concluye su relato diciendo:

Hay testigos de todos los fenómenos que acabo de describir, y desafío a cualquiera a que me pruebe lo contrario.

El Sr. Home, el más célebre médium, más de una vez fue levantado sin apoyo visible hasta el techo de las habitaciones, y dejaba allí una prueba del hecho por medio de un escrito cualquiera ejecutado a lápiz. Por lo demás, estas levitaciones han sido presenciadas por personas que merecen toda fe, pertenecientes a las altas clases sociales.

El médium Eglinton ha sido también elevado algunas veces. Según la revista *Constancia*, en el número 13 del *Banner of Light* de 21 de diciembre de 1878, se dice lo siguiente:

El Sr Eglinton ha sido elevado delante de siete testigos. Se hallaba en éxtasis y se levantó perpendicularmente hasta el cielo raso; bajó y volvió a elevarse, tomando una posición horizontal, y se acercó hasta siete pulgadas del gas que estaba a media luz, poniendo las palmas de sus manos ante sus ojos como para guarecerlos de su acción. Todos pudimos verlo claramente, y notamos que se hallaba en estado sonambúlico. Él dice que esta es la vez primera que ha sido visto flotar a la luz, y yo considero este hecho un gran triunfo obtenido contra los escépticos.

En siete u ocho ocasiones nos ha comprobado que flotaba por el aire hasta la altura del cielo raso, pero como esto siempre sucedía en la oscuridad, esa circunstancia militaba contra nosotros, aun cuando nos hallásemos en una posición de poder lógicamente argüir que el hecho era positivo. Cuando se elevaba en la oscuridad, por lo regular se hallaba despierto y nos hablaba; los que estaban sentados a uno y otro lado, cuando el médium ascendía, tenían que subir a las sillas, y por último sobre la mesa; algunas veces tuvieron que soltarle las manos. Golpeaba el cielo raso con las manos y con los botines, y una o dos veces escribió una palabra, o hizo una señal que yo le indiqué y que se me ocurrió en aquel momento; las palabras están todavía en mi cielo raso. Hemos sentido el contacto de su calzado con nuestras cabezas mientras recorría el círculo que formábamos, pero con suavidad, mientras que Eglinton seguía hablándonos. Hugo Fisher (un médium particular) ha sido elevado en el aire varias veces del mismo modo, y ha escrito su nombre en mi cielo raso.

Eglinton ha sido elevado en otra casa particular, y la señora en cuyo aposento se hizo la sesión fue elevada al mismo tiempo, siendo ella también médium. Como en la oscuridad no tenemos más sentido que el dedo y el tacto, las gentes creen que nos hemos dejado engañar; pero la escritura permanece todavía en el cielo raso, y la elevación a la luz, con siete personas por testigos, nos dan la mejor parte del argumento.

La levitación es una prueba más de lo que he sostenido en el capítulo I de la primera parte; que la atracción o la gravedad no es grande sino con relación a nuestras fuerzas.

El Sr. Crookes, como es sabido, experimentó algunos años con el médium Home, y comprobó lo que llamó fuerza psíquica,

considerándola durante algún tiempo como la única causa inconsciente de los fenómenos.

Sus experimentos le demostraron *la existencia de una fuerza asociada de una manera aún inexplicada al organismo humano, fuerza por la cual un aumento de peso puede agregarse a cuerpos sólidos sin contacto efectivo.*

En el caso de Home, este poder varía enormemente, y de un momento a otro; en algunas ocasiones esta fuerza no puede revelarse por mis aparatos, durante una hora o más aún, y después, de pronto, reaparece con una gran energía. Ella es capaz de obrar a una cierta distancia de Home (no es raro que esta sea hasta de dos y tres pies), pero siempre es más poderosa cerca de él.

En la firme convicción en que me encontraba en que un género de fuerza no podía manifestarse sin el gasto correspondiente de otro género de fuerza, he buscado inútilmente durante mucho tiempo la naturaleza de la fuerza o del poder empleado para producir esos resultados.

Pero ahora que he podido observar por más tiempo a Home, creo descubrir lo que esta fuerza física emplea para desarrollarse. Sirviéndome de los términos, fuerza vital, energía nerviosa, sé que empleo palabras que, para muchos investigadores, se prestan a diferentes significaciones; pero después de haber sido testigo del penoso estado de abatimiento nervioso en el cual algunas de estas experiencias han dejado a Home, después de haberlo visto en un desfallecimiento casi completo, tendido sobre el pavimento, pálido y sin voz, apenas puedo dudar que la emisión de la fuerza psíquica no esté acompañada de un agotamiento correspondiente de la fuerza vital.

Esta es la fuerza de que se valen los espíritus, aumentándola con los fluidos afines que se encuentran en estado libre en el espacio.

Siendo esto así; ¿por qué, se dirá, los más de los médiums de materialización, exigen la oscuridad o por lo menos una media luz? La contestación está implícita en las siguientes palabras de Sir William Crookes:

Debe pues comprenderse que, igual que en las experiencias científicas, estas indagaciones exigen un perfecto acuerdo con las condiciones en que las fuerzas se desarrollan.

Así como en las experiencias con la electricidad por frotación, es una condición indispensable que la atmósfera no esté muy cargada de humedad y que ningún cuerpo conductor toque al instrumento mientras la fuerza se engendra, así también la producción de la fuerza psíquica exige ciertas condiciones sin las cuales el éxito es muy dudoso. Llamo especialmente la atención de los observadores sobre este punto, porque algunas veces se han hecho objeciones a la verdad de la existencia de la fuerza psíquica por el hecho de no desarrollarse bajo condiciones arbitrariamente impuestas. Mientras tanto, los mismos que tan exigentes se muestran, no aceptarían las que pudieran imponérseles para la producción de ciertos experimentos científicos.

Pero puedo agregar que las condiciones requeridas son poco numerosas, y que de ningún modo imposibilitan la más perfecta observación dentro del método más exacto y riguroso.

No hace muchos años que el *Chicago Times*, diario político, insertaba en sus columnas que durante algunas semanas, el célebre médium Jesse Shepard había dado sesiones en casa del Sr. Bromwell, Wert, Randolphe Street, núm. 464, en presencia de personas instruidas.

Más de un lector espiritista sospechará ya de qué clase de fenómenos se trata, pues el referido médium es muy conocido. Las

sesiones que con su auxilio tuvieron lugar ante la Corte Imperial en San Petersburgo, en 1869, en presencia de Napoleón y personajes de la casa del Emperador, y poco después, en Alemania, donde fue muy apreciado por la nobleza, le han conquistado un nombre entre los médiums más notables. Dice el *Chicago Times*:

Una de las sesiones fue sobresaliente. Puede decirse que la concurrencia presenciaba un concierto de música del mundo espiritual. Asimismo, se produjeron muchas manifestaciones físicas, y aunque la sala estaba llena de gente, todas las partes del programa fueron coronadas por el más completo éxito.

La música no se parecía en nada a la que se oye ordinariamente en los conciertos, aun del orden más elevado; en ciertos momentos los sonidos son de una gran delicadeza y se afinan tanto que llega un momento en que no son más que la sombra de una vibración musical, para emplear un término expresivo.

Pero el canto maravilloso de Sontag, y de Lablache, el célebre bajo, fueron lo que muy bien puede llamarse la parte más culminante y atrayente de la *soirée*. El acompañamiento en el piano de esta magnífica producción tuvo lugar por el espíritu de Meyerbeer; los efluvios musicales que se escapaban del piano hacían tanto efecto que parecía una gran orquesta.

Cuando Piatt, el más severo de todos los críticos, oyó estos cantos en su propia casa en Washington, declaró en la mañana del día siguiente en el diario la *Capital*, que tanto el bajo como la soprano como la soprano eran *sobrenaturales*.

Cuando se ha escuchado una semejante vocalización saliendo de la garganta de un solo individuo, debe decirse que el juicio de los críticos del Este no es exagerado. En cuanto a la célebre Sontag, se ha podido notar ciertos efectos absolutamente originales, entre otros, el siguiente: algunas veces, cuando se esperaba ver al médium detenerse al llegar a su mayor fuerza de voz, de pronto, y sin

esfuerzo de respiración, el *re* agudo era acometido y sostenido plenamente durante cuarenta segundos. Sin esfuerzo aparente y con una fuerza de sonido que la más célebre *prima donna* no ha podido jamás igualar. Después como para provocar los efectos producidos por la fatiga, las maravillosas notas bajas de Lablache volvían a tomar el aire en *la* menor, manteniendo esta nota más de medio minuto con una fuerza que hacía vibrar la sala; las conmovedoras entonaciones no fueron sobrepasadas por el mismo eminente bajo, cuando él vivía, y su voz incomparable llenaba el inmenso teatro de san Carlos.

Otro rasgo curioso del canto de la Sontag son los trinos o gorjeos. Estos los hace, la mayor parte del tiempo, por cadencia cromáticas de A en el registro medio hasta la altura de G (de *la* a *do* agudo); la entonación y la expresión mantienen encantados a los asistentes. Shepard es, sin contradicción, la persona mejor dotada; conocida del público cada una de sus facultades, sería más que suficiente para hacer su nombre célebre en el mundo entero.

No solo las voces de los espíritus nombrados se oyen en las sesiones conciertos de Shepard, sino diversas voces que parecen salir de diferentes puntos del salón.

Lo más admirable es que Shepard no solo da de preferencia sus sesiones en la oscuridad, sino también a plena luz, y tiene tal seguridad en sus facultades y en los espíritus que lo asisten, que hasta en las iglesias protestantes se ha prestado a producir los fenómenos.

Últimamente el Reverendo Dr. Kallo, pastor del Metropolitan Temple, habló en los siguientes términos de Shepard¹:

Los que han oído la espléndida ejecución vocal e instrumental de la noche del lunes, bajo el patrocinio de esta congregación, están

¹ Referido en la revista *Constancia*.

acordes en decir, *que es el más grande fenómeno musical de este siglo.*

Shepard ha cantado en presencia de muchas testas coronadas de Europa, ha sido sometido a la crítica de los artistas musicales de mayor renombre, y estos reconocen unánimemente que es un prodigio, una maravilla, un fenómeno hasta aquí desconocido. Shepard ha sabido cautivar la atención de los senadores y de los miembros del Congreso de Washington, ha puesto a diarios como el *Nueva York Herald*, *el Times*, *la Tribune*, en el caso forzoso de que confesaran la grandeza y variedad de sus fenómenos. Si algunos son escépticos todavía, que vayan al templo el martes a la tarde para oír y juzgar por sí mismos.

Aún más, según lo declara el diario *La Lumiere*: Shepard no solo reproduce las obras que los espíritus que le influyen han dejado escritas, sino también producciones absolutamente nuevas. Palabras y música, todo se crea al mismo tiempo, y se desgrana como perlas sonoras bajo los dedos del médium, o corre como olas rítmicas en pensamientos profundos.

Estos fenómenos que, más o menos acentuados, pueden ser presenciados por todos, puesto que no faltan médiums en ninguna nación, en ninguna ciudad ni aldea, bastan para convencer de la existencia de inteligencias de ultratumba. Pero la curiosidad humana no se satisface con ello y desea saber cómo se producen. La ciencia materialista suele rehusarles el crédito, por cuanto se dice chocan con las leyes naturales a que están sujetos los fenómenos físicos. No debe extrañarse esto, por lo menos no lo extraño yo, pues me ha costado mucho aceptar la presencia de espíritus capaces de actuar de tal manera, desplegando semejantes fuerzas. ¿Cómo pueden hacer vibrar el aire para producir la tiptología? ¿cómo pueden levantar pesos en que el hombre más robusto se

encontraría en dificultad? ¿cómo, en fin, hacer cantar a una persona y tocar el piano a la vez con precisión admirable? Esto es lo que difícilmente se puede concebir si solo nos atenemos a los conocimientos corrientes; pero que se vislumbra ya, después de haber recorrido el primer libro de esta obra.

Es necesario convencernos de que estamos en el abc de la ciencia; que no conocemos más que las leyes más visibles de la naturaleza, como demuestra la misma realidad de estos fenómenos, aun cuando no se les reconozca su origen espiritual. Es necesario estudiar mejor las fuerzas y considerar a la materia en su verdadero valor para comprender que no son tan grandes los conocimientos conquistados como lo supone la vanidad humana. Es necesario arrancar de nuestra mente la idea fija que se arraiga con el estudio de la ciencia actual en cuanto a la materialidad de todos los fenómenos, para libertar nuestro espíritu de la preocupación y penetrar más allá en busca de la verdad.

Desgraciadamente, no podemos en el lenguaje humano, transmitir el conjunto de las ideas que se relacionan para comprender un hecho de carácter complejo en cuanto a sus causas determinantes. Es necesario, como en los diversos ramos de las ciencias, ir paulatinamente de lo sencillo a lo complejo; pero en los conocimientos que abarca esta obra, es imposible hacerlo así. Al abordar la parte filosófica podremos ocuparnos en descubrir la primera fuerza que las origina todas, de la cual todo dimana y depende. Entonces podremos comprender algo de cómo los espíritus pueden desplegar tales fuerzas, sirviéndonos al mismo tiempo los hechos por ellos producidos, a la par de todos los conocimientos acumulados en esta obra, para encontrar esa primera fuerza.

Si la voluntad divina es la fuerza única, la fuerza primera, la voluntad de nuestro propio espíritu, *creado a su imagen*, aunque infinitamente pequeño y solo perfectible sin poder llegar jamás a la perfección de Dios, la voluntad que nos es concedida, tiene que ser una fuerza capaz de actuar sobre ciertos fluidos con más o menos poder, según el adelanto espiritual alcanzado, para producir en ellos las vibraciones y movimientos que son los que en definitiva les constituye en lo que llamamos fuerzas.

Ya he demostrado cómo opera la voluntad, expresión genuina del espíritu en los actos del hombre, he explicado, al hablar del magnetismo, cómo opera esa fuerza sobre otras personas. Ahora, aplicando esos conocimientos a los fenómenos espíritas, podrán ser comprendidos hasta cierto punto. Es siempre la misma teoría, la misma explicación. El espíritu, al querer producir algo, pone en acción al periespíritu y atrae hasta sí los fluidos *animalizados* del médium, fluidos idénticos a los que manejaba cuando se encontraba en la vida material, con la gran ventaja de que en el estado actual los maneja con entera libertad. Con ellos compenetra las mesas en que se experimenta, y a continuación les impone el movimiento que desea, venciendo con mayor facilidad la gravedad, o sea la atracción, que cuando era hombre; porque en este caso, tenía que valerse de órganos materiales cuyo movimiento gasta gran parte de la fuerza fluídica desplegada por la voluntad en el organismo.

No os asombréis, recorred con paciencia, si no lo habéis hecho, la primera parte del primer libro¹, y os convenceréis que ni la inercia de los cuerpos, ni la gravedad, ni la cohesión son tan grandes

¹ Del Tomo Primero de *Concordancia del Espiritismo con la Ciencia*.

como las suponemos; y, en fin, que las fuerzas se manifiestan en los fluidos imponderables.

La tiptología la producen los espíritus, según su propia declaración, de la siguiente manera: estando la mesa compenetrada de fluidos obedientes a la voluntad del espíritu, les es fácil hacer vibrar la madera en el punto en que dirigen un choque fluídico por un simple acto de la voluntad. Pero lo que no pueden explicarnos, es la diversidad de fluidos mediúmnicos, los unos aptos para este fenómeno, otros para el movimiento y levitación de objetos, otros para producir acción sobre el propio médium, dependiendo esto de su organización, de su pasado, y de las afinidades con los espíritus que le asistan, como en el caso de Shepard.

Preguntando Allan Kardec a uno de los espíritus que le ayudaron en su tarea, cómo hacían los espíritus para levantar una mesa o un peso cualquiera, obtuvo esta respuesta.

Cuando una mesa se mueve bajo vuestras manos, el espíritu evocado va a tomar en el fluido universal lo que necesite para animarla de una vida ficticia. Preparada la mesa de este modo, el espíritu la atrae y la mueve bajo la influencia de su propio fluido desprendido por su voluntad. Cuando la mesa que quiere poner en movimiento es demasiado pesada para él, llama en su ayuda a los espíritus que se encuentran en sus mismas condiciones. Debido a su naturaleza etérea, el espíritu propiamente dicho no puede obrar sobre la materia grosera sin intermediario, esto es, sin el lazo que le une a la materia; este lazo, que constituye lo que vosotros llamáis el periespíritu, os da la clave de todos los fenómenos espiritistas materiales.

Los espíritus no pueden hacerse sentir sino indirectamente por el juego de los fluidos que ellos ven y manipulan o dirigen en tal o cual sentido mediante la voluntad; son, en una palabra, fuerzas

puestas a disposición del espíritu cuando se encuentra desencarnado.

Sin embargo, en contra de esa idea existe la declaración de muchos médiums videntes. Dicen estos que ven a los espíritus haciendo, entre varios, esfuerzos directos para levantar los objetos, y que cuando por la mediumnidad se consigue poner en juego un instrumento musical, un espíritu medianamente materializado, por lo menos en sus brazos, toca el teclado con los dedos.

Veamos cómo explicaba esta contradicción uno de los espíritus que guiaron la pluma de Allan Kardec.

En primer lugar, recuerda que los efectos físicos son casi exclusivamente producidos por espíritus poco elevados, relativamente materializados aún, lo cual se concibe fácilmente. Un espíritu elevado no se ocupará ni siquiera cuando se encuentre en el mundo material, de futilidades tales; y si en espíritu lo intentase, no lo podría, porque sus fluidos cuanto menos materializados, menos efectos directos pueden producir sobre la materia grosera. Son, pues, los espíritus vulgares los que ejecutan tales trabajos. En otras palabras: son espíritus que en su mayoría se creen aún en la materia o bien que no han podido todavía olvidar sus hábitos o actos materiales. De ahí que muchas veces produzcan, sin darse cuenta del cómo, los más extraños fenómenos, puesto que basta la voluntad para obtenerlos, y ellos piensan que lo hacen directamente con las fuerzas que en sí sienten, puesto que con ellas operan. Es por lo que ponen en juego sus miembros fluídicos, el periespíritu, que en esta clase de espíritus, conserva casi siempre la forma humana, no tan solo porque es relativamente materializado, como ya lo he dicho, sino porque esa forma responde al pensamiento del espíritu.

CAPÍTULO VI

De las manifestaciones visuales o apariciones en diversos grados de visibilidad hasta la materialización

Es indudable que los espíritus pueden hacerse visibles. Tal es la perspectiva de los espiritistas que ya cuentan por años el tiempo de la observación y del trabajo en Espiritismo.

Antes de intentar la explicación de estos hechos, creo conviene darnos cuenta del porqué no se ven los espíritus. No se ven como no se ve la electricidad, porque los fluidos no se oponen al paso de la luz como no se opone el cristal. Nótese bien que me refiero a la vibración, pues, por lo demás, todo cuerpo está compenetrado por el éter, que como se ha dicho, es uno e indivisible; pero los cuerpos que podemos ver descomponen las vibraciones del haz de luz absorbiendo parte de ellas y reflejando otras, de lo cual resulta su visión y color en nuestra retina.

Uno de los guías espirituales de la Sociedad *Constancia*, que ha dado pruebas de gran elevación e inteligencia, nos decía que *ni el alma humana, en su fluido periespiritual, por depurado que sea, deja de ser compenetrado por el éter*, lo cual, agregaré, es atestiguado por el hecho mismo de la invisibilidad.

Los anti espiritualistas lo son porque no quieren darse el trabajo del estudio por medio del cual hemos llegado los espiritistas a asegurarnos de que en todos los fenómenos antes llamados sobrenaturales, toma parte la materia en su estado fluídico imponderable, las leyes que la rigen y una voluntad que opera dentro de ellas, como opera el hombre en la materia tangible mediante el conocimiento de las leyes naturales a que está sometida.

Hasta los más noveles espiritistas saben que la inmortalidad es un hecho probado por la comunicación revelada mediante el fenomenalismo espírita; y deben, en consecuencia, comprender que la voluntad, facultad directa del espíritu, conserva el poder de actuar sobre su cuerpo fluídico o periespíritu con más libertad que cuando constituía con el cuerpo la dualidad humana.

Las manifestaciones de los espíritus, sea cual sea su forma, exigen la intervención del periespíritu; pero así como por medio de él puede el encarnado obrar sobre los nervios, por éstos sobre los músculos y en último término sobre los objetos que le rodean manipulándolos y utilizándolos de tan diversos modos; así también el espíritu en libertad obra sobre los fluidos de los encarnados, y en último término sobre los elementos sustanciales de la materia, y combinándolos produce en su periespíritu, en el caso que nos ocupa, una disposición particular que no tiene analogía para nosotros y que lo hace perceptible.

La mayor o menor perceptibilidad del espíritu que quiere hacerse visible depende entonces de la habilidad y de la fuerza que despliega en el manejo de los fluidos, como asimismo depende de la afinidad que encuentra en los fluidos del médium. Tal es la causa de los diferentes grados de visibilidad, desde la que solo permite la percepción al médium hasta la que está al alcance de todos los

presentes en la oscuridad, y la que constituye la materialización que todos pueden ver a la luz del día.

Si varios son los grados de visibilidad que pueden afectar los espíritus, varias son también las aptitudes de los encarnados para verlos, sea por causas permanentes de las relaciones existentes entre el organismo y el periespíritu, o pasajeras y con sujeción a estados patológicos especiales o de excitación moral, que pueden producir un desprendimiento más o menos parcial del periespíritu.

Las causas permanentes constituyen la videncia mediúmnica. Algunos videntes no ven sino en la oscuridad y conservando los ojos cerrados. Estos ven, pues, como los sonámbulos, por el periespíritu, o sea, adquieren momentáneamente la vista directa del alma. Otros ven con los ojos abiertos. Esta facultad, según algunos espíritus, consiste en que dichos médiums poseen un aparato visual susceptible de ser sensibilizado por medio de los fluidos. El ojo del médium es entonces una cámara oscura que adquiere una potencia considerable, marcándose en ella tenues vibraciones que pasan desapercibidas para la generalidad.

Los moribundos, en los casos de una debilitación gradual, suelen ver a los espíritus que rodean el lecho y que ya obran sobre él con sus fluidos benéficos y simpáticos, con el fin de ayudarles en el penoso trabajo del desprendimiento del cuerpo material. En tal estado reconocen a dichos espíritus y los nombran cuando ya por la vista material no distinguen a los seres queridos que son aún de este mundo. Los médicos y la preocupación materialista atribuyen el fenómeno al delirio o a la alucinación, sin fijarse que aquel exige un estado febril con ataque de sangre al cerebro, cuando todo lo contrario es lo que se presenta en el físico, y que esta *alucinación*

solo puede tener lugar por la excitación del sistema nervioso en un grado excepcional de vitalidad.

Así pues, el alma es en definitiva la que ve, pudiendo hacerlo a la luz del día como en la oscuridad, porque la luz que ilumina al espíritu es otra; es la luz del alma. Las sociedades espíritas reciben a menudo pruebas de ello proporcionadas por los espíritus materializados en la oscuridad; por el movimiento de objetos que se elevan en el espacio de la habitación y se deslizan entre los concurrentes sin herir a nadie; y también por las posesiones, puesto que los médiums manteniendo los ojos cerrados, ejecutan actos que les sería imposible ejecutar en estado normal.

Siendo esto así se comprende que algunas personas, cuando evocan o se concentran, caigan en una especie de éxtasis y vean a los espíritus que a ello se prestan por un simple acto de voluntad.

Cuando el éxtasis es muy acentuado el alma algo adelantada se eleva a grandes alturas, quedando unida al cuerpo tan solo por un lazo fluídico periespiritual. Pero este fenómeno exige que el organismo sea de una extrema sensibilidad y delicadeza. De ahí que participe de las sensaciones del espíritu, presentando el aspecto de la contemplación y de la beatitud, algo que da una idea de lo que en esos momentos percibe el espíritu.

Algunas personas, especialmente dotadas, pueden recordar lo que ha visto y oído el espíritu durante el sueño fisiológico.

Como debe suponerse, no me refiero a los sueños vulgares, generalmente ridículos o sin ilación, que son, por el contrario, fruto del atraso del ser o de excitaciones nerviosas que no permiten que la materia repose profundamente.

Sin embargo, el espíritu también se aleja, más o menos, en esas como en todas las personas durante el sueño; pero no conservan el recuerdo, guardando tan solo la resultante de la velada espiritual. Motivo por el que uno despierta con el ánimo mejor dispuesto para continuar la dura prueba o con el alma satisfecha, gozosa, aunque no haya motivos de orden puramente humano.

Recuerdo que mi madre dio más de una vez pruebas de que su espíritu recorría buenas distancias durante el sueño. Varias veces al despertar contaba lo que había visto en tal o cual punto, y resultaba luego ser cierto.

Una noche, entre otras, despertó muy conmovida diciendo que su hermana Eustaquia había muerto, quedando por ello profundamente apesadumbrada, a pesar de las reflexiones que se le hicieron. Entonces no había telégrafos, ni cruzaban los vapores con tanta regularidad nuestros ríos. De ahí que pasaron algunos días hasta que se confirmó el triste anuncio que debía llegar de Paysandú.

Algunas personas tienen el don que llaman de *doble vista*. Swedenborg dio pruebas evidentes de que poseía esta facultad en alto grado. No debe creerse, sin embargo, que el espíritu pueda trasladarse, estando la persona en estado de vigilia, al punto de ver lo que pasa a grandes distancias. Lo que buenamente tiene lugar, es que al vidente le presentan los espíritus un cuadro fluídico, siguiendo en esto las causas y efectos que se observan en el magnetismo con las sugerencias.

Una hermana mía tuvo algunas veces pruebas de que poseía la doble vista. Cuando veía lo que pasaba a distancia, quedaba inmóvil y con los ojos fijos. Una vez, recuerdo que se paseaba por una alameda en la estancia que poseía entonces en Morón, y de pronto

se detuvo y exclamó: «¡Ay! Dios mío, se quema, se quema el cuarto de P... (un hermano). Madre corre apurada... buscando agua. Veo las llamas... echan agua... casi se ha quemado... ya se apaga...» Siguió así expresando todas las peripecias del caso.

Cuando concluyó, los presentes la interrogaron diciendo: «¿Qué puedes haber visto? Es una ilusión; eso no puede ser». «Yo no sé, contestó, no comprendo lo que me sucede en estos casos; parece que estoy viendo todo lo que he dicho, y temo que sea cierto, porque como sabéis, no pocas veces he adivinado así lo que sucedía lejos de mí».

Pasaron algunos días y se supo que efectivamente hubo un incendio y que cuanto vio mi hermana era exacto.

Esto en cuanto a la visibilidad de los espíritus sin la presencia de médiums de materialización, y a la facultad de ver espiritualmente que poseen algunas personas. Pero cuando la visibilidad es buscada por los espíritus, disponiendo de un médium ad hoc, se hacen visibles para todas las personas presentes.

Estos sorprendentes fenómenos, donde tienen lugar con más frecuencia, es en los Estados Unidos. Sin embargo, han aparecido, de tanto en tanto, algunos médiums de *materialización* en Inglaterra y en Francia. Esos médiums recorren el mundo. Sus sesiones se pagan porque esa clase de médiums pierden después de cada sesión mucha de su vitalidad, quedando por más de veinticuatro horas incapacitados de trabajar. Ciertamente que los fluidos que les extraen los espíritus los recuperan, pero lentamente.

Los periódicos espiritistas de los Estados Unidos están repletos de relatos de sesiones asombrosas en las que se presentan, uno tras otro, decenas de espíritus, siendo la mayoría de ellos reconocidos

por alguno de los presentes, y ejecutándose todo a una media luz suficiente para ver hasta las facciones. En general, los médiums quedan solos en un cuarto oscuro del cual salen los espíritus; pero con algunos médiums la materialización se ejecuta a la vista de la concurrencia. Se ve entonces como una especie de vapor blancuzco se desprende del médium y va poco a poco tomando forma. Otras veces, si bien salen materializados de la oscuridad se desmaterializan a la vista de todos.

Yo he tenido el gusto de presenciar la materialización en Inglaterra y en Francia. En París era producida por la médium Babelin. En cada sesión escribí un informe a modo de memoria, con la descripción de lo que vi con todos sus detalles y mencionando los nombres de las personas presentes. Podría, pues, publicar las más interesantes, pero eso sería largo y se encontrarían repeticiones innecesarias. Es preferible dar una noticia de los principales fenómenos observados, suprimiendo nombres propios, desconocidos aquí.

Para obtener una entrada en el salón de la Sra. Babelin, se había de solicitar con anterioridad a los días señalados, pues eran muchas las personas que lo deseaban y solo se admitían catorce a la vez, por haberlo así dispuesto el guía de la médium. Allí vi varias veces al doctor Chazarin, a señoras y caballeros de las clases acomodadas e ilustradas de la sociedad. Entre estos un periodista que, según me dijo, formaba entonces parte de la redacción de *Le Fígaro* y venía allí por primera vez, siendo contrario a la existencia de los espíritus y con claros deseos de descubrir el engaño del asunto. Sin embargo, su impresión fue contraria a su deseo, como me lo manifestó después de algunas sesiones.

Antes de iniciar las sesiones, se invitaba a las señoras presentes a revisar el traje de la médium, lo que se ejecutaba en un cuarto inmediato, mientras los caballeros inspeccionaban la habitación. Hecho esto, dos personas elegidas entre los más incrédulos ataban a la médium en su silla, quedando así cerca de una mesa y rodeada por los visitantes, que hacían *la cadena* tomándose de las manos.

Como se ve, la Sra. Babelin no podía producir efectos sino en la oscuridad, pero de tanto en tanto, el espíritu guía, en posesión de ella¹, pedía luz para que se comprobara que la médium seguía atada a la silla y que nadie ajeno a aquella reunión había entrado en el recinto.

Cuando los espíritus se proponían producir alguna materialización importante o algo que exigiera una gran acumulación de fluidos, pedían por medio de golpes en la mesa que los circunstantes cantaran a media voz. Se elegían los cantos más sencillos o populares, que producían un efecto simpático al corazón y a veces al oído.

Sobre la mesa se habían colocado dos cajas de música, una campanilla, algunos abanicos, papel y lápiz.

¹ Senillosa utiliza repetidamente este término *posesión* para referirse a la manifestación del espíritu a través del médium. Léon Denis en ciertos casos prefiere también este término, pero lo reduce a aquellas manifestaciones en las cuales el espíritu parece ejercer un dominio mayor sobre el médium. En cualquier caso, Allan Kardec aclara que la influencia se ejerce a través del propio espíritu y periespíritu del médium y por tanto no es una cesión directa del cuerpo del médium, a pesar de que en su manifestación lo pueda parecer absolutamente. Otros autores utilizan el término *incorporación*, y, aunque también implique erróneas connotaciones de sustitución, con el tiempo ha tenido un mayor uso. (Nota de Salvador Martín).

Generalmente se sentía que las cajas de música se elevaban alternativamente en el espacio, mientras manos invisibles les daban cuerda, y siguiendo sus tocatas, pasaban sobre las cabezas de los presentes o rozando suavemente las rodillas, según el deseo mental de cada uno, sin hacer jamás mal por medio de algún tipo de choque, lo que no deja de ser notable, puesto que reinaba la más completa oscuridad. Los abanicos hacían su juego echando viento; la campanilla recorría también la habitación sonando y chocando con el techo. Algunas veces, sin que hubiera flores, aparecían estas, cayendo cantidad en las faldas de las señoras, o siendo colocadas graciosamente en sus cabellos y en los ojales de la levita de los hombres.

Las materializaciones más generales son de manos, visibles por la luz azulada que arrojan de la punta de los dedos. Se presentan a veces materializaciones del busto. He visto varias, entre otras la de un espíritu que saludaba a todos, moviendo los dos brazos a la vez, lo que, mediante la luz ya indicada, hacía percibir el todo del busto. Deseando yo verlo mejor, le rogué que hiciese lo posible para que pudiera distinguir bien su fisonomía. Entonces se me acercó mucho y alumbrándose con sus dedos luminosos, me hizo ver distintamente la cara de un joven turco, con un turbante blanco. Por segunda vez, antes de desaparecer, vino a mí, y haciendo igual cosa, pude verlo más descolorido, sin brillo en los ojos y con el bigote al parecer blanco, ya se iba desmaterializando.

En otra ocasión, cuando se hizo luz, vimos al periodista antes mencionado sin sus anteojos, y a una señora que aquel no conocía con ellos puestos. Supimos entonces que había pedido mentalmente se los quitasen y los pasaran a cualquiera de los presentes, sintiendo enseguida que se los sacaban.

Recuerdo también que, al decir uno de los presentes que le sustraían la cartera, yo sentí que me abrían una mano y me depositaban en ella un objeto, que era el indicado.

Todo ello no podía dejar de contribuir a afirmar mis recientes creencias. Sin embargo, quise probar si estando solo en el hotel, tenía algún espíritu cerca de mí rogando que, si era así, me diera una prueba en la primera reunión; consistiendo esta en colocar una siempreviva en el ojal de mi chaqueta, lo que efectivamente sucedió.

El último trabajo que presencié que me dio la prueba de lo que pueden los espíritus, por medio de los agentes fluídicos de que disponen en estas ocasiones, fue el siguiente:

He dicho que había una mesa, y que la médium estaba atada en una silla. Pues bien, después de haber cantado un buen rato a solicitud de los espíritus, sentimos que todos los objetos que estaban sobre la mesa eran esparcidos sobre las rodillas de los presentes. Poco después, sin haberse sentido ruido, la médium aún dormida, pidió luz, y grande fue entonces nuestra sorpresa: sobre la mesa estaba la Sra. Babelin sentada en su silla y perfectamente atada, siendo de notar que la señora es muy gruesa, y por tanto de mucho peso. Para producir, *sin ruido*, aquel cambio de posición hubiera sido necesaria la fuerza de cuatro hombres, y no digo ese número, sino ni uno solo podía pasar entre la mesa y los que formábamos la cadena.

Como he dicho, también en Inglaterra tuve ocasión de observar estos grandiosos fenómenos. Cerca de Londres, en Strafford, residía un médium, Herne. Este señor recibía dos veces por semana a las personas que le eran recomendadas, pero como no era rico y

tenía que perder su tiempo, se hacía pagar cinco chelines. La primera vez que asistí, solo estaban presentes tres caballeros, dos señoras que no conocía y el Sr. Burns, a quien estaba recomendado.

Primeramente, pusimos las manos en la mesa y se apagaron las luces, oyéndose poco después varias voces que parecían de personas que tuviesen la posibilidad de moverse en el espacio. El médium se quedó posteriormente en un estado que solo podría ser comparado con la letargia. Entonces pasamos al cuarto contiguo, separado por una cortina de aquel en que quedaba el médium. Se encendió una vela, que fue colocada dentro de un sencillo aparato de madera muy fina, que además de ser transparente, tenía una abertura que dejaba escapar directamente la luz sobre un piano. Uno de los presentes tocó hasta que empezaron las apariciones, lo que tuvo lugar a los 15 o 20 minutos.

Se presentó primero una forma de mujer que, tanto por la voz como por su aspecto, me recordó al punto una joven que he conocido que hace más de 23 años falleció. Sin poderlo remediar me sentí atraído hacia aquella hermosa visión; pero así que avancé hacia ella, desapareció tras de la cortina. Mientas tanto se oían voces de los dos espíritus familiares al médium, John King y otro cuyo nombre no recuerdo. Nos dirigían algunas palabras a veces chistosas que nos hacían hasta reír, siendo de notar no solo la diversidad de las voces, sino también de carácter.

La segunda vez que presencié estos experimentos, aunque la voz no hubiese cambiado, hubiera ya reconocido, cuál de los dos espíritus se dirigía a nosotros.

El que toma el nombre de John King se ha materializado varias veces en diversos países y por distintos médiums; su retrato existe

en algunos centros espiritistas. El otro espíritu dice haber sido payaso en su última encarnación. Aunque bien intencionados, puesto que están al servicio activo de la idea de traernos las creencias salvadoras, para evitar la caída de la humanidad en la embrutecedora senda del materialismo, no son espíritus elevados.

Con este motivo me permito recordar aquí que, los espíritus superiores, no se prestan a la producción de los efectos materiales, como movimiento de cuerpos pesados, golpes y materializaciones. Para obtener su presencia, es necesario disponer de un buen médium y la reunión de varias personas con el deseo de instruirse y progresar moralmente.

Siguiendo mi interrumpida narración, diré que aparecieron después dos formas de mujer, y por último John King, con su aspecto original y traje especialísimo¹ del tiempo en que vivió, hace unos tres siglos. Debió ser de formas atléticas, siendo su voz y su presencia imponentes. La luz, ya lo he dicho, era suficiente para distinguir los menores detalles de las formas que aparecían.

Así terminó la reunión, no quedando yo aún satisfecho, lo que no es de extrañar, pues he sido durante más de diez años materialista consciente (lo que de paso sea dicho, no es muy general) y entonces estaba tratando de instruirme en la nueva doctrina espiritualista, y dándome cuenta de la verdad de las manifestaciones materiales, necesarias actualmente para que la humanidad, tantas veces burlada y engañada, pueda al fin creer de una manera definitiva.

¹ Naturalmente blanco como el que llevan todos los espíritus que se materializan.

Un pensamiento me perseguía. El cuarto donde estaba el médium tenía una puerta y una ventana. ¿No era posible que personas vestidas como lo requerían las circunstancias, entrasen por aquellas aberturas? Los cinco chelines podían dar para todo esto. Manifesté estas dudas al Sr. Burns, redactor del *Spiritualist*, y le rogué preguntase al Sr. Herne si en otra ocasión me permitiría revisar todo el contenido del cuarto y aun algo su persona, poniendo en seguida un sello en la ventana y puerta. Me contestó afirmativamente. Fui a la reunión, llevando dos tiras de papel con mi nombre y la goma para pegarlas debidamente a través de las aberturas.

Las formas aparecieron igualmente, viniendo hasta mí, casi tocándome una forma de hombre que reconocí perfectamente. Con su mirada y su ademán, me detuvo en mi asiento y quedé tan impresionado, que no me fue posible articular palabra. Era él, X, tal cual le conocía antes de su muerte en la guerra del Paraguay. Ya no podía quedarme la más pequeña duda de que aquellos fenómenos eran reales. Todo engaño, toda ficción era imposible. Pero ¡ay! cuando la incredulidad o ciertas ideas se han arraigado en nuestra mente, es muy difícil librarnos de ellas. Yo salí persuadido y confuso. Esto me duró unos días, y después todo me pareció un sueño, volviendo a asaltarme la duda. Resuelto, sin embargo, a creer firmemente o desechar por completo todo, escribí al Sr. Herne diciéndole que deseaba creer, pero que, para ello, sería necesario que produjese los mismos fenómenos en una casa de Londres que yo designaría. No opuso dificultad.

En el salón del Sr. Burns establecimos un cortinaje en uno de los rincones sin entrada ni salida, ni más espacio que el estrictamente necesario. Cuando llegó el Sr. Herne fue casi desnudado por

mí para asegurarme de que no traía nada con que aparentar una forma.

Se apagó el gas y dejamos una lámpara de queroseno, muy baja y con una pantalla. A esa media luz, pero suficiente para reconocer de cerca a una persona y hasta distinguir el color del cabello y de los ojos, apareció una forma que tardó bastante en presentarse. Mas ¡qué agradable sorpresa la mía! La cortina se abrió en la parte alta, como a dos metros, apareciendo el busto de una joven que pude perfectamente reconocer. Tenía delante de mí a una sobrina mía que yo quería como a una hija y que murió a los 18 años de edad. No se presentó ningún otro espíritu; pero eso era bastante; veía delante de mí a aquella joven que había creído perdida para siempre, y por la cortina entreabierta, percibía parte de la pierna del médium y oía sus ronquidos.

En esta capital¹ se ha tenido al médium de materialización Camille Bredif. Por su intermedio muchas personas bien colocadas de la sociedad han podido observar esta clase de fenómenos. Se dice con mucha generalidad que en una de las sesiones que tuvieron lugar en casa de un tal señor Franc, se presentó la señora de este caballero, siendo perfectamente reconocida por todos los presentes. La descripción detallada de una de esas sesiones se encuentra en la Revista *Constancia* del año 1877, pág. 78. Tomaré tan solo lo siguiente:

El médium se colocó en un rincón de la pieza detrás de una cortina oscura en un sillón, dejando una luz que imitaba la de la luna. A los pocos minutos vimos abrirse la cortina y aparecer la cara de una mujer de delicadas facciones, tapada su cabeza con un manto

¹ Buenos Aires.

blanco; entró y volvió nuevamente a salir mostrando hasta la cintura, entró nuevamente dando fuertes golpes en una puerta; se acercó entonces el dueño de la casa, y tomándole la mano, el espíritu le dijo en voz baja que quería menos luz. Se hizo así, y en el acto volvió a aparecer en la forma completa, se apoyó en el brazo del dueño de casa y salió a caminar por la pieza, dando la mano a varios de los circunstantes.

Su traje era una especie de manto blanco, su mano suave, blanca y pequeña como la de una niña.

Después de entrar tras la cortina, donde permanecía el médium Bredif en un estado sonambúlico, dijo que quería dar la mano a todos los presentes, los que se acercaron y oprimieron aquella mano tan distinta de la del médium por su forma, blancura y tacto suave y delicado.

Estaban presentes los sirvientes de la casa, a invitación del mismo espíritu, para que presenciaran la materialización. A todos les dio la mano, a algunos les tocó la cabeza, a otros la cara, y al dueño de la casa le tomó la mano, la llevó a su cara y se la hizo tocar, besándole después.

Luego dijo que se iba y que se aumentara la luz para despertar al médium.

Colocándonos nuevamente con este en la mesa, uno de los presentes preguntó si no habría inconveniente en tocar al médium mientras el espíritu se hallaba materializado fuera de la cortina, la mesa contestó que podía hacerlo: *tu harás bien.*

La sesión de materialización duró desde las 8 y 35 hasta las 9 y 10, en total 35 minutos, quedando todos de lo más satisfechos. Nadie esperaba que delante de trece personas se obtuviera tan completa, pues generalmente suele acontecer lo contrario, por lo difícil que es armonizar las voluntades y los fluidos de muchos individuos.

Con este mismo médium obtuvo el Ingeniero Encina varias pruebas de la materialización y habiéndose empeñado que el Dr. Miguel Cané presenciara uno de esos hechos, consintió este en ello, según lo dijo en el diario *El Nacional*, bajo la condición de que se le permitiría meter al médium en una bolsa con jareta, que él se encargaría de sellar. En la creencia de que de esta manera nada se produciría, dejaron los dos amigos a Bredif en un cuarto oscuro y pasaron al contiguo, donde se disponían a tomar una taza de té, cuando salió del gabinete la forma perfecta de una joven indiana a quien el Dr. Cané dirigió la palabra, preguntándole si podría alcanzarle una de las tazas. Contestó afirmativamente y se la pasó.

Concluida la sesión, el Dr. Cané encontró a Bredif siempre en el saco e intacto el sello que le había puesto, lo que no le impidió terminar su relato con la palabra: *taumaturgo*.

Para que no todos puedan decir esto de los médiums, el 15 de marzo de 1879, ya declaraban varias personas que según el *Banner of Light*, con la médium Stewart, su espíritu protector tenía por costumbre desmaterializarse ante la vista de todos. Posteriormente las pruebas de este género han sido más frecuentes, no dejando ya lugar a ninguna duda. Con algunos médiums se llega en la actualidad, en los Estados Unidos, a obtener varias materializaciones a la vez, estando a la vista el médium.

Lo que ha dado lugar a dudas es el haber sorprendido algunas veces al médium bajo el aspecto de otra persona; como así sucedió con el médium Bastien ante el príncipe heredero de la corona de Austria y el archiduque Juan. Este hecho suele producirse cuando el espíritu que se materializa no encuentra fluidos materializados, que lo transforma por completo. En el caso indicado, que dio mucho que hablar y que se denominó *la trampa de los espíritus*, los que

relataron el hecho, no pudieron dejar de hacer constar que, al tomar a la forma, se habían encontrado con algo que se desvanecía ante la vista, quedando luego la personalidad del médium. El sabio Alfred Wallace, ha tenido ocasión en sus numerosas observaciones de constatar el hecho, sin que se pueda, según él, inculpar por ello al médium, que en estos casos se suele encontrar en estado inconsciente.

Ahora bien ¿cómo se producen estos hechos? Imposible contestar de una manera categórica, pero el lector que haya seguido los capítulos del primer libro podrá desechar con menos dificultad la idea de imposibilidad que asalta a la mente ante este tipo de hechos. Sabemos ya lo que son las fuerzas, sabemos que los fluidos que llamamos vitales están sujetos a la voluntad del ser espiritual, y que la materia no es más que una forma transitoria del fluido universal o sustancial. Estos hechos, pues, por sorprendentes que sean, vienen a apoyarse en esos conocimientos, y al mismo tiempo a demostrarlos en la práctica. Seguramente que las formas que toman los espíritus no corresponden a la materia que ha necesitado para ser lo que es el trabajo secular y evolutivo de la sustancia universal; posee su apariencia y atributos principales de densidad y peso, sin tener su persistencia.

Por ahora, he ahí el hecho que se relaciona con otros del orden de la comunicación espírita. No es posible aún dar explicaciones de cómo proceden los espíritus, en razón de que, según ellos, no hay palabras con que explicarlo, ni aunque las hubiese, no podríamos comprenderlo dado nuestro pequeño grado de adelanto en la materia.

Por otra parte, es necesario no olvidar que el Espiritismo no viene a darnos la ciencia hecha, ni aun en lo concerniente al mundo

espiritual, porque la ley exige que nuestro adelanto particular sea conquistado por el propio esfuerzo para merecerlo, y que el progreso resulte del conjunto de esos esfuerzos.

Los espíritus elevados, que podrían darnos luz sobre muchos puntos, se limitan a acompañarnos en nuestros trabajos. Para que los progresos sean duraderos es necesario que se conquisten palmo a palmo. Los profesores en las escuelas hacen para con los niños lo que los Espíritus guías hacen con nosotros. Ni los unos ni los otros pueden empezar por el final.

Llegaremos paulatinamente a explicarnos todos los fenómenos; solo es necesario estudio y tiempo. Los yoghis de la India conocen, probablemente, cómo deben prepararse y cómo deben disponer las cosas para tener alguna acción voluntaria sobre los fluidos, si hemos de juzgar por lo que directamente producen. No creo, sin embargo, que sea en ellos un producto del saber, que tal vez necesitaremos nosotros en todas las ramas de las ciencias. Constato el hecho que, a mi entender, es más bien el producto del saber del pasado, de una civilización extinguida, un resto de ella; por el que, sin poseer la ciencia, se poseen las prácticas por tradición.

Aun cuando no podamos todavía darnos cuenta del cómo de los fenómenos, su realidad nos da bastante luz para desvanecer nuestro error en aferrarnos a las pocas leyes y fuerzas que puede apreciar la ciencia como último límite de lo que se produce en la naturaleza. Esos hechos demuestran que existen muchas leyes y muchos conocimientos esenciales por conocer y conquistar; y que lo sobrenatural no existe, a no ser en el sentido de que los fenómenos se efectúan con el concurso de seres de ultratumba.

El estudio de los fluidos se facilita ya al hombre por el Magnetismo y el Espiritismo; y cuando llegue a conocer más su importancia capital sobre las cosas y los seres, las ciencias habrán dado un gran paso. Será entonces la ciencia de que hemos hablado en la introducción; será la ciencia de las ciencias, estas, si no son completas, están en germen unas y algo adelantadas otras, pero *la ciencia*, no existe aún. El Espiritismo era necesario para que fuese iniciada, porque sin la prueba irrecusable de la supervivencia del alma y de la justicia divina, ningún conjunto científico podrá realmente abarcar la mente humana.

CAPÍTULO VII

Apariciones espontáneas momentos después de la muerte

Las apariciones de seres queridos que mueren lejos de nosotros, son muy comunes. Voy a citar solo dos hechos, pues mi objeto es tener ocasión de teorizar sobre esto, haciendo una comparación con la bicorporeidad, que, aunque no tan común, no puede ya ponerse en duda.

El cuerpo astral, dice Camile Chaigneau, que está unido al cuerpo propiamente dicho durante la vida terrestre, está lejos de haber perdido toda conexión con el mundo material. Sucede más de una vez que ese cuerpo astral, aún sin el concurso aparente de ningún médium, reconstituye momentáneamente el cuerpo material en una aparición tangible, sobre todo poco después de la muerte. *L'humanité Posthume*, del positivista d'Assier, relata numerosos casos de ese género que, al parecer, han sido perfectamente comprobados.

En el libro recientemente publicado en Inglaterra bajo los

auspicios de la sociedad *For Psychical Researches*¹ se encuentra el relato de muchos casos de apariciones, ya tangibles, ya de simple impresión subjetiva.

A esta última categoría pertenece la siguiente, que copio del referido libro:

El 23 de diciembre de 1574, la reina (Catalina de Médicis) quería ir a descansar más temprano que de costumbre, se encontraban en la cámara real, entre otras personas de distinción, el rey de Navarra, el arzobispo de Lyon y las damas de Retz, de Lignerolles y de Sannes, dos de las cuales confirmaron la narración.

Catalina, que tenía prisa en dar las buenas noches, se arrojó repentinamente sobre las almohadas, se cubrió el rostro con las manos y con gritos violentos llamó a su socorro a los que la rodeaban, queriendo mostrarles al pie de su cama al Cardenal de Lorena que le tendía la mano. Varias veces exclamó: «¡Señor Cardenal, nada tengo que hacer con Ud.!». El rey de Navarra envió inmediatamente a uno de sus gentiles hombres a casa del Cardenal, y el enviado volvió diciendo como el Cardenal había expirado en el mismo momento.

Una joven cuñada mía estaba en un colegio en Nancy. Mi suegro vivía con la familia en St. Dié. Tenía ya sesenta años, pero nada hacía presumir su muerte. Murió a consecuencia de una pulmonía doble, en pocas horas. Serían las 4 p.m. cuando el hecho tuvo lugar, y minutos después D... se despertaba y veía a su padre que le decía su último adiós. Dio un grito y se desmayó. Acudieron, y cuando

¹ Esta sociedad de personas altamente versadas en las ciencias, tiene por objeto reunir relatos sobre estos fenómenos y publicar aquellos que resulten perfectamente comprobados.

volvió en sí, pidió con tal insistencia que la vistiesen de negro y la enviasen a su casa, que la directora lo autorizó.

En las Memorias de Alejandro Dumas, según el periódico *l'Espritisme*, de París, en el capítulo XX se encuentra el relato de la aparición de su padre, minutos después de su fallecimiento.

Me habían llevado a casa de mi tío, y puesto al cuidado de mi prima Mariana, en lo que yo no sufría contrariedad, porque jugaba con otro muchacho llamado Picard, que me hacía fuegos artificiales con limaduras de hierro y me refería cuentos muy interesantes. Un día, después de estos pasatiempos, y hacia las ocho de la noche, mi prima Mariana me acostó en una pequeña cama frente a la suya, y me dormí, con ese buen sueño que Dios da a los niños como el rocío a la primavera.

A medianoche me desperté, o mejor dicho, nos despertaron a mi prima y a mí, por un gran golpe que dieron en la puerta. Sobre la mesita de noche ardía una lámpara, y al resplandor de esta vi a mi prima que se levantaba muy asustada, pero sin hablar nada.

Nadie podía llamar a esta puerta, puesto que las otras exteriores estaban cerradas.

Pero yo, que al escribir estas líneas siento escalofríos, no experimenté en aquel momento miedo alguno, y me bajé de la cama dirigiéndome hacia la puerta.

— ¿Dónde vas, Alejandro? —me gritó mi prima— ¿dónde vas?

— Ya lo ves —respondí yo tranquilamente— voy a abrir a papá, que viene a decirnos adiós.

Mi prima se tiró de la cama asustada, me cogió por debajo de los brazos y me obligó a estar en mi camita. Pero yo me agitaba, queriendo desprenderme de ella y gritando con todas mis fuerzas:

— ¡Adiós papá! ¡Adiós papá!

Alguna cosa semejante a un aliento espiritual pasó por mi rostro y me calmó.

Sin embargo, volví a dormirme con los ojos llenos de lágrimas y suspiros ahogados en mi garganta.

A la mañana siguiente nos despertaron cuando era de día.

Mi padre había muerto aquella noche a la misma hora en que oímos llamar a la puerta mi prima y yo. Entonces yo escuché estas palabras, que no sabía lo que significaban. *¡Pobre hijo mío! Tu papá que te amaba tanto ha muerto.*

¿Qué boca pronunciaba en mi oído estas palabras que no comprendía yo, huérfano a los tres años y medio? Me era imposible darme razón de esto. ¿Por qué me anunciaba la mayor desgracia de mi vida? Lo ignoro.

— ¿Mi papá ha muerto? —repliqué yo a aquella boca invisible que me hablaba— ¿Qué quiere decir esto?

— Esto quiere decir que ya no lo verás.

En estos hechos se cumple una última voluntad del espíritu. Mas, ¿cómo se puede concebir el fenómeno sin la presencia de un médium? ¿Cómo, si según declaración de todos los espíritus algo adelantados que se comunican, el espíritu suele quedar alrededor de tres días en la más completa turbación? Veamos.

Estas apariciones, que son el resultado de la última voluntad o deseo del agonizante, han sido observadas por miles de personas de todas las creencias, y aun por los más endurecidos materialistas¹

Unos creen ver en realidad a la persona por un acto providencial, otros quedan sorprendidos al saber que en el día de la tan extraña ilusión, la muerte daba término a la existencia del aparecido.

¹ Véase la citada obra: *For Psychical Researches*.

Este fenómeno no ha sido aún explicado por los espíritus. ¿Será necesaria la intervención de una mediumnidad? Si así fuese, se exigiría nada menos que un médium de materialización, capaz de dar suficientes fluidos para que el espíritu que opere pueda concentrarlos en el periespíritu del fallecido y hacerle así visible, sin que por eso se encuentre allí materia tal cual la entendemos, o bien que el que tiene la visión sea médium vidente y obren sobre él para hacerle ver, lo que en el mismo momento otra persona presente no vería.

A mi juicio, es muy posible que alguna vez pueda ser vidente la persona que percibe la aparición, pero me inclino a creer que en la mayoría de los casos, otros deben ser los medios para la ejecución del fenómeno. Tal vez en el momento de la muerte existe un desprendimiento grande de fluido vital proveniente de la vida orgánica, que el espíritu podría aprovechar para materializarse.

La turbación a que todos los espíritus están sujetos no puede ser instantánea, sobre todo en los casos de muerte rápida o en las que el conocimiento se guarda hasta el último momento. En tales casos el espíritu ha de ver su personalidad material y comprender su estado. No así cuando se pierde paulatinamente el conocimiento, porque entonces ya ha dado principio el acto de la turbación.

Así como el espíritu se turba al encarnar, porque entra en los elementos de otra existencia, en un medio distinto, así al desencarnar debe suceder otro tanto.

Pero en el primer momento de la muerte, si el espíritu no va ya turbado, encuentra a su servicio todos los fluidos que manejó cuando se hallaba en la materia, y como ellos obedecen a la voluntad, la materialización es posible en el punto preciso en que se ha

puesto el pensamiento. Por lo demás, estos actos no han de ser ejecutados sin el concurso de los protectores que cada espíritu tiene.

Tales apariciones no pueden continuar, porque debiendo quedar el espíritu con su periespíritu solamente, condición esencial a la plenitud de la vida espiritual de que ha menester en el espacio, los fluidos animalizados deben desprenderse; y desde que este movimiento se inicie, principiará la turbación, más o menos larga, según el adelanto alcanzado.

En suma, la turbación resulta del hecho de la transición entre dos extremos: la vida material o dual del hombre y la vida espiritual pura, y esa transición no puede operarse instantáneamente.

Existe otra clase de fenómeno el de la bicorporeidad, o sea la dualidad aparente de una misma persona. Estos hechos, aunque raros, han sido perfectamente comprobados y como pueden explicarse del mismo modo que las apariciones espontáneas, de las que acabamos de ocuparnos, encuentran su lugar en este capítulo.

Todos los fenómenos espíritas se relacionan, todos obedecen a la misma causa, las diferencias, consisten en la mayor o menor acentuación que permiten las circunstancias. Así, para darnos cuenta del cómo de tan extraordinarios fenómenos, debemos empezar por observar que el espíritu ya un poco desmaterializado por su grado de adelanto moral se separa del cuerpo durante el sueño, quedando unido a él por un lazo fluídico, imperceptible para nuestros sentidos materiales. En esos casos, como ya lo he dicho y lo demuestran los hechos del sonambulismo, no se guarda memoria, simplemente porque no ha tomado parte en ello el cerebro.

Debo consignar aquí, que esta verdad del desprendimiento nocturno del alma, a pesar de tener en su apoyo los hechos, como en el

caso citado de mi madre, que al despertar recuerda excepcionalmente lo que ha visto en lejanos parajes, fue de los que más difícilmente he podido aceptar. Sin embargo, he tenido que ceder ante la evidencia.

Un día desperté, hace ya 4 o 5 años, con una alegría íntima y con el sentimiento del que viene de un largo viaje. Lo manifesté así a mi esposa, y el resto del día experimenté una satisfacción inexplicable. Pasó el tiempo, dos meses creo, y una noche, hallándome en la sociedad *Fraternidad*, un espíritu *en posesión* hablaba de los ensueños y de la separación aludida. Yo le hice la contra con los razonamientos que me vinieron a la mente. Él, por toda contestación, me dijo.

- ¿Recuerdas que el día... (señaló la fecha, que yo he ya olvidado), te despertaste diciendo que, si bien nada habías soñado, te parecía que venías de un largo y agradable viaje?
- Sí, lo recuerdo, —le contesté.
- Pues bien, el viaje lo hiciste en compañía de un protector que está en este momento presente, y con él fuiste por primera vez donde tu padre.

En la *Fraternidad*, nadie conocía a mi señora y ésta olvidó enseguida lo que le dije al despertar, porque no había puesto atención en ello. En consecuencia, puede decirse que solo yo podía haber revelado el hecho.

Algún tiempo después, un amigo que posee la mediumnidad vidente, me vio una noche, hallándose él en Buenos Aires y yo a cuarenta leguas en la provincia, habiendo, según me dijo, mantenido una conversación espiritual conmigo, pues es también oyente.

Con un poco más de elevación moral, mayor cantidad de fluidos disponibles la bicorporeidad sería visible para todas las personas. Acentuad más ambas perfecciones y podréis explicaros los hechos que relata Allan Kardec, que no repetiré por ser muy conocidos.

Citaré tan solo uno de los muchos casos que encuentro en la hermosa obra de Delanne *Le Spiritisme devant la science*, porque es de los más comprobados.

Sir Robert Dale Owen estaba de ministro de los Estados Unidos en Nápoles. En 1845, dice este diplomático, existía en Livonia el colegio de Neuwelke, a doce leguas de Riga y a media de Wolmar.

En ese colegio había cuarenta y dos internas, la mayor parte de ellas pertenecientes a familias nobles, y entre las preceptoras figuraba Emilia Sagée, de treinta y dos años, con buena salud y de conducta irreprochable. Pocas semanas después de su ingreso, se apercibieron que cuando algunas discípulas decían haberla visto en un sitio, otras aseguraban haberla visto en un lugar diferente. Un día las niñas, de pronto, vieron dos Emilia Sagée completamente iguales y haciendo los mismos movimientos, sin embargo, una tenía en su mano un lápiz de tiza y la otra nada.

Poco tiempo después, mientras la niña Antonieta de Wrangel se encontraba en su *toilette*, Emilia le agarró el vestido. Al darse la vuelta la joven vio en un espejo a dos Emilias sujetando su vestido y del susto se desmayó. Otras veces, cuando estaban en la mesa, la doble personalidad de la preceptora aparecía de pie detrás de la silla de Emilia, imitando todos los movimientos que ésta hacía para comer; pero las manos no tenían ni cuchillo ni tenedor. Sin embargo, esta segunda Emilia no parecía imitar más que accidentalmente a su persona real, y algunas veces, cuando ésta se levantaba de la silla, su doble ser parecía tomar el asiento. En cierta

ocasión que se encontraba en cama y enferma, la señorita de Wrangel le leía algo. De pronto la preceptora palideció, y casi se desmaya. La joven le preguntó si se encontraba mal, a lo que contestó negativamente con voz débil. Momentos después, la señorita de Wrangel, vio muy claramente al doble de Emilia pasearse por la habitación.

He aquí el más extraordinario ejemplo de bicorporeidad observado en la referida preceptora. Un día, las cuarenta y dos alumnas bordaban en un mismo salón de la planta baja, cuyas ventanas daban a un jardín. Así pudieron ver que Emilia, que estaba cortando algunas flores, apareció instantáneamente sentada en un sillón. Las internas dirigieron inmediatamente su vista al jardín, y vieron en todo momento a Emilia, si bien con aparentes molestias, moviéndose muy lentamente; estaba como adormecida y exhausta.

Dos de las más atrevidas se aproximaron a aquella visión para tocarla, y sintieron una ligera resistencia que, según ellas, podía compararse con la que produce un objeto de muselina o de crepón. Una de ellas pasó a través de una parte de la visión; y después de haber pasado, se mantuvo en toda su integridad por algunos instantes, desapareciendo luego gradualmente... Este fenómeno se reprodujo de diferentes maneras mientras Emilia estuvo empleada allí, es decir de 1845 a 1846. Pero hubo intermitencias de una o más semanas. Se observó que cuanto más materia presentaba el doble, más decaída y en sufrimiento se encontraba la señorita Emilia.

Lo más extraño de todo esto era que la paciente nada sospechaba, nada veía y solo sabía lo que sucedía por lo que le contaban. Semejantes fenómenos inquietaron a algunos padres, que poco a poco sacaron a sus niñas del colegio, hasta llegar a cerrarse.

Un hecho resalta de esta narración, dice Delanne, y es la íntima conexión que existe entre el estado del cuerpo y el del doble. Cuando el periespíritu aparece menos vaporoso, más sólido, el

cuerpo se debilita y toma un aspecto de decaimiento; por el contrario, cuando el periespíritu se fluidifica, el organismo material recupera sus fuerzas. Esto indica que existe un lazo entre el cuerpo y su doble. Allan Kardec nos ha dicho que el alma se aparta del cuerpo durante el sueño, pero que está siempre unida a él por un cordón fluídico y que, de llegar a cortarse, la muerte sería instantánea.

Quien así puede mostrarse en dos puntos a la vez, tiene, por el momento, dos cuerpos, el uno real y el otro aparente; el primero dotado de la vida orgánica y el segundo de la vida del alma.

Sabemos ya que dada la ley que constituye la dualidad humana, un cuerpo de la especie no puede vivir sin alma propiamente dicha, como lo puede la planta. Pero sabemos también que cuando el sueño profundo tiene lugar, el alma no actúa directamente sobre el organismo, mientras que la vida vegetativa y puramente animal continúa en todo su vigor. Luego podemos comprender que baste la unión por un lazo fluídico, para que la dualidad subsista. Así podemos comprender hasta la separación del alma cada noche, a más o menos distancia, según el adelanto moral. Pero no así cuando se trata de la bicorporeidad. En ese caso, la persona debe estar dotada de una gran facilidad de asimilación de fluidos y ser dirigida en estos actos por espíritus desencarnados, es decir, ser un médium especial para la producción del fenómeno.

La bicorporeidad en la vigilia es rarísima; los casos más frecuentes tienen lugar en las horas en que el cuerpo real está en reposo.

El espíritu gobierna los fluidos, decía en su comunicación un espíritu, los conoce en su esencia, en su causa, en sus efectos. Él los condensa, los rarifica, los dispersa. Les transmite el movimiento, la

elevación, y a su gusto, los hace ser activos o inmóviles; su potencia sobre ellos está en razón de su sabiduría y de su inteligencia.

La potencia que actúa es la voluntad del espíritu, con tanto más éxito cuanto mayor sea su adelanto. Este es el hecho, por su voluntad se traslada el espíritu de un punto a otro en el espacio, sin darse cuenta del cómo de su traslación. Tenemos los hechos, tenemos lo fundamental de la ciencia espírita. Saber explicar los detalles, es cuestión de tiempo y de perseverancia.

Ved lo que puede la voluntad en los trabajos y en los progresos humanos; ved lo que puede en el propio organismo, al cual le impone obediencia; ved lo que puede sobre otro ser por medio del magnetismo, y calculad después lo que podrá sobre los fluidos generales una voluntad adelantada.

La voluntad es el atributo esencial del espíritu, sea cual fuere el estado en que se encuentre, ya encarnado o desencarnado; pero su potencia depende siempre del grado intelectual o moral que alcance en el derrotero de su progreso indefinido.

Así, cuando un espíritu muy adelantado encuentra en su organización o en sus fluidos de la materia los elementos necesarios, podrá, como San Antonio de Padua y San Francisco Javier, hallarse en dos puntos a la vez y producir actos materiales en ambos. De igual modo, el espíritu algo adelantado que conserve su lucidez hasta el último momento de la muerte, podrá aparecer enseguida materializado en sus propios fluidos y en los que estos atraen instantáneamente del espacio.

CAPÍTULO VIII

Fenómenos de aportes

El fenómeno de los aportes es poco común, pero en la actualidad, puede considerarse plenamente probado.

Yo he presenciado el hecho en las sesiones que daba en París la médium Babelin. Se había revisado el cuarto, y, por lo demás, no eran necesarios los aportes para mostrar la valía de la médium, que conseguía ya tan variados e importantes fenómenos. Así que no es dudoso que fuese real el fenómeno, pero yo no pude comprobarlo de una manera satisfactoria. Durante una sesión caían confites, que algunos concurrentes, siendo yo del número, pudimos probar en la oscuridad, porque manos invisibles nos los llevaban a la boca.

Hablando de la Srta. Nichol, Alfred Wallace, dice:

Cuando esa joven estaba en el desarrollo de la mediumnidad, la primera vez que obtuvo el aporte de flores y frutas fue en mi propia casa. Todos los presentes eran amigos míos. Siendo pleno invierno, la señorita Nichol había venido temprano al té, y había estado con nosotros en una habitación muy abrigada y alumbrada con gas, cuatro horas antes de la aparición de las flores. El hecho esencial es que sobre una mesa desnuda, en un cuartito cerrado y oscuro (el

cuarto inmediato y el pasillo estaban bien iluminados) apareció una cantidad de flores, que no estaban allí pocos minutos antes, cuando habíamos apagado el gas. Eran anémonas, tulipanes, crisantemos, rosas chinas, etc. Todas estaban perfectamente frescas, como si acabasen de salir de un invernadero. Estaban cubiertas de un rocío frío y menudo. Ni un solo pétalo quebrado o ajado, ni estaba fuera de lugar el más delicado estambre ni la más fina fibra. Las sequé y conservé todas, junto a la declaración de todos los presentes de no haber tenido participación voluntaria alguna en traer esas flores a la habitación. Creía entonces, y aun lo creo, que era absolutamente imposible para la Srta. Nichol haberlas ocultado tanto tiempo, haberlas conservado tan perfectas especialmente, y haberlas presentado enteramente cubiertas por una bellísima capa de rocío, precisamente igual a la que se forma en un día muy caluroso en el exterior de un vaso de agua muy fría.

Fenómenos semejantes han sucedido después centenares de veces en muchas casas y bajo varias condiciones. Algunas veces, las flores han sido amontonadas en grandes cantidades sobre una mesa. A menudo han aparecido las flores o frutas que se pedían. Uno de mis amigos pidió una *flor de sol*, y cayó sobre la mesa una cuyas raíces estaban aún con tierra.

Una de las más sorprendentes pruebas tuvo lugar en Florencia con el señor T. Trollope, la señora Trollope, la señorita Blahden y el coronel Harvey. El cuarto fue registrado por los caballeros. La Sra. Guppy (médium) fue registrada por las señoras comprobando hasta la ropa interior. El señor y la señora Guppy fueron atados firmemente, junto a la mesa. A los diez minutos de evocación, todos dijeron que percibían olor a flores, y encendiendo una bujía, se encontró que los brazos de la señora Guppy y los del señor Trollope

estaban cubiertos de junquillos que llenaban el cuarto con su perfume.

Tanto el señor Guppy como el señor Trollope refieren esto casi en los mismos términos¹.

En el *Banner of Light* del 25 de septiembre de 1880, refiriéndose a las materializaciones obtenidas por la médium Madame d'Esperance, se da cuenta de que un espíritu materializado pidió una botella con agua y un poco de arena, la colocó en el centro de la sala y haciéndole algunos pases circulares, la cubrió con una tela blanca de la que surge instantáneamente a la vista de los espectadores. Hecho esto, el espíritu se retiró colocándose a unos tres pies de la botella. Inmediatamente se vio algo que se iba elevando y extendiéndose hasta alcanzar la altura de catorce pulgadas. Entonces la forma se adelantó y descubrió la botella, dejando ver una planta con bastantes hojas que acababa de crecer en ella. Luego fue apareciendo en la misma planta una flor de color escarlata dorado. La planta no era un simple capricho, era una *Ixora Craeata*. El hecho fue comprobado por varias personas y se ha repetido en otras sesiones.

Como se ve, no solo pueden obtenerse aportes, sino el crecimiento de plantas a la vista de los espectadores. Pero en el citado caso, la planta estaba oculta. Los fakires de la India obtienen este prodigio en condiciones más extraordinarias. Jacolliot, distinguido escritor, ha presenciado el hecho, poniendo él todos los materiales, hasta la semilla, y ha visto el desarrollo paulatino del crecimiento completo. Por otra parte, si los médiums son pasivos en estos casos, los fakires obran por su propia voluntad. Ambos procederes

¹ Informe de la *Sociedad Dialéctica sobre Espiritualismo*, págs. 277 y 372.

estriban en el manejo de los fluidos, que, en espíritu, todos estaremos en el caso de conocer o al menos de ejecutar por simple voluntad, y, en la materia, como los fakires, mediante conocimientos especiales de ocultismo.

Del fenómeno de los aportes, ¿qué explicación podemos darnos? ¿Habrá de considerarse como el producto de una fluidificación previa del objeto, a fin de pasarlo en ese estado a través de las paredes? En tal caso, tendríamos un triple fenómeno, y los tres de difícil aceptación, fluidificación, paso a través de la materia y reconstitución del objeto. ¿Podría tener lugar esto? El astrónomo Zöllner, experimentando con Slade, ha pasado en una cuerda grandes anillos de madera sin solución de continuidad, sellando luego los extremos de la cuerda, y, sin embargo, los anillos han sido sacados de ella. Esto se ha repetido varias veces en la oscuridad, pero en condiciones de prueba que impedían cualquier fraude. El sabio Crookes ha visto pasar un tallo de *hierba de la China* a través de una tabla. El hecho merece relatarse en todos sus detalles:

El segundo caso¹ que voy a referir, tuvo lugar a plena luz, un domingo por la tarde, estando presentes el médium Home y algunos miembros de mi familia. Mi mujer y yo habíamos pasado algunos días en el campo y habíamos traído flores frescas. Al llegar a casa, las entregamos a una sirvienta para que las pusiese en agua. Poco después llegó el Sr. Home, y juntos pasamos al comedor. Al sentarnos la sirvienta trajo las flores que había colocado en un florero. Yo las puse en el centro de la mesa, que estaba sin mantel. Era la primera vez que el Sr. Home veía aquellas flores.

¹ *Fuerza psíquica*, versión castellana, Buenos Aires, 1888.

Después de haber obtenido varias manifestaciones, la conversación derivó sobre ciertos hechos que parecían no poder explicarse sino admitiendo que la materia podía realmente pasar a través de una sustancia sólida. A este propósito se nos dio el siguiente mensaje alfabético: «Es imposible a la materia pasar a través de la materia; pero vamos a mostraros lo que podemos hacer».

Aguardamos en silencio y no tardamos en divisar una aparición luminosa que se cernía por encima del ramo de flores. Después, a la vista de todos, un tallo de *hierba de China*, de 15 pulgadas de longitud, que formaba el ardorno del centro del ramo, ascendió lentamente desprendiéndose de las demás flores, y luego descendió hasta encima de la mesa, frente al florero, entre este florero y Home. Llegado encima de la mesa, aquel tallo no se detuvo, sino que la atravesó sin torcerse, viéndolo todos perfectamente hasta que la hubo atravesado enteramente.

Inmediatamente después de la desaparición del tallo, mi mujer; que estaba sentada al lado de Home, vio entre ella y él una mano que venía de debajo de la mesa y que sostenía el tallo, con el que la tocó dos o tres veces en el hombro, produciéndose un ruido que todos oímos, dejó después el tallo en el suelo y desapareció. No hubo más que dos personas que viesan la mano, pero todos los concurrentes distinguieron el movimiento del tallo. Mientras esto pasaba, todos podían ver las manos de Home tranquilamente apoyadas en la mesa delante de él. El sitio por donde desapareció el tallo distaba 18 pulgadas del sitio donde estaban las manos. La mesa era de comedor con correderas, abriéndose con tornillos, no era de las que se estiran, y la reunión de las dos partes de ella formaba una estrecha hendidura en el centro. A través de esta hendidura fue por donde el tallo pasó sin quebrarse; y sin embargo, todos nosotros lo habíamos visto pasar sin dificultad, suavemente,

y cuando después lo examinamos, vimos que no ofrecía ni la más ligera señal de presión ni de erosión.

Si hemos de prestar crédito a lo dicho por Crookes, la hierba de la China no ha sido fluidificada, sino ablandada y deformada hasta el extremo de pasarla por una rendija formada por la unión de las tablas de la mesa. Esto es más viable que la fluidificación y el paso a través de la materia.

En la ciencia solo encuentro los experimentos del Sr. Shitzemberger que pueden tener alguna analogía con el fenómeno de los aportes, considerándolo bajo el punto de vista del paso de la materia a través de la materia.

El sabio químico condensaba bajo la influencia del efluvio eléctrico, diferentes gases, y en particular óxido de carbono, en tubos de vidrio cerrados. Hecho esto, se apercibió *que la electricidad transportaba a través del vidrio, de afuera hacia adentro, agua y oxígeno, y de adentro hacia fuera, carbono.*

A pesar de esto, la explicación más satisfactoria del fenómeno de los aportes, para mí, es la que dio un espíritu a Allan Kardec.

Lo primero que se exige, según dicho espíritu, es tener *un buen sensitivo*, es decir, una persona dotada en el más alto grado de facultades mediúmnicas de expansión y de penetrabilidad. Esta clase de médiums proyectan alrededor de ellos, con profusión, el fluido animalizado.

Las naturalezas impresionables, las personas cuyos nervios vibran al menor sentimiento, a la más pequeña sensación, a quienes sensibiliza la influencia moral o física, interna o externa, son sujetos muy aptos para ser excelentes médiums de efectos físicos, de tangibilidad y de aportes; pero se requiere que las demás facultades y

la voluntad del espíritu no sean hostiles a la *mediumnización*. Con tales médiums es fácil obtener toda clase de tiptología, los movimientos de objetos pesados y aun su suspensión en el espacio. Cuántos más médiums haya, más seguridad de éxito.

No así en los aportes, para estos se requiere un trabajo más completo de parte del espíritu, y que no haya más que un solo médium, pues siendo dos o más, sería imposible la ejecución, por la dificultad de hacer concurrir simultáneamente los fluidos al objeto que se busca. Hasta la presencia de personas antipáticas al espíritu que opera, suele estorbar radicalmente el fenómeno.

Así pues, los aportes tienen que producirse muy raramente, debido a tantas dificultades que presenta su práctica, a lo cual hay que agregar que pocos son los espíritus que pueden producirlos, aún en las mejores condiciones.

El espíritu que opera se ve forzado a impregnar sus propios fluidos con el *fluido vital* que no puede darlo sino el encarnado.

Entonces es cuando puede, por medio de ciertas propiedades del medio ambiente, desconocidas del hombre, aislar y hacer invisibles ciertos objetos.

No me es posible, dice el espíritu, pues no me está permitido por el momento, descorrer el velo de estas leyes particulares que rigen los gases que os rodean; pero puedo decir que no pasarán muchos años sin que os sean revelados. Se verán entonces surgir y producirse una nueva variedad de médiums.

Los espiritistas estudiosos comprenderán fácilmente lo dicho sobre la expansión y concentración de fluidos especiales que se requiere para producir la locomoción de la materia inerte, o crearán en ello como en los fenómenos del magnetismo, con los cuales los mediúmnicos presentan tanta analogía.

En cuanto a los incrédulos y a los científicos, pues estos son peores que aquellos, no me compete convencerlos, y no me ocupo

de ellos. Un día se convencerán por la fuerza de la evidencia, pues es necesario que se inclinen ante el testimonio unánime de los hechos espíritas, como ya se han inclinado ante tantos otros hechos que al principio habían rechazado.

Estos, como casi todos los fenómenos espíritas, exigen ciertas condiciones que irritan a los intolerantes. Olvidan así, que los mismos fenómenos del laboratorio, exigen sus condiciones especiales de luz y otras. Por otra parte, no es permitido a los espíritus convertir en un espectáculo, para divertir al público curioso, el Espiritismo que tiene un objeto serio y en el cual solo se puede progresar por la asiduidad del estudio y la observación, para que todo sea el producto del propio esfuerzo, y, por lo tanto, merecido.

Concluiré transcribiendo la contestación del espíritu a la pregunta de si los espíritus podían introducir un objeto cualquiera en un aposento cerrado.

Esta cuestión es compleja. El Espíritu puede volver invisibles los objetos que aporta, pero no penetrables. No puede romper la agregación de la materia, porque implicaría la destrucción del objeto. Al volverlo invisible, el Espíritu puede aportarlo cuando quiera, y desprenderlo sólo en el momento oportuno, para hacerlo aparecer. Las cosas suceden de otro modo con relación a los objetos que nosotros componemos. Como sólo introducimos en ellos los elementos de la materia, y dado que esos elementos son esencialmente penetrables, y que nosotros mismos penetramos y atravesamos los cuerpos más condensados con la misma facilidad con que los rayos solares atraviesan los vidrios, podemos perfectamente decir que hemos introducido el objeto en un lugar, por más cerrado que esté. Pero eso sólo sucede en este caso.

Nada encontramos en cuanto al modo de hacer invisible un objeto, pero creo que algo puedo atreverme a suponer.

Si la transmisión de la vibración etérea que constituye la luz no llegase al objeto, no percibiríamos nada de él aun en medio de la mayor claridad.

Si el espíritu dispone de fluidos y puede combinarlos y concentrarlos alrededor de un objeto, puede muy bien impedir que la vibración etérea llegue hasta él, o bien lo que parece más fácil, que la reflexión de dicha vibración se produzca, lo que forzosamente imposibilitaría la visión, porque son esas vibraciones las que vienen a marcar en el fondo oscuro del ojo la fotografía del objeto.

Esto en lo referente a los aportes, en cuanto al crecimiento inusitado de las plantas, solo podemos decir que el hecho prueba que la fuerza vital es necesaria a los seres y a la vegetación, y que sin ella, nada podrían la humedad y el calor. En apoyo de esta idea, tenemos el hecho de que las plantas que viven bajo la sombra crecen raquíticas e incoloras. El calor no les ha faltado, sino la acción directa de la luz, para que el movimiento de la savia se acelere, el calor propio se desarrolle y el todo alcance un crecimiento mayor. Pues bien, todo el fluido vital que de esa manera tiene que fijar en sí la planta, puede tomarlo directamente de los fluidos que sobre ella concentra el espíritu o el faquir.

CAPÍTULO IX

Fotografía Espírita

La fotografía de los espíritus que se materializan, sería la mejor prueba de que no sois unos alucinados, decían los materialistas empedernidos. Pues bien, no solo Crookes pudo fotografiar la forma de Katie King, sino que posteriormente se han hecho muchas fotografías de los espíritus, con la particularidad de no ser visibles sino para los médiums *videntes*.

La luz fuerte contraría la materialización, y esto se concibe tenga lugar sobre fluidos circunscritos transitoriamente; la acción de las vibraciones etéreas que desarrollando el calor llegan hasta licuar la materia, no pueden dejar de producir un efecto disolvente sobre la materia aparente que llamamos materialización. Tal debe ser la razón por la cual no se ha podido continuar el método de Crookes; pero han aumentado rápidamente las fotografías de seres invisibles al ojo humano. Esto parece imposible si se tienen bien presentes los fenómenos ópticos, pero no así cuando se recuerda que las visiones que ya no afectan la retina afectan placas fotográficas ultrasensibles. No hace mucho se han hecho experimentos, tomando fotografías en la oscuridad, poco después de haber estado al sol los objetos que servían al experimento. Ha bastado, pues, al

efecto, la tenue reflexión que aún producen los objetos. Las fotografías de los espíritus son blancas y transparentes; bastaría entonces una concreción fluídica muy tenue para que el fenómeno se produzca. Por eso los médiums videntes que han presenciado los hechos, han podido describir, antes de la ejecución, los espíritus que luego se han reconocido en el negativo.

Ya hemos visto cómo es que los espíritus que quieren ser vistos de los videntes¹ lo consiguen, según ellos sensibilizando el aparato visual. Pues bien, esto mismo podría aplicarse tratándose de la placa, cuya preparación puede ser sensibilizada al extremo de marcar las radiaciones ultravioletas, que el ojo ordinariamente es incapaz de percibir. Sería, pues, gracias a esas vibraciones, las más veloces del haz de luz, que se obtendrían las imágenes de seres que no podemos ver, porque no tenemos conciencia de las vibraciones que sobrepasan a las que determinan el violeta y el rojo, y que sin embargo, existen, como lo prueban las nuevas observaciones de la ciencia.

¿Se producen en realidad así las fotografías espíritas? No es posible resolver en sentido afirmativo; pero es uno de los medios por el que podemos decir, sin temeridad, podrían muy bien servirse los espíritus para estampar en la placa sus vaporosas y transparentes imágenes, producidas, bien entendido sea, por los fluidos del médium, cuya presencia requieren.

Las narraciones sobre fotografías espíritas en varias partes de los Estados Unidos, dice Wallace², indujeron a algunos espiritualistas

¹ Capítulo VI.

² *Defensa del Espiritualismo Moderno*.

en este país (Inglaterra) a hacer experimentos que no dieron resultado inmediato.

Enumera luego las primeras tentativas y su éxito relativo. Citaremos los casos en los que el éxito ha sido más completo.

El Sr. William Howitt, que fue sin aviso previo a lo del fotógrafo Hudson, obtuvo retratos de dos hijos fallecidos hacía mucho tiempo, y ni el amigo que acompañó al señor Howitt sabía de la existencia de uno de ellos.

Los retratos fueron conocidos instantáneamente por la señora Howitt; y el señor Howitt declaró que eran perfectos e inequívocos (*Spiritist Review*, octubre, 1873).

El Dr. Thomson, de Clifton, obtuvo un retrato suyo acompañado por una señora que no conocía. Lo envió a su tío que estaba en Escocia, preguntándole simplemente si le encontraba semejanza con alguna persona fallecida de la familia. La respuesta fue que era el retrato de la madre del mismo doctor Thomson, muerta al darle a luz; y como no existía ningún retrato de ella, el doctor no tenía idea alguna de su fisonomía. El tío observaba, muy naturalmente, que no podía entender como había podido producirse (*Spiritist Review*, octubre, 1873).

Han ocurrido otros muchos casos de reconocimiento de semejanza, pero solo añadiré mi testimonio personal. Hace pocas semanas fui por primera vez donde el mismo fotógrafo, y obtuve el retrato más inequívoco de un pariente fallecido. Pasemos ahora a una clase mejor de comprobantes, los experimentos particulares de los aficionados.

El señor Thomas Slater, óptico, establecido desde mucho tiempo en *Euston road*, fotógrafo aficionado, llevó consigo donde el señor Hudson una cámara nueva hecha por él mismo y sus propias lentes. Vio todo lo que se hacía, y obtuvo un retrato en el que había

una segunda figura. Comenzó entonces a hacer experimentos en su propia casa, y en el último verano obtuvo resultados notables. El primero de estos fue el retrato de su hermana, al lado del cual se veían dos cabezas. De estas, una es indudablemente la del último lord Brougham, y la otra, menos fácil de distinguir, es reconocida por el señor Slater como la de Robert Owen, con quien tuvo íntima relación hasta su muerte. Desde entonces ha obtenido varias excelentes fotografías de la misma clase.

Una, particularmente, muestra una mujer en su ropaje largo y flotante, blanco y negro, que está de pie al lado del señor Slater. En la otra, aparecen la cabeza y el busto reclinándose sobre su hombro. En estas dos son muy parecidos los rostros; y otros miembros de la familia los han reconocido como retratos de la madre del señor Slater, fallecida cuando él era niño. En otra, se ve una bonita figura infantil, vestida también, que está de pie junto al niño del señor Slater. Ahora bien, que estas figuras sean correctamente idénticas o no, no es el punto esencial. El hecho de que *cualquier* figura, tan clara e inequívocamente humana, aparezca en planchas tomadas por un experto óptico y aficionado fotógrafo en su estudio privado, con instrumentos fabricados por él mismo, y sin que nadie esté presente sino los miembros de su propia familia; he ahí la verdadera maravilla. En una ocasión apareció una segunda figura junto a él, cuando estaba absolutamente solo, por el sencillo medio de sentarse en la silla después de quitar la cubierta al objetivo de la cámara. Siendo médiums él y su familia, no requieren ayuda extraña, y esta es quizás la razón de por qué ha tenido tan buen éxito. Una de las más extraordinarias fotografías obtenidas por el señor Slater, es un retrato de cuerpo entero de su hermana, en el cual no hay segunda figura, pero aquella aparece cubierta completamente por una especie de cortina transparente de encaje, que, examinada con atención, deja ver que está formada de círculos sombreados de

diferentes tamaños, enteramente diferentes de todo tejido material que yo haya visto o del cual tenga noticia alguna.

El mismo señor Slater me ha mostrado todas estas fotografías y me ha explicado las circunstancias en que fueron producidas. Que no son imposturas, es indudable, y son de inapreciable valor como las primeras confirmaciones independientes que corroboran lo que antes solo se había obtenido por medio de fotógrafos de profesión. Llegamos ahora a los valiosos y decisivos experimentos del señor John Beattie, de Clifton, fotógrafo retirado que tiene 20 años de experiencia, y del cual el mencionado editor dice: «Quien quiera que conozca al señor Beattie, no podrá menos que reconocer en él un fotógrafo reflexivo, diestro e inteligente, un hombre muy difícil de engañar, al menos en todo lo relacionado con las fotografías, y al mismo tiempo un hombre totalmente incapaz de engañar a otros.

El señor Beattie ha sido ayudado en sus investigaciones por el Dr. Thompson, médico de Edimburgo, que ha tenido, como aficionado a la fotografía, una práctica de 25 años. Hicieron sus experimentos en el estudio de un amigo que no era espiritualista (pero que durante los experimentos llegó a ser médium) y contaban con los servicios de un industrial, a quien conocían bien, como médium vidente. Todo el trabajo fotográfico era hecho por los señores Beattie y Thompson, permaneciendo los otros dos sentados cerca de una pequeña mesa. Las vistas o pruebas negativas se tomaban en series de tres, con pocos segundos de intervalo entre una y la otra, y en cada sesión se tomaban varias de estas series.

Las primeras fotografías solo presentaron manchas blanquecinas. Estas, cada vez se hicieron más notables, tomando formas más definidas. Sin embargo, continuaron los experimentadores sin desmayar por la falta de éxito. En una de las sesiones, el médium vidente dijo que veía una densa bruma delante de las personas. La

placa quedó toda blanquecina, sin huella alguna de los que debían haber quedado retratados en ella. Otra vez, describió una bruma igual, pero con una forma humana ante ella; resultando esta en la placa en medio de una especie de nube.¹

Y así continuaron los experimentos durante algún tiempo. Hay varios curiosos desarrollos, dice Wallace, cuya naturaleza queda ya suficientemente indicada; pero se debe mencionar una sola fotografía muy sorprendente. Durante la operación, un médium vio en el fondo una figura blanca. Ambas aparecen en la imagen, la figura blanca muy tenuemente y la negra mucho más nítida, de tamaño gigantesco, con un rostro macizo, de facciones toscas y de cabellos largos. (*Spiritist Review*, enero y agosto de 1873. Noticias Fotográficas, junio 18, 1872).

El señor Beattie ha tenido la bondad de enviarme para examinarlas una serie completa de 32 de estas extraordinarias fotografías, y me ha suministrado muchos pormenores que deseaba conocer. Los he descrito con cuanta exactitud me ha sido posible; y el señor Thomson me ha autorizado a usar su nombre confirmando los asertos del señor Beattie acerca de las condiciones en que esas imágenes aparecieron. No se han hecho estos experimentos sin trabajo y perseverancia. Algunas veces no se obtenía cosa alguna fuera de lo usual en veinte ensayos sucesivos. De los centenares que se han hecho, no ha habido éxito alguno en más de la mitad. Pero el que se obtuvo en los otros hizo que mereciese la pena. Ellos demostraron el hecho de que lo que ve un médium o un vidente (aun cuando ninguna otra persona vea nada), puede a menudo tener una existencia objetiva. Ellos nos enseñan que quizás el librero Nicholai, de Berlín, cuyo caso ha sido citado hasta la saciedad como tipo de

¹ Este modo de evitar que la visión de las personas pudiese transmitirse al aparato, nos hace ver cómo proceden los espíritus para ocultar los objetos en los fenómenos de aportes.

la *ilusión espectral*, vio efectivamente seres reales, y que de haber sido entonces descubierta la fotografía y debidamente aplicada, podríamos haber tenido ahora los retratos de los hombres y mujeres invisibles que llenaban su cuarto. Nos hacen al mismo tiempo indicaciones del procedimiento por el cual las figuras vistas en las sesiones pueden tener que formarse y desarrollarse gradualmente, y nos dan la capacidad de entender mejor las afirmaciones hechas a menudo por las inteligencias que se comunican, de la gran dificultad de producir formas definidas, visibles y tangibles, y que solo se puede hacer mediante una rara combinación de circunstancias favorables.

La fotografía espírita puede ser simulada. En París hubo un fotógrafo, Buguet, que las produjo auténticas durante algún tiempo, bajo su propia mediumnidad, pero como esta desapareciera y eran muchos los clientes descontentos, logró el modo de satisfacerlos. He tenido a la vista algunas de las primeras y podido comparar con las últimas. La diferencia es chocante, y solo el nombre ya adquirido por el fotógrafo pudo hacerlas pasar por auténticas durante algún tiempo, hasta que se le procesó y se descubrieron los medios de que se valía. Pero de que pueda hacerse fraude en esto, no se deduce que no exista la realidad. Aquí mismo, en Buenos Aires, algún fotógrafo se prestó a hacer fotografías espiritistas; pero habiéndose personado unos cuantos espiritistas de la Sociedad *Constancia* para obtenerlas bajo un severo examen, dijo que no las hacía por no tener ya a su disposición el médium de que se había valido. De estas fotografías poseo una, que es a todas luces falsa.

Como he dicho, las primeras fotografías conseguidas por el médium, fotógrafo Buguet, eran auténticas. Durante el proceso abundaron las declaraciones en ese sentido. Ciento cuarenta

personas juraron haber reconocido a sus parientes o amigos fallecidos, entre ellos pueden citarse el químico Royard, la condesa de Caithness, el conde de Pomar, el príncipe de Wittgenstein, el duque de Leuchtenberg, el conde de Bullet, el coronel Devolluet y M. O. Sullivan, ministro de Estados Unidos.

En Londres sucedió como en París, y Wallace dice al respecto lo siguiente:

La fama de estas fotografías se extendió rápidamente. Gran número de personas quisieron obtener resultados análogos; hasta que pasado algún tiempo, surgió el rumor de la impostura, y muchos creen ahora, por apariencias sospechosas, que se ha producido un gran número de falsificaciones. Si así fuese, no sería nada de que admirarse. El fotógrafo en cuestión no era espiritualista, y se encontró desorientado ante las fotografías obtenidas, vio que veintenas de personas acudían a él y se retiraban satisfechas o descontentas, según obtenían o no una segunda figura junto con ellas, y es posible que haya hechos arreglos a favor de los cuales pudiera satisfacer a todos.

Sea como quiera, lo cierto es que toda persona prevenida, bien puede darse cuenta de la autenticidad de una fotografía en la que aparezcan espíritus, siguiendo las indicaciones que hace Wallace en las páginas 69 y 70 (versión castellana) de su citada obra.

CAPÍTULO X

Escritura directa

La escritura directa, como todos los fenómenos espíritas, se ha obtenido de tanto en tanto en el pasado, pero nunca se tuvo idea de la influencia que las personas ejercen en su manifestación o la necesidad de la proximidad de los entonces desconocidos médiums. Todo se atribuía al milagro, si se relacionaba con la religión, y al demonio en los demás casos.

El primero que parece haber estudiado la escritura directa y la ha hecho conocer en Francia, fue el barón de Guldenstubbe, que publicó al respecto una obra muy interesante, ilustrada con gran número de facsímiles de las escrituras que había obtenido.

La posición social del señor Guldenstubbe, dice Kardec, su independencia y la consideración que tiene en la sociedad más elevada, incontestablemente apartan toda sospecha de fraude voluntario. Todo lo más que podría suponerse es que él mismo fuese juguete de una ilusión; pero a esto responde terminantemente el hecho de la obtención del referido fenómeno por muchas personas que han tomado también las precauciones necesarias para evitar toda superchería y toda causa que pudiera inducir en error.

El fenómeno de la escritura directa es uno de los más

convincentes, pero también de los más raros, porque son pocos los médiums cuyos fluidos se prestan para que los espíritus puedan producirlo.

Al principio se usaba lápiz y papel, que se creyó luego innecesario, teniendo en cuenta el fenómeno de los aportes, pero sin fijarse que de esta manera se complicaba más el trabajo a ejecutar por el espíritu y se exigía del médium mayor cantidad de fluidos. Por otra parte, las comunicaciones resultaron así más sospechosas, pues aparecieron escritas con sustancias rojas y otros colores, y se tuvo la idea que pudieran serlo con anterioridad por medio de tintas simpáticas.

Aparecieron después algunos médiums que, inspirados por sus guías, indicaron las pizarras como más a propósito para el caso. Los principales son Eglinton y Slade, que han recorrido el mundo pres-tándose a producir el fenómeno en presencia de los incrédulos. Entre estos se encuentran muchos hombres de ciencia y prestidigitadores destacados, que han hecho constar que en las condiciones en que se presenta el hecho, no podría ser imitado por ellos.

El astrónomo Zöllner, el Dr. Gibier y otros, han experimentado con Slade, cuando este médium conservaba sus facultades mediúnicas en toda su integridad.

Aparecían llenas de nudos bandas de cuero previamente selladas en ambas extremidades. Argollas sin solución de continuidad, han salido de una cuerda igualmente sellada, como ya he referido en el capítulo sobre los aportes.

Pero el fenómeno particular de la mediumnidad de Slade, es la escritura directa, y a él vamos a concretarnos.

Habiéndome invitado Slade a trazar, dice el ingeniero Tremeschini, en una pizarra que él me presentó, una pregunta cualquiera, escribí estas palabras: «El nombre de la persona en quien pienso en este momento». Slade tomó la pizarra, la colocó al borde de la mesa que estaba de mi lado y la retiró a los tres segundos. Comprobé con la persona que asistía conmigo a la sesión, que la palabra *Vechy* estaba claramente escrita en la pizarra, exactamente bajo mi pregunta. Aquel nombre en realidad era el del amigo en quien pensaba¹.

El Dr. Gibier, según dice, no fue tan afortunado; no obtuvo respuesta a una pregunta mental, pero consiguió que la escritura operase en pizarras llevadas por él, de las que no se separó ni un instante y que no fueron tocadas por el médium ni siquiera al operarse el fenómeno.

Hemos conocido aquí a Slade, desgraciadamente ya enfermo, con su poder mediúmnico debilitado, a veces abandonado por sus antiguos guías y tomado por otros espíritus empeñados en perderlo por la mistificación. Su intemperancia ya habitual es la causa de que no solo vaya en decadencia su mediumnidad, sino que atraiga, por la ley de afinidades, a espíritus empeñados en la obra del mal, contraria al triunfo del Espiritismo, porque él entraña un progreso moral y social para la humanidad.

Sin embargo, mientras la comisión que le hizo venir pudo vigilar sus pasos y evitar sus desórdenes, los fenómenos que produjo fueron sorprendentes e intachables, y cuando cayó en sus excesos y enfermó, aconsejados por nuestros guías espirituales, no se le

¹ Tremeschini, según el Dr. Gibier, era materialista.

presentó más al público, a fin de evitar el mal que podría haber resultado.

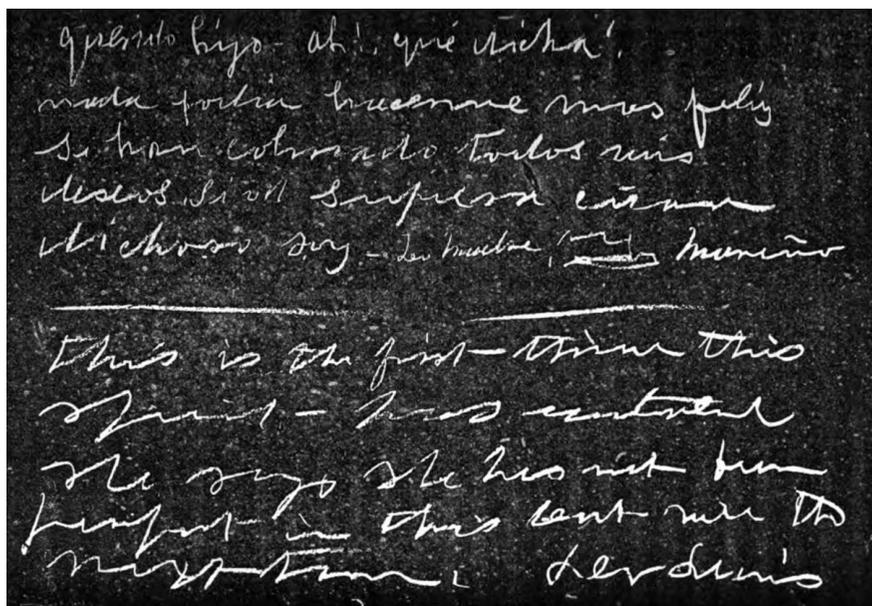
Narraré uno que otro de los fenómenos que he presenciado, concretándome siempre a la escritura directa.

Slade tomó dos pizarras de entre las varias que nosotros mismos le habíamos entregado, las mostró, y luego, poniendo un pedacito de lápiz en una, la cubrió con la otra, pidiendo al Dr. Carbajal (uno de los presentes) que la tuviese por un extremo, mientras él la tenía por el otro. Aproximó así las pizarras al oído del referido caballero, y si todos pudimos oír el roce del lápiz al trazar las frases, el doctor Carbajal quedó aún más sorprendido, pues pudo seguir todos los sonidos correspondientes al movimiento de la escritura.

En otra sesión operó sobre pizarras traídas por uno de los visitantes, y apareció una de ellas completamente escrita en cuatro idiomas y con diversos caracteres de letra.

En mi propia casa y en presencia de pocas personas, le di al médium dos pizarras y un lápiz, del cual tomó un pedacito que colocó entre ambas, poniéndolas sobre la mesa, y sin tenerlas él, hizo la cadena con nosotros, teniéndonos de las manos. Solo mi brazo tocaba las pizarras, y en ellas se sintió bien pronto correr el lápiz. Yo mismo las tomé después y encontré en ellas, en español, idioma que no conocía el médium, una frase de una madre a un hijo, y que bien pudiera ser la mía, pues en el momento en que escribo esto, vuelvo a mirar esas palabras, y encuentro, como encontré el primer día, que la letra es muy parecida a la que tenía mi madre en su última existencia terrenal.

He aquí el facsímil.



Como se ve, el espíritu que escribió en primer lugar no pudo terminar una frase empezada, después cambia la letra, explicando en inglés que no ha podido hacerlo bien por ser la primera vez.

La escritura directa, por sobrenatural que parezca cuando no se conocen las leyes que rigen estos fenómenos y no se han profundizado los estudios que el Espiritismo abarca, es de gran utilidad, como prueba material indiscutible de la presencia de una o varias fuerzas desconocidas a la ciencia y de inteligencias que las ponen en juego, por invisibles que sean sus cuerpos fluídicos.

Pero, como señala Kardec, no se puede esperar por este medio comunicaciones extensas, sino apenas frases o simples palabras significativas, en diversos idiomas, desconocidos del médium: «se han obtenido, dice, en griego, en latín, en sirio, en caracteres jeroglíficos, etcétera».

CAPÍTULO XI

Médiums escribientes y dibujantes

Los médiums que escriben por inspiración consciente pero obedeciendo a otras ideas que las propias, y los que escriben inconscientemente, sintiendo que la mano es conducida por una voluntad extraña, son médiums escribientes.

Estas dos formas de mediumnidad suelen hallarse reunidas en una misma persona, pero regularmente no se posee más de una. Entre los de inspiración, unos reciben únicamente las ideas substanciales de lo que se les quiere hacer escribir; otros reciben ya la ilación del discurso al que van dando forma con arreglo al propio adelanto y preparación; y algunos, que son auditivos, sienten algo parecido a la palabra pronunciada dentro del cerebro. Los que llamamos *mecánicos* pueden escribir mientras conversan con las personas presentes, reciben comunicaciones en idiomas que no conocen; en suma, ninguna parte parece tomar el cerebro ni las aptitudes intelectuales del propio espíritu. Esta mediumnidad es poco común, no porque no se encuentre generalizada la aptitud personal al efecto, en más o menos grado, sino porque su desarrollo exige mucho tiempo. He conocido varios que empezaban a dar forma a las letras, otros que hacían como palotes, y que lo han

dejado por falta de tiempo diario o por inconstancia. Lo mismo sucede con los médiums dibujantes, que son una variedad de los mecánicos escribientes. En todas estas mediumnidades, son diversos los grados de facilidad, dependiendo la lucidez relativa del conjunto de circunstancias que actúan en su producción: aptitud personal en los fluidos, preparación anterior (otras encarnaciones) del espíritu, ilustración actual y elevación de los espíritus que se comunican.

Algunos discursos han sido pronunciados en la Sociedad *Constantia*, por espíritus en posesión de un médium, y han sido, días después, dictados e inspirados, casi textualmente, a algunos de los médiums escribientes. En el apéndice se encontrará uno de esos discursos, tomado de esa manera. Por lo demás, existen obras completamente escritas bajo el dictado de los espíritus.

Dibujos mediúmnicos existen también muchos, pero los más perfectos son, hasta el presente, los producidos por el Sr. Fabre. Son verdaderas obras de arte, que han sido fotografiados en cantidad. Este médium era un simple herrero, sin nociones de dibujo. Una noche, en un momento de desesperación, iba a tirarse al Sena. Un caballero espiritista que casualmente se hallaba cerca en aquel momento, pudo impedir aquella fatalidad, convenciéndole de que no debía atentar contra sus días, le hizo entrar en el Espiritismo y resultó ser gran médium dibujante.

Victoren Sardou, el conocido autor dramático, es un excelente médium dibujante. Conocidos son los grabados que se han hecho de sus dibujos, entre ellos el célebre de la original y elegante morada que según el espíritu que le dirigía la mano, es habitada por el espíritu del que fue Mozart entre nosotros, ya en otro mundo mejor. Pero, como quiera que sea esto, lo cierto es que el Sr. Sardou no

podía inventar ese trabajo, que los litógrafos consultados no quisieron encargarse de reproducir (no existían entonces en este ámbito los adelantos actuales) y además, era tal el maremágnum de curvas y ángulos que remataba el dibujo, que hacían retroceder a cualquiera. Entonces Sardou decidió emprender nuevamente su fácil tarea, dibujando en una piedra litográfica, donde la ejecución fue más rápida incluso que la primera vez.

La médium O'Neill, pintó, según afirma Alfred Wallace, un cuadro de seis pies de altura por cuatro de ancho, en cinco horas y ante la presencia de un número de personas reunidas para atestiguar el hecho. La rapidez es una característica que suele distinguir a los médiums de los dibujantes.

Ahora bien: ¿cómo se producen estos fenómenos? En los casos de inspiración, la cosa es muy comprensible. No hay más que aplicar lo que se ha dicho a propósito de la transmisión del pensamiento en el tomo primero. Por medio del periespíritu, el espíritu puede operar en ese sentido con más facilidad que un encarnado sobre otro. En esto no puede ya haber duda. Lo que aún no podemos explicarnos de una manera del todo satisfactoria, es el modo como los espíritus operan en la mediumnidad mecánica. He buscado en la obra del Sr. Delanne, que es, a mi juicio, la más científica en Espiritismo, y no me satisface en manera alguna su teoría del movimiento reflejo, por más que se le considere inconsciente. Los médiums videntes que he consultado dicen, al respecto, que han visto cerca de los que están en el desarrollo de esta mediumnidad, a espíritus que trabajan, si puede adoptarse esta palabra, para determinar una acción ejercida por medio de fluidos sobre el brazo. Yo creo que los conocimientos que ya poseemos autorizan la hipótesis de que la corriente o comunicación natural fluídica

correspondiente al brazo derecho, puede ser cortada por medio de otra más poderosa del espíritu, quedando así los nervios de ese brazo bajo la acción directa de su voluntad.

Concluiré este capítulo transcribiendo el párrafo 225 de *El Libro de los Médiums*, parte de lo que los espíritus dictaron con respecto a estas mediumnidades.

Cualquiera que sea la naturaleza de los médiums escribientes, bien sean mecánicos, semi mecánicos o simplemente intuitivos, nuestros procedimientos de comunicación no varían de una manera sensible. En efecto, nos comunicamos con los espíritus encarnados, como con los espíritus propiamente dichos *por medio de la radiación de nuestro pensamiento*.

Nuestras ideas no necesitan del vestuario de la palabra para que sean comprendidas por los espíritus; todos ellos perciben y conciben el pensamiento que queremos comunicarles, por el solo hecho de dirigirlo hacia ellos, pero el grado de comprensión está en razón directa del adelanto intelectual conquistado; es decir, que nuestro pensamiento puede ser comprendido por los unos, mientras otros no lo comprenderán, porque ese pensamiento no despierta ningún recuerdo, ningún conocimiento adquirido.

En este caso el espíritu encarnado que nos sirve de médium es más apropiado para transmitir nuestro pensamiento a los otros encarnados, aunque no lo comprenda; pues un espíritu desencarnado de poco adelanto no podría hacerlo, si estuviéramos forzados a recurrir a él como intermediario; *pues el ser terrestre pone su cuerpo a nuestra disposición como instrumento*, lo que el espíritu errante no puede hacer. Así cuando encontramos en el médium el cerebro enriquecido con conocimientos adquiridos en su vida actual y su espíritu con *vastos conocimientos anteriores latentes*, propios para facilitar nuestras comunicaciones, nos servimos de ellos con preferencia, porque entonces el fenómeno de la comunicación es

mucho más fácil que con un médium de inteligencia limitada y cuyos anteriores conocimientos fueran insuficientes.

Con un médium cuya actual o anterior inteligencia se encuentre desarrollada, nuestro pensamiento se transmite instantáneamente de espíritu a espíritu, por una facultad propia al mismo espíritu. En este caso encontramos en el cerebro del médium los elementos necesarios para dar a nuestro pensamiento la forma de la palabra, siendo esto tan aplicable a los médiums mecánicos como a los semi mecánicos o intuitivos. Por eso es que, sean cuales sean los espíritus que se comunican por un médium, los dictados obtenidos por él, aun procediendo de diversos espíritus, se resienten del estilo especial del médium. (Es lo que, nosotros explicamos por la acción refleja de la fuerza espiritual). Aunque el pensamiento le sea del todo ajeno, aunque lo que queremos decir no proviene de él, no por eso deja de influenciar con la *forma*, con las calidades intelectuales y morales propias de su individualidad...

Mal puede un músico ejecutar bien con un pésimo instrumento; necesitaría por lo menos uno regular; y siempre lo hará mejor con un piano, una flauta o un violín que con un simple silbato; pero la composición será siempre esencialmente la misma. Pues bien, es esto exactamente lo que nos sucede; las ideas son las mismas, pero las palabras o la forma, dependen la mayoría de las veces del médium.

Si nos vemos forzados a servirnos de médiums poco desarrollados, nuestro trabajo es muy penoso, porque tenemos que recurrir a formas incompletas. Esto es una complicación para nosotros, pues nos vemos forzados a descomponer nuestros pensamientos y a proceder palabra por palabra, letra por letra, lo que es enojoso e impide la rapidez y el desenvolvimiento de nuestras manifestaciones.

Cuando queremos proceder por dictados espontáneos, obramos sobre el cerebro, sobre registros del médium y juntamos nuestros

materiales con los elementos que él nos proporciona, y esto sin que él lo sepa, o sea en un estado inconsciente. Es como si sacáramos el dinero de su cartera y ordenáramos las diferentes monedas según la disposición que nos pareciera más conveniente. Pero cuando el médium, al escribir, quiere interrogarnos, es bueno que reflexione seriamente antes, a fin de que sus preguntas sean metódicas, facilitando así nuestras respuestas; pues, como ya os he dicho en otra ocasión, vuestro cerebro está a menudo en un inextricable desorden y nos es tan difícil como penoso actuar por nuestra parte dentro del laberinto de vuestros pensamientos.

Cuando las preguntas las hace un tercero, conviene y es útil que sean comunicadas previamente al médium, para que este se identifique con el espíritu del evocador y, por decirlo de algún modo, se impregne de él. En ese caso, nosotros mismos tendremos mucha mayor facilidad para responder, gracias a la afinidad que existe entre nuestro periespíritu y el del médium que nos sirve de intérprete. Ciertamente que podemos hablar de matemáticas, por ejemplo, a través de un médium que las ignore por completo, porque, a menudo el espíritu de las personas posee conocimientos en estado latente, es decir, personales al ser fluídico y no al ser humano, porque su cerebro actual es un instrumento rebelde a tal o cual conocimiento. Lo mismo podemos decir de la astronomía, de la poesía, de la medicina y de los idiomas, así como de todos los demás conocimientos humanos...

Como hemos dicho, los espíritus no tienen necesidad de revestir su pensamiento, pues lo perciben y lo transmiten por el solo hecho de que existe en ellos. Los seres corporales, por el contrario, sólo pueden percibir el pensamiento en caso de que este se encuentre revestido. Así pues, mientras que, para percibir un pensamiento, aunque sea mentalmente, vosotros necesitáis letras, palabras, sustantivos, verbos, en suma, frases, nosotros los espíritus no necesitamos ninguna forma visible o tangible.

CAPÍTULO XII

Médiums curanderos

Esta mediumnidad es en realidad de las más escasas, aunque no falten personas que por ser médiums se atribuyen tan preciosa facultad.

Los hechos de la mediumnidad curativa se asemejan mucho a los del magnetismo aplicado al alivio de los enfermos. Los medios empleados son análogos: la imposición de las manos y los pases; el elemento que se emplea es el mismo más o menos bien dirigido por la voluntad del magnetizador, en su caso, y por los espíritus, en aquellos a que me refiero.

Según algunas comunicaciones de ultratumba, no hay buen magnetizador sin que esté ayudado por los espíritus en mayor o menor medida, y con más o menos acierto. Pero sea como quiera, lo cierto es que, si en realidad se trata de mediumnidad en algunos casos, las curas serán más extraordinarias, por cuanto los fluidos que da el magnetizador son dirigidos por inteligencias que pueden apreciar las enfermedades y aplicarles el movimiento saludable que convenga por medio de tan eficaces fuerzas.

Pero, así como el magnetismo produce efectos más o menos simpáticos, más o menos benéficos, cuando se produce la emisión

del fluido por la sola voluntad personal así también si el médium asimila mucho fluido y lo transforma en fluido magnético, bajo la acción de un organismo sano y el poder moderador de un espíritu moral y caritativo, los efectos de sus fluidos serán capaces de producir curas maravillosas.

Yo he conocido en París un médium curandero, el Sr. Hippolyte, y en Inglaterra otro cuyo nombre no recuerdo; pero como los efectos producidos son similares, describiré solamente los que por intermedio del primero he tenido el gusto de presenciar, porque son más poderosos y abarcan cuanto pueda hacerse en esta rama de la mediumnidad.

El Sr. Hippolyte era un hombre de unos 45 años cuando lo conocí, de constitución fuerte y musculosa, con los colores de un hombre sano, de mirada amable y semblante tranquilo y simpático. Posee una relojería y su posición es emancipada, sin ser rico. Dedicaba tres horas diarias a la cura de todo aquel que se presente, sin cobrar nada, y cumple con la mayor benevolencia el deber que se ha impuesto.

Es tal el prestigio que tiene ya por sus curas maravillosas, que gentes de todas las clases sociales, espiritistas y no espiritistas van a él en busca de salud, habiéndose visto en la necesidad de no admitir más que un cierto número al día, por medio de tiques para guardar cierto orden. Para conseguirlos, se agolpan los enfermos a su puerta todas las mañanas.

Durante quince días he tenido el gusto de presenciar y observar su modo de operar, recibiendo explicaciones.

Entra un paralítico apoyado en sus muletas; le hace sentar, colocándole las piernas horizontalmente sobre otra silla; le hace algunos pases, sin violencia, sin aparente preocupación, y en

seguida, pronuncia estas palabras: *Allons amis, travaillez moi ces jambes*¹. Estas, bajo la dirección de una fuerza desconocida, se mueven a despecho del paciente, que sufre visiblemente. Llamé sobre esto la atención del Sr. Hyppolyte, que mientras se producía aquel fenómeno, hablaba con otra persona. Se acercó entonces, se informó del punto doloroso, y aplicando en él su mano, dijo: *Amigos, insensibilizad, os lo ruego*. Poco después el dolor cesó, sin dejar de moverse las piernas. Un cuarto de hora duró este trabajo, siendo ejecutado, al parecer, independientemente del médium. Luego el hombre se levanta y sale visiblemente mejorado, pero necesita aún veinte días más de *trabajo* diario para sanar radicalmente.

Llamó también mi atención una mujer, que tenía el vientre elevado y gran palidez. Era mi segundo día y el primero para ella, así que me fue posible observar durante catorce días las manipulaciones de que fue objeto, y su rápida mejoría.

- ¿Qué es lo que usted siente? —le preguntó Hippolyte.
- Un dolor interno en esta región del vientre —contestó.

Enseguida colocó el oído en el punto indicado, haciendo un reconocimiento de todo el vientre.

- ¿Qué le han dicho a usted los médicos?
- Nada, señor, me han recetado y me he encontrado cada vez peor.
- Creo que tiene usted un tumor, veamos.

Dicho esto, magnetizó con suma facilidad a la enferma, invitándola a ver ella misma su mal y describirlo. Así lo hizo, diciendo que efectivamente tenía un tumor del tamaño de una nuez.

¹ Vamos amigos, trabajemos en esas piernas.

Vuelta al estado normal, el Sr. Hippolyte procedió, aplicando sus manos en el punto indicado, durante unos diez minutos. Al retirarlas dijo: *vamos a proceder a la cauterización.*

Se produjo entonces un fenómeno notable. El médium hacía el movimiento propio de quien lanza algo sobre un punto determinado, y a cada acción, el vientre tomaba allí, sin tocarle, la forma cóncava, coincidiendo esto con una expresión dolorosa en el semblante de la paciente.

- ¿Qué siente usted?
- Como si me quemaran interiormente —contestó.
- Está bien; eso es lo que tratamos de hacer.

Este proceso fue el mismo en los catorce días siguientes; y algunas veces, magnetizada la mujer, indicaba la disminución del tumor y los días que eran necesarios para la desaparición completa.

Lo que por mi parte puedo asegurar, es que, a mi salida de París el vientre se le había bajado notablemente, el aspecto general era mejor y el apetito había vuelto, desapareciendo poco a poco los dolores.

Si no temiera prolongar demasiado el relato de estos fenómenos, podría citar otros casos de curas sorprendentes, pero basta lo dicho para comprender la verdad de la existencia de los médiums curanderos, aunque hasta hoy no se haya presentado en el mundo otro capaz de compararse con Hippolyte.

Según él, a la hora señalada para las curas se siente cargado de fluido, al extremo de que no podría encontrarse bien si no aplicase las manos. Ya es pues para él una necesidad que se ha creado por la constancia en las primeras aplicaciones que, como siempre, han debido ser imperfectas. Además, parece que es un hombre

extremadamente moral y virtuoso. Pretende estar dirigido para las curas mediante el magnetismo propio y fluidos desconocidos, por cinco espíritus que han sido otros tantos médicos, en la última encarnación.

Aquí podría terminar este capítulo, pero en la creencia de que no molestaré al lector, agregaré dos hechos originales.

Desde el primer día, vi sentada cerca de una mesa a una mujer que apoyaba el codo derecho sobre ella, y cuyo brazo se movía de una manera extraña e inusitada.

Curioso observador, no dejé de preguntar la causa de aquello. Hippolyte me hizo saber que aquel brazo que así se agitaba, estaba casi paralizado, y que, sin su auxilio, lo hubiera estado pronto del todo.

— Pero ¿cómo es —le dije— que puede usted producir ese efecto mientras aplica sus manos y su atención a otras personas?

La contestación, como siempre, demostrando sinceridad y humildad, fue que él mismo no se lo explicaba; que él nada podría sin el auxilio de sus amigos en espíritu.

— ¿Quiere usted ver algo más extraño aún? —dijo— y levantándose aplicó la mano a mi frente y luego a la frente de la enferma.

— Ahora —agregó— puede usted obtener por el pensamiento, que el brazo se agite, que permanezca en quietud, que se levante en tal o cual dirección, según sea su voluntad.

Efectivamente el fenómeno se produjo con toda precisión.

— Ve usted aquella señora —me dijo en otra ocasión— sufre de dispepsia flatulenta, pues bien, como una prueba del poder que

discutimos, voy a producirle desde aquí un movimiento violento de escape de gases de estómago.

Fijó la vista en ella un instante (dos segundos), diciendo: *allez, allez, amis*.¹

Poco después se notaba en la señora una inquietud extraña, quien, sin embargo, debió permanecer enteramente ajena a lo que se trataba. El hecho se produjo tan continuado, que le impedía la respiración: *Basta, amigos*, dijo entonces Hippolyte, y todo aquello fue cesando rápidamente.

Los ignorantes dirían: *milagro*; los clericales del tiempo de la Santa Inquisición habrían dicho: *brujería*; y los actuales, poco menos que: *obras del demonio*.

Nada de eso, todo es natural, porque lo sobrenatural no existe, por más que traspase nuestros conocimientos, o haya sido designado como milagro.

Tales fenómenos son el producto simple de la combinación de fuerzas fluídicas existentes, aunque desconocidas para nosotros.

No pueden, mientras tanto, parecer ya tan sorprendentes estos hechos, ahora que de nuevo está en auge el magnetismo, cuyos fenómenos tanto se asemejan a los que he relatado.

Por lo demás, los que me conocen no dudarán de mi veracidad. A los que no se encuentren en ese caso, les diré que tanto esta como las anteriores relaciones, serán leídas por las personas a quienes me he referido; y que son hechos que siguen produciéndose y continúan siendo atestiguados por otras personas.

¹ Vamos, vamos amigos.

CAPÍTULO XIII

Médiums parlantes, naturaleza de las comunicaciones y consejos generales a los nuevos

Llamamos médiums parlantes o de posesión a los que hablan bajo la acción coercitiva de un espíritu. Esta mediumnidad ha sido ya explicada en el capítulo primero de esta parte.

Solo debo agregar que los médiums mantienen los ojos cerrados y son más o menos inconscientes. Los hay que mientras están en posesión dicen y se mueven bajo la acción de la voluntad del espíritu, sin poderlo contrariar, y comprendiendo el papel que se les hace representar; pero al volver en sí, recuerdan menos claramente lo que han hablado o hecho. Otros son menos conscientes, y así de grado en grado hasta llegar a los que son sometidos a la inconsciencia hasta donde ello sea posible. Probablemente es a los que se encuentran en este caso a los que el espíritu puede hacer hablar en idiomas que les son desconocidos, como uno citado por Wallace, que cuando él escribía, había hablado ya en diez idiomas.

Todas las comunicaciones obtenidas por este medio se resisten de cierta influencia del médium, si es muy consciente, y de su modo de decir en casi todos los casos, aun en algunos inconscientes cuyo cerebro esté poco preparado por la instrucción o el trabajo intelectual.

Cuando un espíritu inteligente se manifiesta en un buen médium, bien desarrollado, con un cerebro bien compuesto, se producen preciosos discursos como el que damos en el apéndice y otros admirables, no solo por el fondo y el lenguaje, sino por la música y las modulaciones de la voz.

En la Sociedad *Constancia*, tenemos al señor Castilla, médium excelente para la posesión, pero algo consciente. Para evitar esto y poner al espíritu que ha de hablar por medio de su mecanismo tan independiente como sea posible, otro espíritu toma posesión de la médium, la señora de Razetti, y magnetiza al Sr. Castilla. Es de advertir que dicha señora no es, en manera alguna, capaz de magnetizar careciendo de todo estudio al respecto. Se trata, pues, de magnetismo espiritual. Envuelto así el espíritu del médium en fluidos poderosos, el organismo cerebral queda libre de toda influencia proveniente de aquel. El espíritu que de esta manera se presenta, es una inteligencia que pide a los visitantes de *Constancia*, un tema científico, filosófico o de interés general para desarrollarlo, lo que hace sin vacilación, hablando a veces durante media hora, o más, y haciendo gala de la más atrayente oratoria.

En uno de los médiums más inconscientes que tenemos en *Constancia*, viene un espíritu que, una noche a la semana, receta de palabra a cada uno de los hermanos que lo consultan por sus dolencias. *Nada pregunta el espíritu*, y a cada uno le habla enseguida y le dice lo que tiene que hacer. Los medicamentos ordenados son

generalmente sencillos, parece que solo sirviesen de vehículos para que obren los espíritus protectores por medio de sus fluidos. Los que conozcan los efectos producidos por el agua magnetizada, no dudarán mucho de esto, máxime si recuerdan el hecho de la enferma directamente asistida por un invisible y que ha sido relatado en el capítulo IV de esta primera parte. Lo cierto es que las curas operadas por este medio han sido extraordinarias. Cuando el caso lo exige, receta también la magnetización espiritual por medio de la citada médium. Así se han salvado hasta enfermos desahuciados por la ciencia médica.

Los médiums de posesión son de gran utilidad en las sociedades bien constituidas. En ellos hacen venir los guías a espíritus en sufrimiento y se producen así lo que llamamos cuadros de ultratumba. Efectivamente merecen ese nombre, como se comprenderá describiendo alguno.

Se presenta, por ejemplo, un asesino que ve el cuadro fluídico de sus víctimas. Está en la oscuridad espiritual y no ve más que sus crímenes, como sucede al criminal que encerrado en un calabozo, se ve obligado, por el hecho, a pensar en sus acciones. A veces es efectivamente perseguido por espíritus que se vengan de él o que han sido pervertidos en su compañía y por su culpa.

Estos cuadros enseñan a los espiritistas de una manera clara lo que pasa en el mundo espiritual. Cómo de terribles, siendo la conciencia nuestro único juez, son los sufrimientos para el que delinque hasta que llega el arrepentimiento sincero y el deseo de progreso. Cómo los dramas que se inician en la tierra se prosiguen en el espacio y se resuelven por la justicia y la equidad en reencarnaciones sucesivas. Cómo se les dirige a esos seres en sufrimiento la palabra autorizada por el estudio de estos mismos hechos y las

doctrinas del Espiritismo. De este modo se les hace la caridad, pues como dicen los guías, es tal el estado de materialización relativa en que se encuentran tales espíritus, que no les llega bien el pensamiento de sus ángeles guardianes o protectores; se encuentran en la incapacidad de concebir las ideas que les transmiten, porque en ese estado no comprenden aún sino por la forma o la palabra, como si aún estuvieran en la materia.

La mayor parte de las comunicaciones se reciben por los médiums de posesión y por los escribientes. Ha llegado el momento de tratar de la naturaleza de las comunicaciones.

El mundo espiritual es una copia del mundo material. Allí como aquí, los unos empujan el carro del progreso o allanan su camino, mientras que los otros tratan de detenerlo voluntaria o involuntariamente, oponiendo el obstáculo de la maldad, de la falsedad, o la rémora de la ignorancia y la desidia; allí, como aquí, están en lucha las ideas y las más encontradas pasiones.

De esto se deduce que tenemos que proceder con prudencia en nuestras relaciones de ultratumba; pesar bien los conceptos y no exponernos a caer en el fanatismo, aceptando ciegamente cuanto nos llega del espacio. Si el hombre puede engañar y perder al hombre, el espíritu lo puede más fácilmente, porque no le vamos ni conocemos sus antecedentes o procederes.

Siendo esto así, con más razón debemos sospechar de los remedios que un médium en posesión pudiera ofrecernos. *Solo en las sociedades serias y donde ya los guías hayan dado pruebas evidentes de su competencia y buena voluntad, donde, en fin, toda mistificación sea imposible, solo en tales sociedades puede uno confiar y tomar los remedios recetados.*

Si los espíritus ejercen ya una acción directa sobre la humanidad por medio de los fluidos, y producen la intuición y la sugestión, con éxito más o menos eficaz, según sea mayor o menor la sensibilidad del encarnado; si la naturaleza de esa influencia puede ser buena o mala, según sea el merecimiento del que la recibe, ¿qué puede esperarse de las comunicaciones llamadas espíritas? La contestación es lógica, que por medio de ellas se venguen los ofendidos en anteriores encarnaciones o se manifiesten las gratitudes de las que seamos merecedores. Pero si esto es innegable, también puede suceder que, aun sin tener ningún lazo establecido por el pasado, traten de inducirnos en el error de darnos falsas noticias espirituales y aun inmiscuirse en asuntos privados, a fin de disfrutar con los trastornos que producen, o con el propósito de conquistarnos a la idea o a la creencia que defiendan.

Así pues, las personas que sin experiencia propia o sin seguir los consejos de la ajena, se entretienen con la comunicación espírita, se exponen a la mistificación y a ser inducidos en errores de funestas consecuencias.

No ha muchos años que un caballero francés, establecido con una frutería en esta capital, tuvo noticias del Espiritismo, y se puso enseguida a ensayar la mediumnidad en su familia. Uno de sus hijos resultó ser un médium de posesión, obteniendo así pruebas evidentes de la existencia de los espíritus y de su acción, sin apercibirse de que uno de ellos iba tomando ascendiente en su ánimo.

Cuando el espíritu comprendió que poseía bastante dominio sobre el imprudente espiritista, dio su último golpe para completarlo, diciéndole que si ordenaba a su hijo que eligiese un número de la lotería, obtendría el premio. Este consejo fue seguido y lo prometido se cumplió. Alentado por este resultado, el espíritu le

insinuó que allí, en el patio de su frutería, había oro enterrado del tiempo de los españoles. El inexperto crédulo hizo perforar el suelo en distintas direcciones sin encontrar nada. No perdió por esto su fe. ¿Estaba ya completamente obsesado por el espíritu? No es posible afirmarlo ni negarlo, pero lo cierto es que fue inducido a realizar sus negocios, a tomar una concesión de tierras en los límites Australes de la Patagonia y a crear allí una fábrica de aceite de pescado, con lo cual debía, según el espíritu, labrarse una inmensa fortuna. El desgraciado vio morir allí a su esposa, enloquecer a su hijo y por último tuvo que abandonar todo y volver, arruinado y sin familia.

Lejos está, sin embargo, de ser exacto que el Espiritismo enloquezca a tantos como sus enemigos pretenden, confundiendo lo que es el resultado lógico de la acción de los espíritus sobre la mente del desgraciado sobre el que se ejecuta una venganza espiritual. Con el estudio del Espiritismo que esos infelices no han conocido y que tal vez pudo salvarles, como ha salvado a los que así perseguidos han llegado casualmente a las sociedades espíritas, en donde han conocido las causas reales de lo que atribuían en idea fija, enloquecedora, a las propias aberraciones del cerebro, adquiriendo además el conocimiento de los medios que existen para rechazar las malas influencias¹.

Si hay quienes caen en la obsesión, quienes ejecutan actos inconvenientes, creyendo en comunicaciones interesadas o ligeras; si, en fin, algunos llegan a la locura, gracias a las relaciones que establecen con los espíritus, *es culpa de su ignorancia del Espiritismo o de la obstinación en querer ocuparse por sí mismos, sin guías y sin preparación, en experimentar esa comunicación, exponiéndose,*

¹ Véase el apéndice.

como se expondría a insospechados percances, el lego en química que pretendiese experimentar, solo, en un laboratorio.

Las personas a quienes llega el conocimiento de la existencia del Espiritismo, no debieran jamás ensayar la comunicación en sus casas sin antes haber leído a Kardec; pero si realmente desean obtener la verdad que en ello existe y quieren proceder sin peligro, deben entrar en alguna sociedad seria, y en ella se convencerán, y una vez convencidos, si su celo es tal que se encuentren dispuestos a ser los pioneros de la nueva era moral que el Espiritismo inaugura, coadyuvarán a su progreso con la mediumnidad propia o con la propaganda de la filosofía espírita.

Los viejos espiritistas que no se satisfacen con los fenómenos modestos que se obtienen en las sociedades de estudios serios, es necesario decirlo, están poseídos de una curiosidad fútil y peligrosa. Tales hermanos se preocupan más de los hechos que halagan los sentidos que los dirigidos en el sentido de la enseñanza de ultratumba, enseñanza que los espiritistas necesitamos en las investigaciones, que se relacionan con la actualidad y el futuro del espíritu humano.

Tales espiritistas hacen más mal a la causa que el mismo clero y el jesuitismo, sus declarados enemigos. Se exponen a la mistificación, e influenciados por ella llevan nuevos visitantes a sus centros. Unos centros que bien pueden contar con fenómenos y pruebas, pero donde también se puede dar algún tipo de fraude, hecho ejecutar por los espíritus a pesar de la voluntad de los médiums.

Los que así proceden, suelen decir que todos los centros se han formado de esa manera y que ninguno puede tener el privilegio de estar bien asistido. Cierto es que todos han tenido un principio;

pero cierto es también que según las intenciones que han inspirado a los promotores, así han sido los resultados; algo que nadie que se haya dado buena cuenta de esta verdad puede poner en duda. A cada uno según sus obras, verdad demostrada tantas veces por los hechos, predicada por Jesús y por los guías del Espiritismo.

Varias son las leyes divinas que concurren a ese fin, siendo la principal la de afinidades fluídicas, intelectuales y morales.

De ahí que, si un cierto número de personas (tres pueden bastar según la palabra de Jesús) se reúnen, penetradas del amor a Dios, deseosas de bien moral para sí y para sus semejantes y dispuestas al sacrificio para cooperar en algo a la gran obra del Espiritismo, serán bien asistidas. Y aunque enfrenten luchas, pues sin ellas no hay progreso, triunfarán al fin y llegarán a ser los fundadores de una sociedad seria; porque en virtud de su perseverancia en el bien atraerán por afinidad a los buenos, y de entre ellos, se destacará un guía capaz de continuar la obra.

Pero si es una vana curiosidad la que guía a los encarnados; si no existe una aspiración grande o noble, la reunión atraerá espíritus dispuestos en igual sentido, que no tendrán inconveniente en acabar con la salud de los médiums, haciéndoles producir enérgicos fenómenos en los que gasten inútilmente el fluido vital. Sus discursos o comunicaciones estarán, al principio, de acuerdo con las ideas de los que las reciben y halagarán su amor propio, atrayéndose de esta manera sus simpatías.

Los del grupo darán así entrada fácil a las mistificaciones más groseras, y por último a la obsesión, hasta que llega el término obligado de la existencia efímera del mal y se disuelven esas sociedades, después de haber hecho mucho daño a la causa con una

propaganda del todo contraproducente.

Sin embargo, los que patrocinan tales reuniones suelen decir: «en nuestro grupo no existen los inconvenientes que se notan en otros que se titulan serios; los malos no vienen a imposibilitar los fenómenos, y los que se presentan, demuestran, por su tranquilidad, que son espíritus del bien».

La lucha que mantienen las sociedades como *Constancia*; esa acción pertinaz de los malos que vienen a ellas empeñados en desquiciarlas, en introducir la desconfianza, en perturbar sus sesiones y dañar a los médiums; esas luchas que los guías aceptan, dejando a los contrarios hacer uso de sus fuerzas, porque así tienen ocasión de mostrarles que estas sociedades están bien fundadas desde su origen y encontrarán siempre encarnados de nobles sentimientos capaces de darles una duración indefinida; esa lucha demuestra la importancia de las sociedades que la experimentan; en esa lucha *Constancia* ha visto aparecer empeñados en el mal a los guías de sociedades del género de las que critico, tranquilos en estas y furiosos en la nuestra. Gracias a esa lucha, se van anulando muchos malos elementos del espacio, que se convierten al bien. Esa lucha, en fin, implica que sociedades como *Constancia*, tienen que ser combatidas por el mal, porque es de las que lleva en alto la bandera del Espiritismo, enseñando con seriedad los fenómenos al neófito, dando a los espiritistas una dirección moral y ayudándoles en sus investigaciones. Porque en ellas ven un peligro los enemigos del espacio; y porque de ellas parte la palabra de orden en la propaganda y son las columnas fuertes del edificio espírita, cuyos cimientos se encuentran en los libros que hacen conocer y seguir en la formación de los grupos y el desarrollo de los médiums.

Las sociedades raquílicas en sus fines, frívolas y contraproducentes no llaman a la lucha, sino que estando poseídas de malos elementos espirituales, alejan a los buenos, porque tal es la ley y tal la verdad del libre albedrío que se realiza en el tiempo, con arreglo en su acierto y poder, al grado de adelanto obtenido.

Allí, se dice, los espíritus están tranquilos y sin contrariedades. ¡Y cómo no han de estarlo, cuando llevan a cabo su obra sin dificultad y satisfechos! Pero algunos de esos tranquilos se presentan furiosos en las sociedades serias, donde encuentran resistencia a sus maquinaciones.

Creo que basta con lo dicho para que los que hayan caído en el error, se retiren de él y entreguen su tiempo y el contingente de sus luces a los centros espíritas donde los guías hayan dado suficientes pruebas de ser en realidad espíritus elevados o del bien.

En los centros seriamente constituidos, no cabe dudar de las comunicaciones en cuanto a su objeto, cuando han pasado los años y el tiempo ha demostrado que no solo no se permiten las mistificaciones bajo nombres respetables, sino que los espíritus guías se han propuesto conducir o ayudar a los buenos trabajadores en la investigación científica y doctrinaria del Espiritismo.

Pero, cuando las sociedades empiezan no están exentas nunca de la mistificación, y solo se vence con la perseverancia en los buenos propósitos y las advertencias oportunas de los guías, que en estos actos dan a conocer sus sanas tendencias.

Por lo demás, el primer control de lo que viene del espacio, se encuentra en el recinto mismo de las sesiones. Si los allí reunidos están convencidos de que todos o el mayor número se encuentran animados de buena voluntad y están dispuestos a defender la causa

del Espiritismo, moralizándose primero para dar ejemplo a los de fuera, y estudiando para poder hacer una propaganda juiciosa y prudente, se puede asegurar que atraerán buenos elementos espirituales correspondientes al grado del deseo, de la virtud y de la inteligencia que desplieguen. Así, si bien la adopción de las opiniones de los espíritus, deben sujetarse, al principio, al criterio de la propia razón, a fin de adquirir conscientemente la confianza en ellos o desecharlos con motivo; pueden, lo repito, estar seguros de su triunfo definitivo y de que llegarán a fundar una sociedad en que podrán entrar confiadamente los que deseen investigar y formar parte de la generación que inaugura con el Espiritismo la era del progreso moral; progreso tan necesario hasta para los pueblos más civilizados, puesto que su abandono es la causa de que la verdadera felicidad no sea el resultado de tanto esfuerzo y de tanto adelanto material e intelectual.

Sin embargo, conviene que los espiritistas que se retiran de las sociedades, ya sea por la edad, ya por las exigencias de la existencia que les alejan del punto de reunión, como asimismo los que estudian y están por ello obligados a leer lo mucho que se escribe y se apoya en opiniones del espacio, y hasta libros íntegramente dictados por los espíritus, estén prevenidos para que puedan apreciar debidamente las revelaciones de ultratumba.

Si no podemos dudar de que el mundo de los espíritus es un reflejo de la humanidad; si el progreso es atribuido con verdad al espíritu; si la solidaridad está bien establecida por medio de la reencarnación; no cabe dudar que en el espacio existen pretenciosos, falsos sabios, y ciegos de espíritu, en medio de la luz divina que no les llega, porque no la merecen.

El espacio es el mundo de la idea, y por lo mismo, en él persisten, por mucho tiempo, las creencias que de aquí llevamos; el hecho de la disgregación del cuerpo material no da un átomo de adelanto al espíritu, a no ser que ya lo haya conquistado en anteriores encarnaciones. Al entrar en nueva vida, pasado ya el tiempo de la turbación a todos aplicable, el espíritu tiene el grado que corresponde a su pasado, cuya memoria paulatinamente recobra¹.

Así, pues, el que jesuita fue, jesuita sigue siendo por un tiempo indeterminado, si es que ha de cambiar y progresar en espíritu, y si no, volverá al mundo con su mónita, su encubierta maldad, su falsedad y propósito egoísta; el materialista lo será también; el católico fanático, seguirá en su error y se considerará en el purgatorio; y a los que les gusta hablar de todo lo que no entienden y reírse de todos los que toman en serio las cosas de la vida, seguirán haciéndolo y mistificando si pueden.

De ahí, que las mismas desconfianzas debemos tener de lo que nos venga del mundo de los espíritus como de lo que venga de los encarnados, y aplicarles el mismo criterio que nos permita el grado de nuestra razón.

Si, como enseña el Espiritismo, el progreso debe ser el resultado del esfuerzo individual y general, a fin de merecer la eternidad de felicidad que a la humanidad le espera; si una condición de ese progreso es la lucha entre el bien y el mal, entre la inteligencia que avanza y la inercia de la ignorancia, entre el libre pensamiento que investiga y el fanatismo que se estaciona, lo que dejamos dicho es

¹ Esto, como todo lo que se refiere a los espíritus, está tomado de las obras de Allan Kardec que, como es sabido, le fueron dictadas por los espíritus, con el auxilio de buenos y bien probados médiums.

lógico, justo, necesario, y prueba que la revelación propiamente dicha, como la comprenden algunos o al menos pretenden comprenderla, no existe, ni ha existido jamás.

Lo único permitido a los guías espirituales encargados de la dirección del progreso intelectual y moral de nuestro mundo, es bajar de tiempo en tiempo en misión para encaminar los buenos elementos, dándoles el ejemplo de las virtudes y propagando máximas salvadoras que, por el ascendiente de los que las predicán, se graban en los corazones; y tanto mayor será el resultado benéfico para la humanidad, cuando más grande sea el sentimiento de caridad determinante y más penosa la prueba aceptada por el espíritu en misión.

De ahí que las comunicaciones demasiado pretenciosas o dogmáticas, aquellas en que se desprecian las verdades conquistadas por las ciencias, las que defienden a la iglesia católica con sus grandes errores y las que son demasiado materialistas, deben ser miradas con desconfianza. Del mismo modo se han de tratar las que se escudan bajo nombres conocidos y las que se relacionan con asuntos privados, de familia o de comercio, porque los buenos saben que no se pueden inmiscuir en esos asuntos. Cada ser ha de realizar las pruebas que ha buscado al encarnar, y es necesario que se respete su libre albedrío, permitiéndole que la lucha le enseñe.

En *El Libro de los Médiums* Allan Kardec clasifica las comunicaciones en *groseras, frívolas, formales e instructivas*.

A mi juicio, los espíritus deben considerarse bajo dos fases la moral y la intelectual. Bajo la primera se nos presentan en una escala ascendente que partiendo de la vileza y de la abyección, llega al más noble y elevado sentimentalismo. Bajo la segunda, si se

encuentran las más triviales inteligencias, también se descubren sublimes eminencias que difícilmente pueden tener su igual en la tierra.

De ahí que la más lógica clasificación de las comunicaciones es la siguiente:

Obscenas, apasionadas, sentimentales o frívolas; instructivas y sublimes.

Las comunicaciones apasionadas son las que, a pesar de un lenguaje elegido, dejan entrever el odio, la venganza de que son capaces los que las dictan, o bien cuando directamente incitan las pasiones de los que las reciben.

Las comunicaciones sentimentales, para ser consideradas en su verdadero mérito y objeto, deben sujetarse al control de la razón, porque suelen fingirse los más hermosos y simpáticos sentimientos para inducir a la larga en el error y aún llegar a la obsesión. Es necesario desconfiar, por lo menos, de las que se refieren a la familia o a la amistad; y son tanto más atendibles cuanto más se separen de las cosas y acontecimientos humanos, remontándose a lo que interesa al espíritu en su progreso inmortal.

Las comunicaciones frívolas o triviales, dice Kardec, emanan de espíritus ligeros, burlones o traviosos, más maliciosos que malvados, que no dan importancia a lo que dicen. Como no tienen nada de indecentes, gustan a ciertas personas, que encuentran placer en esos entretenimientos fútiles en que se habla mucho para no decir nada. Estos espíritus dicen también de vez en cuando agudezas satíricas, y en medio de sus chistes, duras verdades que tocan casi siempre en el blanco.

Tales espíritus pululan alrededor de los hombres y aprovechan cualquier ocasión que se les presenta de mezclar sus impertinencias con las comunicaciones serias. La verdad es el menor de sus cuidados, y por eso tienen el pernicioso placer de mistificar a los que caen en la debilidad de creerles.

Solo tengo que agregar que tales comunicaciones, aunque no emanen de malvados, producen mucho mal, si encuentran personas incapaces de apreciarlas en lo que merecen, y que, alucinados con su falso brillo, tengan la debilidad de darles publicidad.

¿Cómo evitar este inconveniente?

No veo sino un medio, y es que los espiritistas se convenzan de que la propaganda no deben emprenderla sino los hermanos que a la par del estudio profundo del Espiritismo en sí, tengan una instrucción general que les permita juzgar acertadamente la mayoría de las comunicaciones.

De lo contrario, se exponen a dar publicidad a falsedades históricas, a falsas declaraciones en cuanto a la vida pasada en la tierra por hombres que su patria ya ha juzgado y de cuyos nombres se apropian esos frívolos o mal intencionados del espacio. Como no ha mucho ha sucedido publicándose con tan inadecuadas comunicaciones un libro que es y será contraproducente para el Espiritismo, cuya seriedad y verdad queda comprometida por una propaganda pretenciosa, aunque de buena fe.

Si esos espíritus, que bien poco se preocupan de la verdad ni del mal que puede ocasionar su proceder, encuentran crédulos ignorantes, dictarán, por ejemplo, revelaciones sobre los habitantes del sol o de la luna, con cuanto absurdo científico se les ocurra; y tal vez, desgraciadamente, aparezcan esas patrañas el día menos

pensado en letras de molde.

Las comunicaciones instructivas son las que tienen por objeto alguna enseñanza sobre ciencias, filosofía o moral. Son más o menos profundas, según el grado de elevación del espíritu, pero no serán dogmáticas; lejos de eso, siempre el espíritu adelantado se presenta humilde y manifiesta su opinión, no solo porque así con el ejemplo enseña, sino porque siente ya verdad que no hay más que un absoluto y una suprema ciencia —Dios— y que los seres en progreso indefinido, solo van despojándose de errores a medida que penetran en las regiones más puras de la luz divina. Por otra parte, como hace poco decía, no hay que esperar de esos luminosos espíritus más que lo que consideren a nuestro alcance; y cuando más, que levanten un ápice del velo que cubre los conocimientos futuros. Así proceden los verdaderos guías del Espiritismo, así procedió Jesús, y así se da lugar para que se cumpla la ley: *el espíritu humano tiene que ser hijo de sus propias obras*.

Por la regularidad y frecuencia de esas comunicaciones, dice Kardec, es como se puede apreciar el valor moral e intelectual de los espíritus con los cuales se comunica, y el grado de confianza que merecen. Si la experiencia es necesaria para juzgar a los hombres, más lo es para juzgar a los espíritus. Si provienen de falsos sabios, no tardarán en descubrirse como tales, cayendo en chocantes contradicciones; y si se proponen extraviar a los oyentes, estos descubrirán la urdida trama, siempre que tengan bien presente los consejos contenidos en *El Libro de los Médiums*.

Las comunicaciones sublimes. Son pocos, relativamente, los espiritistas que tienen ocasión de oírlas, y menos aún, desgraciadamente, los que son capaces de sentir las y comprenderlas, a pesar de la sencillez del lenguaje; pero sin exclusión, todos los

que tienen un corazón sensible, se sienten dulcemente conmovidos como cuando se escucha un raudal de armonías.

Para comprenderlas en todo su alcance, es necesario sentir la comunicación directa con el alma, es necesario leer entre renglones, como cuando encontramos en el evangelio las frases que realmente pertenecen a Jesús. Una sola de ellas, cualquiera, demostrará la verdad de mi aserto. Esta, por ejemplo: *Lo digo para los que tengan oídos y quieran oír, para los que tienen ojos y quieran ver*. Es decir, para los que ya adelantados, podían comprenderle y le comprendieron y sintieron, como sus doce apóstoles, espíritus elevados que vinieron de acuerdo con Él, para la gran obra realizada por el cristianismo, obra que aun da y seguirá dando sus más hermosos frutos.

SEGUNDA PARTE

Doctrina y filosofía espírita

CAPÍTULO I

Del periespíritu

En el capítulo II, parte primera de este tomo, he explicado ya algo sobre las fuerzas desplegadas por los espíritus, mencionando de paso al periespíritu. Cuestión que trataré ahora más detenidamente, emprendiendo la tarea cierto temor, a pesar de mi juicio al respecto tras largas meditaciones; porque conozco que se trata de una cuestión trascendental para el Espiritismo, y que, en consecuencia, es de suma importancia que su resolución sea acertada.

Los fenómenos del Espiritismo atestiguan a favor de la idea de que el alma tiene a su inmediato servicio un fluido propio, que le sirve para actuar sobre los fluidos animalizados de los médiums, y con ellos sobre la materia.

Sin ese intermediario no es posible concebir la acción del alma sobre el organismo, y por eso, los filósofos espiritualistas se han visto obligados a idear algo al respecto, o a salvar la dificultad con suposiciones más o menos inverosímiles.

Para Leibnitz, aunque haciendo vida separada el alma y el cuerpo, están regulados en sus funciones, de manera que las modificaciones que se operan en uno repercuten o se reproducen en el

otro, como las agujas de dos relojes bien sincronizados marcan la misma hora. Esta armonía, según Leibnitz, ha sido impuesta por el Creador, por cuyo motivo la llamó *preestablecida*.

Para Descartes, cada sustancia es la causa, no la ocasión de los fenómenos que se manifiestan en la otra. De ahí que su teoría haya sido llamada *hipótesis de las causas ocasionales*. Así, el alma y el cuerpo, obedeciendo al sabio designio del Creador, siguen en el curso de la vida dos líneas paralelas, permaneciendo, sin embargo, extrañas la una de la otra.

No debemos sorprendernos de estas divagaciones en inteligencias tan poderosas. A la mayor inteligencia humana del pasado, no le era posible formarse una idea, ni remota, del verdadero origen del alma. ¿Cómo habían de suponer que un mismo origen corresponda al cuerpo y al alma? ¿Cómo habían de formarse una idea correcta de lo que son las fuerzas, para comprender entonces, y aún después, como en el presente, la acción del alma? Sin embargo, algunos tenían la intuición de la verdad, como Cudworth, filósofo y teólogo, que imaginó un intermediario que llamó el *mediador plástico*, que, según él, debía participar de la naturaleza del cuerpo y del alma.

Cudworth ha bebido el fundamento de esta hipótesis en la Biblia. En el libro de Job, capítulo XXVII, versículos 2 y 3, se habla del cuerpo glorioso del espíritu. De ahí también que entre los hebreos fuese corriente la idea de dicho cuerpo, designándolo bajo el hombre de *Neptesch etérea*, y que San Juan y San Pablo nos hablen del cuerpo espiritual.

Sin embargo, la mayoría de los filósofos espiritualistas han desechado la hipótesis de Cudworth, porque al aceptarla acercarían

el alma a lo material. Solo Charles Bonnet y Cyrano de Bergerac, que son posteriores a Cudworth, aceptaron la idea del cuerpo espiritual y la tuvieron antes Paracelso y Van Helmont.

La primera revelación de los espíritus respecto al periespíritu, fue vaga o sin precisión, como tenía necesariamente que ser, debido a que aún no se habían hecho estudios que permitieran comprender mayores esclarecimientos al respecto. Se contentaron con decir lo siguiente: *El espíritu está envuelto en una sustancia que, aunque invisible para vosotros, es aún muy grosera para nosotros.*

La falta de estudio de esta cuestión y lo vago de la revelación, han hecho caer a muchas personas en el error de suponer que el periespíritu es el fluido vital que anima al organismo, cayendo así, en cierto modo, en el animismo simple que ya he combatido y que no puede ser sostenido sin ponerse en contradicción con los hechos y las doctrinas fundamentales del Espiritismo. Veamos.

Papus¹ hace una conferencia a propósito del periespíritu y bajo los auspicios de Leymarie, creo que bastará para que se juzgue hasta qué punto divergimos de la generalidad. Nos servirá también, lo poco que vamos a transcribir, para combatir las ideas corrientes sobre el periespíritu y afianzar las nuestras.

Seguiré al conferenciante en lo esencial, descartando toda la hojarasca de estilo y de forma.

El periespíritu, para Papus, es, como para todos los espíritas, el encargado de asegurar las relaciones entre el cuerpo y el alma. Luego se ocupa del sentido en que podrán tomar esas palabras los fisiólogos contemporáneos y cree necesario definir lo que es el

¹ Ocultista y director de *L'Initiation*, París.

cuerpo, el *periespíritu* y el *alma*, pero agrega que en cuanto al cuerpo no es necesario decir nada, ya que, felizmente, los sabios no niegan su existencia. En cuanto al alma, sería largo tratar de probarla y carece de tiempo para ello, limitándose a decir que es el principio inteligente que se manifiesta por medio de la conciencia y un ternario: memoria-inteligencia-voluntad.

Habla después de la vida, y dice que «vida y periespíritu son dos palabras idénticas que designan una misma cosa», y sin tomarse el trabajo de probarlo, supone que esa vida está en gran parte en la sangre. «Existe una reserva de vida en una serie de ganglios nerviosos enlazados entre sí y extendidos por todo el organismo» (se refiere al gran simpático). Trae a la memoria los hechos maravillosos de los faquires, y los atribuye a la vida o periespíritu que es proyectado hacia fuera por la voluntad, y en consecuencia, si bajo su acción, como ha sucedido más de una vez¹, nace y crece una planta hasta alcanzar su completo desarrollo en dos horas, es debido al periespíritu del faquir. Así un médium «es como una máquina expendedora de periespíritu». En el caso de las materializaciones, «el periespíritu sale del médium y en tal momento, las fuerzas invisibles allí presentes pueden obrar y manifestarse».

El Doctor Anastasio García López, en sus conferencias sobre Cosmología (1889), establece también que el periespíritu es el principio vital del organismo. «Sin ser el que realice los hechos químicos y fisiológicos, estos no pueden tener lugar sino bajo la dirección y la impulsión de dicha fuerza».

Si en realidad el periespíritu no solo hubiera de ser el intermediario entre el alma y el cuerpo, sino también la vida de este,

¹ Véase la obra de Jaccoliot *Le Spiritismo dans le monde*.

tendríamos que conceder lo que sostiene Papus, que los médiums son máquinas expendedoras de periespíritu. Es decir, que tendrían en sí una exuberancia de vida extraordinaria, y serían en consecuencia las personas más sanas, o por lo menos las poseedoras de mayor vitalidad, lo que está en contradicción con algunos casos de gran mediumnidad, como la de Home, por ejemplo, que era de débil constitución y delicada salud. Por otra parte, la revelación espírita nos hace saber que el alma, durante el sueño fisiológico, se separa más o menos del organismo. ¿Cómo explicarse en tal caso la vitalidad del organismo, que continúa en sus funciones verdaderamente vitales? El espíritu no puede separarse del periespíritu, y en tal caso, según dicen los espíritus, se forma, con parte de él, un lazo fluídico que sirve siempre de unión con el cuerpo. Si el periespíritu fuera la vitalidad del ser, de él daría el magnetizador cuando cura por medio de los fluidos. Y de todo ello resultaría el absurdo de que el cuerpo fluídico del espíritu, a lo menos en la existencia terrena, estaría en un continuo cambio de sustancia, puesto que si da de sí, debe recuperarlo de una fuente común que existiría en la naturaleza. Esto está en contra de las doctrinas fundamentales del Espiritismo. Según ellas, el periespíritu no puede desprenderse del espíritu, sino purificarse a medida que el espíritu se moraliza, hasta que, en un término más o menos largo, el periespíritu no se diferencia del espíritu, siendo ya espíritu puro.

No es pues posible que los espiritistas dirigentes continúen sosteniendo que el periespíritu y la vida son la misma cosa. Creo que los conocimientos conquistados desde Allan Kardec a la fecha, nos ponen en el caso de reaccionar. Así deben haberlo comprendido los elevados guías de *Constancia*, puesto que en las últimas sesiones en que nos ocupaba la discusión de puntos avanzados de doctrina,

uno de los espíritus que más se ha distinguido en nuestra sociedad por las dotes intelectuales, nos dijo que la vida no era el periespíritu, que la fuerza vital quedaba en la materia, actuando en su descomposición y recomposiciones ulteriores.

El transformismo es aceptado por los espíritus que dirigen el movimiento que se denomina Espiritismo; lo aceptan en lo fundamental todos, y algunos con ciertas reservas. El alma, pues, ha debido tener, sea cual sea el origen que se le asigne, un principio muy humilde. Para mí, como para todos los que sostienen el evolucionismo sustancial, es idéntico al de la materia, idéntico al de todo lo que existe. Así como he sostenido ya, la división fundamental operada por el evolucionismo sustancial consiste en la creación de la materia, o sea la resistencia pasiva, base de lo tangible, y los fluidos representan en su incesante movimiento la acción, la fuerza y la vitalidad. Evidente es, entonces, que el origen *inmediato* del alma debemos buscarlo en esos fluidos, que como he demostrado, van diversificándose a través de la serie animal y siendo atraídos, por afinidad, a animar la parte vegetativa de los seres; la parte que se resuelve en el conjunto por el funcionamiento orgánico y el movimiento de los plasmas; y la parte cerebral en que se realizan los instintos y la inteligencia relativa, formando así el alma *ocasional* del animal y el periespíritu o envoltura directa del espíritu en el hombre.

Este último fluido, el más sutil, el más espiritualizado que actúa en los animales que en su importancia siguen inmediatamente al hombre en la escala descendente, forma entonces su alma *ocasional*. ¿Persistirían estos embriones de espíritus en el espacio sin disolverse, formando los elementos que, al aparecer el hombre sobre la tierra, le servirían para formar su alma autónoma y cuyo

perfeccionamiento se opera a través de las encarnaciones sucesivas que el Espiritismo nos revela? ¿O bien esos fluidos, siguiendo la ley de todas las cosas y de las fuerzas, buscarán al disgregarse de los cuerpos muertos, su reunión afín? Tan posible es lo uno como lo otro, pero yo prefiero creer que esos fluidos ya espiritualizados por el trabajo secular de la materia sobre el planeta, como los demás compuestos del organismo, los líquidos, los gases, las materias terrosas y la electricidad, que vuelven a sus fuentes.

No diré más, por ahora, porque me propongo tratar de la formación del alma en otro capítulo. Mientras tanto, los desarrollos ya dados a la cuestión sirven para comprender que el periespíritu propiamente dicho, no forma la vitalidad total del hombre, y que desde el momento en que se llega a la conciencia del bien y del mal, se conquista la autonomía espiritual integrada con el cuerpo astral o periespíritu, que es ya uno o indivisible.

No es el periespíritu el que prestan los médiums para las manifestaciones espíritas. No son emanaciones periespirituales las que salen de los presentes en las sesiones, ya ayudando, ya contrariando los fenómenos, como lo piensan Papus y el Dr. García López. Lo que los médiums pueden prestar, porque se puede reponer, si no hay abuso, es el fluido vital que he llamado de conjunto, y que, en un organismo sano, se asimila y desasimila más o menos rápidamente. Son estos fluidos lo que sirven a los magnetizadores, son ellos los que curan, si provienen de una naturaleza sana *de cuerpo y alma*, porque los fluidos, menos los de la vida vegetativa, están sujetos a la voluntad, lo que equivale a decir, al espíritu; y este, en su progreso, atrae buenos fluidos o los transforma en tales por los actos emanados del pensamiento y de los sentimientos elevados.

De lo dicho no ha de inferirse que sostengo una separación del todo definida entre los mencionados fluidos. Su separación y mutua acción puede compararse con la que existe entre las aguas del mar y las pluviales, estas emanan de aquel, y al volver a él en forma de ríos, resulta una ancha faja de una mezcla indefinida.

Como ya he dicho en el capítulo III, segunda parte, tomo primero, no existe nada ni nadie independiente en la naturaleza, hablando en absoluto; pero dentro de esa dependencia mutua, existen las cosas y los seres en una independencia relativa.

Siendo esto así, ¿qué debe suceder cuando un espíritu desencarna? He aquí mi humilde opinión, basada en la observación y el estudio. Si se trata de un espíritu en los albores de su independencia, o bien un espíritu materializado por sus pasiones y sus vicios, atraerá por afinidad con su periespíritu *propiamente dicho*, una parte más o menos importante de los fluidos animalizados. Pero cuando el que desencarna es un espíritu ya ennoblecido por la inteligencia y por los sentimientos, arrastrará menos fluidos materiales, hasta que en ese movimiento ascendente, solo llevará consigo el periespíritu, cuya completa depuración le conducirá, según la revelación, a la región de la luz donde habitan los espíritus puros.

Esta es, sin duda, la causa de que los médiums sientan gran diferencia en los fluidos de los espíritus, que según ellos dicen, les son más o menos agradables. La observación atenta de los fenómenos de posesión demuestra también que los malos dejan siempre parte de sus pesados fluidos en los médiums, llegando esto a producirles, al dejar la posesión, náuseas, sofocaciones, y siempre malestar, que los espíritus protectores, tomando posesión enseguida, alivian de una manera notable desechando esos mismos fluidos.

Siendo esto así, ¿cómo podrían verificarse los fenómenos que estudiamos? ¿Cómo podrían los espíritus operar sobre los médiums? A mi juicio, no hay más que recordar lo que pueden cuando se encuentran en la materia, para comprender, en lo posible, las misteriosas fuerzas que despliegan desde el espacio.

Del espíritu, como he dicho, parte la primera fuerza voluntaria que pone en juego los diversos órganos del cuerpo. Como toda fuerza, debe ser un movimiento o vibración inicial que al llegar al fluido de la vida animal, se transforma en otra fuerza más sencilla o material, y corriendo por los nervios, afecta los músculos tales o cuales, con arreglo al deseo del espíritu. Si el espíritu encarnado quiere magnetizar a otro encarnado, obliga por su voluntad al fluido magnético o de la vida animal a proyectarse hacia fuera, quedando siempre bajo la acción de la misma voluntad, y pudiendo así dominar por completo a otra persona haciéndole pensar, decir y hacer lo que se le ocurra.

Pues bien, ese poder del espíritu no debe perderse con la muerte, puesto que quiere y piensa. En consecuencia, dada la naturaleza sensible de los médiums, podrá, envolviendo en sus fluidos periespirituales al espíritu encarnado, forzarle a hacer o decir lo que quiera, y hasta tomar posesión momentánea de los órganos cerebrales, que deben ser afectados en primer término, para producir los movimientos de los miembros o de los músculos vocales, quedando el médium en estado más o menos inconsciente.

En cuanto a las fuerzas que despliegan en la producción de los fenómenos físicos, podemos explicárnoslas teniendo igualmente presente que en el estado libre, el espíritu podrá actuar fácilmente por acto de simple voluntad sobre los fluidos que se materializan

de los médiums y de las demás personas presentes, como asimismo de los fluidos de que está impregnado el ambiente.

Esto es todo lo que, por ahora, podemos decir del periespíritu y de la acción de los espíritus sobre los médiums.

CAPÍTULO II

Reencarnación. Conservación del yo pensante en toda su integridad, a pesar del aparente olvido del pasado. Libre albedrío

El hecho de la existencia del mundo espiritual y de su comunicación con el mundo material ya no puede ponerse en duda. Pero ¿puede quedar el alma satisfecha con ese estado de cosas? ¿Puede conformarse la humanidad con las desigualdades que notamos en la existencia, y que, al parecer, continúan en el espacio? De ninguna manera, ello acusaría una marcada injusticia de parte del Creador, o una obra inacabada. Mayor resultaría aún el vacío de justicia, si hubiéramos de creer que las almas han sido creadas al nacer el hombre, más o menos perfectas, siguiendo la caprichosa teoría de la gracia.

Para que tan chocantes aberraciones no puedan ser atribuidas al Ser por excelencia, a Dios, era necesario que viniese el Espiritismo a dar forma y vida a las palabras de Jesús, que reveló la clave del misterio, sosteniendo que todos somos iguales ante el Padre, que todos somos hermanos provenientes de un mismo origen e

hijos de nuestras propias obras, que es necesario nacer y renacer, (como le dijo a Nicodemo), para entrar en el reino del Padre, reino que tiene muchas moradas.

¡Reencarnación! Salvadora idea, en verdad, pero, se dirá, que desgraciadamente no puede probarse, estando en abierta oposición con los hechos. ¿Dónde está el recuerdo de esas vidas sucesivas? ¿Dónde el libre albedrío, necesario para que pueda nuestro progreso indefinido, si es que existe, atribuirse a nuestro propio trabajo? ¿Tendríamos que creer nuevamente por el hecho simple de una revelación de Jesús? ¿El Espiritismo pretendería también imponernos la fe?

Ciertamente que no, el Espiritismo, no impone la fe; pero posee conocimientos que pueden dar la convicción de que la reencarnación es un hecho, que explican la continuación del yo, aún en el aparente olvido del pasado y que demuestran que tenemos el libre albedrío, si bien en el grado que corresponde a nuestro progreso espiritual.

Esa convicción no puede obtenerse completa por la sola lectura, exige una observación o estudio paciente de las comunicaciones y de los cuadros de ultratumba. Mientras tanto, como se verá enseguida, por simple deducción lógica de los conocimientos que ya posee el lector, se puede llegar a la prueba racional, o, por lo menos, a la convicción de que el Espiritismo, en esto como en todo, no nos enseña nada de absurdo o contrario a la razón más exigente.

Sin dar un principio progresivo al espíritu, no se explicarían las diferencias chocantes que notamos sin esfuerzo en la humanidad.

Sin la reencarnación, no se explicaría la justicia de Dios.

Sin la continuación del yo y del libre albedrío no se explicarían los genios o las inteligencias prematuras, que parecen recordar o traer ya hecho en su mente tal o cual rama del saber. Como Mozart, que a los nueve años dirigía una orquesta, Miguel Ángel, que a los doce era ya un artista, Goethe que a esa edad escribía en varios idiomas, y Pascal que a los trece era un gran pensador.

De ahí, sin duda, que algunos hombres notables, por su genio y su saber, hayan pensado en la reencarnación, no bajo el aspecto grotesco de la metempsicosis, sino en la diversidad de existencias del alma en este y otros mundos.

Leibnitz, ese gran genio, presentía ya las reencarnaciones. «Puede ser, decía, que haya en alguna parte un cierto número de animales parecidos al hombre, que sean más perfectos que nosotros». Charles Bonnet, inspirándose en Leibnitz, establece más claramente la idea de que el espíritu del hombre pueda en su progreso habitar mundos más perfectos. Jean Reynaud piensa también en la posibilidad de que el hombre transformado pueda pasar «de vida en vida, de mundo en mundo, desapareciendo del uno para reaparecer en el otro, siempre llevado por las virtudes atractivas».

Los citados filósofos solo presentían la verdad; no tenían la más mínima prueba en apoyo de sus ideas; y, sin embargo, las sostenían sin temor. Actualmente, teniendo esa prueba por la presencia de los espíritus entre nosotros y sus aseveraciones, son pocos los que se atreven a afrontar el ridículo para sostener sus convicciones. Se va aún más lejos: F. Bouillier, siendo un moralista de primer orden, habla con desprecio y derrama el ridículo sobre aquellos, diciendo: «no sabemos hasta qué punto hay que tomar en serio las visiones análogas de Flammarion, Louis Figuier, Pezzani y otros, sobre los mundos habitados, los hombres planetarios, los seres

sobrehumanos y las reencarnaciones. En cuanto a Pierre Leroux, hagámosle la justicia de que no participa de las ideas de su correligionario Jean Reynaud acerca de las transmigraciones de planeta en planeta; es sin duda partidario de las reencarnaciones, pero solamente en este mundo».

Si el alma persiste más allá de la tumba, y, como queda probado, conserva la inteligencia y el poder de la voluntad sobre el fluido que forma el cuerpo astral o periespíritu, la posibilidad de la reencarnación es indudable. A ese fin, el espíritu no tendría más que hacer que sustituirse en el feto, en cierto momento de su desarrollo, al fluido que por afinidad atraería el cerebro en formación¹. Pero, si esto se concibe con respecto al espíritu ya adelantado, no puede aplicarse a los espíritus embrionarios, del primer momento de la autonomía relativa del alma. Consultados los espíritus al respecto, ellos nos dicen que, no solo entonces, sino aún en el presente, hay espíritus que es necesario hacer encarnar en las razas o pueblos que por su atraso les corresponden, si bien son atraídos hacia ellos por la gran ley de afinidades que rige en lo espiritual con más fuerza que en lo material.

Comprendida así la posibilidad del hecho de la reencarnación, tenemos una razón que aducir para probar que se trata de una ley ineludible.

¹ Según lo declaran los mismos espíritus, la reencarnación es debida a un acto de decisión que cuesta tanto o más, en ciertos casos, que el morir, pues se viene a una nueva prueba y se separa uno de los seres que quiere en el espacio. El modo de la reencarnación consiste en ligarse al feto por un lazo fluidico. Cuando este ha adquirido una vida ya adelantada, viene turbándose el espíritu, hasta el momento del nacimiento en que queda del todo ligado a la materia.

Siendo el alma el producto de la elaboración secular de la creación, siendo elaborada, diré así, en el crisol de la materia viva, claro es que en ella tiene que encontrar los medios de perfección. Por otra parte, la reencarnación es el corolario de las diversas leyes que rigen la vida, la necesidad de sufrimientos para aquilatar la virtud, la necesidad de lucha en que nos coloca cada existencia, para que del empeño que en ella ponemos, resulte el progreso por nuestro propio esfuerzo, para que seamos hijos de nuestras propias obras.

Atestiguan la reencarnación millares de espíritus que aseguran recordarlas. La identidad de los espíritus es muy difícil obtenerla; pero todos los que se comunican, todos los que han conquistado un cierto grado de adelanto, todos aseveran que la reencarnación es un hecho.

Siendo esto así, ocurre preguntarse: ¿qué leyes rigen la reencarnación con el acierto necesario, para que cada uno tenga lo que merece o lo que necesita para su progreso? La contestación nos exige recordar algo de lo demostrado en el primer libro, y ciertos desarrollos previos.

La vida del ser viene en el germen, y basta la ley de herencia para su desarrollo, modificándose su influencia tan solo por las circunstancias y el medio en que tiene lugar, si se trata de animales cuyo espíritu embrionario, instintivo e inconsciente para el bien y el mal, no es dueño ni responsable de sus actos. Pero si se trata del hombre, no solo obra la fuerza de herencia, sino también la del espíritu ya dueño de sus actos, o sea con el grado de libre albedrío¹

¹ Ruego al lector que acepte momentáneamente el libre albedrío, pues prometo probar cabalmente su verdad.

correspondiente a su adelanto. De ahí tanto parecido en aquellos y tanta variedad en estos, aun dentro de la misma familia.

El alma de un animal no proviene de una reencarnación, es espíritu en germen o en formación, bajo la acción de la vida y de las necesidades que ella impone, y es ocasional, inconsciente e irresponsable, no existe aún como individualidad, y al morir la materia, vuelve al fluido de su origen¹.

El espíritu, desde que se individualiza, posee un cuerpo fluídico (periespíritu), mediante el cual se pone en contacto con el germen

¹ Esta aseveración del autor: *no existe aún como individualidad, y al morir la materia, vuelve al fluido de su origen*, se contradice con ciertas respuestas de **El Libro de los Espíritus**.

597: «Puesto que, los animales poseen una inteligencia que les confiere cierta libertad de acción, ¿Existe en ellos un principio independiente de la materia?»

Respuesta: «Sí, y que sobrevive al cuerpo».

607: «Parece, entonces, que ¿el alma habría sido el principio inteligente de los seres inferiores de la creación?»

Respuesta: «¿No hemos dicho ya que en la Naturaleza todo se encadena y tiende a la unidad? Es en esos seres, a los que estáis lejos de conocer en su totalidad, donde el principio inteligente se elabora, individualizándose poco a poco, y se ensaya para la vida, conforme hemos afirmado antes. Se trata en cierto modo de una tarea preparatoria, como la de la germinación, a consecuencia de la cual el principio inteligente experimenta una transformación y se convierte en Espíritu. Entonces comienza para él el periodo de humanidad (...)»

Por lo expresado por los Espíritus parece obvio, independientemente de las palabras o denominaciones que usemos, que el **Espíritu** que así llamamos cuando se encuentra en su periodo de humanidad ha animado, encarnado, en otros seres más inferiores, y esa individualización y elaboración es evidentemente previa; y por tanto en esos casos también se opera el proceso de reencarnación del **principio inteligente**. (Nota de Salvador Martín).

al principiar el desarrollo cerebral, pasando por una turbación que crece a medida que se desarrolla el ser material de que va formando parte integrante, sustituyéndose así al fluido libre que en toda materia actúa.

Pierde el espíritu, de este modo, la memoria de su pasado, pero no la *resultante*, diremos así, de sus anteriores encarnaciones, y obra, desde luego, como una fuerza que modifica la ley de herencia, en el sentido de su adelanto intelectual o moral, sobre el físico en general y especialmente sobre el cerebro.

Así, si bien este órgano y la constitución animal tienen una acción sobre el espíritu, este, a su vez, cuanto más adelantado sea, más y mejor influirá sobre el desarrollo de las diversas partes del mecanismo cerebral que correspondan a las facultades adquiridas.

Sabido es que el cerebro se desarrolla o modifica sus formas externas hasta los 40 años, como ha probado el Dr. Brocca y otros antropólogos distinguidos. Y si esto tiene lugar de una manera visible es de suponer que serán mayores las alteraciones producidas en el interior, vitalizándose las partes que el espíritu pone en ejercicio y atrofiándose y hasta osificándose las que deja en desuso.

Falta la memoria del pasado, es cierto, y en ello se revela la divina inteligencia que domina en el conjunto y en los más mínimos detalles de la creación. Si el hombre tuviese esa memoria, procedería en consecuencia, por el temor o por el cálculo, desvirtuando así uno de los objetos esenciales de la encarnación, que es probar la consistencia de los propósitos de bien y de progreso o de enmienda, concebidos en la vida libre del espíritu, en la cual se recobra por completo la memoria del pasado. Pero no por carecer de esa memoria, deja de existir la continuación del yo, porque el espíritu

conserva en absoluto el *abstractum* de su pasado, o sea el adelanto o elevación adquirida. No puede transmitir esa memoria al órgano material destinado a formar el archivo de cuanto el hombre estudia y opera en su existencia; pero actúa libremente por sus ideas y por su voluntad, en tal o cual sentido; procediendo así con arreglo a la inteligencia y experiencia adquiridas. De ahí que el espíritu es tanto más responsable de sus actos en la materia, cuanto más dominio tiene sobre esta y más adelantado está¹

¹ El órgano de la memoria, he dicho, destinado a formar el archivo de cuanto el hombre estudia y opera en su existencia. Tengo en contra, no lo desconozco a la ciencia y al espiritualismo. ¡Extraña coincidencia! Yo no estoy, desgraciadamente, como en muchas otras cosas, ni con los unos ni con los otros. ¡Paciencia! Diré lo que pienso.

El órgano de la memoria, si existe como todo el organismo, dicen los espiritualistas, se renueva en poco tiempo; luego no pueden los materialistas sostener que la memoria no es esencialmente espiritual: la materia cambia y la memoria subsiste.

La memoria resulta, dicen los materialistas, como todas las demás facultades del hombre, de la organización cerebral y sus funciones; de las impresiones que dejan las palabras y los hechos relatados o vistos, resulta la memoria.

Veamos, para que los espiritualistas estuviesen en lo cierto, sería necesario que el cambio de materiales fuese completo en el organismo brutal, por así decirlo. Pero no hay tal cosa, la renovación lenta y las células *vivas* conservan su virtualidad siempre; desasimilan y asimilan, pero no pierden su yo vegetativo, su función especial en compañía de millares de otras células en cada órgano de la estructura humana.

Como se ha visto al estudiar el fenómeno magnético, se manifiestan siempre dos memorias: la del espíritu y la humana. El alma no puede transmitir al órgano los actos de su pasado, porque así está constituido expreso el organismo. Solo puede actuar en cuanto a su pasado por las ideas que llamamos innatas y por la facilidad de comprender, de ver, de juzgar y aprender, valiéndose del cúmulo de hechos, de actos, etc., que se van registrando en el órgano de la memoria, mediante el estudio, la observación y la experiencia de cada existencia.

Si el espíritu en su infancia se desarrolla y modifica paralelamente al desarrollo y modificación del cerebro y el sistema nervioso, sometido así a una ley sabia como todas las del Hacedor Supremo; cuando en su progreso adquiere un grado dado de libre albedrío, domina con eficacia a la materia, llegando al extremo de producir grandezas intelectuales y heroísmos con un cerebro a veces deficiente y en un organismo pobre; el genio musical arranca de un instrumento mediano acentos y melodías que el músico adocenado no consigue en un instrumento de primer orden.

El genio, dice Flammarion¹, no es solo una resultante de las condiciones materiales y menos una enfermedad nerviosa, sino que por el contrario, se ostenta firme como una fuerza superior a sus propias condiciones, que con frecuencia ha sojuzgado, vencido y gobernado. Lejos de consentir en considerar al hombre como un ser inerte cuyas obras no habrían de ser más que el efecto del instinto, de los hábitos, de las necesidades, de los deseos, de las predisposiciones orgánicas, proclamamos con la autoridad irrefragable del hecho, que *la inteligencia gobierna a la materia*, y que el mérito del hombre consiste precisamente en esa elevación, en esa soberanía de su inteligencia sobre su cuerpo.

Gran número de los que más se distinguieron en la ciencia, vieron la luz primera en posiciones sociales en que no podía esperarse encontrar celebridad científica. En vez de las combinaciones químicas del fósforo y del hidrógeno, en lugar de los efectos de la

Por otra parte, la memoria espiritual, a que me refiero, es la que puede resultar de sus alejamientos nocturnos, puesto que en la turbación que es efecto del acto de reencarnar, se pierde la memoria del pasado.

¹ *Dios en la Naturaleza*, Libro III, pág. 280.

electricidad nerviosa, presentamos a la veneración universal los grandes caracteres que, desde el fondo más oscuro de la sociedad, se elevaron a la conquista de la ciencia.

Recorriendo luego las páginas del libro de Samuel Smiles (Self-Help) recuerda los nombres de los grandes hombres que se han distinguido en todos los ramos del saber humano, y encuentra que todo lo debieron a una *voluntad* decidida, a pesar de la absoluta carencia de dinero, de la humilde posición en la juventud, y, en algunos, como en Bufón, no obstante la malísima salud o debilidad física. ¿Por qué cantidades entraron el ázoe o el fósforo en la secreción de la voluntad de esos sabios ilustres, y de qué manera se condujo el carbono para conducirlos al pináculo de la inteligencia? A pesar de las circunstancias desfavorables contra las cuales tuvieron que luchar desde los primeros pasos en la vida, se crearon estos hombres eminentes, por el solo ejercicio de sus facultades intelectuales, una reputación tan durable como sólida, superior a todas las riquezas del mundo.

La voluntad, como he dicho, es atributo esencial del espíritu. La salud, la buena configuración del cráneo, brindan al espíritu facilidades de que se carece cuando por el contrario esos preciosos elementos materiales faltan, haciendo deficiente al mecanismo por medio del cual está obligado el espíritu a percibir y a manifestar sus ideas y sus sentimientos. Pero si el espíritu encarnado es indolente y no busca afanoso su progreso, en vano tendrá aquellos dones, los dejará perder en la inacción. Mientras que, si se trata de un espíritu que ya haya alcanzado un poderoso desarrollo intelectual, en el primer caso, será un Cuvier, un Napoleón, en el segundo una Sra. Stael, un Buffon, un Godin.

El poder de la voluntad y del pensamiento sobre los órganos cerebrales, es grande; y lo es también, en ciertos casos, sobre las

funciones orgánicas. Flammarion cita al escritor Walter que consiguió, por medio de una voluntad sostenida y sin seguir medicación alguna, recobrar la salud perdida. Yo mismo he conocido un joven que, tísico, después de haber vomitado en cantidad la sangre, con las piernas y los pies hinchados, oye desde su cama el fallo por el cual los médicos le condenaban a una cercana muerte. Incontenente toma una resolución tenaz ¡vivir! a pesar de los médicos y de todo. Pide le compren un calzado cualquiera en que poder meter sus hinchados pies, lo obtiene por la fuerza de su carácter, y se viste y sale y lucha, y hace ya un año de esto, habiendo mejorado su salud, o por lo menos, alejado la época de su fin.

Si esto es así, también la materia ejerce su influencia pasiva, pero terrible. Descompuesto el organismo cerebral, desequilibrado el sistema nervioso, o por lo menos los fluidos que por ellos circulan, toda voluntad llega a ser impotente.

Flammarion describe los trabajos desesperados de Palissy para fundir esmalte y convertir sus cacharros de arcilla en porcelana. Palissy, después de concluir con todos sus recursos, faltándole leña en su último experimento, aquel en que alcanzó su objeto, echó al fuego sus muebles y hasta el entarimado del cuarto en que habitaba con su empobrecida familia. Finalmente, al cabo de años de trabajos incesantes, durante los cuales hubo de aprenderlo todo por sí solo, recogió el fruto de sus esfuerzos y sacrificios.

Ante este elocuente ejemplo de valor y perseverancia, dice Flammarion, no de valor excitado por el enardecimiento del sistema nervioso y por la cólera, por el recelo de un peligro, por el olor de la pólvora o por la música militar; pues en estos casos espontáneos, podrían nuestros adversarios los materialistas invocar la sensación, sino de una energía que supo sostenerse dieciséis años

consecutivos sin desmayar ante los contratiempos, de una voluntad que se sobrepuso a todos los obstáculos, y dominó la materia, como había dominado el cuerpo mismo de Palissy y todas sus afecciones de corazón; ante estos ejemplos, decimos, ante tantas glorias de la familia pensadora, ante tantos héroes, ante tantos luminaires que se consumieron para guiar a las generaciones, ante tan altos testimonios de la conciencia humana, ¿quién osará acusar a la voluntad de ser una pura ilusión y a la fuerza moral de ser esclava? ¿Con qué derecho podrá negarse la energía independiente y el carácter dominador de esas almas tan bien templadas?

La muerte de Giordano Bruno, en la hoguera por no someterse a la retractación que le exigía la inquisición; la de Campanella, que sufrió siete veces la tortura, siete veces derramó sangre y sucumbió corporalmente a la fuerza del dolor, y siete veces volvió a repetir sus amargas sátiras contra los inquisidores, sirven, con otros ejemplos, a Flammarion, para demostrar el poder de la voluntad, la elevación espiritual sobre la materia.

El mundo pertenece a la energía, decía Alexis de Tocqueville, jamás se presenta en la vida una época de completo reposo, los esfuerzos fuera de sí mismo, son tan necesarios y más aún en la vejez que en la juventud. Yo comparo al hombre de este mundo, con un viajero que anda sin cesar hacia una región cada vez más fría, y que se ve obligado a agitarse más y más a medida que se va internando. La gran enfermedad del alma es el frío, para combatir ese mal terrible, conviene, no solo conservar vivo el movimiento del espíritu por medio del trabajo, sino también acrecentarlo con el contacto de sus semejantes y con los negocios del mundo.

Estas palabras se confirman de un modo convincente por el ejemplo personal de su autor. En medio de sus grandes trabajos

perdió la vista, luego la salud, pero nunca el amor al estudio y la verdad. Cuando se vio reducido a tal extremo de debilidad era preciso que una enfermera le llevase en brazos de una pieza a otra pieza, como a un niño delicado, no por eso disminuyó su indomable energía, y ciego e incapacitado como era, para término y remate de su carrera literaria dejó escritas estas notables palabras, dignas de figurar frente a frente de la hipótesis materialista.

Si, como me complazco en creer, el interés de la ciencia se cuenta entre los grandes intereses nacionales, yo he dado a mi país lo que le da el soldado mutilado sobre el campo de batalla. Cualquiera que sea el destino de mis trabajos, este ejemplo, así lo espero, no será perdido. Quisiera que sirviese al menos para combatir la especie de debilidad moral que constituye la enfermedad de la nueva generación; que pudiese atraer al camino recto de la vida a alguna de esas almas enervadas que se lamentan de no tener fe, que no saben dónde encontrarla, y que van buscando por todas partes, sin encontrar en ninguna, un objeto de culto y de afición.

No puede ponerse en duda, pues, que el espíritu obra sobre la materia, y que cuando llega a un alto grado de progreso, tiene una acción poderosa sobre ella.

La niñez resulta de la turbación en que cae el espíritu al encarnar y de la deficiencia de los órganos. A medida que estos se desarrollan, va el espíritu recobrando su autonomía o integración intelectual y moral que le corresponde; pero ya en la niñez se demuestran por actos que no pasan desapercibidos para las personas observadoras, cuáles podrán ser las aptitudes, los gustos, las pasiones y defectos a que estará sujeto el hombre, salvo el caso de contrariedades que tuerzan lo que al parecer era su destino.

En la edad proveya, el hombre, con sus cansados órganos, oxigena poco la sangre, porque la respiración que corresponde a las contracciones del pulmón y del corazón, es más lenta, resultando de ahí la disminución de la sangre arterial, la consiguiente palidez, el frío y el entorpecimiento general del mecanismo, disminución del apetito, de la digestión y en consecuencia de la asimilación. En este estado, las funciones cerebrales se dificultan por la falta de fluido vital en el organismo; de ahí que la memoria material se debilita, que la ideología no encuentre facilidades, no se conciba con lucidez. Siguiendo este decaimiento, puede llegar la chochez, de la cual no se salvan, a veces, los mejores talentos, como Newton y otros.

Este es uno de los hechos en que los materialistas apoyan sus ideas; pero podemos dar una explicación satisfactoria.

¿Cómo ha de poder actuar el espíritu, manejar su organismo, hacerlo mover con la misma facilidad que cuando todos los órganos, más vitalizados, sentían con rapidez la acción nerviosa, a su vez, más obediente a las vibraciones periespirituales originadas por la volición del espíritu? Pretenderlo, sería lo mismo que exigir que un artista tocara con igual ejecución y arrancara las mismas armonías de un piano flamante que de otro desvencijado y de oxidadas cuerdas. Si el decaimiento físico continúa, si unos órganos se atrofian, si otros se vitalizan por intervalos, si las sensaciones se pervierten, el espíritu es afectado y cae en una turbación que solo desaparecerá al dejar la envoltura corpórea; y, aun así, como nos lo demuestran los cuadros de ultratumba, solo paulatinamente y después de cierto tiempo. Excusado es decir que ello, como todo lo que al espíritu le acontece, tiene su causa en sí mismo, en su pasado o en su propio presente.

Nótese que no hago argumentos para probar la dualidad humana, puesto que sé que esa dualidad está probada por la fenomenología espírita, y que todo aquel que lo desee puede convencerse de ello por la observación. Lo que hago es, simplemente, tratar de explicar los fenómenos de la vida del hombre partiendo de una base cierta y probada: la existencia y supervivencia del alma.

Así, cuando una enfermedad ataca momentáneamente al cerebro, el espíritu no puede manifestarse; y si de una fiebre se trata, sobreviene, a veces el delirio, que no es otra cosa que la exaltación anormal de los órganos de la visión, de la imaginación, de la audición y de la memoria; exaltación de la sangre atacando con preferencia al cerebro, de lo cual resulta la necesidad de la función anormal de sus órganos para consumir los elementos que la sangre conduce allí, y sin lo cual la muerte sería rápida. El espíritu está engañado, no tiene conciencia de su estado, hay un olvido inmediato y vive en la alucinación. Entonces se producen esas conversaciones sin fin y sin ilación, esos monólogos inacabables, en medio de los cuales, un atento observador encontrará una mezcla de recuerdos del presente y del pasado del espíritu.

La locura, si es producida por idénticas causas, produce los mismos efectos: si el órgano correspondiente a una pasión es el que está excitado y *la comunicación de los órganos cerebrales entre sí está interrumpida*, el espíritu no podrá darse cuenta de su estado y cometerá toda clase de actos desordenados en el sentido de su pasión. Si la imaginación es la más afectada, la persona estará sujeta a las alucinaciones y verá y hablará a personajes que, aunque no existan, ve el espíritu, como sucede en los ensueños.

Apartando estos estados de la existencia y las excepciones constituidas por un pasado reprochable del espíritu, este, en general, se

encuentra en una materia que corresponde a su adelanto.

Pero, por demostrado que esté que el espíritu es inmortal y reencarna hasta alcanzar un grado X de progreso, no resulta por eso, se dirá, con la facultad propia de elegir su camino, sino que por el contrario, aparece sujeto a un hado, a un destino más o menos fatal para cada uno, puesto que, en suma, mayormente depende del medio en que cada vida se desarrolla, del mecanismo humano que le corresponda, de mil circunstancias fortuitas y del grado de educación recibida.

Existe, sin embargo, el libre albedrío, y por difícil que sea comprenderlo, queda ello al fin evidenciado para aquel que investiga o estudia seriamente el Espiritismo.

No podré, en consecuencia, llevar al ánimo del lector la convicción que le espera, después de algunos años de Espiritismo; pero diré dos palabras que han de facilitarle, creo, la conquista de ese punto doctrinario, de cuyo conocimiento depende el juicio recto que ha de hacerse de Dios y de su justicia.

Efectivamente, sin libre albedrío no habría ni pena ni premio merecido. La teoría de la gracia con que el clero católico pretende explicar las desigualdades humanas, de ser cierta, daría la seguridad de que Dios, a semejanza de los dioses mitológicos, sería susceptible de todas las veleidades humanas, de la ira, del mal humor, y, en raros momentos, de la suma bondad, creando almas y dándoles todas las ventajas posibles dentro de este valle de lágrimas.

Por lo que se ha dicho en el párrafo sobre la reencarnación, se concibe fácilmente que si el espíritu en la turbación que resulta del acto de la encarnación, obra como una fuerza inconsciente sobre el mayor o menor desarrollo de tales o cuales órganos cerebrales, a

medida que recobra sus facultades o que se reconoce, va adquiriendo mayor dominio sobre los instintos o pasiones *naturales*, y, en consecuencia, modelando rápidamente su instrumento en el sentido que corresponde a su peculiaridad intelectual o moral. La continuación del yo resulta de ese hecho. Mas, ¿cómo se ha conquistado el estado actual de cada ser espiritual? volverá a preguntarse el lector.

Veamos.

Una vez conseguido el equilibrio, es decir, colocado el espíritu en su nueva materia, exactamente como se encontraba en su anterior encarnación, con las mismas aptitudes, facultades y pasiones, podrá progresar en el bien y en la inteligencia o estacionarse; pero esto dependerá en gran parte de las circunstancias apuntadas al principio de este párrafo, y que parecen ser fatales.

No hay tal fatalidad, sin embargo, en el sentido que se da generalmente a la palabra, como algo que sucede contra nuestra voluntad, irremediamente, sin razón justiciera o merecimiento de nuestra parte. La hay, sí, como algo que tiene que suceder *en su conjunto*, en una vida humana, no así en los detalles que pueden ser modificados por la conducta del espíritu encarnado, o sea por la voluntad, como cualquiera comprenderá.

¿Y qué es la voluntad? Ya lo he dicho, es el atributo esencial y libre del espíritu; es una fuerza por cuyo medio puede el espíritu poner en movimiento al organismo cansado, contrariar su sueño, dominar los instintos, las pasiones egoístas, la sensualidad, o bien entregarse a ellas con tanto mayor grado de poder cuanto más adelantado esté, perfeccionándose así siempre o persistiendo en el mal.

He aquí ya encontrado un elemento del problema a resolver,

tiene o no el espíritu el libre albedrío.

Si la parte fatal de su existencia fuese elegida por él al encarnar, consciente y libremente, tendríamos ya la resolución que buscamos. Pues bien; eso es, justamente, lo que tiene lugar. Los relatos que los mismos espíritus nos hacen y el estudio que los espiritistas pueden hacer en lo que llamamos cuadros de ultratumba, no dejan la menor duda al respecto.

Ya he dicho que el espíritu tiene por juez a su propia conciencia, pues bien, al llegar el momento del arrepentimiento, la ley divina le permite darse cuenta del estado de su progreso y de lo que puede convenirle para seguir el derrotero que conduce a la felicidad, que no es de este mundo, y cuyas encarnaciones, por largas que parezcan, no se cuentan para la vida eterna del espíritu.

Es entonces que elige la prueba, y por consiguiente, el medio en que ha de realizarla. ¡Ay! de aquel que la elija demasiado difícil para sus propias fuerzas, porque sucumbirá o le faltará la resignación y la constancia; ¡ay! de los que empecinados desoyen el consejo de su conciencia o de los espíritus más adelantados y se lanzan en busca de los placeres de la vida, desconociendo el verdadero camino de la felicidad.

Al decir esto, me refiero a los espíritus que, por la inteligencia y libre albedrío conquistado, pueden elegir su prueba o encarnación; los demás reencarnan obedeciendo a la ley de afinidad, o sea atraídos como por una fuerza hacia las personas que aún se encuentran atrasadas como ellos.

En sociedad, los que se parecen se juntan o se buscan; pues bien, en espíritu sucede lo mismo. La relación de los espíritus entre sí y con los hombres, responde con más razón a esa ley, porque

despareciendo las conveniencias y exigencias mundanas, solo queda el atractivo que resulta del mismo grado de progreso, de propósito, de creencias, de sentimientos, de elevación o de bajeza. De ahí que los espíritus que rodean o siguen a una persona, estén casi siempre en armonía espiritual con ella; los atrasados seguirán gustosos, atraídos por la fuerza de la afinidad, a los seres depravados; los morales ayudarán complacidos a los que hacen esfuerzos por progresar moralmente, practicando la caridad y aspirando a la realización de las nobles pasiones; los que están poseídos por la idea orgullosa de que todo se debe a la inteligencia del hombre y que nada tiene que ver aquí abajo, por lo menos, la acción divina, frecuentarán la compañía de los hombres que estén en el mismo orden de ideas.

Comprendiendo bien esto, se concibe que el espíritu debe encarnar en el medio que corresponde a su adelanto, entre los seres que le son afines, hasta que llegando al grado de progreso a que me he referido, pueda elegir la prueba prescindiendo de esa ley y en virtud del libre albedrío así adquirido.

Citaré algunos casos, efectivos o posibles, que darán más claridad a este asunto que cuanto pudiera agregar al respecto.

Un poderoso, un déspota criminal, al separarse de la materia, cae en la oscuridad, como corresponde a su maldad, y permanece así durante años. De su estado de entonces solo puede darnos una idea el reo encerrado en oscuro calabozo, a solas con su pasado y con el recuerdo de su crimen que ninguna distracción perturba. Su espíritu, a fuerza de pensar en el crimen, se lo representará en la imaginación con todos sus atroces detalles, y esta visión constante le atormentará y le hará caer en el arrepentimiento.

Ese espíritu en la oscuridad huirá en vano del recuerdo ominoso de su pasado, y ha de sentir, de tanto en tanto, la voz de su contristado ángel guardián¹.

Cuando la reacción se opere, irán paulatinamente desapareciendo las tinieblas que le envolvían, tendrá lugar en él la aplicación de la ley misteriosa que vuelve a la luz espiritual a todo aquel que reconoce a Dios y afanoso busca el camino del progreso.

Pero al volver a la luz, ve el espíritu con más claridad su horroroso pasado, comprende cuán difíciles son las pruebas que le esperan para purificarse y satisfacer su conciencia. Algunos retroceden desanimados, desconocen aún la justicia de Dios y vuelven a caer en la oscuridad, maldicientes. Otros, por el contrario, piden valerosamente, porque tienen más arrepentimiento sincero, piden, digo, encarnaciones donde apurar los sufrimientos y sentir la humillación.

Una vez, ante nosotros, un elevado espíritu decía:

Cuántas veces el hombre contempla con pena y sin poder darse cuenta de la justicia divina, a criaturas que desde que nacen llevan en sus formas deficientes o contrahechas el sello de la fatalidad, y cuya suerte es efectivamente siempre contraria, ¡hasta que descienden a la mendicidad, llenos de males que les consumen sin aniquilarles, como para prolongar su suplicio!

Pues bien, esos suelen ser los poderosos del pasado, que están *por su voluntad en sufrimiento*.

Si no parece, pues, posible, que se prevean todos los acontecimientos de la vida en una encarnación, por lo menos, parece que

¹ Véase el apéndice.

abarca el conjunto o se prevé por el punto de partida, lo que elegimos o nos eligen con arreglo al grado de fuerza espiritual que desplegamos, grado que debe estar en proporción con la dificultad de la prueba.

En el idiota, por ejemplo, puede estar (es lo más general¹) un espíritu de gran desarrollo intelectual, que en muchas encarnaciones habrá abusado de sus facultades haciéndolas servir al mal; y que, no pudiendo operar la reacción en el sentido moral, pide una encarnación apropiada para detenerse en la fatal pendiente. En ese caso, el espíritu sufre una modificación que le prepara al progreso de la moral y del bien; otra encarnación más, y todo se habrá remediado.

No faltará quien recuerde que los idiotas y los sordomudos, en general, son productos de la consanguinidad.

Esa es la verdad, sin que nadie pueda negar las *numerosas excepciones*; pero esto mismo hace posible o facilita la referida prueba. La misma contestación puede darse a los que recuerden el buen número de enfermedades hereditarias.

Esto en cuanto a la posibilidad de elegir las pruebas, en cuanto al merecido de ellas, recordaré que los que las eligen lo hacen buscando siempre la satisfacción de la conciencia, reconociéndose causantes, por el desenfreno de sus pasiones y sus vicios del pasado, del primer germen de esas enfermedades en las familias, según así lo declaran algunos espíritus en sus comunicaciones.

Si la inmortalidad es un hecho, si existe, se dirá la continuación del yo sin pérdida del acopio de progreso intelectual y moral conquistado, si tiene el espíritu en las reencarnaciones sucesivas el

¹ Si el mecanismo cerebral es deficiente, el idiotismo es ineludible.

tiempo para realizar, más o menos pronto, según sean sus hechos voluntarios, una suma dada de perfección, ¿qué será de él cuando la alcance? ¿Existe un cielo donde se encuentra la merecida felicidad y un infierno para el incorregible? No, decimos en nombre de los conocimientos espíritas, si se trata de limitar esos parajes; sí, en el sentido de que en todas partes y en todas las épocas de su progreso, el espíritu tiene su merecido.

Entraremos en algunas explicaciones al respecto.

De acuerdo con los avanzados conocimientos adquiridos por la astronomía y por la razón adelantada del siglo, podemos decir, que este mundo es apenas un grano de arena en el universo sideral, y que aún en el sistema de nuestro sol, no puede compararse con los grandes planetas y su relativa perfección; de lo cual resulta, que este mundo tan insignificante, no ha de ser el único favorecido con la animación y la vida.

¿Y qué nos enseña la historia evolutiva de nuestro mundo? Hasta donde alcanza la ciencia y la observación, tenemos, que a medida que se ha ido perfeccionando el planeta, se han perfeccionado por transformación las especies, según la teoría Darwiniana, o han aparecido seres más perfectos, hasta llegar al hombre, como lo demuestran los datos más fidedignos de la geología.

Basándonos en esto, podemos decir, entonces, que en mundos más perfectos que el nuestro, han de existir seres más perfectos que nosotros; y esto que la razón nos indica, lo afirman los más elevados espíritus que se comunican con la humanidad. Ellos aseguran, que no solo el espíritu reencarna aquí hasta lograr la perfección que corresponde a este mundo de *expiación y de prueba*, sino que luego pasa a encarnar en los mundos superiores que corresponden a su

adelanto conquistado, mediante la ley de afinidades que para todo y para todos rige.

Así, pues, en todas partes se aplica la justicia, en todas tiene el espíritu lo que merece o lo que necesita para su progreso. El cielo y el infierno están en todas partes para el espíritu, hasta que el progreso le conduce a una perfección dada, que hace innecesaria la reencarnación. Entra entonces en la categoría de espíritu puro, y, según lo aseveran las más bellas comunicaciones de origen espiritual, el espíritu siente, en ese estado, la acción directa de Dios y coopera a la realización de las leyes divinas en todo lo que se relaciona con los destinos de las diversas humanidades.

Resumiendo, la reencarnación es una verdad que el espiritista estudioso no puede dejar de aceptar por la uniformidad de la revelación de los espíritus que la recuerdan. Por otra parte, la razón y la idea que de la equidad y de la justicia nos ha sido concedida por el Creador, no podrían ser satisfechas si la reencarnación no existiese; con ella se completa el cuadro de la solidaridad y armonía universal.

La memoria del pasado se pierde al encarnar, cumpliendo así alguna ley cuyo modo de actuar nos es desconocido. Pero el hecho existe y nos revela una vez más la grandeza sublime de las leyes divinas. En espíritu, esa memoria se recupera. En vista del pasado, el espíritu puede entonces entrar nuevamente en el camino recto, y no reencarna hasta que ha hecho propósito de enmienda. Por eso cada existencia es considerada por los espíritus como una prueba, porque perdido el recuerdo, solo nos queda la resultante del progreso alcanzado en la materia y el propósito reparador del espíritu, cuya consistencia es sometida a prueba cada vez que aparecemos sobre la tierra.

Mientras que el espíritu se encuentra encarnado, constituyendo una unión casi perfecta con la materia, y pasada la época embrionaria del espíritu, y fuera de los casos en que sufre una prueba ya especial y/o solicitada, los órganos cerebrales están en un desarrollo que se armoniza con las facultades y grado de adelanto ya adquirido. Hay que hacer, sin embargo, una excepción con el órgano especial de la memoria. El espíritu puede estar muy adelantado en inteligencia y en moral y tener poca memoria, y viceversa. Es que el espíritu no puede transmitir a ese órgano sus recuerdos propios, como se ha visto en el estado lúcido de sonambulismo natural o provocado, cuando el alma se manifiesta con alguna independencia de la materia. Lo que el espíritu puede transmitir a la materia como fruto de su adelanto, son las ideas innatas, ideas que nacen como espontáneamente en nuestro cerebro, y la facilidad de aprender, de aprovechar los estudios que están de acuerdo con los que ya se han poseído en otras encarnaciones, en una palabra lo que el espíritu trae consigo y demuestra en la materia, desde los primeros pasos en la vida, son los grados de inteligencia y de moral que ha conquistado.

El libre albedrío resulta de ese grado de inteligencia y de moral reunidos, pero especialmente de la moral. El libre albedrío depende del adelanto intelectual y moral; y como la conciencia es, a su vez, la síntesis de ese adelanto, uno depende de la otra y viceversa. Cuanto más atrasado es el espíritu, más sujeto a los instintos y a las pasiones bestiales, menos libre albedrío y menos conciencia, como sucede en el estado salvaje. Pero en las luchas de la existencia, el espíritu va conquistando, en su progreso, mayor dominio sobre esos impulsos materiales, hasta convertirlos en nobles anhelos y pasiones. Vencidas así las groseras tendencias materiales, el

espíritu puede aun *conscientemente* proceder mal. He ahí su libertad, pero también su mayor responsabilidad. Las faltas cometidas, en esas condiciones, afectarán más o menos tarde las susceptibilidades de la conciencia.

Entiéndase bien que estas no son palabras más o menos inspiradas, el espiritista tiene ocasión de saberlo por los cuadros de ultratumba, en las sociedades serias como *Constancia*.

Por lo dicho se comprenderá en qué sentido tomamos la palabra libre albedrío. No es la posibilidad de hacer con lo que nos rodea y con nosotros mismos lo que se nos antoje; no es la licencia, no; es la libertad con que el espíritu procede con relación a su organismo, pero siempre con sujeción a las leyes de orden puramente espiritual, que, si no obran de una manera fatal o absoluta como las que rigen los movimientos de la materia, actúan como tendencias que conducen finalmente al espíritu a las regiones de la luz divina y de la felicidad.

El hombre, en su libre albedrío relativo, puede obrar mal o bien; pero será juzgado más o menos duramente por su propia conciencia, con arreglo al grado de libertad con que haya procedido.

CAPÍTULO III

Solidaridad humana. Influencia recíproca entre el mundo corporal y el espiritual

En *El Libro de los Médiuns* se encuentra un capítulo que trata de la predilección que algunos espíritus manifiestan por tal o cual paraje o casa, en la que radican su acción durante años, como se ha comprobado a menudo por la investigación espírita.

Allan Kardec transcribe sus preguntas al respecto a uno de sus guías espirituales y las contestaciones de éste.

Diré lo que, en suma, se desprende de la enseñanza dada de esa manera por el espíritu.

No puede ponerse en duda que ese hecho se produce siempre como resultado del atraso de los espíritus, ya sea voluntaria o involuntariamente; en el primer caso, para ejercer una venganza o por simple gusto; en el segundo, por haber cometido allí algún crimen, sufriendo en consecuencia el horror de la presencia constante del hecho, hasta que penetra profundamente en el alma el arrepentimiento y se busca el perdón divino.

Hay gran número de espíritus que se encuentra entre los hombres, en donde pueden continuar sus gustos y satisfacer sus deseos de adelanto intelectual, o gozarse en los vicios y pasiones que aún conservan.

La idea de que los espíritus se encuentren con preferencia en las soledades sombrías de los bosques y de las antiguas ruinas de los castillos feudales, proviene de la preocupación de las leyendas fantásticas a que esos parajes se prestan y del terror que se apodera de los que los visitan, cuya imaginación se exalta, creyendo ver en un rayo de luna, en una fosforescencia, la aparición luminosa de un espíritu, o sombras que se deslizan por doquier gimiendo, cuando lo que en realidad gime es el viento al pasar por entre el ramaje o por las rendijas de las piedras amontonadas.

Conforme con lo dicho por el elevado guía de Allan Kardec, repetiré, pues, que los espíritus que frecuentan tales lugares son misántropos y constituyen la excepción, mientras que son más los que pululan en las ciudades mezclados en todos los trabajos, acciones y distracciones humanas.

El mundo espiritual desencarnado, toma así mayor parte de la que pudiera creerse en los acontecimientos, en los descubrimientos, en las luchas y en las pasiones humanas. Esto es lo que nos enseña el estudio atento de algunos años de Espiritismo. Los espíritus acuden allí donde las afinidades fluídicas les atraen, lo que equivale a decir que los que se parecen se buscan; que cada uno de ellos, como los hombres, trata de rodearse de los que están en el mismo grado de adelanto.

Los unos se acercan a los estudiosos y con ellos también estudian, formando a menudo una dualidad en la que el esfuerzo es

mutuo y en la que un espíritu inspira al otro. Sin saber de Espiritismo, los poetas y los oradores buscan la inspiración, y a veces la sienten muy directamente y sin sospechar la verdadera causa, que atribuyen a los resortes mentales de la propia inteligencia. Otros vengativos, guardando el recuerdo de que fueron víctimas del encarnado, le contrarían en sus trabajos, le impiden el progreso o le inspiran el mal. Atraídos muchos de ellos por los vicios y pasiones degradantes, frecuentan los antros de la prostitución. Otros impulsan a sus ambiciosos protegidos que se proponen escalar las posiciones políticas sin fijarse en los medios, sacrificando el bien general de la patria, que es el único móvil noble de las aspiraciones, en pro de una satisfacción efímera y raquítica, en un mando execrado por el pueblo. A los espíritus verdaderamente elevados, debemos considerarlos, como lo indica la palabra, en las altas regiones de la inteligencia, de la moral y de la luz divina, teniendo los hilos conductores de la tan enmarañada madeja, viendo con claridad el derrotero y coadyuvando al cumplimiento de la ley ineludible del progreso, que se ejecuta a pesar de muchos y a favor de todos.

¡La idea de la solidaridad humana es una realidad! Las luchas que el hombre tiene sobre la Tierra son la continuación de su pasado y el reflejo de las que se realizan en el espacio entre los espíritus.

Si los espíritus obran sobre los encarnados, estos en su conjunto influyen al mundo espiritual. La humanidad emana constantemente fluidos. Estos fluidos, según la expresión de un adelantado espíritu, para ellos, que pueden apreciarlos, van paulatinamente purificándose a medida que el hombre avanza en su progreso, se civiliza y se moraliza. Ese conjunto, esa mezcla, tiene lugar a cierta

distancia de la superficie de la tierra; cerca de ella, las emanaciones son aún diversas, las hay buenas y malas, como tenemos aires y gases perjudiciales y benéficos, mientras que, en las capas superiores de la atmósfera, no se conoce diversidad, porque es la resultante de todos esos factores reunidos.

Estos fluidos suben de la tierra hasta los confines de la atmósfera, causan tempestades y promueven entre los espíritus de la erraticidad, guerras, odios, cuyo germen traen y que los espíritus asimilan según sus tendencias.

Nada es comparable a la violencia de los fluidos emitidos por seres vengativos o rencorosos. La discordia causada en la tierra, continúa en la región de los espíritus; allá llega como el eco o repercusión de los desórdenes del mundo moral.

No cabe duda, para los espiritistas estudiosos, que la solidaridad entre ambos mundos es un hecho.

Los espiritistas son los que se encuentran más rodeados de espíritus. Las sociedades espíritas son actualmente los centros en que la lucha espiritual tiene lugar con todo el encono que resulta de arraigadas creencias. Los malvados que se han encenegado en el mal e instintivamente están temerosos del bien, del arrepentimiento, de los sufrimientos y de los heroicos esfuerzos que tienen que hacer para recuperar todo lo perdido y colocarse en la vía luminosa del progreso moral, caen sobre los médiums, vienen a nuestros hogares y los perturban si pueden¹. Los jesuitas, los fanáticos que presienten que la buena nueva que trae el Espiritismo ha de regenerar el cristianismo y dar en tierra con todas las

¹ Estos son hechos que demuestran el Espiritismo cuando se estudia seriamente y en sociedades bien dirigidas.

instituciones diabólicas del oscurantismo romano, que ha sumido a España en el atraso y es en todas partes la rémora del libre albedrío, del pensamiento humano y de la verdad religiosa, nos asaltan por doquier, vienen a nuestras sociedades y tomando posesión suave y tranquilamente de los mejores médiums, dejan luego, como es su costumbre en las sociedades humanas, la ponzoña de su oculta e interesada maldad. Pero ¡no importa! si la lucha es necesaria, cuanto mayor sea ella, más progreso y mayor prueba de la importancia de nuestra causa, que así pone en revolución al mundo espiritual.

En medio de toda esta lucha, a veces, algunos hermanos se sienten avasallados y sufren en demasía. Es necesario que estos hermanos se den cuenta de que el mejor medio de alejar a los malos es atraer a los buenos, por medio del propio buen proceder, siguiendo con decisión el camino recto de la virtud y del bien.

Así alejarán esos hermanos la lucha de sus hogares y llevarán a las sociedades el contingente de las buenas influencias y benéficos fluidos.

Todos tenemos, en grados diversos, alguna mediumnidad; la más común es la de percibir las ideas de los desencarnados, sin siquiera sospecharlo. Esto no puede extrañarse, si se recuerda que se ha probado ya la posibilidad y el hecho de la transmisión del pensamiento entre encarnados. Algunos reciben inspiración y aún frases como las que oía Sócrates del espíritu que le ayudó en su gran misión.

Dichosos los que en su pasado (encarnaciones anteriores), no se han concitado, por sus hechos punibles, la enemistad y el odio. Dichosos porque no tendrán que luchar con las malas

inspiraciones y con las trabas que oponen los vengativos por medio de su acción invisible, pero terrible a veces. Ellos tendrán tan solo, a su alrededor, los fluidos benéficos de los amigos, y más de una vez las ideas salvadoras. Los que arrastran un pasado tenebroso son mortificados y hasta conducidos a los manicomios presionados por la obsesión de una venganza satisfecha; son los que sufren, aún en medio de las riquezas y de los placeres sensuales.

CAPÍTULO IV

Percepciones y sensaciones de los espíritus. Cuadros de ultratumba

- Influencia recíproca del mundo corporal y del espiritual!

! Esta exclamación habrá escapado de los labios de más de un lector, en signo de duda, al recorrer las páginas del anterior capítulo. Y esa duda se basará sobre todo en la imposibilidad de comprender el modo de percibir y de sentir de los espíritus, sin lo cual no se concibe tampoco su acción sobre la humanidad.

Es necesario pues, destruir esta duda, que viene, tal vez, a comprometer las ideas que en pro de la verdad haya podido engendrar lo que va de esta obra.

Algunos espiritistas piensan que el periespíritu afecta siempre la forma humana con sus órganos internos. Apoyan sus ideas en opiniones del mundo del espacio y en las materializaciones en que se siente la respiración y el latido del corazón. Se cita el caso de la materialización de Katie King por la médium Cook ante el sabio Crookes, en una de las sesiones, el Dr. Gully pudo comprobarlo así y tomar el pulso, encontrando algunas diferencias entre el estudio fisiológico de Katie y de Florence Cook en estado normal.

Por mi parte, en compañía de la mayoría de los espiritistas y apoyándome también en autorizadas opiniones de origen espiritual, pienso que la forma humana, la externa por lo menos, solo la poseen por mucho tiempo los espíritus atrasados, y, momentáneamente, la mayoría en los primeros momentos de la vida espiritual y en cada desencarnación.

Esto tiene su explicación. Obedeciendo los fluidos periespirituales al pensamiento, basta que el espíritu no se aparte del mundo material, que no pueda concebir la vida sin el cuerpo, y que, por su atraso, no vea más que a los hombres y a los que en su propio caso se encuentran, para que su periespíritu se mantenga en la forma que tuvo en el mundo corpóreo. Esto tanto más fácilmente, cuanto que, como he dicho en el capítulo primero de esta parte, el espíritu aún muy material, arrastra consigo, al desencarnar, parte de los fluidos animalizados.

Mas, cuando el espíritu progresa lo bastante, se aleja de todo sentimiento material y en verdad se espiritualiza, y el periespíritu toma la forma globular, sin que ella sea fija, puesto que obedece siempre al pensamiento.

Las materializaciones en que se fundan los que difieren de nuestra opinión, pueden muy bien ser transfiguraciones del mismo médium. Estos fenómenos han sido presenciados por Wallace y otros observadores. Las que yo he tenido el gusto de presenciar y algunas de las cuales me han permitido estrecharles las manos, eran seguramente formas tangibles, pero el médium no estaba en ellas, como se ha podido juzgar por la descripción de los hechos que se encuentran en el capítulo correspondiente.

La sensación que experimenté, al contacto de la mano, fue la de un calor tibio especial, que no es idéntico al de una persona real, y en cuanto a la resistencia, era como la que presenta una materia pastosa. Si, como lo creo, en el caso de Katie King, se trataba tan solo de una transfiguración, las diferencias notadas por el Dr. Gully se explicarían por el estado anormal y por la acción voluntaria del espíritu que operaba y podía con facilidad producir en el médium una alteración de la circulación¹.

Adoptando la idea que combatimos, el periespíritu vendría a ser un verdadero mediador *plástico*, una forma que regiría al desarrollo material orgánico. Esto nos alejaría de la aseveración unánime de los espíritus en cuanto a los sexos. Pero lo que es peor y lo que nos interesa por el momento, podría creerse que los espíritus perciben y sienten del mismo modo que cuando se encuentran en la materia, es decir, por medio de órganos especiales.

Desde luego tenemos que oponer lo siguiente: todos los espíritus aseveran que la luz o el medio que les permite la visión, no es nuestra misma luz, y nadie que sepa pensar puede pretender que, si los espíritus tuviesen la forma de un oído fluídico, percibirían por él los sonidos, porque sería admitir que el aire en sus vibraciones, siendo un gas, puede hacer vibrar a fluidos que compenentran toda la materia. Además, los espíritus se separan de la atmósfera terrestre apenas alcanzan un cierto progreso, lo que les privaría de or. ¿Se dirá que el medio puede ser otro, que puede ser el éter? Esto,

¹ No quiero decir con esto que todas las apariciones de Katie hayan sido simples transfiguraciones, puesto que algunas veces el Sr. Crookes pudo ver a la vez a la médium y a Katie; pero, si, puedo suponer por el hecho de quedar el médium en otro cuarto y no haber permitido sino en ocasiones dadas, que pudiera constatarse la presencia simultánea de ambos seres.

aun dándolo por hecho, no bastaría en manera alguna para decidirse por ese modo de percepción en el espacio. Veamos.

Lo primero que viene a mi memoria, es que los espíritus elevados o guías, traen a las sociedades de estudio a espíritus atrasados o en sufrimiento, a fin de que, por medio de nuestra palabra articulada, se les convenza del error en que viven y de la necesidad de enmienda. Se dirá, tal vez: ¿y por qué no pueden llevarles ellos mismos esas luces y esas convicciones? Por la sencilla razón, contestan los guías, de que los espíritus en ese estado no perciben las ideas *espiritualmente* por su propio atraso. «Como no han conquistado el adelanto suficiente, mal pueden repercutir en ellos nuestras ideas». En posesión de un médium parlante, los espíritus perciben del mismo modo que nosotros; oyen por el órgano auditivo del médium.

Detengámonos un momento en esto, y analicemos lo que nos dicen los guías. Que los atrasados o materializados, no poseen el adelanto suficiente que les permita comprender directamente la idea... Luego la forma no es necesaria para que se entiendan los espíritus adelantados. Ellos se transmiten el pensamiento a distancia, teniendo esto lugar, a mi juicio, de igual modo que entre los encarnados, como en los casos especiales ya explicados en el primer tomo, es decir, sin que tome parte el sentido del oído. Cuando se hallan cerca sucede igual cosa entre los espíritus, *sienten el pensamiento o las ideas sin la forma, que ya no es necesaria*. Cuando nosotros los encarnados, les dirigimos la palabra, no nos entenderían si recitásemos algo de memoria, mientras nuestro pensamiento estuviese fijo en otras ideas... Mejor dicho, estas serían las que en realidad les llegarían. De ahí que los rezos que salen

tan solo de los labios, nada significan, y ni siquiera son escuchados por los amigos del espacio.

También percibirá el encarnado *las ideas de un espíritu* que se ponga en comunicación con él, siempre que la inteligencia de aquél haya llegado a un grado algo elevado, que el organismo cerebral funcione con regularidad y los fluidos sean afines, sin que el caso exija precisamente lo que llamamos mediumnidad. Esas ideas que nos llegan confundidas con las ideas innatas propias, nosotros podemos aceptarlas o rechazarlas. Si las aceptamos, solo nos resta darles forma, si se trata de transmitir las a otros por la palabra hablada o escrita.

En apoyo de lo que vengo sosteniendo, transcribiré algunas contestaciones dadas a Allan Kardec por los espíritus que le dictaron el libro llamado tan propiamente *de los Espíritus*:

237. El alma, una vez en el mundo de los Espíritus, ¿conserva las percepciones que tenía cuando estaba encarnada?
- *Sí, y otras que no poseía, porque su cuerpo era como un velo que se las ocultaba. La inteligencia es un atributo del Espíritu, pero se manifiesta más libremente cuando este no tiene trabas.*
246. Los Espíritus, ¿necesitan luz para ver?
- *Ven por sí mismos y no necesitan la claridad exterior. Las tinieblas no existen para ellos, excepto aquellas que puedan encontrarse por expiación.*
247. Los Espíritus, ¿necesitan trasladarse para ver en dos puntos diferentes? ¿Pueden ver, por ejemplo, de manera simultánea en los dos hemisferios del globo?

— *Como el espíritu se traslada con la rapidez del pensamiento, puede decirse que ve a la vez lo que sucede en todas partes. Su pensamiento puede irradiar y fijarse al mismo tiempo en muchos puntos diferentes; pero esta facultad depende de su pureza, de modo que mientras menos puro es, más limitada tiene la vista, y solo los espíritus superiores pueden abarcar el conjunto.*

250. Siendo las percepciones atributos del propio Espíritu, ¿puede sustraerse a ellas?

— *El espíritu ve y oye lo que únicamente quiere. Esto debe entenderse en general y sobre todo de los espíritus elevados; porque los imperfectos, ven y oyen a menudo, y a pesar suyo, lo que puede ser útil a su mejoramiento.*

251. Los Espíritus, ¿son sensibles a la música?

— *¿Te refieres a vuestra música? ¿Qué es ella comparada con la música celestial, con esa armonía de la cual nada en la Tierra puede daros una idea? Aquella es a esta lo que el canto del salvaje es a la suave melodía. No obstante, los Espíritus vulgares pueden experimentar cierto placer en escuchar vuestra música, porque todavía no les es dado comprender otra más sublime. La música tiene infinitos encantos para los Espíritus, debido a que sus cualidades sensitivas se hallan muy desarrolladas. Me refiero a la música celestial, que es lo más bello y delicado que la imaginación espiritual puede concebir.*

Siendo esto así, hay quien se pregunta aún cuál puede ser la existencia tan deseada de la pureza espiritual; cuál su ocupación; cuál su felicidad. Difícil, realmente, formarnos un juicio cualquiera. Sin embargo, es necesario darnos aunque sea una pálida idea de ello.

En medio del torbellino de las ciudades, en los teatros, en los bailes, en todas las diversiones mundanas, encuentra nuestro ser dual una satisfacción que se impone para mantener la salud y la actividad material. Esas distracciones conmueven las fibras del corazón y del cerebro, contribuyendo así a vitalizar los órganos cuyo desarrollo facilita nuestro progreso espiritual. Esto no admite duda. Pero notad la escala ascendente de los gustos en su refinación. El rústico campesino no gozará en una ópera y será momentáneamente feliz en un teatro de títeres o en la ruidosa feria. El que goza oyendo la música de Offenbach malamente interpretada por adocenados cantantes, tal vez no se sienta atraído ante la música de Verdi perfectamente ejecutada en los mejores teatros; y los que al oír la música italiana, apasionada, ligera y sencilla, sienten latir con celeridad el corazón, tal vez no se emocionen oyendo una ópera de Mozart, y en general, la música clásica, que exige más delicadeza de oído y más preparación en el que escucha. No proseguiré, cada uno puede recordar la escala de las satisfacciones y los gustos en la pintura, en la escultura, en la literatura, en las diversiones, en la amistad y en el amor, dependiendo todo ello de la diferencia de elevación adquirida, o sea del momento evolutivo en que se encuentra el espíritu. Juzgad, pues, que este refinamiento de los gustos no puede detenerse, acompaña al progreso mismo del espíritu, y siendo ese progreso indefinido, espiritualmente considerado el gusto, tiene que llegar a ser de una delicadeza tal, que ni imaginar podemos.

Las satisfacciones *del alma* van en aumento a medida que se ennoblecen nuestros actos y sentimientos, como cada uno de nosotros ha debido experimentarlo. Cuando el espíritu ya algo adelantado se siente arrobado, alejado de la tierra por los propios

pensamientos, cuando en medio de esos fugaces momentos de perfecta armonía que presenta la naturaleza en los días o las noches primaverales, se sublima el pensamiento, cuando en medio de esos fugaces momentos de perfecta armonía que presenta la naturaleza en los días o las noches primaverales, se sublima el pensamiento y se sueña despierto, solo o en dulce plática con el o la compañera de nuestra existencia, o con el amigo cuyo corazón late al unísono con el nuestro y cuyo pensamiento sigue los giros que en su vuelo el nuestro alcanza, ¡Oh! ¡Qué felicidad se experimenta! ¡Qué íntima satisfacción! Solo podemos darnos una idea de su intensidad por el cambio que se siente cuando volvemos a la realidad en esta vida de *prueba*, en que la lucha trabaja a nuestro espíritu como el artista al diamante, para que se torne luminoso e irradie su esplendor en todas direcciones.

Cuanto más se eleva el espíritu, más espacio abarca su mirada, mejor comprende la grandeza divina y percibe las armonías de la Creación, que, en nuestra miopía material desconocemos, porque no sentimos su íntimo enlace ni sus fines. Cuanto más se eleva el espíritu, más poder tiene sobre los fluidos, bastándoles la voluntad para darles forma visible o hacerlos vibrar en sublimes armonías.

Según nos lo dicen los espíritus y lo comprendemos en virtud de la ley de afinidades, y de la elevación relativa que los seres van conquistando, el mundo espiritual está dividido en zonas en que se encuentran los que han llegado a un progreso dado, pero ahí tampoco es perfecta la identidad de pensamiento. De ello resulta la división en grandes familias espirituales, y siempre la acción, la actividad y la distracción que el choque simpático de esas diferencias producen, en el mundo fluídico, va en consonancia con los deseos y adelantos conquistados.

Así es como comprendemos la solidaridad. Soy de los que piensan que los espíritus no pasan a otros mundos mejores sino en épocas preestablecidas que dependen de ciclos de evolución planetaria y humana. Llegado el momento una gran parte de la población espiritual pasará a mundos correspondientes a su adelanto y merecimiento, quedando los retardatorios para seguir de nuevo otro período o ciclo de evolución.

No olvidemos que el mundo que habitamos es de *creación* de espíritus nuevos; que en él la humanidad apenas sale de la animalidad.

Si estas ideas pueden aplicarse a los espíritus elevados, ¿podríamos saber algo respecto a los atrasados y a los que están en sufrimiento? Indudablemente. Si en algo nos trae el Espiritismo una revelación, es con la presentación de los cuadros de ultratumba, mediante los cuales, observando con constancia, podemos llegar a darnos una idea muy aproximada de lo que sufren y hacen los espíritus en ese grado de su evolución o de sus penas.

Son generalmente varios los médiums de posesión en las sociedades espíritas. En *Constancia* el número varía entre ocho y diez. Estos médiums reciben a la vez diversos espíritus que son atraídos a nuestro centro por los guías espirituales, y, a veces, es tal la turbación en que se encuentran, que se manifiestan sin que ellos tengan conciencia del hecho ni encuentren diferencia alguna, pues siguen percibiendo y sintiendo del mismo modo, sin ver el cuerpo material en que actúan, sino el cuerpo astral propio. Esos espíritus forman el cuadro de ultratumba, se hallan ligados a causa de los actos de su pasado. Los unos persiguen una idea de venganza. Otros se sienten atraídos por una fuerza superior, al parecer, en razón de que juntos cometieron las faltas y juntos tienen que

purgarlas y progresar. Otros perseguidos por las visiones de sus hechos criminales que la imaginación espiritual les presenta con la mayor vivacidad. Otros en una completa oscuridad, como pena merecida. Algunos demostrando con los conceptos que vierten que aún no reconocen a Dios ni su justicia y persisten en continuar sus maldades. Y todos dándonos a conocer que mantienen las pasiones, los errores y la perversión moral que tuvieron en el mundo.

Ante todo, dejó patente para el lector no convencido, que los médiums vienen de diversas direcciones de la gran ciudad, y que, en general, no están muy de acuerdo entre ellos, combatidos como son por los espíritus que contrarían la marcha del Espiritismo y que en consecuencia, no es posible que los actos que van a tener lugar sean el resultado de un complot. Por lo demás, el observador se convence pronto de la importancia de los cuadros y de su verdad, en vista del estado lastimoso en el que quedan los médiums tras las manifestaciones de esos espíritus.

No hay cómico en el mundo capaz de representar papeles tan diversos del propio carácter como los que notamos en esos cuadros tan variados.

Los dramas que se inician en la tierra prosiguen en el espacio, y algunos solo encuentran su solución en las encarnaciones sucesivas.

Los espíritus, pues, antes de llegar a una perfección relativa en lo moral, sufren aún más que en la Tierra, si en realidad han errado su camino y siguen persistiendo en el mal, que los aleja del bien, que es la luz y la felicidad. Los simplemente atrasados o noveles, no sufren, y los ángeles guardianes los hacen encarnar en su momento.

CAPÍTULO V

Solución de la cuestión de si los animales tienen alma. Conversión de los instintos en inteligencia

Al Espiritismo se le debe la certidumbre de la inmortalidad, por la prueba irrecusable de la comunicación mediúmica. Grandioso progreso, en verdad, base adquirida para una filosofía espiritualista positiva que viene a dar en parte el triunfo a los grandes filósofos que, apoyándose tan solo en la razón pura, sostuvieron la existencia de Dios y del alma, mediante trabajos que hacen honor a la inteligencia humana.

Mas si esto es así, el Espiritismo no viene con los elevados espíritus que guían este movimiento, este paso difícil en el camino del progreso, a descubrirnos el origen del alma, que tal vez la mayoría no conoce, si bien pueden avanzar opiniones al respecto. Tampoco vienen a darnos hecha la filosofía que la comunicación con el mundo espiritual conlleva. Este adelanto, como todos los habidos y los que se conquistarán, tienen que ser el resultado del propio esfuerzo, si bien ayudados por la inspiración de los invisibles, que también buscan llegar al mismo fin que anhelamos.

En el primer tomo he buscado el origen del alma tan científicamente como me ha sido posible. Entraré ahora en otro orden de ideas, en busca de apoyo a lo ya dicho. Al efecto tengo que hablar nuevamente de los primeros principios, y no será la última vez. De esta manera se magnifica el problema, pero pudiendo abarcarlo en su conjunto, debemos emprender su resolución, porque solo así, pudiendo comparar los resultados que nos dé cada teoría o hipótesis que avancemos con las verdades ya conquistadas por las ciencias, podremos tener algo en que comprobar su acierto. Esto es justamente lo hecho en esta obra, y creo que ya va reconociéndose que la idea del evolucionismo sustancial es la más acertada, puesto que con ella todo se explica satisfactoriamente, sin contradecir los progresos reales adquiridos por las ciencias en el estudio de las cosas y los seres.

La cuestión de los primeros principios que Spencer, esa gran inteligencia, ha abordado y tratado con un talento envidiable, sin poderla resolver, legando, sin embargo, en sus obras un testimonio grandioso de lo que el hombre puede alcanzar sin poseer bases ciertas de donde arrancar sus deducciones más o menos acertadas. Esa cuestión, decía, puede ser tratada por el espiritista estudioso con probabilidad de acierto, porque dados los conocimientos avanzados que el Espiritismo proporciona, la existencia de una causa dirigente, de un alma universal, no puede ponerse en duda. La dificultad queda subsistente tan solo en cuanto a si los fluidos imponderables son el segundo elemento que complementa al primero, o si tenemos que considerar en la materia un tercer principio increado.

En el primer libro he tratado este punto, y aunque someramente, creo haber demostrado que la materia no es más que una

forma, un estado del fluido universal, lo cual es para mí, y debe serlo para todo espiritista estudioso, una verdad fundamental de nuestras doctrinas.

Si la materia existiese por sí, sus leyes, su movimiento, su vida le corresponderían; y como no podemos dudar que el alma está en el cuerpo humano y se inmortaliza, tendríamos que aceptar como posible el acuerdo entre dos potencias, entre dos dioses, la materia y la inteligencia, para producir esa misma alma.

Siendo, por el contrario, la materia una simple transformación del fluido universal, las leyes que rigen su evolución sidereal y en detalle, son el resultado de la voluntad suprema que, fácilmente se concibe, puede actuar sobre el fluido universal que le completa y le constituye en una dualidad, alma y fluido sustancial, sin el cual Dios sería una abstracción.

Así, pues, una sola causa reconoce el Espiritismo —Dios— pero en Él distingue el alma o perfección suprema y el fluido sustancial transformable y base de la creación tangible.

He demostrado también que la fuerza, que no es más, en suma, que el movimiento o la vitalidad, es tanto más intensa, durable y activa, cuanto más fluídica es la materia en que se manifiesta.

Ahora bien, el espíritu humano proviene del espíritu universal o del fluido universal; si del primero directamente viniese, sería la chispa de que habla el catolicismo, chispa desprendida del Espíritu Divino, absoluta sabiduría y perfección.

¿Cómo, entonces, la parte pudiera ser tan imperfecta en su principio? ¿Qué dice a la razón una creación semejante? ¡Dios creando de Sí mismo criaturas *tan solo perfectibles*, para aplicarles penas y

glorias inmerecidas! Dios subdividiéndose eternamente ¡Absurdo inaceptable!

Algunos espiritistas suponen la existencia de tres principios en el Universo: Dios, la sustancia o éter, y la vida o inteligencia. De esa inteligencia, que, desde luego no se fijan que sería un segundo dios, provendría el alma humana. ¿Debemos ocuparnos seriamente de esta teoría? Creo que todo el contenido de esta obra demuestra el error de semejante suposición. Solo recordaré a sus sostenedores, que, de aceptar esa idea, tendríamos que declararnos panteístas. Si de un principio por sí mismo inteligente proviene nuestra alma, a él tenemos necesariamente que volver, y entonces no se concibe la creación, ni se justifica el objeto de tantos sufrimientos que pasa el ser para volver finalmente al punto de partida.

Razonablemente, pues, tenemos que aceptar que el alma humana reconoce como origen el fluido universal, como antes *lo he demostrado científicamente*, en cuanto lo permiten los escasos conocimientos humanos.

Siendo ese el origen del espíritu, este puede perfeccionarse indefinidamente sin llegar jamás a la perfección, que es Dios.

Averiguado ya el origen del alma, y habiendo aceptado el Espiritismo el transformismo, para darnos cuenta de la elaboración que sufre el fluido inicial hasta llegar a formar el alma consciente del hombre, tenemos que estudiar la evolución de ese fluido en toda la serie animal.

Hemos dicho que la voluntad es la expresión genuina del espíritu, sin embargo, voluntad también manifiestan los animales inferiores al hombre. Ellos obran, es cierto, más instintivamente que nosotros. Sin estudio previo, construyen sus habitaciones en

tiempo oportuno para depositar sus huevos y sus crías; instintivamente buscan los elementos que les convienen y huyen de los peligros; luchan, se ocultan, acechan, guardan memoria y demuestran en muchos actos una voluntad embrionaria, aunque no sea más que en los movimientos que ejecutan en el ejercicio de su vida. Luego tenemos que concederles un alma.

Esta dificultad invencible para la filosofía de razón pura ha hecho que pocos filósofos la hayan mencionado. Descartes la eliminó, diciendo que no tenían alma, lo que es fácil de decir, pero imposible de probar, puesto que, como estamos viendo, siempre demuestran voluntad, inteligencia y sentimiento, al menos en las más nobles especies, como el perro, el elefante y el caballo.

El Espiritismo estudia esa cuestión, no en cuanto a si tienen o no alma, lo que está ya resuelto en sentido afirmativo, sino si esas almas están en desarrollo y reencarnan y pasan por las diversas especies hasta llegar al hombre salvaje, y de ahí, por grados, al civilizado, y entre estos, a los más elevados en inteligencia y moral. O bien si el alma de los animales no es más que *la esencia* del fluido vital animalizado que, careciendo aún de la individualización suficiente, vuelve al gran todo, cuando la materia se disgrega.

La opinión está muy repartida al respecto. Por mi parte, pienso que los animales tienen un alma *ocasional*, que no se puede contar sino como fluido en preparación de progreso, como así sucede con la materia misma, que en su incesante transformación, da lugar a la aparición de seres más perfectos. Así piensan los más distinguidos espiritistas y los guías de la Sociedad *Constancia*. En una discusión surgida en el seno de dicha sociedad, uno de los más elevados espíritus dijo, no que tuviesen alma reencarnable, sino «gérmenes que no podían perderse, puesto que nada se produce sin

objeto en la naturaleza». Si la reencarnación existe para los espíritus inconscientes de los llamados irracionales, ¿cuándo tendría término la suposición? ¿Los zoófitos también tendrían un alma reencarnable? ¡Y las plantas también! Nos parece que esto repugna a la razón. Sería necesario, para que tal fuese la verdad, en primer lugar, que el creador hubiese dispuesto un fluido especial, un no sé qué, para formar los primeros espíritus de las plantas, de manera que ellos fuesen ya susceptibles de progresar por sí a través de tan innumerables existencias. Realmente, parece imposible que haya espiritistas ilustrados que caigan en tamaño error¹.

Si se dijese que, tal vez, los animales más adelantados o próximos al hombre, poseen ya un espíritu que reencarna, la cosa tendría

¹ Es efectivamente un tema con opiniones encontradas entre los propios espíritas. Probablemente por lo revolucionario del asunto, en la época, Kardec no quiso ser muy explícito. En *El Libro de los Espíritus* se puede apreciar que el alma proviene del principio inteligente de los seres inferiores de la creación (preg. 607); que los animales tienen un principio independiente del cuerpo y que sobrevive a este, y que tanto la inteligencia del hombre como la del animal proviene del mismo principio, solo que en el hombre está más elaborada (pregs. 597 y 606). Y que la elaboración del principio inteligente, del que procede el alma, se da en todos los reinos de la naturaleza. *Así todo sirve, todo se encadena en la naturaleza desde el átomo primitivo hasta el arcángel, que a su vez ha empezado por el átomo. Admirable ley de armonía cuyo conjunto no puede apreciar vuestro espíritu limitado* (preg. 540).

La revelación espírita distingue claramente el principio inteligente y el espíritu, que sobreviven al cuerpo físico, del fluido vital y la materia del propio cuerpo que vuelven a la naturaleza (siendo ambos modificaciones del fluido universal y por tanto materia), lo que nos parece que ha pasado desapercibido para Senillosa como veremos más adelante. Lo que no quita valor a esta gran obra de Senillosa que abre puertas a la reflexión en una inmensa cantidad de cuestiones, y nadie que haga eso puede ser infalible. (Nota de Salvador Martín)

más probabilidades en su favor; pero tendríamos siempre en contra *la inconsciencia y, por tanto, la falta de autonomía moral.*

Luego, forzosamente tenemos que conceder que si no toda la serie vegetal y animal hasta llegar al hombre, por lo menos en su mayor parte, no posee sino la vida, alma ocasional que vuelve al gran todo, la vitalidad del planeta.

Hemos visto que tenemos que admitir un fluido vital, como condición *sine qua non* de la vida que pone en juego todos los elementos de la naturaleza, y si no podemos encontrar razonablemente un alma espiritual, consciente y responsable, en cada uno de los individuos de la escala descendente de los seres, forzoso nos es suponer que el fluido vital, debe ser el alma ocasional de los animales, bajo la influencia de leyes, como la de herencia, de los instintos y de las necesidades de cada especie.

Pero ¿qué son los instintos? ¿Son, acaso, como lo suponen algunos espiritistas y muchos materialistas, una inteligencia sedimentaria?

El acto instintivo es el que resulta de la acción involuntaria, sin previo examen, y que reviste cierto carácter imperativo para el ser que lo ejecuta. Sí, se dice; pero no es sino simple suposición la idea de que tal acto tiene lugar, puesto que nada prueba que no sea el efecto de una inteligencia en desarrollo.

Fácil nos será convencernos, sin embargo, de que, con rarísimas excepciones o destellos de reflexión, el instinto no se equivoca nunca y no exige ni aprendizaje ni imitación. El perro ratonero, sabe buscar, y, guiado por su delicado olfato, no se equivoca; mas si enseñó al perro a que busque a mi niña escondida al efecto, lo haría, y faltando a la razón, irá siempre olfateando en los parajes

más pequeños donde el volumen del escondite no le permitiría la entrada, como en realidad lo hizo mi perro, buscándola hasta dentro de mi sombrero.

Por instinto irresistible, hereditario, son enemigos irreconciliables la venenosa y pequeña serpiente amarilla de las Guayanas y un pájaro, cuyo nombre no recuerdo. La picadura del reptil produce la muerte en menos de tres minutos. El pájaro lucha con sus garras y su pico, pero más de una vez es mordido. Entonces se dirige rápidamente a un arbusto, come de su corteza y vuelve al combate, saliendo casi siempre victorioso. Así conoció el pueblo el medio infalible de salvarse de la muerte, comiendo, como enseñó el pájaro de aquel eficaz antídoto. Los perros y gatos, como es sabido, se purgan comiendo ciertas gramíneas.

La inteligencia cae a menudo en el error y tiene diversos grados en cada individuo humano; la razón del uno no es siempre la razón del otro, porque ello depende del progreso alcanzado por el espíritu, que obra en consecuencia, con más o menos acierto, más o menos libremente.

Decía Voltaire: «Dios dirige los instintos, y el hombre la razón».

El instinto es infalible, deriva de la herencia y pasa intacto a través de millones de generaciones y el progreso, si existe, es el resultado de la selección natural y sexual, como se nota bien distintamente, en el perfeccionamiento de las razas domésticas bajo la acción del hombre.

Notemos de paso cuán grande es en estos casos la importancia de la materia, de su constitución y de su forma, a favor del predominio de tal o cual instinto o su refinamiento.

En el hombre se encuentran aún algunos instintos que le son absolutamente necesarios, sobre todo en la infancia. En los animales se encuentran principios de inteligencia rudimentaria, es decir, de memoria, de razonamiento directo. La reflexión y el juicio que hacemos de las cosas, son facultades exclusivas del hombre.

Los instintos son indudablemente más desarrollados en los vertebrados que en los invertebrados. Esto consiste en que la médula y el cerebro son los centros del sistema nervioso, por el cual se transmiten sensaciones y la acción, ya instintiva, ya voluntaria de los animales; y en los invertebrados, dicho sistema es tan rudimentario como poco desarrollado el cerebro. Por idénticas causas, Cuvier coloca en la parte inferior de la escala de los mamíferos, a los roedores, viniendo luego por su orden los rumiantes, los paquidermos, y entre estos, como los más adelantados, el caballo y el elefante; y subiendo siempre en desarrollo instintivo, presenta a los carnívoros, entre los cuales resalta el perro, que posee ya una inteligencia y sentimientos que solo son tal vez sobrepasados por los cuadrumanos.

Esta escala nos demuestra que a medida que se perfecciona el cerebro, los instintos son, si no más certeros, más refinados; diré así, hasta llegar a los animales superiores, a los cuales es imposible negarles cierto grado de inteligencia.

Lo más sujeto a razón, pues, dados los conocimientos que tenemos en Espiritismo, es que no pudiendo encontrar el origen del alma sino en el fluido vital, este tiene que llegar a un cierto grado de espiritualización que le permita formar el núcleo elemental del espíritu del hombre, ya independizado y consciente.

Y esta evolución del fluido vital, tendría lugar, según lo que hemos estudiado, mediante el trabajo secular operado en la naturaleza, siendo el supremo fin de la vida de las especies y del perfeccionamiento de cada una de ellas, la creación definitiva de espíritus, capaces de progreso propio, que lleguen a reconocer a Dios y gozar de la felicidad que les reserva y de que apenas dan una pálida idea las revelaciones de los más elevados espíritus que comunican con la humanidad.

Seguiremos dilucidando este punto, que nos ha de conducir necesariamente al verdadero transformismo.

Todos los animales, sin excepción del hombre, tienen en sí lo que puede llamarse la vida vegetativa o esencial, cuyos movimientos automáticos obedecen a leyes que le son propias. Tales movimientos tienen por objeto la asimilación de materias, superando primero y compensando después las pérdidas que sufre el organismo, en el juego mismo de las funciones vitales que le sostienen apto a los fines de la especie.

Todos los seres están compuestos de las mismas sustancias y sometidos en su organismo a un plan uniforme en sus bases, y por tanto, sujetos a idénticas enfermedades y al mismo modo de reproducción, con la intervención bien comprobada de la vida infusoria del espermatozoide.

El cerebro animal está formado de los mismos elementos que el del hombre, iguales subdivisiones externas e internas, con la sola diferencia del volumen real, del relativo al resto del organismo, del reparto interno y al número de circunvoluciones.

Del cerebro le nacen al animal instintivamente sus impulsos, bajo la acción hereditaria y del principio vital, alma ocasional de

todo organismo, *cuya imperfección no permite la autonomía que exige un grado mayor de adelanto material y espiritual.*

Así vemos que, cuanto más perfecto el cerebro, más nobles son las especies, y hasta podemos reconocerles la memoria, la facultad de aprender y ciertos sentimientos.

Si algunas de ellas poseyeran la palabra que les daría la facultad de recibir la instrucción, no es dudoso que manifestaran tanta inteligencia como el hombre en su estado salvaje, y aún más que algunos seres de la actualidad.

Examinando los cráneos de tales especies y comparándolos con los de las especies atrasadas, vemos que se alejan ya de su división interna, división que tiende a complicarse, aproximándose así al cerebro del hombre.

Estos hechos parecen probar, a primera vista, que el cerebro es el laboratorio de la idea, como lo suponen los materialistas. Pero mayores conocimientos nos habilitan para decir, con más verdad, que si el cerebro es el órgano en que se graban los instintos y la inteligencia hereditaria de los animales, y aun, en gran parte, en el hombre primitivo; si es, en fin, el crisol donde se animaliza y espiritualiza el fluido vital en cuyo seno debemos buscar el origen del alma, llega para ésta la individualización en el momento que alcanza conciencia de sí misma y la apreciación embrionaria del bien y del mal, o sea el discernimiento.

Desde ese momento el espíritu es una fuerza y debe progresar por sí, adquiriendo paulatinamente mayor libre albedrío, mayor dominio sobre la materia y sus instintos bestiales, que son la causa de las bajas pasiones, hasta que domina por completo, reduciendo al cerebro al rol de un instrumento pasivo sujeto a su voluntad,

pero necesario en la vida material para adquirir el conocimiento del mundo externo, manifestarse y progresar.

El principio vital o fluido vital del planeta en combinación con la materia orgánica, es la vida, bajo la voluntad de Dios. Por el hecho queda individualizado mientras existe el animal, pero siendo ocasional su alma, carece de autonomía propia, y obra, en consecuencia, como simple actividad, que favorece la manifestación de los instintos transmitidos por la ley de herencia, del desarrollo de los órganos que se usan por las necesidades creadas a cada especie y el transformismo que resulta por las leyes de selección. Así queda asegurado el porvenir y los fines con que fueron creadas las especies en su especialidad material, y en general, para el progreso mismo del principio vital, que, alguna vez, después de millares de siglos de la operación de la vida en el planeta, será el alma autónoma, libre y responsable del hombre.

Explicado así el desarrollo cerebral, se comprenderá con más facilidad lo dicho anteriormente: que el alma no tenga al nacer el ser humano actual más que instintos, y que desarrolle sus facultades tan lentamente como sea necesario al cerebro que, por su acción eficiente, resulta ser su propia obra, con arreglo al adelanto adquirido.

La facultad de cada individuo, de una especie animal para formar su cueva o su nido, el valor que despliega, la astucia, la previsión, el amor sexual y el apego a los hijos, mientras existe la necesidad de alimentarlos, son solamente movimientos instintivos, porque para nada ha intervenido la razón, la reflexión ni la libre voluntad, por medio de cuyas facultades se pueda variar de sistema o no seguir ninguno, como en su libre albedrío puede hacerlo el hombre cuando llega a su mayor grado de adelanto espiritual.

El hombre prehistórico aparece, como las demás especies, sujeto a las mismas necesidades y procediendo instintivamente, con el solo privilegio de la palabra, un cerebro mejor formado y el admirable instrumento de la mano y del pie primitivo, que, a juzgar por el actual, tenía dedos más largos y le permitían trepar a lo más alto de los árboles para salvarse de sus enemigos. Su vida instintiva, ha debido durar muchos cientos de años, a juzgar por los restos que ha dejado en toda la edad terciaria y de su única arma de guerra y de trabajo, la piedra afilada. Pero la posibilidad de entenderse por la palabra y las ventajas derivadas de su organismo, le facilitaron el progreso, de lo cual resulta, según la demostración anterior, que los instintos hayan ido modificándose y convirtiéndose en facultades sujetas a la razón y la voluntad.

Es ese el momento psicológico de la individualización del alma en la forma que ya he indicado, y el principio de su progreso individual, mediante las reencarnaciones sucesivas.

Tal es la obra lenta pero maravillosa de la creación: de un fluido imponderable, formar seres perfectibles al infinito, capaces de comprender a Dios, de conquistar un noble puesto en las armonías de la creación, de gozar la suprema felicidad en Dios y para Dios.

He ahí la evolución del espíritu y las razones por las cuales el Espiritismo pudiera haberse llamado espiritualismo positivo.

CAPÍTULO VI

El verdadero transformismo. Evolución del espíritu

Hemos encontrado el fluido vital, y en él, el origen del alma humana, mediante una preparación secular, producida por su evolución en los innumerables seres del pasado.

Vamos ahora a ocuparnos de la transformación que se va operando en el cráneo del hombre desde los más remotos tiempos, tratando así de darnos cuenta de su paulatino ennoblecimiento. Cumpliré de este modo lo prometido en cuanto a la complementación de los estudios antropológicos, y proseguiré los referentes a la evolución del espíritu.

Estúdiense cada uno, y encontrará que, antes de tomar una resolución buena o mala, noble o indigna, caritativa o criminal, experimentará una lucha más o menos larga o cruenta.

Esa lucha demuestra que en el cerebro y en el espíritu existen tendencias más o menos fuertes en diversos sentidos, y que el libre albedrío, como ya se ha dicho, depende del adelanto alcanzado, o sea el dominio adquirido por la razón, por la fuerza progresiva del espíritu sobre los instintos. Esa lucha nos demuestra que el ser humano está dotado de todas las facultades buenas y malas, y que

tiene un juicio para apreciarlas, usando las que prefiere o tienen en él una preponderancia adquirida en el pasado por el propio trabajo.

Así, pues, si existiesen en realidad órganos determinados para la prosecución de cada facultad y de cada pasión, no se podría fallar teniendo tan solo en cuenta el desarrollo excesivo de uno solo de esos órganos, sino del conjunto del cerebro, donde pueden actuar otros órganos capaces de mantener el equilibrio intelectual y moral.

Estas o parecidas reflexiones han de haber pesado en la mente de Harembert, cuando se decidió a dedicar su fortuna y su tiempo al estudio de los cráneos de personas cuya existencia y antecedentes fuesen conocidos. Cuando le vi en París, llevaba ya veinte años de trabajos y daba al público el resultado de ellos.

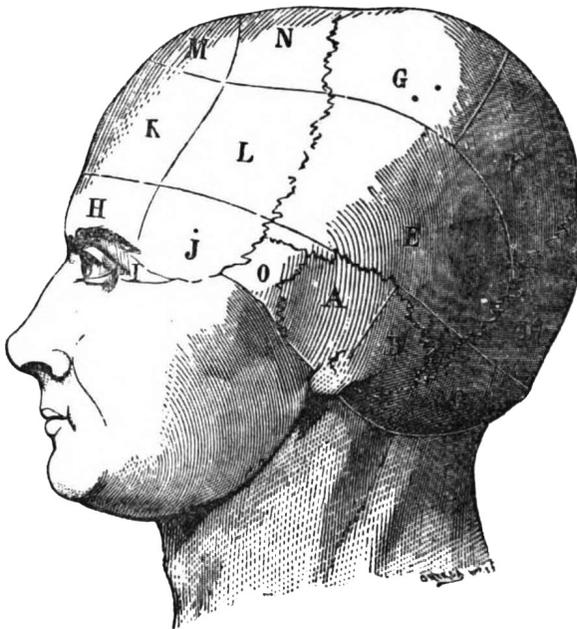
Asistí a sus conferencias, leí sus obras, y desde entonces (1870), si bien no puedo decir, como el autor de la *Cefalometría*, que esos 20 años han sido dedicados a su estudio, puedo, sí, decir verdaderamente, que no he perdido ninguna oportunidad de las que se me han presentado, sin buscarlas, para hacer aplicaciones y cerciorarme del grado de acierto que esos conocimientos proporcionan para fallar, por el examen externo de la cabeza, en cuanto a las pasiones dominantes en cada persona, sus aptitudes e inteligencia.

El resultado de esas observaciones, de las cuales relato algunas en el apéndice, es favorable a la cefalometría, si bien esta no puede llegar a ser una ciencia exacta, como no lo será ningún conocimiento que tienda a buscar en la forma externa de la cabeza, de la faz y del resto del organismo, el valor intelectual y moral de las personas, porque existen factores internos que no pueden apreciarse, y, sobre todo, porque el hombre, como se sabe ya, es espíritu y

materia. Si en general, los conocimientos de la cefalometría aciertan en su aplicación, debido es a que, también en general, la materia es modelada por el espíritu con arreglo a sus tendencias y grado de adelanto.

Harembert no ha hecho escuela por las razones que se dan en el apéndice, lo que nada dice a nuestro criterio a favor ni en contra de los sistemas. Basta tener un mediano conocimiento del pasado para asegurarse de que más de un innovador afortunado para encontrar un progreso, para conquistar una verdad, ha caído en el olvido, tomando luego la cosa el nombre del que supo formar escuela; y lo contrario también ha sucedido muchas veces: las escuelas más autorizadas en medicina y en ciencias naturales, han desaparecido al fin ante la verdad de otras surgidas después.

He aquí ante nuestra vista una lámina que da una idea del sistema de organografía de la cefalometría, de Harembert.



CONCORDANCIA DEL ESPIRITISMO CON LA CIENCIA

Facultades primitivas que, como los primeros colores, obrando en conjunto y en proporciones diferentes, producen las innumerables medias tintas.

Guiados por la razón, todos los instintos de los hombres son virtudes, sin esta guía natural se vician y se convierten en fuente de peligrosas pasiones.

INSTINTOS

Bajo los temporales o hueso del instinto del amor de la vida.

- A. *Alimentividad*: alimentarse.
- B. *Defensividad*: defenderse y atacar.

Bajo el occipital o hueso del instinto del amor de los otros.

- C. *Amor*: generación.
- D. *Simpatía*: vinculación a las personas.

Bajo los parietales, o hueso del instinto del amor de sí mismo.

- E. *Circunspección*: temor que impele a la prudencia, a huir o a ocultarse.
- F. *Fiereza o altivez*: emulación, ambición.
- G. *Perseverancia*: fuerza de carácter.

RAZÓN

Bajo el frontal o hueso de la razón.

1. INTELIGENCIA

H. *Configuración*: sentido y memoria de las formas, base de la observación.

I. *Memoria de los sonidos*: palabras y ruidos.

J. *Armonía*: facultad de asociar, para completarlas, las ideas, los productos de todas las sensaciones. (El oído, el tacto, la vista, el olfato y el gusto tienen sus órganos bajo el esfenoide O, o hueso de las sensaciones).

2. ESPÍRITU

K. Penetración: comparación.

L. Imaginación: suposición, ficción, indagación de las causas.

M. Equidad: sentido de lo justo y de lo injusto.

N. Respeto: amor de lo bello, de lo verdadero, de lo justo.

La Moral está toda entera en la dirección de los instintos, que son: amor de la vida, de sí mismo, a los demás, por la Razón que es el conocimiento y el amor de lo bello, de lo justo.

La armonía de estos seis amores es, para el hombre, la perfección, la dicha.

Hagamos un ligero examen. En la base del cráneo encontramos los instintos de conservación y de la propagación de la especie. Son los órganos más cercanos a la médula espinal, es decir, los que han de haber aparecido primero, los que se observan en los cráneos de las especies desde las más atrasadas hasta las más adelantadas. El desarrollo paulatino, ha debido operarse de la parte posterior hacia la parte frontal.

Ahora bien, lo último que aparece en la parte frontal como perfeccionamiento correspondiente a las razas más adelantadas de la especie humana, es además de su forma y volumen, su parte culminante, donde, según la cefalometría, residen las facultades más nobles. Lo que equivale a decir, para nosotros, que ese desarrollo cerebral y la altura que le acompaña en el total del cráneo, acusan la presencia de órganos que solo pueden estar al servicio de espíritus de inteligencia desarrollada y capaces de propósitos y actos nobles.

Los conocimientos antropológicos dan por resultado, confesado por los antropólogos, que el desarrollo frontal es un signo de superioridad y de ennoblecimiento del espíritu, y la preponderancia de la parte posterior de la cabeza, de inferioridad y bajeza.

Las observaciones de Lombroso establecen también que una frente aplastada hacia atrás acusa poca retención moral o escaso respeto por las costumbres y por los demás hombres.

Como lo habrá notado todo aquel que se haya dado cuenta de lo que gráficamente explica la figura anterior, en la cefalometría, no se trata ya de fijar caprichosamente un órgano para cada facultad o instinto, obrando aisladamente, sino, como lo demuestra la realidad, bajo una acción conjunta. La división principal en facultades e instintos responde a la natural del cráneo; las subdivisiones a las correspondientes circunvoluciones; y si dentro de ellas se establecen algunas localizaciones, responden a la observación y son las bases fundamentales del juego completo de las facultades intelectuales, morales e instintivas.

Pero todos estos dones y tendencias se modifican, se entrelazan, y dan en definitiva el yo en su mayor o menos valía.

Las sensaciones y los instintos son los mismos en todos los animales dotados de un cerebro. Las diferencias consisten tan solo en la intensidad relativa. Tienen también los órganos esenciales de la inteligencia; pero únicamente el hombre posee las circunvoluciones que responden a la facultad de comparar, de juzgar, de aceptar o rechazar los productos de la inteligencia y de los instintos.

El hombre tiene en perfecto desarrollo bajo el frontal en la parte media superior del lóbulo anterior, sobre los órganos de la inteligencia, los de las facultades del espíritu, que son la penetración, la

imaginación, la equidad y el respeto.

Los animales demuestran en sus actos que tienen una voluntad embrionaria, casi siempre sujeta a la fuerza del instinto, de cuya acción resulta la mayor o menor tenacidad que demuestran en la realización de sus instintos de *conservación, de reproducción y de asimilación*¹.

Esa *energía* potencial, que en el hombre se convierte en *perseverancia*, tiene su asiento, según las innumerables observaciones a que ha dado lugar la Frenología y la Cefalometría, en la parte culminante del cerebro.

Esta verdad cefalométrica le valió a Harembert, siendo decidido espiritualista, un duro reproche de parte de otros espiritualistas demasiado exagerados o escrupulosos, que no se conforman sino con la idea de que el espíritu humano es único y creado ex profeso, sin ninguna analogía con los animales, que, según ellos, carecen de alma.

Ya he dicho que para el Espiritismo, que acepta toda verdad probada, por contraria que parezca a su verdad igualmente probada de la supervivencia del alma humana, los animales tienen alma. Mas, en atención a los conocimientos de que se ha dado idea en los capítulos anteriores, y a la declaración de espíritus como los guías de *Constancia*, puede decirse que no son espíritus reencarnables o conscientes, sino *gérmenes que no se pierden*, y que así como las innumerables partículas de la materia, en su estado llamado orgánico, ha formado parte de innumerables animales antes de formar al hombre, así los gérmenes espirituales (fluido vital

¹ Estos instintos los llama Harembert «del amor de la vida, el amor de los otros, y el amor de sí mismo».

espiritualizado) que animaron a esos seres, son en el hombre el alma propiamente dicha, libre y responsable, autónoma y progresiva.

El hombre no se diferencia del animal por tener solo él, una voluntad, sino por el hecho de que esa voluntad es el fruto de los dones del espíritu necesarios a su libre albedrío, es decir, de la razón, de la comparación, del juicio, en suma de la conciencia de que carece el bruto.

Puede también, como he dicho en el tomo primero, que la sustancia gris sea la materia en que directamente operó primero la voluntad resultante de aquellas facultades del espíritu, pasando luego al órgano encargado de fijarla en tal o cual sentido, como en el órgano de la memoria se fijan las ideas y las causas que motivaron el acto voluntario; quedando así libre el espíritu para seguir su trabajo de examen y de voliciones en su no interrumpida acción.

De ahí que, mientras el hombre ejecuta con perseverancia los actos que ha resuelto el espíritu, previo estudio del pro y del contra, del bien y del mal que puede de ellos originarse, puede reflexionar y preparar otros.

En el animal, por el contrario, como fácilmente lo concebirá un espíritu observador, si alguna parte toman sus embrionarias facultades intelectuales, pronto resuelve e instintivamente ejecuta de una manera atropellada, del todo bestial, sin que le sea posible, mientras tanto, combinar otra volición.

Así, pues, el libre albedrío del hombre consiste en el grado de dominio que haya adquirido por su propio trabajo sobre los instintos, hasta que consiga convertirlos en pasiones nobles, como se comprenderá en la prosecución de estos estudios.

Los instintos tal cual obran por sí en los animales, son:

Amor de la vida o instinto de conservación	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Alimentividad ➤ Defensividad
Amor a los otros o instinto de reproducción	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Generación ➤ Simpatía o afección
Amor de sí mismo o instinto de asimilación	<ul style="list-style-type: none"> ➤ Perseverancia o energía potencial para la satisfacción de los primeros instintos ➤ Circunspección o cuidadoso tenor instintivo para el mejor logro del resultado ➤ Fiereza, que constituye el valor en la defensa o el ataque en la prosecución de los impulsos de la conservación o de la reproducción

La inteligencia se descompone así:

Configuración	➤ Memoria de las formas
Memoria	➤ De los sonidos, el canto y la palabra
Armonía	➤ Facultad de asociar los productos de la inteligencia

Las facultades más nobles faltan en muchas especies y en otras solo existen en estado rudimentario. De lo que resulta que los primeros presentan los lóbulos ópticos descubiertos y que Owen designa con el nombre de liencéfalos; los que tienen el cerebro liso pero con los lóbulos ópticos cubiertos son los lisencéfalos; los que tienen las circunvoluciones poco abundantes o desarrolladas son los girencéfalos.

Para apreciar exteriormente las sensaciones, no tenemos más que la parte visible del esfenóide.

Actualmente también se poseen conocimientos que resultan de las disecciones cerebrales en los hospitales y de la vivisección. Por ejemplo, el órgano cerebral de la palabra está localizado en el ángulo que termina hacia atrás la tercera circunvolución frontal izquierda, que es curva en el hombre y rectilínea en la mayoría de los animales.

Los instintos innatos, que resultan de la transmisión hereditaria y que son dotes concedidos por el Creador de una manera inexplicable para el hombre, completan las especies animales. Tales son, por ejemplo, el de purgarse con ciertas hierbas, el formar el nido o la cueva en el momento oportuno, y otros que las preparan para el fin que deben desempeñar en la armonía de la creación, armonía que comprenderemos cuando estudiemos la existencia del bien y del mal.

En el hombre existen los mismos órganos que responden a los instintos animales; pero con un desarrollo mayor de las facultades de la inteligencia, y, sobre todo, los de *la penetración, la comparación y la imaginación*, apareciendo en él el respeto o amor de lo bello, de lo verdadero y de lo justo, la equidad o conciencia y benevolencia, de cuyo conjunto resulta la razón.

De la combinación de los siete instintos e igual número de facultades en que la cefalometría ha dividido el cerebro, nacen todas las aptitudes, los grados de inteligencia, de moral, de pasiones y de virtudes del hombre. No son necesarias otras bases, ni caben más en el cerebro, dadas sus divisiones y las naturales circunvoluciones.

Bajo la acción de las facultades de comparar, de explicar, de juzgar y de respetar o rechazar los productos de la inteligencia,

combinados con los instintos, modifica éstos, ennobleciéndolos, hasta convertirlos en virtudes.

La penetración es la facultad de comparar, ligada a *la imaginación* y a *la armonía*, hace nacer la causalidad, demuestra las relaciones entre las causas y los efectos, crea la inducción y las ciencias. Y con *la equidad*, *la simpatía* y *el respeto* obtiene el hombre su mérito social, y es más o menos benévolo y religioso. Es ingenioso y práctico con *la configuración* y *la armonía*, y elocuente con *la memoria de las palabras*. Pero cuando esta es más fuerte que *la penetración* y falta la instrucción, puede dar lugar a una vana charlatanería.

Sin la equidad, que, obrando con *la simpatía*, crea la bondad, la benevolencia, el hombre inteligente es cáustico y celoso, porque entonces, la dignidad (*fiereza en el instinto animal*) degenera en orgullo. Sin *la circunspección* será superficial y poco medido en sus actos. Con mucha *circunspección*, rara vez es estrepitoso. La risa del sabio se ve y no se oye.

El equilibrio desaparece a veces, los instintos demasiados potentes o una mala educación, hacen del espíritu un esclavo y no se escucha ya la voz debilitada de la conciencia.

La imaginación es la facultad de crear suposiciones, ficciones, imágenes, para llegar al conocimiento de la causa, de las diferencias y de las analogías reconocidas por *la comparación*. Se le debe, por sus combinaciones con las otras facultades, la esperanza, la poesía, y el entusiasmo.

La equidad es el sentido de lo justo y de lo injusto, la conciencia. Se le debe, como lo explicaré más adelante, la sensibilidad, la benevolencia, la abnegación, la caridad.

El órgano de la equidad, que, tal cual lo concibe Harembert y yo lo acepto, es la facultad de darse cuenta del bien y del mal, de medir la importancia que en tal o cual sentido pueden tener

nuestros actos, y nos convierte, por consiguiente, en seres responsables, no existe en los animales.

«La inteligencia de estos, decía con razón Cuvier, no se considera ella misma, no se ve, no se conoce. Los animales no tienen la reflexión, esa facultad suprema del espíritu del hombre para replegarse sobre sí mismo».

El **respeto**, dice Harembert, es el coronamiento del espíritu, el amor y la admiración de lo bello, de lo verdadero, de lo justo, que *la penetración, la imaginación y la equidad*, armonizadas con la inteligencia nos hacen conocer.

Sin embargo, tan nobles facultades en el espíritu del hombre suelen no estar equilibradas entre sí, y en tal caso, degeneran en excesos.

Con sobrada imaginación y respeto se cae a veces en la superstición, el misticismo o el fanatismo, que se pone fuera de la razón, desconociendo la misma equidad y conveniencias.

Del conocimiento de lo bello, de lo verdadero, de lo justo, del mundo moral, debe nacer la acción poderosa y armónica de todas las facultades del espíritu unidas a una inteligencia completa.

Bajo la influencia de la razón, la circunspección es la prudencia, una virtuosa timidez, una juiciosa indecisión. Sin esa guía, se pre-dispone a la astucia, a la mentira, al robo.

La perseverancia es la constancia, la fuerza de carácter u obstinación, contumacia y despotismo, cuando ella se combina con la fuerza igualmente viciada.

La fiereza es la dignidad, el honor, el amor propio, una noble ambición, o el orgullo, la envidia, la soberbia, la fatuidad, una coquetería exagerada.

La simpatía es la amistad, la sociabilidad; o la disposición a dejarse influenciar de las malas compañías, o adquirir malas costumbres y manías.

El amor (generación) es el pudor, la castidad, el matrimonio; o el libertinaje, el cinismo.

La alimentividad, instinto de beber y de comer para vivir, es la templanza, la frugalidad indispensable a la salud; o la glotonería, la embriaguez.

La defensividad, es el coraje, la susceptibilidad, o la brutalidad, la crueldad. No agrego el crimen, porque el asesinato es a veces la venganza del cobarde, o el resultado de la instigación de otras pasiones.

Las faltas o depresiones de los instintos dan lugar a inconvenientes en el desarrollo fructífero de cada vida humana. Daré algunos ejemplos.

Sin la circunspección: aturdimiento, indiscreción. Una larga experiencia puede dar una circunspección ficticia, que falta a menudo cuando obra otro órgano predominante.

Sin fiereza: humildad, modestia, abnegación. Cuando la fiereza falta con la equidad y el respeto: bajeza, envilecimiento.

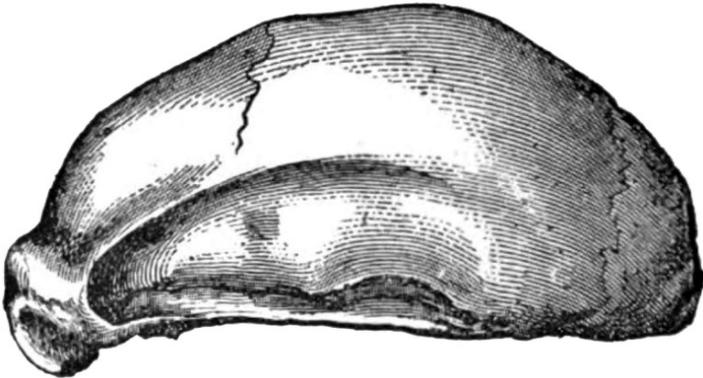
Sin simpatía: aislamiento, egoísmo, algunas veces avaricia cuando el órgano de la simpatía, faltando con el de la equidad, es reemplazado con la circunspección; pues la amistad, la vanidad y la coquetería pueden preservar de esta enfermedad moral.

Sin defensividad, por la razón y la fiereza, (firmeza), a menudo se ha inspirado un valor bien meritorio. Si todas estas facultades faltan al mismo tiempo, pereza y cobardía que no deben confundirse con la holgazanería, a menudo debida a un exceso de previsión y de imaginación.

El hombre prehistórico, tenía un desarrollo físico mayor que en la actualidad, tal vez más largos los brazos y más determinados los dedos de los pies, dependiendo necesariamente todo ello de los trabajos demasiado toscos que ejecutaba y de la necesidad de trepar por los árboles para huir de las fieras o buscar un abrigo en el espeso follaje de las selvas primitivas. Pero lo que nos interesa es el estudio de su cerebro típico, porque, como se ha visto, es ese el órgano que representa el grado de adelanto espiritual alcanzado.

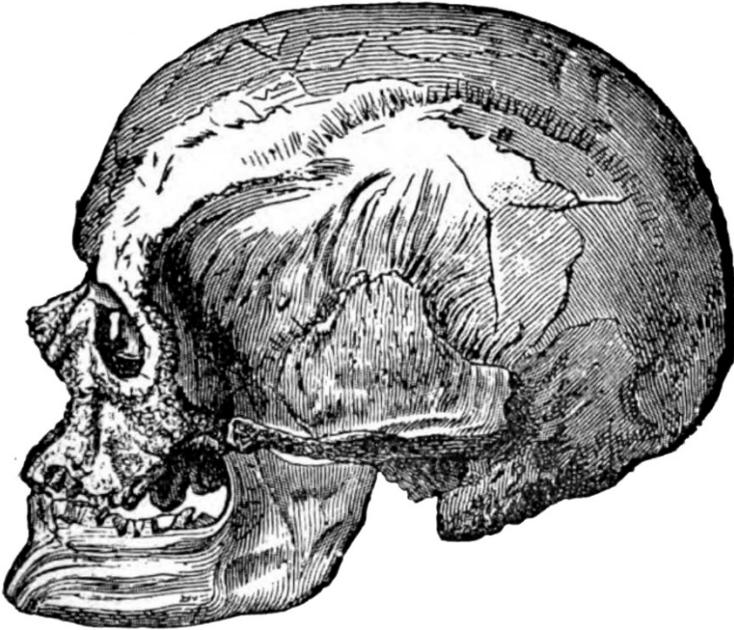
Uno de los cráneos más antiguos que se conocen es el del Neandertal.

La paleontología humana comienza apenas en la época post-pliocena o del mamut. Mr. De Quatrefages y Hamy, examinando los cráneos de Eguisheim, de Brux, de Constadt, de Denise y de Neandertal, como asimismo los de origen femenino de Clichy y de Straengenaes, les han encontrado algunos caracteres comunes. La dolicocefalia, la poca elevación de la bóveda, la gran inclinación de la frente y un desarrollo de los arcos sobre orbitales. Entre esos cráneos, que son de los más antiguos, el que más llama la atención es el del Neandertal.



Vista lateral del molde lateral de una porción del cráneo humano encontrado en la Caverna de Neandertal

He aquí otro cráneo célebre y que pertenece a una época menos lejana.



Cráneo del viejo de Cro-Magnon Les Eyzies

El de Neandertal, que es tal vez de la época del mamut, es de una gran tenacidad como corresponde a la edad primitiva. Los órganos que denotan la pasión sexual están aún más desarrollados, como los instintos de conservación o amor a la vida. La inteligencia es escasa y la depresión de la parte moral acusa el estado de barbarie en que debía hallarse, no siendo otro su destino, por el momento, que la lucha por la existencia, primer incentivo del progreso.

El de Cro-Magnon, contemporáneo del rengífero fósil, es ya una cabeza mucho menos imperfecta y probablemente perteneciente a una de las razas más adelantadas de su tiempo. Exteriormente podría confundirse con los de la actualidad; mas

estudiado con detenimiento, le encontramos un espesor mucho mayor de los huesos, sobre todo en las partes más nobles, con el detrimento correspondiente del cerebro. Lo que prepondera en ese cráneo son los instintos del amor a la vida y del amor generación.

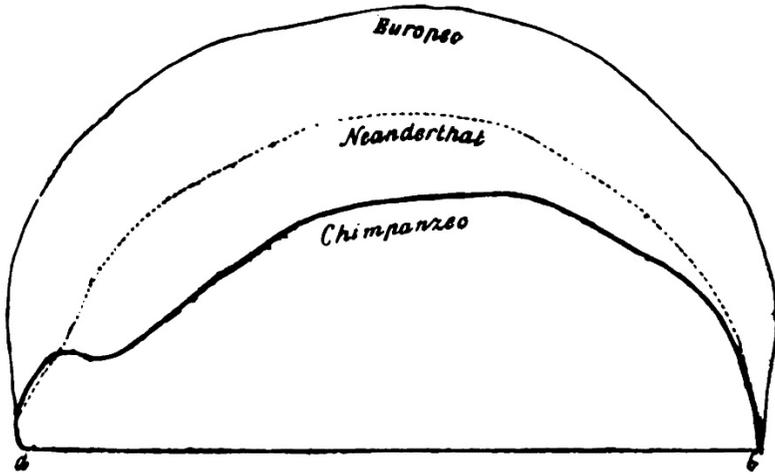
El primer cráneo, por su forma, podría confundirse con el de un antropoide, si no se hubiese calculado su capacidad por lo menos en 1200 gramos. Es, pues, indudablemente un fósil humano, constituyendo una prueba en contra de la fábula de Adán y Eva, o de los ángeles caídos.

El progreso se ha efectuado, puesto que podemos decir con certeza que ningún ser humano podría encontrarse en la actualidad con formas craneanas tan bestiales.



Cráneo de los aluviones de Austria

(Museo de la Historia natural, sala de Cuvier, según el dibujo de Boitard)



Perfil del cráneo de un chimpancé adulto, del de Neandertal y del de un europeo traídos al mismo diámetro absoluto para hacer resaltar sus diferencias relativas de elevación. La región de las cejas del cráneo de Neandertal parece menos prominente que en la fig. 9 porque los contornos se suponen tomados sobre la línea media, en que la prominencia de las órbitas de ese cráneo es menos prominente.

Pero, ¿cómo se opera ese progreso? Si no se acepta la existencia de un fluido vital que compenetrando todo en el planeta forme el alma ocasional o accidental de los seres, cuya existencia hasta los materialistas tienen que reconocer, no se podría explicar la acción que determina que todo órgano que se pone en uso se desarrolle, atrofiándose aquellos cuya necesidad ha desaparecido. El fluido vital, por las necesidades que el ser experimenta, se repliega con energía sobre el órgano material o resorte adecuado a la satisfacción requerida, atrayendo hacia él, como vulgarmente se dice, toda la vitalidad.

De ahí que forzando mucho en la niñez las tareas del cerebro, se determina su desarrollo, con detrimento del resto del organismo; de ahí también la costumbre salvadora en los colegios del

presente, de acompañar los trabajos del espíritu con los ejercicios corporales, para restablecer o mantener el equilibrio.

He demostrado ya que en los cráneos animales existen, *aunque en pequeño* desarrollo, los órganos de la inteligencia, y en *germen* los de la razón. El hombre primitivo ha debido estar en iguales condiciones o poco mejores.

Pero ¿cómo, se dirá, pueden desarrollarse la inteligencia y las facultades morales, si no se ejercen, si solo se trata de llenar las necesidades animales? Es lo que vamos a ver enseguida.

La lucha por la existencia desarrolla la inteligencia de los animales, por las exigencias de la defensa o el ataque, para evitar los peligros, cazar la presa necesaria al sustento o buscar los alimentos vegetales. Igual cosa sucede necesariamente al hombre primitivo, pero como no ha sido dotado de armas ni de abrigo natural, tiene que seguir el instinto de asociación, lo cual desarrolla afecciones más durables y le fuerza a recurrir al arte para labrarse útiles de trabajo y vestidos de cueros, lo que contribuye al desenvolvimiento de sus órganos intelectuales, ya en sí más potentes o perfectos que los de las especies inferiores. A medida que progresa y trasmite ese progreso por herencia, nuevas necesidades y gustos aparecen, el lenguaje se hace más inteligible y las generaciones que vienen, empiezan a recibir el lote de artes y de conocimientos acumulado por las generaciones que pasan.

Así va perfeccionándose el instrumento maravilloso del cerebro, paralelamente con la espiritualización del fluido vital. Este es la energía, la acción vital que, encerrada en la materia, formando la dualidad animal, realiza el progreso dentro de la esfera que le corresponde, y lleva en sí el fruto de él, puesto que las moléculas

materiales se disgregan y diseminan. No tiene aún autonomía propia, pero se individualiza mientras anima una existencia, y como se ha dicho, es así preparado para crear el alma humana, cuando en el conjunto armónico del progreso del planeta llegue el momento de la aparición del hombre.

Cuando este hecho se produce, y el hombre llega a tener un alma autónoma y reencarnable, ella lleva en sí la inteligencia, la memoria y las demás facultades y pasiones que le corresponden, y actúa, ya lo he dicho, debido a su grado de adelanto, como una fuerza en oposición a la hereditaria, sobre el físico, y en particular, sobre el desarrollo del cerebro.

Para comprender, si es posible, esa acción del alma, es necesario tener bien presente lo que en esta obra he demostrado en cuanto a las fuerzas que tan formidables nos parecen, porque las juzgamos por sus efectos y con relación a las nuestras. La materia, o sea el fluido universal en estado tangible, está reducida a ser pasiva esclava de las fuerzas. Un ejemplo recordará y hará más comprensible la teoría.

Si suponemos al mundo separado de toda influencia exterior y detenido en un punto del espacio, en tales condiciones, permanecería inmóvil, puesto que careciendo de voluntad y no siendo solicitado por ninguna fuerza, no existe motivo alguno para que tome una dirección cualquiera. Si a esto agregamos el hecho de que el éter no opone resistencia a la marcha de los cuerpos siderales, comprenderemos que si pudiésemos disponer de un punto de apoyo, con nuestro propio esfuerzo podríamos imprimirle al mundo una velocidad dada y constante, capaz de chocar con otro mundo colocado a su paso, inmóvil también y sin acción atractiva, sufriendo ambos, en consecuencia, graves trastornos internos, para

luego seguir juntos la carrera con una velocidad reducida a la mitad de la inicial, si los volúmenes estuviesen equilibrados.

Mientras tanto, bastaría una fuerza de atracción igual o tan pequeña como la que dio lugar al movimiento, para que la traslación fuese disminuyendo hasta detenerse por completo, como lo comprenderá cualquiera que tenga algunas nociones de física.

De lo dicho podemos deducir que la atracción que determina la marcha de los mundos y el peso de los objetos en su superficie *no es formidable sino con relación a nuestras fuerzas*, y que bien podemos considerarla pequeña y obrando soberana, porque ninguna otra se le opone.

Apliquemos esto a la ley o fuerza por la cual se transmiten las formas hereditarias, fuerza que se encarga de mantener la integridad de las especies y de los perfeccionamientos que en sus individuos se van operando, por la acción de la selección sexual y del uso o no uso de tal o cual parte del organismo. Esa fuerza modeladora domina más de parte del macho, y sabemos que basta un espermatozoide microscópico del licor espermático de este, para transmitir esa fuerza que debe ser mínima, pero obedecida por la materia viva en su desarrollo, con la sola variante que sabemos pueden producir el medio en que se nace y vive y las enfermedades a que los seres están expuestos.

Reina, pues, esa fuerza casi en absoluto, a pesar de su insignificancia potencial, porque ninguna otra se le opone, y la materia, como tal materia tangible, no tiene voluntad y debe obedecer a una fuerza cualquiera. Pero cuando el espíritu reencarna, trae consigo su adelanto, tiene su cuerpo astral activo, porque es fluídico o etéreo; representa entonces una fuerza que obra a la vez que la

hereditaria, y ya las cosas cambian, siendo la influencia del espíritu tanto mayor cuanto más adelantado sea.

Esta influencia no puede operar instantáneamente sobre los órganos cerebrales del niño, pero, a la larga, los modifica o modela, hasta que, en general, llegan a estar en armonía con el grado de inteligencia y de moral que ha conquistado el espíritu.

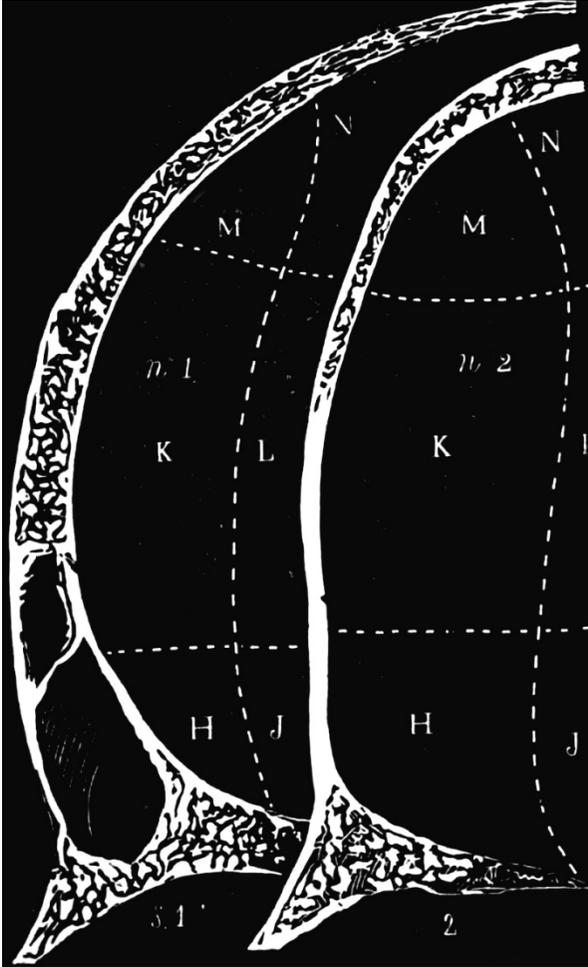
Si este viene a la vida material bien dispuesto para el bien, o sea la moral, y no flaquea en su propósito, influirá notablemente en el perfeccionamiento de los órganos correspondientes, adquiriendo así su mérito y llevando luego a la vida espiritual el resultado de su victoria sobre los instintos, lo cual se traduce por una eterización mayor del periespíritu, o sea la purificación que le permite elevarse más, alejarse más de la Tierra, y por consiguiente, acercarse a las regiones de la luz divina, desde donde puede presentir los inefables goces que le esperan cuando llegue a la pureza.

Si, por el contrario, la voluntad en ese sentido, como resultante de los propósitos hechos en el espacio, no alcanza a evitar la atracción de los goces groseros de la materia, descuidará no solo el progreso moral, sino también el intelectual; y el resultado de ese olvido será la pérdida de los órganos que a ese fin responden.

Los espíritus que no se han corregido lo bastante de su maldad, de su pereza, de su hipocresía o de su fanatismo, que en el espacio se reconocen contraproducentes, son los que caen en las reincidencias.

Citaré un hecho, que sirviendo de comprobación, dará al mismo tiempo una idea de cómo se atrofian los órganos cerebrales que no se usan.

El dibujo que sigue representa dos cráneos de la colección Harembert; el primero es el de una monja que permaneció mucho tiempo en el claustro, y el segundo es el de una actriz.



La monja no necesitando el ejercicio de las partes intelectuales, ni siquiera de las morales, puesto que su vida se esteriliza en rezos maquinales y en la satisfacción de las necesidades vitales, dejó en desuso los órganos correspondientes que se atrofiaron y osificaron presentando el sinus frontal correspondiente.

Necesitando la actriz de sus facultades para el lleno de su rol en el mundo, aunque en su origen, como se ve por la comparación de ambas frentes, no fue mejor dotada que la monja, cuyo espíritu, más adelantado, debió sin duda, caer en la pereza, en el egoísmo, presenta los órganos de la inteligencia en plena función, mientras que en los de la moral, más descuidados que en la monja, principia la osificación.

He dicho que la pereza espiritual, ha podido hacer caer a la persona de la monja en la idea de vivir en un claustro, haciendo consistir la felicidad en la tranquilidad de la mente, en la desaparición de toda lucha. Agregaré que la forma de su cráneo demuestra que esa tendencia venía acentuándose desde otras encarnaciones, o por lo menos, del espacio, puesto que se nota en el cráneo el signo correspondiente, la depresión del órgano de la perseverancia o energía.



Las líneas continuas representan el cráneo de la monja y las suspensivas el de la actriz.

Así va operándose el progreso de los espíritus, más o menos lentamente, en mil diversas direcciones y matices, que resultan de las diversas combinaciones, de las facultades e instintos concedidos a los seres por el Creador, para dejarles seguir libremente el camino que deseen, el libre albedrío, de lo que resulta el propio mérito.

Las acciones buenas purifican el periespíritu y las malas le manchan; de ello resulta la elevación que puede alcanzarse en el espacio.

La conciencia es el juez de esas acciones y dispone al arrepentimiento.

Ya que de conciencia hablo, aprovechemos la ocasión para darnos cuenta de lo que es en sí misma.

Para Harembert, ella reside en la equidad, lo cual puede aceptarse sin comprometer la doctrina que venimos estudiando.

El órgano de la equidad es el que más tarde entra en desarrollo; no se ve en los cráneos fósiles más antiguos y apenas principia en las razas atrasadas de nuestra época, cuya frente generalmente es aplastada.

Sin embargo, la equidad debió existir desde la creación del hombre, en germen, en su cerebro, o por lo menos su aparición como tal ha de haber marcado el momento psicológico de la individualización del espíritu reencarnable y en progreso propio, pues solo cuando el ser está dotado de la facultad de apreciar el bien y el mal, puede, en justicia, adquirir un libre albedrío relativo y progresivo que impone al ser un grado de responsabilidad también relativo.

De ahí que podamos decir que la conciencia es el substratum del propio adelanto; que es nuestro juez en la vida espiritual, tanto más severo cuanto mayor sea el grado de elevación adquirido.

La conciencia es la que determina el arrepentimiento, e indirectamente nos indica la prueba que necesitamos.

Pero a más de la voz de la conciencia, como consta a todo espiritista observador, existen para los espíritus, leyes que obran como tendencias para llamarles al camino recto, tales son la oscuridad, las obsesiones y las visiones ilusorias del espíritu que en su remordimiento las provocan y tiene ante sí un cuadro constante que le representa su pasado.

Así, pues, los instintos deben convertirse en virtudes o ennoblecerse de tal modo, que sea imposible reconocerlos.

El grosero amor del animal que solo tiene por objeto la satisfacción de una necesidad material, es convertido en amor espiritual o amistad, que persiste más allá de la tumba.

El amor instintivo a la progenie, que deja de actuar cuando esta no ha menester de los padres, es el sentimiento puro de la maternidad humana.

El amor, acompañado de otras facultades igualmente modificadas, llega al amor de Dios y a la caridad.

El instinto de conservación, tan prominente en los animales, y que solo se extiende a la progenie, es sacrificado en el hombre por el amor a la patria o a sus semejantes.

El valor del animal consiste en la defensa y el ataque bajo la influencia de la necesidad. El hombre, cuando ejerce su valor, lo sujeta a la razón.

Todo esto tiene lugar en el hombre de espíritu ya adelantado, en condiciones normales de salud y en la edad en que los órganos funcionan regularmente.

Al encarnar, como ya he dicho, el espíritu pierde la memoria del pasado y tiene, por consiguiente, que volver a conquistar el saber, y no pudiendo recibir las impresiones del mundo exterior sino por los sentidos, ni manifestarse sino mediante el juego material de los órganos cerebrales y de la palabra, necesariamente, por adelantado que sea, su preparación dependerá de la acción de la materia. Seguirá los instintos necesarios en esa época de la vida y tendrá los gustos igualmente instintivos de la edad, hasta que llega paulatinamente la de la razón en que el espíritu se sobrepone, teniendo sus órganos aleccionados, y puede iniciar su acción sobre ellos.

Igual sucede en la vejez o la extrema debilidad.

Lo dicho hasta aquí no solo basta para dar una acabada idea de la evolución del espíritu sino para demostrar que las verdades, por opuestas que a primera vista parezcan, pueden ponerse de acuerdo, porque la verdad, como la ciencia, es en definitiva única; las aparentes contradicciones y las diferentes apreciaciones, dependen de la pequeñez del cerebro humano, de su poco adelanto para abarcar, en conjunto armónico, todos los conocimientos y descubrir sus relaciones.

CAPÍTULO VII

Dios y su acción sobre las cosas, los seres y el alma

Hasta aquí me he referido respetuosamente a Dios, sin dar de su existencia más prueba que la que resulta para todos, de la contemplación de la Creación, cuya sublime grandeza acusa una inteligencia suprema.

Esa inteligencia solo la niegan los hombres cegados por su orgullo en una ciencia deficiente, atribuyéndolo todo a la materia y sus leyes, cuando bastaría el reconocimiento de nuestra propia inteligencia, de nuestra propia idea de justicia y de amor a lo bello y a lo bueno, para que se reconozca un principio, cuyos atributos tienen necesariamente que ser la inteligencia, la justicia y el amor.

Estas eran las únicas pruebas que la humanidad tenía para creer en Dios, si la fe no le bastaba. Desde la aparición del Espiritismo, nueva ciencia que abre grandiosos horizontes a la investigación, se poseen otras pruebas que más y más afirman la creencia. Esa ciencia hace imposible la negación de la inmortalidad y ese solo hecho, nos acerca ya a la idea de la existencia de Dios.

Vemos que el espíritu, disponiendo de un cuerpo fluídico relativamente insignificante, produce efectos sorprendentes que no ha

mucho se habrían clasificado de milagros. Comprendamos, entonces, que, si realmente existe una inteligencia suprema, ella lo podrá todo, disponiendo del fluido universal, cuyas vibraciones son el origen de la fuerza que las genera todas.

Los espíritus no solo producen esos efectos voluntaria y conscientemente, sino que se comunican, y todos, todos los que han alcanzado cierto grado de adelanto, declaran sentir a Dios en la conciencia.

Los hechos de orden espiritual que el Espiritismo nos permite estudiar nos traen la convicción de que la justicia divina existe y se realiza por medio de leyes que a todos alcanzan y a todos dan su merecido.

El Espiritismo da, pues, testimonio de Dios, pero no bastando esto a los propósitos que esta obra persigue, es necesario que busquemos, hasta donde sea posible, el acuerdo con los conocimientos corrientes y la explicación de la acción divina sobre el universo.

Hervert Spencer, en vista de la imposibilidad que hasta el presente se ha encontrado la ciencia para darse una idea de Dios, la materia en sí, la creación, el tiempo y la fuerza inicial, declara que todo ello es *incognoscible*; es decir, que escapa absolutamente a toda comprobación positiva.

¡Incognoscible! A pesar de la enseñanza del pasado, ¿aún hay quien se atreva a hablar de lo incognoscible o de lo imposible? ¿Cuántas veces se ha encontrado la humanidad con lo que le pareció incognoscible y ha conocido después? ¿Se olvida de esto? ¿Se pretende, por una parte, fijar límites a la investigación, mientras, por otra, se confía en el progreso, sin recurrir a más leyes que las de la materia?

Si todos los hombres de cierta valía se hubieran encaprichado en sostener que la pretensión de medir las distancias siderales, conocer la composición de los soles, formar el mapa del planeta Marte, etc., era querer alcanzar lo incognoscible para el hombre, la astronomía estaría aún bien atrasada.

Desechemos la idea de lo imposible, pongamos al servicio de la resolución de tan gran problema todos los conocimientos, todas las aptitudes, toda la inteligencia de que seamos capaces, busquemos a Dios, porque mientras lo busquemos, mientras nos formemos una idea cualquiera de su existencia, no podemos caer en su negación, como sucede cuando se le considera lo incognoscible. En tal caso nos acostumbramos a la idea de que no necesita la creación de su poder, ni los hombres en su desenvolvimiento sucesivo, necesitan de su noción para fundar la justicia, la solidaridad, la moral.

¿Qué es lo que se opone en la mente de algunos hombres para que no les sea posible comprender la existencia de Dios? Los más dicen con Buchner, que nadie puede comprender cómo una razón eterna que gobierna ha de avenirse con leyes inmutables. O son las leyes de la naturaleza las que gobiernan, o es la Razón eterna, las unas al lado de la otra estarían a cada momento en colisión. Si la razón eterna gobernase, las leyes de la naturaleza serían superfluas; si por el contrario, gobiernan las leyes inmutables de la naturaleza, ellas excluyen toda intervención divina. «Si una personalidad gobierna la materia con un fin, dice Moleschott, la ley de la necesidad desaparece de la naturaleza. Cada fenómeno será objeto de un juego de azar y de *una arbitrariedad sin freno*».¹

¹ Las transcripciones de estos párrafos se han tomado de la obra de Flammarion, *Dios en la Naturaleza*.

Hay que convenir, dice Flammarion contestando a esas ideas, en que esta objeción es bastante singular. Este extraño raciocinio vacila por su propia base.

Nos parece, al contrario, que la inteligencia que se revela en las leyes de la naturaleza, demuestra por lo menos, la inteligencia de la causa a que son debidas estas leyes, y que son precisamente la expresión inmutable de esta inteligencia eterna. Ørsted, el sabio escrutador del mundo físico, ha expresado cuerdamente las relaciones de Dios con la naturaleza, diciendo «que el mundo está gobernado por una razón eterna que nos manifiesta sus efectos en las leyes inmutables de la naturaleza». ¿No es algo ridículo pretender que esta causa debe dejar de existir por la razón de que está íntimamente acorde con estas mismas leyes? Véase, por ejemplo, a un excelente arpista, de habilidad tan perfecta, que los acordes que saca de las cuerdas vibrantes parecen identificados con la poesía de su alma. ¿Se dirá, por eso, que el arpista no existe, porque para admitir su existencia sería preciso que se pusiese a veces arbitrariamente en desacuerdo con las leyes de la armonía? Este modo de raciocinar es tan evidentemente falso, que los mismos que lo emplean lo reconocen implícitamente. Así, refiriendo Buchner, a propósito de los milagros el hecho de que el clero inglés había pedido al gobierno que ordenase un día general de ayuno y de oración para alejar el cólera, alaba a lord Palmerston por haber respondido que la propagación del cólera dependía de condiciones naturales conocidas en parte, y podría mejor detenerse con medidas sanitarias que con oraciones. ¡Muy bien! Todavía añade más el autor. Esta respuesta, dice, le acarreó la acusación de ateísmo, y el clero declaró que era un pecado mortal no querer creer que la Providencia puede en todo tiempo contrariar las leyes de la naturaleza. ¡Qué singular idea se forman estas gentes del Dios que se han creado! Un legislador supremo capaz de dejarse ablandar por

súplicas y sollozos para trastornar el orden inmutable que ha creado, violar sus propias leyes y destruir con su mano la acción de las fuerzas de la naturaleza. «Todo milagro, dice también Catta, si los hubiera, probaría que la creación no merece la veneración que por ella sentimos, y el místico debería necesariamente deducir de la creación, la imperfección del Creador».

Véase, pues, a nuestros adversarios, en contradicción consigo mismos, puesto que por una parte no quieren admitir que una razón eterna puede estar acorde con leyes inmutables, y por otro piensan con nosotros que la idea de inmutabilidad, o cuando menos de regularidad conviene mucho mejor con la perfección ideal del ser desconocido que llamamos Dios, que la idea de mudanza o de arbitrariedad que ciertas creencias pretenden imponerle.

Leyes eternas, suponen necesariamente para la razón humana, la perfección del principio de que emanan, puesto que todo en la naturaleza se perfecciona en un transformismo y evolución que obedece a un plan, y ese plan concuerda con un fin grandioso: la creación definitiva de los espíritus.

Esas leyes no solo son eternas, invariables, infalibles, sino *fatales para todo lo que tiene por teatro la materia, las fuerzas y la vida, hasta llegar al hombre.*

Pero, cuando principia la autonomía, la reencarnación y la continuación del yo, *las leyes divinas solo obran como tendencias*, que a pesar del libre albedrío de los espíritus, que les permite retardar o acelerar su propio adelanto, encaminan el conjunto hacia el ideal prefijado, pasando por todos los grados de la civilización y del progreso, y teniendo cada ser el puesto que le corresponde o que merece.

Mas los espíritus llegan alguna vez al pináculo de su perfección y gozan entonces de la plenitud del libre albedrío que, gracias a su prolongada evolución o preparación sufrida, nunca podrá ser empleada sino en pro del bien, en el conocimiento y acatamiento de las leyes, y en las misiones de orden espiritual, para que se cumplan los grandes propósitos del Creador.

Una providencia caprichosa sujeta a los vaivenes a que pudiese sujetarla la preferencia por tal o cual secta religiosa, por tal o cual pueblo, por tal o cual individuo, como excepción, no existe; pero si la tenemos siempre, a favor del bien y del progreso, por medio de leyes inmutables que en su armonía lo determinan, dando a cada pueblo lo que merece, como demostraré en el próximo capítulo.

Y siendo esto así, ocurre preguntarse ¿cuál sería la causa más sublime? ¿La que eternamente tuviera que variar sus leyes, perfeccionar aquí, rehacer allí, conceder algo a los unos, negarlo a los otros, o la que no se rectifica jamás? Todos los que estudien a fondo el Espiritismo; todos los que lleguen a formarse una idea, por pálida que sea, de la armonía suprema de las leyes que en el universo actúan, no podrán vacilar en su juicio. Verán que si no hay rectificación en ningún caso, es porque todo está bien establecido y todo marcha hacia la realización del progreso, dentro de un plan preconcebido; verán que si nada se concede milagrosamente a nadie, es porque todo es necesidad, razón, merecimiento, justicia.

A veces, cuando sentimos los sufrimientos, cuando luchamos con las contrariedades, cuando somos víctimas de la maldad, desesperamos de la justicia. Error, todo ello es nada comparado con la eternidad que nos aguarda, todo ello, si lo sufrimos con paciencia con resignación y esperanza, aquilata nuestra virtud contribuye a nuestro progreso, nos acerca al fin deseado, a la felicidad, y nos

asegura que no caeremos de los elevados puestos que iremos conquistando, que, como acabo de decir, es el fruto de la larga evolución o preparación sufrida.

El orden universal reina en la naturaleza, dice Flammarion, la inteligencia revelada en la constitución de cada ser, la sabiduría esparcida sobre todo el conjunto como la luz de la aurora, y sobre todo la unidad del plan general, regida por la ley armoniosa de la incesante perfectibilidad, nos representan, en adelante, la *omnipotencia divina*, como el *sostén invisible de la naturaleza*, como su *ley organizadora*, como la *fuerza esencial* de la cual derivan todas las fuerzas físicas, y de la cual son éstas otras tantas manifestaciones particulares. Se puede, pues, considerar a Dios como un pensamiento inmanente, residiendo incontrastable en la esencia misma de las cosas, sosteniendo y organizando Él mismo, tanto las criaturas más humildes como los más vastos sistemas solares; porque las leyes de la naturaleza ya no estarían fuera de este pensamiento: no serían sino su expresión eterna.

Los conocimientos actuales, bien interpretados y con la cooperación del Espiritismo, dan ya una idea no despreciable de lo que son las fuerzas, la materia, el fuego y la vida.

Tenemos ya la seguridad de la supervivencia del espíritu, y por esto, y por los nuevos conocimientos que por todas partes surgen desde que se ha realizado el gran descubrimiento de los medios de comunicación con el mundo espiritual, podemos hablar ya de los primeros principios, desechando la idea de lo incognoscible.

Mas antes de hacerlo, tenemos que rectificar un error de la ciencia actual, rectificación autorizada por los conocimientos que el Espiritismo proporciona y que me han servido para establecer el

encadenamiento lógico de causas y efectos, partiendo de una sola causa y de una sola sustancia universal.

Los gases, según la ciencia, son un modo de ser de la materia, en que los átomos físicos están más distanciados entre sí que en el estado líquido y en este más que en el de solidez. Si así fuese, ¿cómo guardarían los átomos esas distancias, oponiéndose, sin embargo, los gases a la presión? Si los átomos se atraen, ¿qué fuerza puede mantenerlos alejados? ¿El calor? No, el calor no presenta en sí mismo resistencias de ningún género; lo que hace, lo que únicamente puede hacer, es mantener la dilatación de los átomos, que es lo que ya he demostrado al tratar del calor. Sin esa dilatación, todos los fenómenos físicos se tornan inexplicables. Pero la ciencia actual, persistiendo en su error, supone al éter formado de átomos enormemente distanciados, mientras que los fenómenos de la luz le está demostrando la evidencia de lo contrario. El éter no puede considerarse constituido por átomos físicos, por pequeños que se los suponga, ni aun por la dilatación de ellos, por cuanto el átomo físico es la primera creación fundamental del universo visible, teniendo por base una enorme concentración de fluido sustancial para formarlo. El éter no puede ser en manera alguna comparado con ninguna materia de las que puede apreciar el hombre. Pero en consecuencia de todos los conocimientos acumulados en esta obra, debe considerarse al éter como verdaderamente sustancial y sin intersticios interatómicos.

De ese fluido universal se ha formado el universo tangible, y los seres que lo habitan, y los fluidos que les dan vida, y el alma pensante y voluntaria del hombre, pero ese fluido no es la inteligencia, no es la voluntad, no es Dios transformándose, para pasar mil peripecias y trastornos con el solo fin de crear los espíritus, y lo que

es más absurdo, aplicarles a esas infinitas partes de sí mismo, tantos dolores y penas, a través de encarnaciones sucesivas, para darse luego satisfacciones incomprensibles.

Es, pues, necesario buscar el principio voluntario, la acción inteligente, la sublime justicia de que el Espiritismo da testimonio, y ese principio no puede ser otro que el alma universal que reside en el éter, como el espíritu reside en el periespíritu.

Dios es uno solo y único principio increado, eterno, el ser por excelencia, realizándose en el fluido universal; es la primera fuerza, el principio motor y ordenador, que del fluido sustancial creó el mundo material transitorio, en una transformación regida por sabias leyes para un fin supremo, la formación de los espíritus, que con un cierto grado de libre albedrío, llegarán todos a ser sus verdaderos hijos, comprendiéndole, amándole y cooperando en la obra grandiosa y eterna. Aunque no se pueda contemplar jamás, porque es el Ser infinito, y el ser concreto y perfectible solo puede ver lo concreto, le sentirán en la conciencia.

Citaré, en apoyo de mis ideas, la opinión autorizada de uno de los más elevados guías de *Constancia*, en un discurso pronunciado por él en posesión de un médium, con motivo de algunas conferencias científicas que di en esa sociedad.

[...] La fuerza primera, decía el espíritu, o sea el principio de la fuerza a que he aludido, debía existir antes de la aglomeración de partículas y moléculas que dan forma a lo existente o tangible de la creación, como asimismo a lo invisible para vosotros los encarnados e inapreciable a vuestra ciencia.

Esos elementos, entonces, ¿de qué fueron formados? ¿cómo aparecieron esas moléculas al tomar la forma de tales? Si bien ellas

forman las grandes porciones, en su pequeñez, también, para existir, han necesitado que haya algo que las forme.

Si para formar algo, siempre es necesario que haya algo, este algo, ¿de dónde nació para formar ese primer algo?

La voluntad primera es la fuerza que impera, domina y ejecuta. En ella no podemos reconocer límite, es el centro de todo, es la vía de circunvalación que arranca desde su principio en sí y en sí misma finaliza, se llama Dios. [...]

Esa fuerza, ¿cómo está representada en el espacio infinito, en el Universo? ¿qué es?

¿Tiene la forma bruta de la materia palpable que la ciencia analiza descubriendo sus combinaciones? —No.

¿Es acaso esa fuerza primera, el calor que vivifica, que da movimiento y vida? —No.

Pues, ¿qué es entonces?

Si arrancando de los hechos que el hombre puede apreciar, llega al convencimiento de que la materia es la base primera de la creación, la inteligencia sería un efecto de la evolución en el tiempo sin medida, confundiéndose, pues, la inteligencia en la fuerza primera, siendo la fuerza el modus de la materia.

Si el ser inteligente se arranca de un principio material más o menos liviano, más o menos fluídico, ha desaparecido la importancia primera de la ejecución de la voluntad en sus primeros síntomas, en su manifestación primera, mientras que esa manifestación es visible desde el principio de la creación: *la fuerza existía ya, como lo demuestran las leyes que rigen los desenvolvimientos sucesivos.*

La impulsión primera de la nebulosa no puede nacer de la materia, puesto que ella no existía aún en la forma posterior que el hombre estudia, y cuyas manifestaciones secundarias considera erróneamente como si lo fueran propias o exclusivas de ella misma.

El calor que alimenta la vida material no es tampoco la fuerza motriz primera, no es la base donde se apoya esa vida que se quiere arrancar de la frotación de los cuerpos, para comprobar que el calor puede animar constante y eternamente el universo entero.

Si el calor es la base principal en las manifestaciones de la vida humana, no quiere decir que este exista en su base primera, no es más que una producción de movimiento, que al mismo tiempo *da vida a sus manifestaciones*.

La fuerza primera no reconoce en sus elementos constitutivos a la materia tal como vosotros las palpáis.

El calor primero de la vida, de la existencia, de todo, no está sujeto a las manifestaciones de roces materiales.

La vida primera, en su manifestación primera, no necesitó de esas partículas, de esas moléculas que constituyen la vida ya continuada y material.

Hay algo más sublime que la idea que los materialistas conciben.

Olvidan estos que la manifestación del calor es posterior a la materia, o sea, que para que fuese sensible su acción ha sido necesaria una fuerza creadora de la materia. Y si esa primera fuerza no puede basarse en el calor, debe atribuirse lógicamente a otro principio con voluntad inteligente de crear la materia, el calor y sus manifestaciones sucesivas.

Si ese calórico tiene la importancia que quiere dársele, si es verdad que sus manifestaciones son sensibles y que la humanidad o el universo entero son partícipes y bebe en esa fuente el alimento de su propia existencia, no por eso le debe considerar como una fuerza dominante, propia o completamente desligada de la creación.

Todo lo existente y toda la materia que existe está en movimiento; por su movimiento mantiene la vida; por su propia vida produce el calor; luego la fuerza que arranca del calor proviene de la

potencia que evoluciona dentro de su mismo cuerpo (de lo existente) y le da movimiento.

Y ese movimiento no es nada más ni nada menos que el producto de la fuerza central que en sí misma existe; su vida produce las manifestaciones de la vida que estudiamos; es la fuerza que pone en movimiento todo lo existente, lanzado al espacio en estado fluídico y solidificado luego; es la que produce la atracción y repulsión de todos los elementos, de todos los componentes, que ella une y separa en la continuidad del tiempo sin medida.

Aclaremos aún más estas palabras del espíritu.

Si la materia en su diversidad no puede proceder sino de una sola materia, sustancia primera y eterna, la acción inteligente que las leyes de la evolución y el transformismo demuestran, no puede dimanar sino de una inteligencia superior e increada.

Las fuerzas primeras deben partir de algo que no es el calor, puesto que el calor solo aparece en cierto estado de la formación de la materia. El impulso viene necesariamente de más lejos, y si aplicamos la verdad conquistada ya, de que cuanto más fluida la materia, más acción y más vida o más fuerza activa, debemos suponer que existe algo aún más puro, más tenue que el éter mismo, en que resida la primera fuerza, y a esa no podemos llamarla de otra manera que la voluntad suprema, a la cual todo obedece, constituyendo así el alma universal.

En el derrotero de su progreso evolutivo, desarrolla el hombre la inteligencia y se hace capaz de perfeccionar sus instintos hasta convertirlos en pasiones nobles, en sentimientos ideales, y en la noción de la justicia. Pero esa inteligencia, esas nobles pasiones, ese ideal, esa sed de justicia, tienen seguramente un origen cualquiera, que tenemos necesariamente que encontrar en la fuerza primera.

Luego en esa fuerza, llámesele como se quiera, Dios o alma universal, reside la inteligencia y la justicia suprema, puesto que la humanidad, recibiendo tan solo un germen capaz de desarrollo, en el transcurso de su larga evolución, con sujeción a las leyes que a ese fin conducen, y gracias a los elementos que preparados encuentra para su realización, llega a la idea de justicia y al sentimiento del amor universal.

Por otra parte, el conocimiento profundo del Espiritismo, el estudio de las leyes que rigen en el mundo espiritual, demuestra a la evidencia la acción directa de un principio inteligente como causante o artífice exclusivo de la inteligencia perfectible del ser creado.

Reconocemos un solo principio, un solo Ser increado; pero ese Ser es una dualidad eterna, alma y sustancia o fluido universal.

El materialista mismo que medite, que se aparte un tanto de su idea fija de la materia tosca y se pregunte el porqué de su evolución, de la creación, de la vida, de los sentidos, de los instintos y de la inteligencia, de la armonía sideral, de las fuerzas, del calor y de la luz, se contestará, sin duda, que *la naturaleza es muy sabia*. Y bien, esa sabiduría que reside en todas partes, esa sabiduría atribuida a la naturaleza es su principio espiritual, eterno, sublime, omnisciente, de cuya acción consciente, emana todo lo que las rige.

Nada más diré sobre esto, considerando que la mejor prueba de la existencia de Dios resulta del conjunto de los conocimientos acumulados en esta obra.

Veamos ahora cómo podemos explicarnos la acción de Dios sobre el universo.

Toda materia, como sabe la ciencia, es porosa, es decir, tiene espacios intermoleculares e interatómicos, por cuya causa son más o menos penetrables por los líquidos, estos por los gases y todos por la electricidad; y siendo así, no cabe duda, que lo son por el éter.

El Espiritismo nos proporciona el más perfecto conocimiento de la penetrabilidad de la materia con el fenómeno sorprendente del paso de los espíritus a través de todos los cuerpos, por cuya razón, como afirman todos, la materia no les opone ninguna resistencia.

Pero hay más, si los fluidos de que dispone el hombre, como en el magnetismo, tampoco encuentran barrera en la materia, según se ha visto en el capítulo correspondiente, y si los espíritus se encuentran en el mismo caso; ellos a su vez y todos los fluidos son penetrados por el éter, según la afirmación de los más elevados espíritus¹.

Ahora bien, vemos que la materia se disgrega por el calor, que ya podemos decir, creo, que no es el resultado del movimiento de los átomos físicos constituyentes de la materia en su estado ponderable, sino que, del calor, movimiento fluídico, resulta el movimiento atómico. Vemos que los espíritus que a voluntad manejan ciertos fluidos más o menos groseros, según su adelanto, pueden transportar la materia de un punto a otro y ablandarla, como en un caso citado anteriormente, lo que nos da una nueva prueba de que la materia es una forma transitoria, y que los fluidos son las energías vitales o de acción sobre ella, mediante una fuerza primera, que en este caso es la voluntad insignificante del espíritu

¹ Me refiero especialmente al espíritu cuyo discurso ha transcrito en parte.

humano. ¿Qué no podrá, entonces, sobre el todo del universo, la voluntad creadora sobre el fluido sustancial etéreo?

Si en los fluidos se encuentran las primeras fuerzas que podemos apreciar por sus efectos; si desechando la preocupación materialista, encontramos que los fluidos imponderables son los que sostienen la vitalidad; si cuanto más tenue es el fluido, más fuerza activa se reconoce en su acción, si mediante la intervención de los fluidos vitales de que el alma dispone para mover la máquina animal, se desarrollan las fuerzas del hombre; si actuando sobre esos mismos fluidos puede el hombre someter por su dominio magnético a sus semejantes; si los espíritus pueden producir por los mismos medios los fenómenos de fuerza que tanto nos admiran; y si el alma, siendo la esencia del fluido de su origen, es también compenetrada por el éter, ¿qué fuerza, que no sea la universal, puede atribuirse a Dios, mediante el fluido sustancial etéreo?

Imposible la duda: la fuerza primera, la impulsión que lleva en sí la ley suprema de la formación de la materia, y por consiguiente las fuerzas, la acción y la vida que de ellas resultan, provienen de Dios.

Si el espíritu abarca en un solo sentimiento todo el organismo; si mediante el periespíritu percibe y actúa, Dios debe percibir, sentir y actuar con omnipotente voluntad sobre el fluido universal en que es o se realiza; y siendo la parte tangible del Universo engendrado sobre la base de ese mismo fluido y compenetrado por él, no puede escapar de ninguna manera a la acción divina.

Esto es todo lo que en nuestra limitada inteligencia podemos alcanzar o suponer al respecto. Tal vez jamás podrá el hombre

pasar de ahí y ni ambicionarlo debe. Bástenos, baste a la humanidad, tener el consuelo de comprender, al fin, que Dios existe, que su acción alcanza todos los ámbitos del Universo, a todas las cosas y a todos los seres, y que esa acción es amor y justicia.

Concluiré este capítulo con dos palabras sobre la eternidad y el tiempo.

La eternidad no la comprende el hombre, porque está acostumbrado a ver en todo lo que puede apreciar, y en sí mismo, un principio y un fin. En realidad, solo se trata de transformaciones sucesivas, es decir, cambios de forma, pues la materia no se aniquila, ni puede salir de la nada un solo átomo más. Todo viene, en la gran transformación general, del éter; y vuelve a él en la forma evolutiva que ha sido descrita en los primeros capítulos de esta obra. Si diéramos principio a Dios, al universo en su total conjunto, tendríamos que suponer otro poder creador anterior, y así consecutivamente, perdernos en un infinito de creaciones sucesivas, si no queremos sostener el absurdo de que de la nada ha surgido la inmensidad de lo existente. Si no hay principio ni fin en el gran todo, no existe el tiempo para Él; solo puede actuar para lo que partiendo de un punto llegará necesariamente a otro. Así, los astros, si bien eternos en su sustancia, tienen su tiempo contado en cuanto a la forma. El tiempo solo se mide y cuenta para lo que está en transformación.

Siendo esto así, ¿cómo puede el Espiritismo sostener que el alma humana es inmortal y eterna? Sencillamente porque ella no se ha transformado jamás; no es materia en el sentido de algo que toma forma tangible y está sujeto a la disgregación; es fluido sustancial en su origen, diversificado por la acción primera de los elementos materiales de los astros en su período solar; pero

siempre sin forma determinada, siempre incorruptible, evoluciona, se perfecciona y purifica en el crisol cerebral, mediante el trabajo y la lucha por la existencia a través de la sucesión de la vida, hasta que se personaliza por el hecho moral del conocimiento del bien y del mal y la conciencia de su existencia.

Por eso los espíritus llegados a cierto grado de adelanto, nos dicen que no cuentan el tiempo, porque nada varía en ellos ni sienten jamás el cansancio.

CAPÍTULO VIII

Problema de la Justicia Divina. La fe y las ideas innatas. El bien y el mal. La Providencia. Ángeles guardianes. Distribución de los goces en el mundo

Todos tienen en cada momento de su existencia, como se ha dicho, lo que merecen o lo que necesitan para su progreso. Esa es la ley o la consecuencia de un conjunto de leyes que obran como *tendencias* del perfeccionamiento moral.

Si en virtud del poco adelanto, la conciencia y el libre albedrío son limitados, la justicia exige la posesión de instintos e ideas innatas que sirvan de guías, y que la responsabilidad de los actos sea proporcional a ese grado de atraso.

Siendo esto así, ¿quién se encargará de esa estricta justicia? De estar fuera de nosotros, exigiría un conocimiento imposible de los resortes ocultos de nuestra alma; pero estando en nuestro propio ser, siendo la propia conciencia, ese juez estará siempre bien informado y será tanto más severo cuanto más clara sea la concepción del deber y el conocimiento del bien y del mal.

¿Bastará esto para dar una idea de la justicia divina, cuando

tenemos tanto mal en la materia, tanta lucha, tanta dificultad que vencer? Ciertamente es que de esa manera la justicia estará en consonancia con el grado de responsabilidad; pero ¿por qué la creación del mal, por qué las enfermedades, por qué la dura obligación del trabajo? ¿por qué la vida material, por qué, en fin, olvidar lo que hemos aprendido en cada encarnación?

Mientras no se dé contestación satisfactoria a esas preguntas, no se puede decir, sino por la fe y la esperanza que Dios debe ser magnánimo y justo.

Vamos a estudiar esta cuestión en detalle. Pero antes, recordemos que el origen imprescindible del alma hace necesaria la creación de la materia y de la vida en ella. Que si hemos de obtener una felicidad eterna, justo es que la merezcamos, y que, con ese fin, debe existir el bien y el mal. Que para que la conciencia sea nuestro propio juez, necesario es que seamos hijos de nuestras propias obras. Que, en suma, si hemos de gozar del libre albedrío, en nuestro organismo debemos llevar el germen del bien y del mal, para que tengamos mérito en la victoria, que se traduce en progreso propio y en bien para nuestros semejantes. O bien, optando por las satisfacciones intelectuales del mal, descendamos al fango de los vicios, entorpeciendo nuestros fluidos, oscureciendo el alma y sembrando a nuestro alrededor la iniquidad y el mal.

La Fe y las ideas innatas. Los diferentes grados de la creencia en la inmortalidad del alma, en Dios y en su justicia, dependen de los diferentes grados del adelanto del espíritu.

Los pueblos sencillos o primitivos tienen una creencia innata, una fe que les es necesaria para su progreso, fe que aplican, en lo relativo a Dios, de una manera grotesca, adorando la naturaleza, el

sol y la luna, o creando, según su fantasía, ídolos, dioses que bastan a su embrionario adelanto espiritual.

La idea innata de la inmortalidad es igualmente traducida de una manera grosera. De ahí que algunos pueblos primitivos pongan cerca del cuerpo de los muertos un cántaro de agua y pescado ahumado para que puedan hacer el viaje de ultratumba, y que todos esos pueblos estén llenos de supersticiosas creencias, en espíritus buenos y espíritus malos, que, sin embargo, ninguna manifestación real y razonable pueden hacer entre ellos.

Pero a medida que progresan, como demuestra la historia, van modificando el culto, cuya base es siempre la misma: las ideas de Dios y de la inmortalidad. Todos tienen una religión a la altura de su merecimiento o adelanto.

La más sublime en ese sentido, ha sido la religión que se desprende de la predicación de Jesús. Pero la humanidad aún no podía concebir en absoluto a Dios, y el cristianismo se paganizó y se convirtió en idolatría, bajo formas más bellas y atrayentes.

Los desgraciados trabajadores, los que por su rudo destino, por sus penas, debían estar más dispuestos a negar a Dios o a renegar de su misericordia y de su justicia, son los más entregados a la fe y a la esperanza, salvo raras excepciones.

Incapaces del libre pensamiento, adoran a Dios en la forma rutinaria que en la niñez les enseñaron y que la costumbre consagra, por absurda que sea.

¿Por qué esa fe? ¿Sería acaso, porque la fe y la ignorancia son una misma y única cosa? No, la historia y el presente nos demuestran que hombres de alta inteligencia y de grandes virtudes abrigan la fe dentro del pecho, y son los valientes defensores del culto.

Explicuemos esto. La condición de los espíritus que aún pueden considerarse en el primer periodo de su desarrollo, necesitan esa fe para su progreso, y Dios, en su suprema bondad, ha dispuesto las leyes de manera que no pueda faltarles. Las grandes inteligencias (nos referimos a las que creen de verdad y acompañan su fe con la virtud), son espíritus que han conquistado ya, *en su tercer período* (valga la expresión para facilitar la comprensión), una elevación que les permite sentir a Dios en sí mismos y tener la visión clara del grandioso porvenir que les espera en la inmortalidad. Son esos los hombres de ciencia, que a pesar de las pruebas contraproducentes de su saber, insisten en su fe, apartándose de las formas y de los errores vulgares de la religión popular. Son esos los filósofos espiritualistas que han agotado su ingenio para demostrar por la razón pura lo que desgraciadamente no es demostrable. Son esos los hombres que bajo la inspiración de las ideas que en su pasado han conquistado, han hablado a la humanidad de reencarnaciones y de los mundos habitados. Existen otras grandes inteligencias, que, o no tienen esa fe arraigada, o carecen de ella por completo. Son numerosos desgraciadamente. Son los espíritus que vienen haciendo un progreso defectuoso, dando todo a la inteligencia y descuidando por completo la moral. Entre una y otra encarnación quedan en la oscuridad, y a fuerza de sufrir, buscan y obtienen una nueva prueba, en que general reinciden¹.

Esos son, a la larga, los espíritus que más sufren, porque desligados de los lazos morales, hacen servir su talento y la instrucción que siempre buscan con afán, para escalar posiciones políticas, en

¹ Estos conceptos se basan en el estudio atento, durante algunos años, de los cuadros de ultratumba.

las cuales no hacen ningún bien, y conseguir la fortuna, que aplican con egoísmo a la propia satisfacción.

Existen otros muchos que pasan por el momento de más difícil prueba, el que llamaremos *el segundo período*. La fe ciega, innata, va desapareciendo a medida que el espíritu adelanta, y, por el hecho, debe adquirirla por sí mismo en las sucesivas existencias. Pero si esas encarnaciones son negativas, si en alguna de ellas se deja arrastrar por las malas pasiones o *por las falsas ideas reinantes*, poco o nada adelantan en espíritu, y puede entonces asegurarse pues en nada creerán más que en el testimonio de sus sentidos, y supondrán suprema a la efímera y pretenciosa ciencia humana.

Esas ideas corrientes que tanto mal hacen a la muchedumbre, son el resultado *de un progreso* necesario al advenimiento de la época de la luz y de verdad, a la caída de las creencias absurdas.

Los factores inconscientes de ese progreso, son los descreídos adelantados en inteligencia solamente, que se aplican con afán a arrancar conjuntamente, con los errores, las nobilísimas ideas de la existencia de Dios, de la justicia divina y de la inmortalidad, destruyendo así las bases fundamentales de la virtud, de los afectos y de la esperanza.

Es para ellos, y para sustentar la fe de los que están en el primer período, que viene el Espiritismo a demostrar por el hecho, por el fenómeno material, que el alma existe y tiene lo que necesita o merece en cada etapa de su progreso infinito.

He ahí explicado en pocas y sencillas palabras, por qué los unos tienen la fe y los otros no. Todo es justicia. Todo se ha previsto y es merecido. ¡Tal es la grandeza sublime del Ordenador Supremo!

Al que no trae el conocimiento de la existencia del alma y de su inmortalidad bien grabado en su conciencia, y que, por lo mismo, tiene que adquirir aquí la convicción de esa verdad, no le será tarea fácil. Para el espíritu en esa situación, la unión con la materia es tal, que no puede tener esas ideas innatas, teniendo que adquirirlas, con más o menos facilidad, en cada encarnación. Y como mientras se vive en la materia, no vemos más que materia inerte, materia vegetativa y materia animada e inteligente, mal pueden ellos concebir al espíritu en estado libre, con un cuerpo fluídico invisible y conservando todo el poder de la voluntad, las pasiones morales, la inteligencia y los conocimientos adquiridos en las diversas encarnaciones.

Al que desgraciadamente se halle en ese caso, ese hecho le ha de parecer maravilloso, mientras que tan natural aparece ante los ya convencidos desde la vida espiritual.

En cuanto a los espíritus nuevos, en su primer período, tienen, como lo exige la justicia, la fe innata y la resignación inconsciente en su estado de grosera prueba.

Existe una ley que llamaré del trabajo o de lucha por la existencia, ley que se justifica con los conocimientos del Espiritismo.

Dios, en su grandeza, no está ni estuvo inactivo, si no que eternamente ha creado, o sea, transformado el fluido universal, para dar lugar a la aparición de los mundos y de la vida. Así, pues, la acción, el movimiento, es la vida divina, y, en consecuencia, debe de ser la ley del ser creado. La inacción sería la muerte del espíritu, como es causa de que se atrofien los órganos que no se ejercitan. Ni concebir podemos la vida sin acción; es, pues, una condición

ineludible de ella. El hastío se apodera del hombre que se entrega a la haraganería.

Todo en el universo está en movimiento, giran sin cesar los soles y los mundos, y la vibración de los fluidos invisibles constituye la energía, la luz y la vida, en el conjunto universal.

Las especies se perfeccionan en la lucha por la existencia, desempeñando el papel que en la armonía universal les corresponde.

Por el trabajo conquista el hombre sus comodidades y embellece su morada planetaria, acumulando así bienes de que ha de gozar sin tasa en sus sucesivas encarnaciones. Si en una de sus existencias solo le toca laborar, en otra encontrará el fruto del propio trabajo y el de las generaciones que pasaron, estableciéndose así la solidaridad humana y realizándose la justicia distributiva del merecimiento.

El hombre que a nada dedica sus esfuerzos o sus facultades, no cumple con la ley general y no tiene derecho a los bienes que proporciona el trabajo.

La forma de este depende del adelanto alcanzado, y la lucha por la vida reviste así todo el carácter de justicia que buscamos.

El trabajo excesivo y mal remunerado, depende del atraso moral de la sociedad y exige una reacción.

El bien y el mal. Si no existiera lo que llamamos mal, no comprenderíamos ni apreciaríamos el bien, la vida se esterilizaría y las inefables dichas que esperan al espíritu, cuando puede desde el espacio contribuir al bien o realizarlo, no podrían tener lugar, quedando reducido a la contemplación pasiva y estúpida del Dios del catolicismo.

El mal es al bien como la oscuridad es a la luz; no es mal, sino negación de la creación positiva del bien, como la oscuridad no es en sí sino una carencia de la luz.

El que está en el mal, se aleja del amor de Dios, el que está en el mal, prefiere las sombras a la luz, prefiere los goces efímeros del mundo a los espirituales que nos acercan a la suprema felicidad que está en Dios.

Los goces materiales constituyen un bien relativo que hay que tomar con medida, como una vía de distracción o en cumplimiento de una necesidad de nuestra existencia material, pero no como objetivo que determine el derrotero de nuestra existencia espiritual.

Las pasiones innobles responden siempre a un sentimiento de sórdido egoísmo que contraría el progreso o el bien social, por las desconfianzas que engendran y los males reales que producen. La satisfacción que en definitiva sus autores experimentan se convierte por sí misma en un mal, ya destruyendo el equilibrio de la vitalidad corporal, ya preparándoles un sombrío vacío para cuando llegan a la vida espiritual.

Este vacío se concibe fácilmente, puesto que en la vida espiritual no pueden saciarse los apetitos de esas pasiones. El hastío es consiguiente, y guiándose por él, se desconoce la justicia divina, se cae en la maldad por el mal mismo, y se tortura a la humanidad, sobre la cual tanta influencia tiene el mundo espiritual, sin que por eso deje de realizarse la justicia.

Todo ser tiene lo que merece; el que es bueno, en virtud de la ley de afinidades, atrae hacia sí los espíritus del bien y nada pueden sobre él los malos. Pero pueden, sí, sobre aquel que se entregue a los vicios o se deje arrastrar por las malas pasiones.

Si la ambición de mando de quien no busca en ello sino la satisfacción personal, se realiza, hará él un mal gobierno, productor de males mediatos o inmediatos para el pueblo, que parecerá víctima inocente. Pero si indagásemos las causas, el estado de las costumbres, es probable que pensásemos de muy distinto modo. Por lo demás, basta echar una mirada retrospectiva, para convencernos de que los pueblos tuvieron siempre el gobierno que les correspondía con arreglo a su atraso, a su depravación o a sus virtudes y grado de cultura.

En cuanto a los déspotas, en ellos se reconcentran al fin las consecuencias de sus hechos, produciéndoles el hastío, el temor, el desencanto, el furor, en presencia de la más mínima contrariedad. Están condenados a ver desaparecer las satisfacciones que se prometieron en el abuso de placeres y caprichos, y, como los entes vulgares, se encontrarán después en el espacio sin saber qué hacer, que giro dar a la vida espiritual. Se verán en la oscuridad, como es justo, pues no debe llegar la radiación divina a los que así la desconocen, pretendiendo detener el progreso o amoldar la vida a sus desenfrenados deseos.

Así el mal resulta, pues, necesario para estimular el desarrollo intelectual y moral, realizándose siempre la justicia.

Pero, se dirá, el inocente puede ser víctima de la pasión innoble o de la brutalidad criminal. Es exacto e inevitable, si ha de existir el libre albedrío; pero la compensación no se hace esperar en tales casos, como saben todos los espiritistas que, sin contentarse con el fenómeno simple, estudian en las manifestaciones de los espíritus y en los cuadros de ultratumba, teniendo a la vez en cuenta que la

vida en la materia es la transición, la prueba, y que la vida espiritual, es la imperecedera o normal¹.

Otro concepto se impone: la existencia del ángel guardián, espíritu adelantado que se obliga a velar por un espíritu que se encarna. Al efecto, queda ligado por lazos fluídicos, que le permiten la transmisión de su pensamiento al corazón de su protegido, como un aviso del peligro de lanzarse en tal o cual acto indigno, dejando luego, en cumplimiento del deber y de la ley, que el libre albedrío se realice.

De ahí que, si el ser se atrasa o se estaciona, si pierde su prueba, justo es. Si produce mal, las leyes divinas han previsto la compensación para los ofendidos, y en cuanto a él, atraerá por afinidad a los espíritus que estén en igualdad de condiciones, siéndole así cada vez más difícil y penosa la reacción, lo que también es justicia.

En los pueblos oprimidos puede haber, y hay indudablemente, muchos seres que no merecen el mal gobierno, lo cual les brinda ocasión brillante para realizar su progreso. Ellos deben resistir la revolución del derecho, con desinterés. Por patriotismo y por amor a sus semejantes deben formar el núcleo sagrado sobre el cual se ha de operar al fin la reacción. Deben dar el ejemplo de virtud en medio de la corrupción de las costumbres, y haciendo así el bien, obtendrán, al volver al espacio, la merecida recompensa.

Pero nos podemos preguntar ¿cómo puede realizarse la aplicación del premio merecido, cuando solo tenemos por juez a la conciencia?

¹ No es posible en esta obra dar a esta cuestión todo el desarrollo que merece; me limito a plantearla de una manera clara para facilitar su resolución a los que hayan de continuar la investigación.

De esta manera. Cuanto más progresa el espíritu, más se eleva, porque su cuerpo fluídico se purifica, lo cual le permite alejarse gradualmente de la tierra, lugar de tinieblas para el espíritu, y acercarse a las regiones de la luz divina, que como nos prueba el Espiritismo, no es seguramente la luz que hiera los ojos de los mortales.

Conocimientos más profundos en la ciencia espírita, enseñan cómo se purifica el periespíritu. Solo diré aquí, que los actos malos atraen los fluidos pesados o materiales, y los actos y pensamientos nobles, producen una modificación esencial en el periespíritu, porque él está íntimamente ligado a la voluntad, que es la manifestación genuina del espíritu.

Tratándose del bien y del mal, no podemos dejar de recordar las epidemias, las catástrofes, las guerras y las enfermedades.

Largo sería ocuparse detalladamente de estas diversas manifestaciones del mal, tenemos, pues, que considerarlas en conjunto.

Todo mal conduce al bien, los dolores físicos y morales ponen a prueba la resignación y la paciencia, contrarios al orgullo, que es el mayor enemigo de nuestro progreso. Y ya se ha visto que si alguna vez se sufre sin causa necesaria o merecida, la compensación no se hace esperar.

Ante la guerra están los culpables y las víctimas. Para aquellos habrá el sufrimiento en espíritu y en la sucesiva existencia corporal, para los otros la justa reparación, si han obedecido a la necesidad, si mueren, reencarnarán pronto, mejorando en situación y en medios de progreso.

Las víctimas de los cataclismos, de los naufragios y accidentes, ¿se encontrarán en el mismo caso? Es de suponer que así sea; pero,

según algunos espíritus, la mayoría de esos acontecimientos están previstos. Si así no fuese, por lo menos, lo estarán los acontecimientos que dependiendo de la humanidad, van marcando su progreso. Esto se explica, por cuanto el pasado determina el presente, y este será el pasado del futuro. La elevación de miras, la inteligencia en la apreciación y el conocimiento de los hilos de la trama, bastan al efecto; y los hilos son las pruebas pedidas por los espíritus que forman en el mundo la clase dirigente, de cuya lucha va a depender el porvenir.

Existen algunas pruebas a favor de esa aserción. En el apéndice se encontrará una que, como hecho, no puede ponerse en duda: es atestiguada por personajes de la gran revolución del 99. La revolución fue profetizada por Caseau en un momento de *inspiración directa*, de la que se mostró digno en más de una ocasión. Dijo la suerte que cabría a las principales personas que le escuchaban, y llegó hasta predecir la decapitación del rey, y esto en una época en que la persona real se consideraba sagrada.

De ahí que, en diversa acción, en las pruebas pedidas están maravillosamente combinados el merecimiento, el libre albedrío de cada uno y la justicia y el progreso para todos.

Las enfermedades y la muerte prematura, como se comprenderá, pueden preverse con más facilidad por los ángeles guardianes y aún por el espíritu mismo, si está ya adelantado, pues conociendo los antecedentes de la familia y a los padres, se puede prever la constitución que tendrá el organismo, las enfermedades hereditarias a que estará sujeto y la mayor o menor propensión a contraer tal o cual mal contagioso.

En el primer caso, el ángel guardián busca lo que conviene a su protegido, no desde el punto de vista de la felicidad mundana, sino del éxito final, del progreso espiritual. En el segundo caso, el espíritu elige por sí mismo con arreglo a los dictados de su conciencia¹.

La mayoría de los matrimonios están previstos, lo cual es fácil de concebir después de lo que queda dicho. De ello pueden todos darse cuenta, recordando cómo se encuentran inopinadamente los que estaban destinados a unirse.

Los dramas que se inician en la tierra, ya lo he dicho, continúan en el espacio. El que siendo más adelantado pervierte a alguno que está en un grado más bajo de desarrollo intelectual y moral, tiene necesariamente que ser perseguido por este en busca de reparación. Tal es la ley, como prueba la observación de los cuadros de ultratumba. Tiene que sufrir el que hace sufrir; tiene que llorar el que hace llorar. El que ha desviado del camino recto a un amigo, a una persona cualquiera, por el ascendiente de su mayor cultura o posición social, tiene, ineludiblemente, que restablecer las cosas a su punto de partida, tiene que volver a la materia y encargarse de levantar al que hizo caer, siendo en tal caso, tal vez su esposa o su hijo².

De ahí que podamos decir acertadamente que los dolores, las penas y contrariedades que los hombres experimentan en cada

¹ La conciencia es el juez, y en espíritu, se aprecia la vida bajo muy distinto criterio que en la materia. En espíritu, cuando llega el arrepentimiento, se desea con vehemencia el progreso a cualquier costa, mientras que en la materia luchamos con el instinto de conservación y las aspiraciones mundanas.

² Algunas de mis aserciones si no se basan en los propios conocimientos, tienen su fundamento en los dictados de ultratumba compilados por Allan Kardec.

existencia, son buscados o merecidos. El pasado decide el presente y el presente el futuro.

La providencia. Tal cual la generalidad la entiende, no existe. Todas son leyes que se entrelazan y dan por resultado la armonía del conjunto, llevando las cosas y los seres a un fin dado, brillando siempre, como esplendorosa luz, la justicia divina.

El mal y el bien están en lucha dentro de esas leyes, pero el bien es poder positivo y el mal negativo; el primero es una fuerza constante y *progresiva*; el segundo una resistencia *que mengua*.

El mal tiene más eficacia en el mundo material, el bien la tiene mayor en el espiritual. Los triunfos efímeros de aquél elevan a los seres que de ellos son víctimas por no plegarse a los opresores. El mal tiene sus medios y el bien los tiene también. Si el malvado puede producir la violación y el crimen, no sería justo que el bien no tuviese a su alcance, no diré la venganza que, si es permitida, es siempre una prueba de atraso, sino los medios de hacer el bien física y moralmente. De ahí que Dios haya concedido al ser ya saturado de amor y caridad, que su sentida plegaria alivie a los que sufren aquí o en el espacio, que pueda, imponiendo las manos con fe, transmitir por ellas su fluido purificado, su fluido vital, al hermano enfermo y producirle mejoría obrando solo, si no es médium, y ayudado por los espíritus si lo es¹.

La Providencia no se ocupará de detener una lluvia, de evitar un cataclismo, puesto que todo ello está dentro del plan divino y sometido a leyes fijas, que fomentan el progreso definitivo.

¹ Tales son los médiums curanderos, rarísimos, porque se exige desprendimiento, abnegación y estar bien asistidos.

El progreso del planeta es correlativo y paralelo con la humanidad que recibe de ese progreso y coadyuva a él. El hombre saneará los lugares malsanos, establecerá la higiene en todas partes, destruirá las causas de producción de microbios, transformará por el fuego, evitando la putrefacción, hasta su propio cuerpo; aprovechará los residuos orgánicos en abonos encalados e inocuos; y destruyendo así, en parte, las causas de las epidemias, encontrará también los medios de combatirlas con eficacia, cuando en su adelante llegue al dominio voluntario de los fluidos.

Ese y muchos otros progresos realizará el hombre por su inteligencia. Preverá los cambios del tiempo, contribuirá a la normalización de las lluvias, perfeccionará todos sus medios de locomoción. Pero mientras no tenga lugar el progreso moral, mientras la idea de la solidaridad no domine por completo, mientras la igualdad no sea un hecho, mientras las costumbres no se purifiquen, la felicidad no será de este mundo.

La clase social dirigente no verá colmados sus deseos mientras no se eleve al sentimiento espontáneo de fraternidad y de caridad que le aconsejará remunerar mejor el trabajo del pobre y evitar su excesiva fatiga. Cuando este hecho tenga lugar, la mayoría de los humanos podrá entregarse a los afectos que ennoblecen, verá la higiene en su hogar y garantizado el honor de sus jóvenes.

No hay duda de que, en el presente, de la morada antihigiénica del proletariado, salen las pestes que invaden posteriormente los palacios; de la corrupción originada por el rico en la pobreza, brota el germen de la lepra corruptora de las costumbres.

De lo dicho se desprende que la Providencia no obra directamente en cada caso, sino en el conjunto armónico del progreso,

dejando que, dentro de él, cada hombre conquiste por sí mismo la felicidad y el puesto culminante que ocupará alguna vez en la escala de los seres.

Lo único que puede considerarse como actos providenciales *directos*, son las encarnaciones de los espíritus altamente colocados por su pureza, que obtienen el permiso de venir, o son enviados en misión especial para revelar a la humanidad lo que no puede alcanzar por sí misma, o a sacarla del error.

Tales misiones serán tanto más eficientes cuanto mayor sea el sacrificio que el espíritu se imponga, como la de Jesús, que puede considerarse la piedra angular de la civilización moderna.

Distribución de los bienes del mundo. La generalidad encuentra en ello un argumento decisivo en contra de la equidad justiciera de Dios. De ahí que, aun cuando de lo dicho de la elección de las pruebas y de las penas que cada uno se impone y merece, resulta el error de esa apreciación, necesario es que estudiemos detenidamente el porqué de la desigualdad en el reparto de los bienes del mundo.

Si el planeta tierra es un mundo de expiación y prueba, es evidente, como así lo atestiguan la mayoría de los espíritus encargados de dirigir el Espiritismo, que aquí se crean espíritus nuevos, entendiendo esta creación como el acto psicológico de la individualización del fluido vital en un ser humano, en que ya existan los órganos de la moral en desarrollo.

Esos espíritus pueden aparecer en los pueblos atrasados (fueguinos, aborígenes australianos y otros), que reciben también misioneros, o espíritus de las razas civilizadas, que ya adelantados, descienden entre ellos para impulsar su progreso.

Pues bien, esos espíritus embrionarios, cuando les toca encarnar en los pueblos adelantados, no pueden en manera alguna tener otro objeto que el que pueden desempeñar, el que necesitan para ejercer sus facultades nacientes. Tales son la mayoría de los trabajadores sencillos, sin que esto quiera decir que entre ellos no existan espíritus altamente inteligentes, que están allí en busca del progreso moral que se inicia con la resignación, la paciencia, y, sobre todo, con la humildad. O bien, para tomar allí naturalezas vigorosas, capaces de resistir después, por completo, a las tareas intelectuales, que son las más exigentes o consumidoras de la energías y de fluido nervioso.

En todas las clases sociales, en todos los estados de la vida, progresa el espíritu si realiza su prueba, es decir, lo que se ha creído capaz de hacer y ha decidido antes de su encarnación.

En su camino de progreso, el espíritu tiene que recorrer toda la escala y ha de retroceder más de una vez para corregir errores, faltas, culpas, que debe subsanar, so pena de estacionamiento. De ese movimiento, a que se ve reducido el espíritu que realmente desea su progreso, y de la aparición de los espíritus nuevos, depende la organización social, la diversidad de clases, de aptitudes, y la diferencia en la repartición de los dones mundanos. Esto es, pues, además de justo, grande y de sublime inteligencia por parte del Creador. Así existen igualmente los medios del progreso general, del progreso humano, que exige la división del trabajo y de aptitudes, así encuentran los espíritus todos los grados de prueba que requiere su adelanto. Así se realiza esta verdad: a cada uno según sus medios y según sus méritos en el mundo.

«Porque al que tiene, se le dará más, pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.», decía Jesús.

Esto, que a primera vista parece un absurdo, una iniquidad caprichosa, es, por el contrario, de estricta justicia, y los espiritistas saben ya de una manera inequívoca, por la historia de muchos espíritus que, hablando de sí, establecen la filiación de sus diversas encarnaciones, que las palabras de Jesús son una traducción fiel de la verdad.

Nada más justo que hacer responsable al ser de sus actos con arreglo al grado de su libre albedrío y de las circunstancias que le permitieron o no, los medios de obrar más o menos bien. Así, pues, aquel que poseyendo salud, posición social progreso intelectual, fortuna o mando, no aprovecha estos dones, merecidos o no, para hacer el bien, dar ejemplo de fraternidad y enseñar el camino recto, nada traerá al mundo espiritual que le haga merecedor de recibir algo; antes por el contrario, con justicia se le quitará, sometiéndolo a encarnar en bajas esferas sociales, o poniéndole en situación de desear dar curso a la inteligencia que siente en su mente, sin poder encontrar los medios.

Con razón decía Jesús, en sentido figurado, que era tan difícil que un rico entrase en el reino del Padre, como que un camello pasase por el ojo de una aguja. Es que la prueba del poder y la riqueza es la más difícil. En ella se pierden casi todos por el orgullo, por el abuso, por el egoísmo, y tienen que volver a recorrer de nuevo la escala, aunque, en general, rápidamente, para merecer una vez más esa tremenda prueba. Para salir de este mundo, es necesario que el adelanto sea tan grande en las virtudes morales, que aseguren el éxito en otro superior y que no quedemos expuestos a descender nuevamente.

La distribución de los dones del mundo es, pues, equitativa y regida por la necesidad. Dentro del concierto universal que

conduce las cosas y los seres por transformismo, por leyes sabias, por la evolución del fluido vital, a la suprema realización de los fines del Creador, a la creación de los espíritus y a la felicidad verdadera, todos pueden alcanzar su anhelo, realizar sus aspiraciones. Los que cifren la felicidad en los placeres sensuales, en la avaricia o las riquezas mundanas, en el juego, en la ambición de mando inmerecido, pueden realizar sus deseos; y mientras se apartan así del camino recto en perjuicio propio, son instrumentos inconscientes del progreso material y moral de las sociedades. Tan cierto es, que el mal es necesario al bien, que este no puede brillar ni aquilatarse sino en medio de las dificultades y las tentaciones.

Otro rasgo de la justicia divina que se le permite apreciar al hombre es el grado de felicidad relativa (la absoluta no es de este mundo) que cada ser alcanza en una existencia.

No dan las riquezas en sí solas la felicidad, si el ser que las posee no la merece, en cuyo caso estará dotado de una organización defectuosa y enfermiza. El poder, cuando no se realiza en el bien, aleja la satisfacción, la tranquilidad y las simpatías. La belleza, al par que es una prueba tan difícil como la de la riqueza intelectual o material, no es una felicidad si está acompañada de defectos de carácter.

La felicidad es absolutamente subjetiva.

El pobre que no lo sea en exceso, que no tenga por pena la pobreza, que tenga salud y sea un espíritu en primeros pasos, sin pasado ominoso, se sentirá feliz, colmando con facilidad sus aspiraciones sencillas. Y el rico, hastiado y siempre contrariado, en medio de sus pasiones y distracciones forzadas, le verá con envidia comer con gusto y apetito un mendrugo de pan, le oirá cantar, mientras realiza su tarea que nos parece atroz, y que para él es tan

fácil, porque posee una poderosa organización. Las más insignificantes distracciones, le producirán más íntima y franca alegría o goce, que la que la mayoría de los ricos pueden experimentar oyendo una ópera o en los fastuosos bailes y banquetes.

No quiere esto decir que el rico sea siempre infeliz, no. Lo que quiere significar es que la felicidad es puramente subjetiva, que depende de la inocencia primitiva del ser o de su progreso moral realizado.

Del somero estudio que acabamos de hacer de las relaciones del mal y del bien, resulta evidenciado que el mal no es más que el incentivo al progreso para llegar al bien, a la verdadera felicidad subjetiva en el estado de perfección espiritual.

Grande es la justicia de Dios. Si a veces no podemos comprenderla se debe a nuestra pequeñez. Para tener fe de ello, debiera bastarnos sentir en nuestra alma el deseo de justicia, comprendiéndola y aplicándola, pues el ser creado no puede ser más justo que su Creador.

Dios ha establecido, dice Kardec, leyes llenas de sabiduría que tienen por objeto el bien. El hombre tiene en sí mismo cuanto necesita para seguirlas; su camino está trazado por su conciencia; la ley divina está grabada en su corazón, y además de esto, Dios las recuerda sin cesar por medio de todos los espíritus encarnados que han recibido la misión de ilustrarle, moralizarle y mejorarle, y por fin, en estos últimos tiempos, por los numerosos espíritus desencarnados que se manifiestan por todas partes.

CONCLUSIÓN

La humanidad conquista con el Espiritismo la consoladora certidumbre de que los seres amados no concluyen en la tumba, y que, si bien todos sufrimos a través de las diversas encarnaciones, al fin llegamos a la felicidad las diversas encarnaciones, al fin llegamos a la felicidad eterna. Así, la certidumbre reemplazará a las creencias; todos podrán darse cuenta de que Dios es inteligencia en el hecho de la creación del alma, es justicia en su desarrollo y es amor en el infinito que nos aguarda.

Se ha cumplido la profecía del genio: la ciencia es la religión; y esa religión nos demuestra la conveniencia del trabajo, de la lucha y de la constancia para conquistar las aptitudes primero, la concepción y aplicación de la equidad en la fraternidad después, y, por último, la moralidad en la fraternidad, la moralidad coronada por la humilde caridad. Es decir, inteligencia primero, justicia después y por último amor, para seguir el impulso así marcado por la acción de Dios y llegar a Él, que en definitiva es amor.

Nuestro origen espiritual se pierde en la noche de los tiempos, nace oscuro, instintivo y sencillo; se desarrolla poco a poco, cae en el mal, sufre, lucha, y en su sufrimiento y en su lucha encuentra el

progreso y conoce el bien. Y por medio del bien llega a la luz, en los inefables goces de la caridad y el amor.

En el transcurso de esta lenta evolución, el hombre ha tenido siempre por guía las creencias religiosas; pero su culto ha estado siempre al nivel de su progreso intelectual y de sus necesidades morales. Ahora conquista, por fin, la verdad, que en su elevada misión predicó Jesús. El Espiritismo es el *cristianismo puro atestiguado por los hechos*, es la suprema conquista de la humanidad, conquista que corona el progreso intelectual e inicia la era del progreso moral.

No quiero significar que haya existido ni que exista una división radical entre ambos progresos, no. En todo tiempo ha habido algún progreso moral, en todo tiempo han descollado algunos hombres por la elevación moral; pero tomada en conjunto, la humanidad ha sido siempre inmoral. Actualmente sucede lo mismo, el bajo pueblo es inmoral por su propio atraso; la clase media solo se preocupa de atesorar y de aguzar la inteligencia; las clases dirigentes, si bien coadyuvan al progreso intelectual y saben guardar las apariencias, en el fondo son las más refinadamente inmorales, son los traficantes en política, son los que dando el mal ejemplo, pervierten las costumbres, comprometiendo el porvenir del estado.

Individualmente, lo primero que el hombre tiene son los instintos; conquista luego la inteligencia y por último la moral. En esta evolución, le acompaña, como se ha visto, la forma del cráneo. Pero ese último desarrollo no se ha terminado aún: es necesario que sea complementado para que el hombre alcance sobre la tierra toda su perfección, y con ella la felicidad posible.

A ese fin, es necesario empeñar las potencias del alma, hacer que la voluntad actúe en ese sentido para conquistar, al par que la

virtualidad moral, los órganos en que la dualidad humana se realiza. Y ¿dónde encontrará el hombre el incentivo que ha de inclinarle a proceder así? ¿En las promesas de una vida futura que la religión es incapaz de demostrar? ¿En el materialismo que solo presenta por término de la vida, de la acción de una existencia efímera, un descarnado esqueleto?

¡Seguro que no! Han llegado los tiempos en que el hombre necesita, para estímulo del progreso moral, saber que el alma sobrevive a la materia, que hay justicia y que nos aguarda un porvenir venturoso, dependiendo tan solo de nuestra voluntad, de nuestros proceder, que se acorte o alargue el término.

Es ley impuesta a todas las cosas marchar por distinta vía, según sus funciones, pero hacia un mismo y grandioso fin.

Detenerse es fácil, difícil detenerse mucho, dejar de marchar es imposible.

La humanidad ha venido subiendo trabajosamente por la vertiente de los tiempos. Moisés, con la ley en la mano, la condujo a la falda de la gran montaña sobre la cual se extiende la bóveda de lo desconocido. Jesús, con su moral inquebrantable, la hizo entrever el camino que conduce al cielo¹.

El Espiritismo, estudiando los medios y las leyes de la comunicación con los espíritus, ha llegado a poner al habla a la humanidad del presente con la humanidad del pasado. Esta comunicación permite que sepamos que Jesús dijo la verdad. Que solo el cumplimiento de su moral puede conducirnos hacia Dios, y esta demostración es tan evidente, que el hombre no podrá ya dudar, ni detenerse en su progreso moral.

¹ Comunicación de ultratumba.

Seguramente que este progreso será lento, más lento que el progreso intelectual porque este está estimulado por la necesidad o por las conveniencias sociales de una manera evidente e inmediata. Mientras que el progreso moral tiene que realizarse al impulso de aspiraciones mediatas en el ideal del porvenir y por la satisfacción de la conciencia.

Si perdidas, pues, las creencias, como fruto del adelanto intelectual, no hubiera la humanidad conquistado el Espiritismo, ese progreso moral no podría tener lugar. El ateísmo materialista, que mata la esperanza y destruye el ideal de justicia, imposibilitaría la moralización, y un movimiento de anarquía y de retroceso social no tardaría en iniciarse.

Pero el retroceso *efectivo* (me refiero a la humanidad) nunca tuvo lugar en el pasado, y menos puede tenerlo en el presente ni en el futuro. Lo que parece retroceso son caídas momentáneas de algunos pueblos, para que se cumpla la ley del merecimiento, y que de la lucha y del malestar surja la reacción y el adelanto; son lecciones que depara el destino en sus leyes previsoras, cada vez que se desconoce el camino recto del progreso. El adelanto, el perfeccionamiento, la espiritualización, está en el pensamiento divino; y aunque tengamos libre albedrío, es un don relativo incapaz de coartar ese pensamiento, pensamiento que conducirá al planeta y sus habitantes al summum de la perfección posible en él, y a las almas a la felicidad de los justos. Por eso, providencialmente, el hombre encuentra siempre algo que le guía, hasta ahora tuvo las religiones, en adelante tendrá la ciencia y la conciencia.

No miramos con fanatismo los bienes que el Espiritismo puede producir. Lo apreciamos en lo que realmente es, una conquista a la altura de nuestro progreso, que servirá de faro a la humanidad en

su tortuoso derrotero; sin que pueda, sin embargo, ser bastante poderoso su atractivo, para que cada ser, ni las sociedades, ni los pueblos, se tornen *instantáneamente* morales y caritativos, haciendo reinar desde luego la democracia, la fraternidad y la equidad.

Hacia ese ideal se dirige la humanidad sin sospecharlo, llevada por el perfeccionamiento espiritual de cada ser en la sucesión de sus encarnaciones, de cuyo perfeccionamiento y de los trabajos que van operando las generaciones que pasan, resulta el progreso general. Pero esa marcha del progreso, aún no del todo reconocida, es más o menos lenta, está más o menos salpicada por retrocesos parciales, dependiente de errores (falta de adelanto intelectual) y de culpas (falta de adelanto moral), sin que ello pueda impedir la realización de los destinos humanos, solo retardarlos.

El Espiritismo no nos revela una caprichosa Providencia, no nos pone de manifiesto un Dios que directa y constantemente vele por cada ser, ni por sus agrupaciones, ni por la humanidad misma. Lo que nos enseña es que dentro de ciertas leyes que obran como tendencias, los seres y las colectividades humanas tienen un libre albedrío relativo. Dependiendo así su marcha, más o menos difícil, más o menos larga hacia el fin que el Creador nos ha deparado, del esfuerzo particular y general que el hombre hace para alcanzarlo, mediante su perfeccionamiento intelectual y moral. Y que siendo la solidaridad humana una verdad, los que más se adelantan, enseñan y dirigen a los más atrasados, en la tierra y desde el espacio, donde de escalón en escalón se llega al ser más elevado de cada mundo, que es el encargado de su correspondiente desarrollo espiritual.

El Espiritismo nos enseña que las fuerzas, que las acciones físicas, conducen a un fin preconcebido, puesto que vemos que en su sucesiva realización, trasforma la nebulosa en sistema sideral, por medio de una evolución dada, conducen a cada planeta hacia el fin que le corresponde, consistiendo las variantes de su estado tan solo en las masas relativas, y dando así lugar a que pueda nacer en algunas la vegetación y los seres, mientras las otras alimentan esa vida con su calor y su luz, por la aplicación de las leyes de la herencia, de la selección natural y sexual, se desarrollan las especies, perfeccionándose las unas y desapareciendo las que ya no tienen razón de ser. Por leyes igualmente inevitables, se forma el elemento espiritual hasta que alcanza en el hombre la noción del bien y del mal, conquistando así el derecho de autonomía que se traduce, en primer término, por el hecho de la reencarnación.

El Espiritismo nos demuestra que desde ese momento, al par que el espíritu conquista facultades por la transformación de los instintos en inteligencia y las pasiones materiales en pasiones nobles, *las leyes divinas dejan de ser fatales, obrando tan solo como tendencias*. Cada espíritu tiene así el organismo que corresponde a su estado de adelanto, lo que necesita o lo que merece en las circunstancias que rodean cada una de sus encarnaciones. Nos demuestra también que el ser puede detenerse o prolongar su camino, pero que, gracias a esas tendencias, al fin llega, por su propio esfuerzo, a la suma de perfección y de felicidad posible en el mundo.

Y si esto sucede a cada uno de los seres humanos que habita en la Tierra, ¿no tendrá ello una repercusión necesaria sobre las sociedades y los pueblos? Seguramente que sí. Llegará un momento en que no aparecerán espíritus nuevos en el planeta, en que todos

estarán en perfeccionamiento y tendiendo a la igualdad. Si no han llegado esos tiempos, no pueden estar lejanos, puesto que ya van desapareciendo las razas y los pueblos atrasados.

Este movimiento tendrá que acentuarse a medida que los espíritus se perfeccionen, hasta que lleguen a ser moralmente tan adelantados, que ese mismo adelanto haga innecesarias las leyes coercitivas, porque habrán desaparecido las causas de los rencores, del odio y de la guerra, y, en consecuencia, la fraternidad y la igualdad serán un hecho consumado. Entonces la humanidad habrá dominado por completo a la materia, y con los conocimientos que haya alcanzado en el manejo de los fluidos o fuerzas, como en parte ya los tienen los espíritus desencarnados, podrá disminuir las causas de las enfermedades y epidemias, que nos aquejan debido a nuestra ignorancia relativa y al atraso moral que nos hace víctimas de nuestros vicios e intemperancias.

Esto es lo que nos enseña y lo que nos hace esperar el Espiritismo. Sin embargo, aún hay quien duda del progreso, y algunos hasta desesperan del porvenir. Hay quien cree en una Providencia que maneja directamente los acontecimientos y distribuye caprichosamente su gracia, mientras otros, negándola, van hasta suponer que todo se realiza por *su majestad el azar*. Los religiosos solo ven la salvación en sus creencias, pero estas desaparecen irremisiblemente ante la civilización. Confían algunos en el progreso intelectual, mientras niegan el progreso moral. Hay quien se atreve a decir que este sería contrario al progreso real, o por lo menos inútil; mientras que otros sostenemos que donde la moral y las costumbres se pervierten, el estado está perdido.

No basta, pues, lo dicho y enseñado hasta aquí en esta obra. Es necesario probar que el progreso se realiza a pesar de las caídas y

retrocesos de algunos pueblos. Es necesario que indaguemos las causas de esos retrocesos, cuáles son las que estimulan al progreso, y, por último, qué influencia tendrán los conocimientos y la moral del Espiritismo en la dilucidación de los actuales problemas sociales, de cuya resolución depende en gran parte el porvenir.

Estas cuestiones serán tratadas en otra obra que preparo, y a la que espero dar cima, a pesar del poco tiempo que me dejan mis múltiples ocupaciones y mi mala salud. La voluntad es una fuerza que solo puede ser anonadada en este mundo por la muerte. Algunos autores han terminado sus obras hasta después de haber perdido la vista.

APÉNDICE

¿El Espiritismo conduce o predispone a la locura o al suicidio?

Algunos alienistas empeñados en la preocupación materialista, rechazan toda indagación que pueda desviarles ni un instante de su idea fija, procediendo así como los sectarios fanáticos que evitan la discusión de sus arraigadas creencias. Por eso, sin estudio previo de los fenómenos espíritas, formulan su juicio con arreglo a los limitados conocimientos psicológicos que se poseen. De ahí que cuando un pobre loco pasa los umbrales de ciertos manicomios, los encargados de clasificar la enfermedad, acusan al Espiritismo como causa, cada vez que encuentran en el paciente la manía de las persecuciones, o las alucinaciones, olvidando que estos casos han existido en todos los tiempos, antes de que existiese el Espiritismo.

Con el mismo propósito, el Dr. Forbes Winslow se atrevió a decir que los asilos de Estados Unidos contenían alrededor de diez mil víctimas del Espiritismo. Tamaña inexactitud llamó la atención del distinguido Dr. Eugene Crowell, quien después de serias investigaciones, publicó y rebatió la aserción con los siguientes

irrecusables datos, en el *Spiritualist* de Nueva York del 2 y 9 de marzo de 1877.

El número de las casas de alienados en los Estados Unidos, el 1° de julio de 1876, según el *American Journal of Insanity*, era: instituciones sostenidas por el estado, 58; por villas y condados, 10; por sociedades de caridad, 10; por privadas, 9; total 87, y otras ocho que estaban en construcción. El número de alienados en estas 87 instituciones, en dicha fecha se estimaba por la misma autoridad en 29.558.

En el mes de diciembre último, 1876, dirigí las preguntas siguientes a cada uno de los directores de los asilos de dementes en los Estados Unidos:

1. El número de alienados admitidos o en tratamiento en vuestra institución, durante el año pasado; o si este número aún no se ha fijado, el del año precedente.
2. En qué proporción entraban los alienados por la exaltación religiosa.
3. En qué proporción los alienados por el Espiritismo.

He recibido la respuesta de 66 directores, pero solo 58 contienen todos los datos necesarios.

En la publicación aparecen los datos en una tabla, conteniendo el nombre de las casas de los alienados, el punto en que se encuentran, el número de dementes inscritos durante el período mencionado, el número de enajenaciones mentales debidas a la exaltación religiosa y al Espiritismo. Sigue el Sr. Crowell.

Según esta tabla, observamos que sobre los 23.328 locos que están en estas 58 instituciones, 412 casos son atribuidos a la exaltación religiosa, y 59 al Espiritismo.

Considerando que en el mes de diciembre último, había 30.000 alienados en las diversas instituciones de los Estados Unidos, que 530 casos fueron atribuidos a la exaltación religiosa y 76 al Espiritismo, vemos que según el número total, sea de la tabla transcrita o de todos los establecimientos del país, *hay siete casos de locura proveniente de exaltación religiosa por cada caso atribuido al Espiritismo*. Observemos también que los 87 asilos no encierran en sus muros sino 76 espiritistas (*menos de uno para cada asilo*).

La tabla siguiente presenta las estadísticas de un cierto número de años, hecha a este respecto en trece instituciones.

Aparece otra tabla con estadísticas de un cierto número de años, hecha al respecto en 13 instituciones.

Aquí tenemos un número de 58.885 casos; sobre este número, 1994 son atribuidos a la exaltación religiosa y 229 al Espiritismo. Según estas cifras observamos:

En 30.000 casos, durante los años precedentes, 1.016 por la religión, 117 por el Espiritismo.

Este año, 530 por la religión, 76 por el Espiritismo.

Es importante notar que el conocimiento del Espiritismo se ha extendido mucho, que el número de sus adheridos ha aumentado considerablemente y que los casos de enajenación atribuidos al Espiritismo presentan un número absolutamente menos grande.

66 alienados sobre un total de 30.000 representan una fracción de 1 por 395 o de una cuarta parte del 1%, en lugar del 33% que afirma el Dr. Forbes Winslow.

42 de las referencias de que hemos hablado, nos demuestran que sobre 32.313 locos, 215 pertenecen al clero, mientras que sólo son espiritistas 45. Lo que nos da un clérigo por cada 150 alienados y 1 espírita por cada 711.

Si estimamos el número de los espíritas de los Estados Unidos en 2.000.000 (número bien lejos del verdadero) deberíamos tener 1.333 alienados en nuestros asilos, mientras que no tenemos sino 76. Estamos, pues, obligados a contribuir al sostenimiento de estas instituciones sin gran provecho para nosotros. Pero, como nuestra religión nos enseña la caridad para con todos los hombres, somos felices de poder ejercerla con los sacerdotes y los miembros de las congregaciones, pues sus necesidades son más grandes que las nuestras.

El Dr. Reaney, director del *Iowa Hospital*, me dice, en la carta que me dirige, que entre los más de 100 alienados que han sido tratados en su consulta, durante el año 1874 y 1875, no había ningún espiritista.

Según el informe del *Worcester State Lunatic Hospital*, Massachusetts, según el cual 829 alienados se han tratado en 1876, solo un espiritista ha ingresado durante estos tres últimos años.

El Dr. John Curwen, director del *State Lunatic Asylum* en Harrisburg, Pensilvania, me dice: «Desde hace mucho tiempo que no tenemos un solo caso causado por el espiritismo¹».

En el *State Lunatic Asylum* en Utica, Nueva York, 11.831 alienados fueron admitidos en un período de 32 años; 32 casos han sido atribuidos al Espiritismo en los cinco años posteriores a 1849; en aquella época el espiritismo recién nacía, y por lo tanto, era poco comprendido. Después de 1853, es decir, después de veintitrés años, ni un solo caso se ha presentado.

¹ Al inicio del movimiento espiritista frecuentemente muchos mezclaban indistintamente los términos nuevo espiritismo, espiritismo y espiritismo (spiritualism, new spiritualism, spiritism), incluso cuando se querían referir a la misma cosa. Kardec aclara muy bien las diferencias en la Introducción de *El Libro de los Espíritus*. (Nota de Salvador Martín)

El Dr. B. A. Wright, director del *North Western Hospital*, en Toledo, Ohio, me escribe: «ocho casos de enajenación este año (1876) han sido atribuidos a la exaltación religiosa. Hay otros locos que parece que su exaltación religiosa sea la causa de su locura, pero nada se dice en las listas de las estadísticas».

El Dr. J. B. Crooker, en una carta al Rev. Dr. Watson de Memphis, dice: «Yo he sido encargado de la dirección del hospital psiquiátrico de Nueva Orleans durante siete años, y en este período, un gran número de alienados han ingresado y se han curado; yo no he tenido un solo caso de enajenación producida por el Espiritismo, pero sí muchos provenientes de otras religiones».

Lo que sigue es un extracto de una carta del doctor C. H. Nichols; director del *Government Hospital*, en Washington, en el cual fueron tratados, en 1876, 931 locos.

He visto un párrafo escrito por el Dr. Winslow, en el que afirma que el Espiritismo ha causado 10.000 casos de enajenación mental en los Estados Unidos. Mis observaciones me inducen a declarar que en esta aserción no hay ni un 1% de verdad.

La estimación del doctor está muy lejos de ser justa. En lugar del 1%, es la 314 parte del 1% (o sea 1 por 133).

El Dr. J. W. Ward, director del *New Jersey Lunatic Asylum*, en Trenton, escribe: «Tenemos ocho casos de resultados del Espiritismo (conforme a lo que se nos ha referido) Es bien difícil saber si el Espiritismo es la causa o el resultado de la locura, porque las alucinaciones de las enfermedades en el estado de enajenación son frecuentemente tomadas, sin razón, por causa de la enfermedad misma».

El Dr. D. R. Burrell, director del *Brigham Hall Asylum*, en Canandaigua, Nueva York, dice: «Las estadísticas ofrecen, mientras tanto, pocos casos atribuidos a la exaltación religiosa o al Espiritismo. Los parientes o amigos de la persona atacada de enajenación

presentan, frecuentemente, como causa de la locura lo que es simplemente el resultado; lo que es fácil ver después de algunos días de observación. En muchos casos de los llamados *casos religiosos*, los alienados no pensaron en la religión o no se hicieron religiosos sino después de haber sido atacados de locura. ¿No podría sacarse la misma conclusión respecto al Espiritismo como causa?».

El Dr. N. R. Stites, superior del *State Homeopathic Asylum*, en Middletown, Nueva York, escribe: «Tenemos en nosotros mismos una idea que nos inclina hacia lo natural. No es sorprendente que en el momento en que el espíritu y el cuerpo enfermos, dan rienda suelta a todos los errores de una imaginación en delirio, el espíritu confuso, olvidando, por decirlo así, sus relaciones con el mundo exterior, viendo y oyendo cosas que le parecen extrañas, vuelva con ahínco sus ojos al sentimiento de lo sobrenatural. Entonces se acuerda de lo que ha oído sobre Espiritismo y lo hace el sujeto de sus temores y sobrecogimientos. El enfermo asediado, grita, divaga y atribuye su enfermedad al Espiritismo. *Conviene notar que estas circunstancias, generalmente no suceden sino después que la locura ha sido declarada, lo que me induce a descargar a la religión y al Espiritismo de un gran número de caos que se le atribuyen*».

El Dr. B. D. Estman, director del *State Lunatic Asylum*, en Worcester, en su informe de 1873, dice que las tablas dirigidas según los informes de los parientes de los alienados son con frecuencia muy poco satisfactorias. Los parientes tienen frecuentemente interés en ocultar la verdadera causa del mal, o lo atribuyen a tal o cual síntoma insignificante.

Todas estas observaciones son verdaderamente de una gran importancia para todas las personas interesadas en el Espiritismo. La impopularidad de nuestras doctrinas y la idea que muchas gentes tienen de lo que ellas pueden influenciar en el espíritu, hace que fácil y naturalmente se atribuya al Espiritismo su aberración

mental, más bien que a otra causa. Es sin duda, en virtud de esto, que una gran parte del pequeño número de enajenaciones inscritas como provenientes del Espiritismo, son falsas.

El doctor John P. Gray, editor del *American Journal of Insanity*, dice en su informe: «Cada gran movimiento religioso ha estado siempre acompañado de un cierto número de casos de locura; esto prueba simplemente que en todo momento dado, una cierta cantidad de espíritus, sea constitucional o accidentalmente, estando predispuestos a la locura, se encuentran atraídos por la exaltación religiosa, que es una de las principales causas morales».

Estas observaciones pueden muy bien aplicarse al Espiritismo, aunque en una pequeña esfera.

El Dr. J. Ray, eminente autoridad en jurisprudencia médica y que ha hecho de la locura un estudio particular, dice en el *American Journal of Insanity*, en octubre de 1867: «Es muy censurable que se tenga una tendencia a dejar pasar ignorados los hechos del Espiritismo y no se le haga objeto de una investigación científica. Sorprende que los médicos no quieran profundizar los casos bien conocidos de catalepsia, sonambulismo, éxtasis, doble vista, y que lleguen a la conclusión de que todos los hechos del Espiritismo y del magnetismo animal, son del todo imposibles». Comparad este párrafo de uno de los más grandes especialistas de nuestro país con las aseveraciones desmentidas y la ciega generalización del Dr. Forbes Winslow y del Rev. Dr. Talmage.

Transcribo lo anterior del folleto de Cosme Mariño, del año 82, *El Espiritismo ante la ciencia*.

No hace mucho que el Dr. Rodríguez de la Torre se propuso probar en un libro publicado aquí *El Espiritismo y la locura* que el Espiritismo es causa poderosa de enajenación mental. Leí con detenimiento y encontré que, a pesar de hablar del gran número de

desgraciados conducidos a *Convalecencia*, por las prácticas espíritas, solo puede mencionar cuatro casos en los que atribuir como factor desencadenante la lectura de obras espiritistas, siendo de notar que leyeron cuando ya habían generado sospechas sobre su estado mental, como resulta de la imparcial descripción del Dr. de la Torre. Esos infelices solo tuvieron conocimiento del Espiritismo cuando ya eran víctimas de alucinaciones, y, en uno de ellos, cuando se encontraba sumido en una profunda desesperación por la pérdida de un ser querido.

Para acusar al Espiritismo de los casos de locura que se hacen figurar en las estadísticas, sería necesario inquirir, si se quiere proceder de buena fe, si el estudio del Espiritismo fue o no la verdadera causa. Seguramente que se encontrarían casos, pero la mayoría, causados por la tenacidad de experimentar sin bastante estudio, y sin conocer siquiera *El Libro de los Médiums*. Lo que será difícil es encontrar un caso de locura producido en las sociedades espíritas de investigación seria y debidamente constituidas. Lejos de ocasionarse en ellas la locura, podría citar varios casos en los que infelices perseguidos por los espíritus, ya casi obsesados, en *Constancia* fueron salvados del manicomio, recobrando la tranquilidad perdida y entrando de nuevo en sus ocupaciones normales. Mas no lo haré porque no debo dar nombres propios, y tendría que entrar en largas explicaciones que solo pueden ser comprendidas por los que ya han observado y estudiado mucho el Espiritismo.

Los médiums no los inventa el Espiritismo. Este es solo la ocasión de que se manifiesten las facultades mediúmnicas, como no forma el estudio al artista, sino que pone en juego sus aptitudes. De ahí que, si el pasado del espíritu encarnado en una persona, le ha granjeado enemigos en el espacio, ellos encontrarán, en su

mediumnidad inconsciente, la facilidad de vengarse. Estos son los desgraciados que se anotan como locos, víctimas del Espiritismo que ignoran, y que, por el hecho de ser médiums, más les hubiera valido conocerlo, lo que habría aumentado en mucho las probabilidades a favor de la conservación de la salud. Son esos los que van en número a los manicomios y los que en tiempos más bárbaros y fanáticos fueron quemados por brujos, hechiceros o poseídos, cuando aún no existía el Espiritismo que viene a dar la razón de esos hechos, a encarrilarlos, estudiarlos y evitar que los médiums inconscientes caigan en la locura.

Pero, no solo se acusa al Espiritismo de producir la locura, sino de propender también al desarrollo de las ideas de suicidio.

¡El suicidio causado por el Espiritismo! Es imposible, lo primero que se lee en Allan Kardec, es que el suicidio es uno de los mayores crímenes, por ser la consecuencia de la rebeldía del espíritu, que no quiere someterse a la prueba que le corresponde por su pasado. En las sociedades espíritas los guías espirituales ratifican esta verdad, y los cuadros de ultratumba revelan los atroces sufrimientos a que está sujeto el espíritu del suicida. Se siente este con vida y no puede separarse del cuerpo en descomposición. Este tormento dura todo el tiempo requerido para que se produzca la reacción y se torne imposible la reincidencia en la siguiente encarnación, que tendrá que ser como la anterior con sufrimientos, pues la *prueba* tiene que realizarse para que se opere el progreso.

Los materialistas sostienen que, no pudiendo existir los espíritus, los presuntos fenómenos no son sino meras alucinaciones

Veamos. Según algunos médicos, como el Dr. Rodríguez de la Torre, «son débiles de la mente los espiritistas, porque son cerebros que han evolucionado incompletamente por razón de herencia mórbida probablemente, o por otras que le escapan¹». Débiles de la mente Flammarion, Croques, Goldsmik, Zöllner; débiles de la mente, si no locos, habrían sido Jesús, Sócrates, Platón; desequilibrados el Dr. Gibier, Wallace, Varley y muchos otros sabios, astrónomos e inteligencias como Sardou, Jacolliot, Victor Hugo y Madame de Girardin. Cuerdos o de mente poderosa solo serían los Rodríguez de la Torre, Ramos Mejía y todos los de la escuela de Lombroso, quien sin embargo acaba de reconocer la realidad de los fenómenos espíritas, ante el profesor Ciolfi, debiendo, en consecuencia, ser ya borrado de la lista de los privilegiados de recta razón y de cerebro fuerte.

A pesar de entrar en el número de *la gran familia neuropática*, en compañía de aquellos hombres distinguidos, me atrevo a hacer un llamamiento a la razón de los que piensan con el Dr. Rodríguez de la Torre para que estudiemos lo que es la alucinación e indagemos después formalmente si las prácticas espíritas son productos de la alucinación o desencadenantes en ese sentido.

¹ Véase obra citada, Introducción XXXV.

El estado alucinatorio exige una excitación cerebral del todo anormal, como en los casos de delirio. Esa excitación puede ser producida por diversas causas. Conocidos son los efectos del alcohol, el opio, el hachís, la belladona o su alcaloide, la atropina, el cloral, etc. La extrema debilidad física, puede también producir las alucinaciones. Toda causa determinante de alteración de la circulación y del funcionamiento regular del cerebro, puede repercutir en los elementos nerviosos exagerando su actividad y dando lugar a las alucinaciones del oído o de la vista. Estas alucinaciones son pasajeras, desapareciendo con las causas que las predisponen, si no se repiten demasiado. Las alucinaciones de carácter permanente acusan una lesión orgánica, una perturbación funcional profunda o una obsesión.

En cuanto a las causas de orden moral que pueden llegar a producir la alucinación en personas de excesiva imaginación, encontramos el fanatismo religioso y el excesivo trabajo mental alrededor de una sola idea o estudio, que traen aparejados el excesivo ayuno y las vigiliadas prolongadas.

Esto es todo lo que se puede decir con certeza de las alucinaciones y sus causas, pudiendo tan solo agregar, que están más dispuestas a ellas las personas de temperamento nervioso y delicado, que las de embotado sensualismo y de corta inteligencia. Por eso puede citarse a Rousseau, que tenía ratos de alucinación, y a otros que llegaron a obtener la visión perfecta de un objeto cualquiera en que reconcentraban el pensamiento.

Algunos autores sostienen la posibilidad de las alucinaciones contagiosas. Despine, citado por el Dr. de la Torre, dice: «las alucinaciones son contagiosas en los exaltados, los apasionados y los fanáticos. En las reuniones de personas absorbidas por la misma

idea, las alucinaciones se propagan y se hacen fácilmente generales». No pretendo ponerlo en duda, pero a condición de que existan las causas de la excitación cerebral, es decir algo que pueda impresionar vivamente la imaginación, lo que no es el caso de la fenomenología espírita, que el autor quiere explicar de esa manera. Al efecto *inventa* el medio de que se valen los espiritistas para ver a los espíritus, de una manera completamente inexacta. Demuestran así los que suponen que solo se trata de alucinaciones contagiosas, que no han asistido a ninguna sesión espírita.

Uno de los presentes, según Despina, el más exaltado, afirma que ve el objeto de los pensamientos y de las aspiraciones de los miembros reunidos, o que oye tales palabras que halagan su pasión religiosa; y los asistentes, colocados en el mismo diapasón moral y vivamente impresionados por las afirmaciones del alucinado, acaban, a su vez, por ver y oír por medio de las alucinaciones, lo que el primero ha visto y oído de la misma manera. [...]En resumen, contagio moral y acción poderosa de lo moral sobre lo físico. Tales son las dos causas que propagan las alucinaciones de los exaltados en asamblea.

¡Así se explican los fenómenos que han sido relatados en esta obra! Sin embargo, todo aquel que haya seguido su lectura, verá que nunca ha sido necesario recurrir a medios que pudieran dar a sospechar que la ilusión o la alucinación intervengan en lo más mínimo. Basta presenciar una sola sesión espiritista en *Constancia*, por ejemplo, para persuadirse de la verdad que sostengo. Nueve años van transcurridos desde que empecé la investigación de los fenómenos espíritas, y puedo asegurar que jamás he presenciado una sesión en que las cosas hayan pasado en la forma que indica el Dr. Despina.

En las sesiones de materialización que he presenciado en Londres, mientras el médium quedaba en el gabinete oscuro, los concurrentes hablaban alegremente o bien escuchaban los acordes del piano, hasta el momento en el que, abriéndose la cortina, daba paso a un espíritu materializado en su periespíritu. En estos casos todos observan, nadie habla, a no ser que el espíritu dirija la palabra a alguno de los presentes. Mientras tanto, nadie manifiesta sus impresiones, ni son ellas de importancia, a no ser entre los noveles que acaban de darse cuenta de tan maravillosos hechos. Terminadas esas sesiones, se levanta generalmente un acta o memoria que da cuenta de lo que se ha presenciado. El acuerdo es completo, todos han visto y oído la misma cosa, sin que haya sido necesario que uno haya expresado en voz alta lo que ve.

En las sesiones generales de las sociedades espíritas, los fenómenos que pueden presentarse, si bien variados en su significación intelectual o moral, no lo son en la forma material de su producción. De ahí que sean esperados con entera indiferencia. Los asociados conversan en grupo sobre política o comercio los hombres, y sobre modas, paseos y quehaceres domésticos las señoras. Cinco minutos de silencio bastan para que se produzcan los fenómenos, tiempo requerido para que los fluidos de los médiums afecten las mesas, dándoles así a los espíritus el medio de ponerlas en movimiento, como asimismo a la toma de posesión que exige la aquiescencia de los médiums, que, como creo haberlo dicho antes, pueden rechazar por acto voluntario la acción directa de los espíritus sobre ellos.

Repito, pues, que basta presenciar una sesión para convencerse del error en que, por falta de observación de los trabajos espíritas, caen los que suponen a la alucinación causante de los fenómenos,

que de esa manera no tendrían más objetividad que los personajes fantásticos con quienes conversan los locos.

Sabiendo que los espiritistas sostenemos que hay mediumnidades videntes y oyentes, han encontrado la explicación de ello en la alucinación. Si hubieran observado a esos médiums bajo una experimentación seria, como yo mismo he hecho algunas veces, no dudarían de la realidad objetiva del fenómeno.

En Francia conocí un vidente y oyente a la vez. No me conocía, y la primera vez que le consulté, me dijo tenía a mi lado un oficial y describió su uniforme y su fisonomía, de tal modo como si hubiera estado viendo el retrato de mi abuelo paterno, coronel en la marina española. Dirigí entonces mentalmente algunas frases al indicado espíritu y las contestaciones que dio el médium repitiendo lo que oía de aquel fueron del todo acordes y satisfactorias.

Debo de prevenir que el referido médium, una joven inglesa, no había sido jamás magnetizada, y que yo no estaba en contacto con ella, para que el hecho pudiera atribuirse a la sugestión o transmisión del pensamiento. Por lo demás, puedo asegurar que no solo no pensaba en mi abuelo, sino que traía en mi corazón el deseo de obtener por aquel medio una conversación con mi padre.

Pero sea de esto lo que quiera, en las sociedades espiritistas no se hace uso de la mediumnidad vidente ni oyente. En *Constancia* tenemos un médium excelente en esa facultad, y puedo asegurar que nunca se le pregunta nada ni dice lo que pudiese oír. Pero ha sido aprovechado más de una vez para obtener un discurso pronunciado por alguno de los espíritus guías de la sociedad. Esto lo hace con posterioridad en su propia casa, recibiendo entonces el dictado completo del discurso que se desea publicar.

Una objeción atendible

Una de las objeciones más atendibles contra el orden de equidad y justicia que el Espiritismo declara existir en todo lo concerniente a la humanidad, es la muerte prematura, cuando los espíritus no hacen más que aparecer y desaparecer en el mundo.

¿Cómo justificaréis, se nos dice, ese hecho? ¿Qué han venido a hacer esos espíritus a la Tierra? Por otra parte, sabido es que esa mortalidad sigue una proporción dada, según las edades.

Difícil es, en verdad, dar una contestación que pueda satisfacer a los materialistas, ni aún a los espiritualistas que no tengan conocimientos, no solo teóricos, sino prácticos en Espiritismo. Los espiritistas fácilmente comprenderán la explicación.

Dentro de esas leyes que rigen la mortalidad, están también las que dirigen el movimiento progresivo de los espíritus. Si así no fuese, fallaría la grandeza de Dios y su inteligencia suprema.

La evolución de lo espiritual ha seguido y sigue paralelamente a la evolución de la materia.

A medida que los pueblos se civilizan, progresan los espíritus, y en consecuencia, poseen más medios de evitar las enfermedades y de combatir las causas de la mortalidad infantil.

En la misma proporción del progreso espiritual, está, pues, el progreso en lo material. Cuando la humanidad llegue a su apogeo, es muy posible que la muerte no ataque sino en el término preestablecido. Algunos espíritus han hecho revelaciones sobre la vida en planetas que ya han llegado a la meta, y dicen que allí la existencia es casi igual para todos, y, cuando llega a su término, se extingue

sin dificultad ni dolores, bajo el conocimiento evidente que solo se trata de una separación por un tiempo más o menos largo.

En nuestro estado actual, en este mundo, los espíritus tienen muchas culpas que expiar. Una de esas expiaciones es la encarnación y desencarnación casi inmediata, prevista por el espíritu. Las cifras de mortalidad infantil corresponden proporcionalmente a los espíritus que requieren esa triste expiación, y que al mismo tiempo también sirve para ejercitar y avivar la virtud, la paciencia y la resignación de los padres.

Declaración del sabio Lombroso en pro de la realidad de los fenómenos espíritas

Hace pocos meses que Charles Richet, profesor de fisiología de la escuela de medicina de París, escribió todo un libro en el que se declara partidario del fenómeno espiritista, increpa a las academias, reta a los sabios que desechan con desdén el estudio de una nueva verdad, y asegura que los hechos que ofrece a observación el Espiritismo son una realidad tan positiva como cualquier otro hecho científico.

Hoy se nos presenta Lombroso, cuya fama es universal, y confiesa lo mismo. Inclina su cabeza ante el poder de la evidencia, se rinde a discreción ante la irresistible demostración experimental, se avergüenza de haber combatido la verdad creyéndola un error, y siente en su alma el pesar de haber estado ciego tanto tiempo sin comprenderla.

Nada exageramos. Véase esta declaración.

Lombroso le dirigió una carta al investigador Ernesto Ciolfi, y esta carta fue publicada en la *Tribuna Giudiziaria* de Nápoles, en su número del 5 de julio del año 1891.

En ella transcribe el siguiente párrafo:

Estoy avergonzado y condolido de haber combatido con tanta tenacidad la posibilidad de este hecho llamado espiritista; digo del hecho, porque de la teoría soy todavía contrario. Mas los hechos existen y de los hechos yo me envanezco de ser su esclavo.

C. Lombroso

Problema científico resuelto por un espíritu

Explicación del movimiento retrógrado aparente de los satélites de Urano, y descubrimiento de los satélites de Marte.

El general mayor A. W. Drayson, ha dirigido al periódico *The Light*, de Londres, la carta siguiente en respuesta a una consulta que le hizo Georges Stock. Es decir, si el general podía citar un solo caso de solución dada inmediatamente por un espíritu o por la fuerza inteligente que así se llama, a uno de los problemas científicos que hace un siglo ocupan constantemente y confunden a los sabios de Europa.

Contestando a vuestra consulta, me es grato comunicaros la siguiente relación, como resultado de mi experiencia personal.

Fue durante el año 1781 cuando Sir William Herschell descubrió el planeta Urano y sus satélites, y se sorprendió en extremo al observar que el movimiento de estos últimos presentaba un fenómeno inesperado y sin ejemplo, en oposición a la ley universal conocida de la armonía del sistema planetario; pues en los planos de sus órbitas alrededor de Urano hacen su rotación de oriente a occidente, es decir, a la inversa y en una dirección diametralmente opuesta a la de los otros satélites.

Cuando el célebre Laplace, astrónomo francés, descubrió que el sol, como todos los planetas, estaba formado de la condensación de la materia de las nebulosas, el movimiento excepcional de estos satélites le pareció un enigma indescifrable.

En todos los manuales de astronomía publicados hasta 1860, se confirma este hecho relativo al movimiento inverso de los satélites

de Urano. Y yo mismo, admitiendo todo, no pude explicármelo de ninguna manera, era un misterio tanto para mí como para todos los astrónomos.

En 1858 recibíamos en nuestra familia una joven dotada de mediumnidad, y obteníamos manifestaciones diariamente. Una noche me dijo que veía cerca de mí un espíritu que le aseguraba haber sido astrónomo cuando vivía en nuestro planeta. Le pregunté si en estado de espíritu comprendía mejor la astronomía que cuando existía en la tierra. Me respondió que *mucho más*. Traté de poner a prueba a este jactancioso espíritu astrónomo, y le dirigí la siguiente pregunta. ¿Podréis decirme o enseñarme por qué los satélites de Urano hacen su rotación de oriente a poniente en vez de hacerla de poniente a oriente? La respuesta no se hizo esperar. Esta es:

«No es del todo cierto que los satélites de Urano hagan su rotación alrededor de este astro de oriente a occidente, sino que, precisamente lo mismo que la luna alrededor de la tierra, la hacen de occidente a oriente. El error de que se trata reconoce por causa la circunstancia que al descubrirse Urano, su polo austral estaba en dirección hacia la tierra, de tal suerte, que así como el Sol observado desde el hemisferio austral, parece hacer su carrera diaria de derecha a izquierda, y no de izquierda a derecha, del mismo modo que los satélites de Urano parecía que giraban de izquierda a derecha, cuando en realidad su movimiento verdadero alrededor de su planeta, era de derecha a izquierda».

A la pregunta que enseguida hice, me dio la siguiente respuesta, explicativa:

«Durante el largo tiempo que el polo austral de Urano estaba en dirección hacia la tierra, los satélites parecían girar de izquierda a derecha. Esta posición dura cerca de 42 años, pero cuando Urano

dirige o cambia hacia la tierra su polo boreal, se ven entonces los satélites moverse de occidente a oriente».

Habiendo luego preguntado cómo podía ser que 42 años después del descubrimiento de Sir Herschell, no se hubiese apercibido el error, se me contestó que:

«Comúnmente se copia a la ligera y sin un examen concienzudo lo que afirman estos sabios, que son tenidos en gran estimación y gozan de gran autoridad científica».

He escrito sobre esta materia una disertación que se publicó en 1859 en el periódico *La Institución de la Artillería Real*. Más tarde, en 1862, en uno de mis trabajos de astronomía he repetido esta misma sencilla solución del problema, pero la influencia de las autoridades en la materia es tan grande, que apenas en nuestros días los astrónomos comienzan a decir, sin asegurarlo, que el misterio de los satélites de Urano debe probablemente atribuirse a la posición de su eje.

Durante la primavera de 1859, tuve nuevamente ocasión de comunicarme, por la joven médium, con un espíritu que afirmó ser el mismo astrónomo. Me hizo saber que el planeta Marte tenía dos satélites que nadie había aún descubierto, pero que sin embargo, podían distinguirse en condiciones favorables. Confié parte de esta comunicación a tres o cuatro amigos que tenían conocimiento de mis estudios espíritas. Resolvimos no hablar nada de esto, puesto que por el momento no poseíamos prueba alguna científica de la verdad anunciada. Confié también este mismo hecho, antes de mi viaje a las Indias, a Sir Sinnet, mas no recuerdo la fecha exacta. Dieciocho años después, es decir, en 1877, esos satélites fueron descubiertos por un astrónomo de Washington.

Traducido de *Le Messenger*, de Lieja, Bélgica 15 de agosto de 1889.

Discurso de ultratumba

Discurso pronunciado por el espíritu Hilario, guía y protector de la Sociedad *Constancia*, a través del médium parlante C. S., desarrollando el siguiente tema propuesto por un hermano.

Tema

¿Cómo se explica, a la luz del cristianismo, la aparente contradicción que resulta para nuestra sagrada doctrina, de la prohibición de Moisés que se registra en el Deuteronomio, cap. XVIII, vers. del 9 al 11, que dice: «No evocarás a los muertos»?

Plegaria del espíritu Hilario

¡Señor! Lanza, oh, padre amoroso, un rayo de tu pura y brillante luz sobre tu hijo. Permite que tus mensajeros vengan a depositar su inspirado aliento en su mente, para que pueda explicar con lucidez y sellar con el sello de la verdad el desarrollo del tema propuesto.

Ecos de las montañas, susurro de los valles, murmullo de cristalinos arroyuelos, trino de tórtola amada venid.

¡Venid a mí!

Unid vuestros ecos melodiosos, con la armonía del universo, y así unidos, formad un foco de inspiración, de luz y de verdad, donde puedan mis pensamientos reflejarse en su luz y mis labios pronunciar palabras de verdad.

¡Venid!

Este humilde hijo del Señor os espera.

Venid.

¡Gracias!

Desarrollo

Moisés fue el iniciador de una gran reforma, de un código que sirvió de base para que la humanidad pudiera cosechar todas las ventajas que le esperaban en el porvenir.

Moisés vino sobre la tierra en tiempos primitivos, en épocas de atraso, de extravío y perversión de todo sentimiento moral y religioso. Vino a vivir en medio de una sociedad intelectualmente bárbara. El pueblo hebreo era la encarnación de la barbarie primitiva, en la que había vivido sumergido por espacio de muchos siglos. Pueblo idólatra en el que se adoraban hombres llenos de vicios e imperfecciones, los metales, los animales feroces y aún los más horrorosos reptiles eran objeto de adoración y culto religioso.

Por consiguiente, la reforma que venía destinado a introducir, debía ser radical, y enérgicos los medios que habían de emplearse. Precisaba de una legislación firme y que sus leyes fueran impuestas por la fuerza a un pueblo incapaz de acatar por el convencimiento reformas tan fundamentales, que chocaban abiertamente con sus prácticas, usos, costumbres y creencias religiosas.

¿Qué hubiera sido de ese pueblo bárbaro y supersticioso, ignorante y fanático, creyendo, como creía, en falsos ídolos, en encantamientos, y en adivinaciones con la evocación de los muertos?

Hubiera sido el juguete de los espíritus mixtificadores.

Se hubiera apartado de Dios para entregarse en brazos de la idolatría.

Hubiera desechado la luz de la verdad para vivir en las demás nieblas del engaño.

Examinad la Biblia con detención, y veréis que está plagada de estas aparentes contradicciones; y sin embargo, contradicción no hay sino para el que quiere a toda costa extinguir las verdaderas fases de luz, para iluminar los espíritus con los fuegos fatuos de su ignorancia.

Examinad con detención, y veréis que Moisés dijo también a su pueblo, como ley divina:

«Ojo por ojo. Diente por diente».

Y esta ley ha regido por siglos, hasta que vino el hijo de un humilde carpintero, nacido en una humilde aldea de Judea, a decirnos:

«Cuando recibáis una bofetada en la mejilla izquierda, presentad la derecha».

Tras de la ley de la fuerza, de la venganza, de la retribución de las injurias, vino la ley del perdón, la ley del olvido de las ofensas, la ley de la fraternidad, del amor, del perdón de las deudas para que se nos perdonen las nuestras.

Comparad los tiempos de una y otra legislación.

Comparad el estado moral, intelectual y social de aquellos pueblos que se apartaban de Dios para dirigir sus horrendos sacrificios a las bestias feroces, a los becerros de oro, a las serpientes venenosas.

Comparad, y comprenderéis la razón filosófica, científica, de semejantes prescripciones, comprenderéis que lo que hoy nos parece absurdo, *en aquel tiempo todo fue necesario*.

Lo que hoy no tiene razón de ser, era en aquel tiempo tan indispensable, que no pudiera marchar a su objeto la humanidad sin ello.

«Ojo por ojo, diente por diente» dijo Moisés.

Y aquel hijo de Nazareth; aquel que fue escarnecido, azotado y coronado de espinas; aquel que recorrió el Calvario llevando sobre sus hombros el pesado madero; aquel que espiró en la cumbre del Gólgota, después de regar el pie de la cruz sobre la que fue clavado con gotas de su propia sangre; Jesús, en fin, derogó esa ley cuando Pedro en el huerto desenvainó la espada contra Malco, y le contuvo con estas palabras:

«Pedro, envaina tu acero, que el que a hierro mata, a hierro morirá».

Derogada fue la ley de la venganza y destruida la ley de represalias, y reemplazadas por la ley de amor y de perdón.

«No evocarás a los muertos» dijo Moisés. Porque como queda explicado aquel pueblo que ya conocía la comunicación con el mundo espiritual, carecía de la necesaria instrucción, y sobre todo, de la firmeza de fe en su Dios para conservarse dentro de sus mandatos y no dar en su corazón mayor acceso al mal que al bien. Lo que, como veis, hubiera sido la perdición de la humanidad.

Sabia y consoladora fue la disposición que consultáis, cuando vino a demoler el edificio de la idolatría para dejar libre el camino a la verdadera religión que se dirige a Dios.

Cuando vino a ahogar en su seno el fanatismo naciente, que se ha defendido y aún defiende sus posiciones, después de 3.000 años de lucha, en el corazón de la humanidad.

Pero después de Moisés vino el divino Maestro, y lo que encontró innecesario lo abolió. Lo que consideró necesario, lo afirmó. Y lo que no abolió ni confirmó, lo dejó libre para que la humanidad en su marcha de progreso, lo reformase, aboliese o confirmase,

pues era ya depositaria de secretos científicos que la elevaban muy por encima del pueblo de Moisés.

Ella tenía el pleno goce del libre albedrío con su facultad intelectual de distinguir el bien del mal, y Jesús predijo el uso que esa humanidad haría de esta facultad, y ¡su predicción se cumple!

Él dijo a sus apóstoles:

«Bajará sobre vosotros la luz de la verdad y el espíritu santo estará con vosotros; y con vosotros estaré yo en espíritu cuando me hubiereis menester».

Ahora yo os pregunto:

¿Qué entendéis por luz de verdad, si no es la revelación espiritual?

¿Qué entendéis por el espíritu Santo, si no es la comunicación que Dios envía por medio de sus puros mensajeros?

¿Qué entendéis por la presencia de Jesús en espíritu, si no es la comunicación directa con sus discípulos para mantener en sus corazones puro el código de las leyes eternas, puro el sentimiento de su doctrina, inalterable y pura la verdad de sus santísimas máximas, únicas que podrán conducir a la humanidad al puerto seguro de salvación?

Esto es lo que viene a relevar a la humanidad del siglo presente de aquella prohibición tan salvadora y justa para la humanidad de 3.000 años atrás.

Pero no basta que haya sido relevada de cumplir aquella ley. Es bueno averiguar si el Espiritismo ha sido dejado como piedra de toque, como prueba para que podamos seguir por el buen sendero o separarnos del malo.

Es bueno saber si el que reformó la legislación mosaica no manifestó algo que nos arroje un rayo de luz sobre materia de ¡tan fundamental importancia!

Recorred, recorred las páginas de ese libro precioso, y en ellas encontrareis cuanto os fuere necesario para alumbrar vuestro camino.

«¡No evocarás a los muertos!»

¿Qué son los manes de los antiguos poetas?

¿Qué las musas de los modernos, sino espíritus de los que han muerto?

¿Cómo se comprenden las visiones de Jacob, los sueños de José, sino por la comunicación con el mundo invisible?

¿Qué significa en fin la predicción de Jesús?

«Llegará el día que vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños».

¿Qué significa todo ello, sino una predicción que hoy se cumple por medio del Espiritismo?

¡Oh, grande, inmenso poder y sabiduría de Dios!

¿Cómo os ostentáis a cada instante más grande, más inmenso, más profundo, cuanto más se os pretende penetrar!

¿Cómo habéis tenido poder para esto, que es tan claro, haya pasado impreso dieciocho siglos ante la vista del hombre, sin que nadie haya penetrado su evidente contenido?

Inclinemos humildes nuestras frentes, elevemos nuestros corazones a ese Dios que en las cosas, al parecer más sencillas y triviales, sabe darnos pruebas patentes de su grandeza, para fortificarnos en el fervor de nuestra fe religiosa, y de su amor infinito.

Démosle profundas y sentidas gracias por los tiempos que alcanzamos.

«¡El espíritu de verdad vendrá sobre vosotros!» dijo Jesús.

Y cuando ese espíritu de verdad viene con tan claras y evidentes manifestaciones, aún queréis rechazarlo y os llamáis apóstoles de Jesucristo.

«Vendrá el espíritu de verdad sobre vosotros, vendrá».

Y cuando veis que ese espíritu de verdad viene al mundo y se extiende y se difunde, y penetra por todas partes, y se desliza en el corazón de los humildes, de los ciegos, de los que llamáis ignorantes; y recorre todas las escalas sociales, y penetra en la cabaña, y derrama sus luces en el palacio, y surge en los grandes centros sociales al mismo tiempo que se manifiesta en las casi desiertas selvas y montañas, entonces decías: *¡Este no es el espíritu de verdad!*

«No es, no puede ser, cada uno de vosotros repite; porque siendo yo el apóstol de Jesucristo, debo ser también el depositario de sus arcanos y el propagador de sus verdades.

Mi alma se halla a oscuras; luego esta luz no es luz de verdad, yo la rechazo».

¡Desgraciados! ¿No veis que el demonio del orgullo invade vuestros sentidos, ciega vuestros ojos, oscurece vuestra razón y nubla vuestro entendimiento?

Rechazáis la luz porque quisierais ser siempre los dispensadores de la verdad y de la gracia.

Ministros de las religiones positivas, no podéis conformaros con que la sociedad pueda prescindir de vosotros.

Comprenderíais al espíritu de verdad cayendo directamente sobre aquellos que llevan un manto bordado con los emblemas de vuestros rituales.

Comprenderíais al espíritu de verdad sirviendo al engrandecimiento, a la prosperidad, a la vanagloria de esas religiones positivas que conquistaron su preponderancia por medio del oro que seduce y pervierte las conciencias. Por medio del puñal que desgarró el corazón del hermano. Por la gota de veneno que se infiltra en las venas del padre, de la madre, del hijo. Por medio, en fin, de lo que destruye lo por Dios creado y levantado, que contra Él conspira.

Pero la verdad de Dios necesita más anchos espacios que los que pueden ofrecerle corazones limitados por el orgullo, la vanidad y el egoísmo.

Verdad que no se encierra en límites estrechos. Verdad que se esparce por el mundo como la luz del sol. Verdad que ilumina todos los entendimientos en una intensidad igual. Esa es verdad de Dios, es ley de justicia, de igualdad, de equidad, de caridad y de amor.

Verdad que se concreta a reducido número de privilegiados, que se encierra en muros inaccesibles a los profanos, que aparta a unos su luz para prodigarla a otros; esa es verdad oscura, falta de prueba, no evidente, falsa.

¿Cómo pudiera permitir ese Dios de amor, de caridad, de justicia, de misericordia y de bondad, que uno de sus hijos, invocando una facultad que ellos mismos se han arrogado, tome su nombre, su santo nombre, para elevarse sobre los demás y humillar a sus hermanos?

¿Cómo puede consentir que sea infringida su ley de igualdad, dispensando a una clase social beneficios que no se acuerdan a las otras?

La equidad, la justicia, la fraternidad fueran entonces palabras vanas y no leyes divinas.

Y Dios no puede, digo, *no quiere* derogar sus divinas leyes en provecho de clases, castas ni jerarquías.

A la falsa luz de una mal entendida doctrina, pretenden estudiar las leyes de Dios armonizándolas con sus intereses mundanos.

A sus falsos resplandores han estado viendo la tierra, por espacio de muchos siglos, sirviendo de centro a toda la inmensidad del universo, sin que bastase para persuadirles que el sol no se ha detenido a la voz de Josué, todos los argumentos que las ciencias exactas traían, apoyados en evidentes experiencias.

Y ha sido menester que la ciencia rompa todos los obstáculos después de una encarnizada lucha de siglos, para que comprendiesen que este Edén, este mundo único, estable, incommovible, está sujeto y obedece, como todos los demás astros, a la ley universal de gravedad, atracción y repulsión.

A favor de los progresos de la ciencia, se vio, que lo que hasta entonces era un dogma de fe, había solo sido una falsa, interpretación del texto bíblico.

Y se vio al planeta tierra gravitar y hacer su revolución en el espacio como los demás. Y comparándolo con ellos, éste, que había sido considerado como el todo de la creación de Dios, resultó ser un pequeño infusorio comparado con un elefante, un átomo, la parte indivisible por su pequeñez, comparada con el infinito, la

lágrima de un niño confundida con la inmensidad de las aguas del océano, la nada, en fin, comparada con el todo.

Los dogmas de fe han desaparecido ante la ciencia.

Día llegará en que marchen juntas, abrazadas, estrechadas, *ciencia y religión*, esto es: *filosofía y moral*.

La ciencia, encaminando a la humanidad hacia sus altos destinos de perfeccionamiento y progreso. La religión, conduciéndola al foco de donde salió. Y ambas unidas con fuertes lazos, dirigiéndose hacia Dios, fuente de toda ciencia, fuente de toda religión, Creador de todo lo existente.

Sí, día llegará en que el velo del oscurantismo, con el que quieren ofuscar los sacerdotes de las religiones positivas a sus hermanos, se rasgue por completo.

Día llegará, y no está muy lejano, que la fe razonada sustituya a la fe ciega, que las nieblas de la ignorancia se desvanezcan por completo por los claros rayos de la luz de la ciencia.

Y entonces vosotros, ministros del altar, comprenderéis estas palabras de Jesús:

«Confesaos los unos a los otros».

Y no daréis la torcida y violenta interpretación que habéis dado a sus mandatos para hacerlos servir a vuestros mundanos propósitos.

Los que han torcido la doctrina del divino Maestro para mantener en el mundo el imperio de su poder temporal, no comprendieron, o más bien dicho, no quisieron comprender, que quiso decir Jesús.

Confesamos nuestras faltas para pedir perdón al que hemos ofendido.

Porque aquel que ofende a uno, ofende a todos sus hermanos, y ofendiendo a todos sus hermanos, a Dios ofende, porque Dios ha dicho por medio de su mensajero:

«Ama a tu prójimo como a ti mismo», y no ama al prójimo quien le ofende, y después de haberle ofendido, no confiesa su falta, no se arrepiente y no solicita humildemente el perdón del agravio inferido.

Pero de esto a la confesión que inventaron los que tan mal han interpretado las palabras de Jesús: «Confesaos los unos a los otros» media la inmensa distancia que existe entre el bien y el mal, la verdad y la mentira, la luz y la oscuridad.

Esos que veis al frente y que se llaman ministros de las doctrinas positivas, estudiadlos, comparándolos con las doctrinas del cristianismo, y veréis que no son cristianos, porque no se apoyan en la doctrina de Cristo.

No son mosaicos, porque no practican la doctrina de Moisés.

Ni cristianos, ni mosaicos, son sacerdotes.

Queridos hermanos, tened presente que todo aquel que se apoya en las leyes de Dios, ese está en la verdad y todo aquel que de ellas se aparte, ese incurrirá en el error.

Además, grabad en vuestra mente estas palabras.

Tened por templo al Universo, por altar vuestros corazones, por imagen a Dios y por sacerdotes vuestra conciencia.

Trabajad, estudiad con desinterés, con abnegación, con verdadero empeño de instruiros y no con el de engrandeceros, y veréis vuestro entendimiento iluminarse y vuestra fe justificarse con los elementos de la verdad.

Y las falsas interpretaciones dejarán paso franco a la evidencia de los hechos.

Bien, temiendo abusar del médium, en primer lugar, y urgiendo mi presencia en otra parte, en segundo, voy a retirarme, siempre que de mi presencia no preciséis.

Dios esté con vosotros.

Predicción de Cazotte, referida por Laharpe

Todavía me parece que era ayer y, no obstante, era a principios de 1788¹.

Nos hallábamos a la mesa en casa de uno de nuestros compañeros de la Academia, gran señor y hombre de agudo ingenio. El acompañamiento era numeroso, y en él estaban representados todos los estados, gente de la corte, de toga, literatos, académicos, etc. La comida había sido espléndida como de costumbre, a los postres, los vinos de Malvasía y de Constanza añadieron a la alegría propia de tales reuniones, esa especie de libertad, ajena, por otra parte, al buen tono. Estábamos en aquellas circunstancias en que todo está permitido con tal que excite la risa.

Chamfort acababa de leernos uno de sus cuentos impíos y libertinos, y las nobles damas que nos acompañaban a la mesa, lo habían escuchado sin recurrir una sola vez siquiera al abanico. De ahí un diluvio de bromas sobre la religión. Uno recitaba estrofas de la *Pucelle*², otro recordaba estos versos filosóficos de Diderot:

«Y con las tripas del último cura
ahorcad al último rey...»

Y todo el mundo aplaudía.

Un tercero se levanta, y agitando un vaso lleno, exclama:

— Sí, señores, tan seguro estoy de que no hay Dios, como de que Homero era una bestia.

¹ *Obras escogidas y póstumas*, 4 vol. en 8º París 1806; t.1, pág. 62.

² Poema de Voltaire.

Y en efecto, tan seguro estaba de lo uno como de lo otro.

La conversación fue haciéndose más seria; se habló con admiración de la revolución que acababa de hacer Voltaire, y se convino que éste era el primer título de su gloria.

— Ha dado el tono a su siglo, lo mismo es leído en la antecámara que en el salón.

Uno de los convidados nos refirió, ahogándose de la risa, que su peluquero le había dicho mientras le espolvoreaba:

— Vea Ud., caballero, aunque no soy más que un pobre diablo, no por eso tengo más religión que otro.

La conclusión que de todo esto se sacó, fue que la revolución no tardaría en consumarse y que era de todo punto necesario que la superstición y el fanatismo cedieran su plaza a la filosofía y todo el mundo se puso a calcular la probabilidad de la época en que sucedería, y quiénes serían los que lograrían ver el reinado de la razón. Los más ancianos se dolían de no poder llegar a verlo, los jóvenes se alegraban de tener una esperanza verosímil. Y sobre todo, se felicitó a la Academia de haber preparado la gran obra y de haber establecido la jefatura, el centro, el móvil de la libertad del pensamiento.

Uno solo de los convidados no había tomado parte alguna en toda aquella alegre conversación, dejando caer solamente algunas bromas discretas sobre nuestro gran entusiasmo. Era Cazotte, hombre amable y original, pero desgraciadamente afectado con los desvaríos de los iluminados. Tomó entonces la palabra, y dijo con el tono más formal:

- Señores, podéis estar satisfechos, todos veréis esa gran y sublime revolución que tanto deseáis. Sabéis que soy algo profeta, pues bien, os repito que la veréis.

Le contestamos con el conocido dicho: No es preciso ser un gran brujo para eso.

- Convengo, pero tal vez es necesario serlo algo más para lo que me resta deciros. ¿Sabéis lo que sucederá con esa revolución, y lo que os sucederá a vosotros todos, a tantos cuantos estáis aquí, lo que de ello seguirá, el efecto bien probado, la consecuencia bien reconocida?

- ¡Ah! Veamos —dijo Condorcet con su aire socarrón y burlona sonrisa— nunca le viene mal a un filósofo encontrarse con un profeta.

- Vos, señor de Condorcet, expiraréis tendido sobre el suelo de un calabozo, y moriréis del veneno que habréis tomado para libraros del verdugo, del veneno que la *felicidad* de aquel tiempo os obligará a llevar siempre encima.

Gran asombro al principio, pero luego se recordó que el buen Cazotte, acostumbraba a soñar despierto y se tomó la cosa a broma.

- Señor Cazotte —le dijo uno— ese cuento no es tan gracioso como vuestro *Diablo enamorado*¹.

¿Pero quién os ha metido en la cabeza ese calabozo y ese veneno y ese verdugo? ¿Qué tiene todo eso de común con la filosofía y el reinado de la razón?

¹ *Le Diable amoureux*. Novela de Cazotte.

- Es precisamente eso lo que os digo, es en nombre de la filosofía, de la humanidad, de la libertad, es bajo el reinado de la razón que os sucederá el terminar vuestra vida según acabo de deciros, y será bien el reinado de la razón, pues ésta entonces tendrá sus templos, y más aún, en aquel tiempo no habrá en toda Francia otros templos que los de la razón.
- A fe mía —dijo Chamfort con risa sarcástica— que no seréis vos uno de los sacerdotes de esos templos.
- Y espero no serlo, pero vos, señor de Chamfort, que seréis uno de ellos, y muy digno por cierto de serlo, os cortaréis vos mismo las venas dándoos veintidós cuchilladas con una navaja de afeitar y, sin embargo, no moriréis hasta algunos meses después.

Todos se miraron y las risas continuaron.

- Vos, señor Vicq d'Azir, no os abriréis las venas vos mismo, pero os las mandaréis abrir por seis veces en un solo día y en un acceso de gota, para estar bien seguro de salir con vuestro intento; y moriréis a la noche siguiente. Vos, señor de Nicolai, moriréis sobre el cadalso. Vos, señor de Baily, sobre el cadalso. Vos, señor de Malesherbes, sobre el cadalso...
- ¡Ah! Bendito sea Dios —interrumpió Rocher— parece que el caballero no le da más que contra la academia, acaba de hacer en ella una terrible ejecución. Yo, que gracias al cielo...
- Vos, moriréis también en el patíbulo.
- ¡Oh! Es una apuesta, dijeron de todas partes, ha jurado exterminarlo todo.

- No, no soy yo quien lo ha jurado.
- Pero ¿es que vamos a ser subyugados por los turcos o los tártaros? Aun...
- Nada de eso, ya os lo he dicho seréis entonces gobernados por la sola razón. Y los que así os tratarán, todos serán filósofos y pronunciarán a todas horas las mismas frases que empleáis desde hace una hora, repetirán vuestras máximas y citarán como vosotros los versos de Diderot y de la *Pucelle*.

Oyendo esto, se decían los concurrentes unos a otros al oído.

- Ya lo veis, está loco, lo dice tan serio como si el mismo lo creyera. Es que está bromeando y todos sabéis que en sus bromas mezcla algo de maravilloso.
- Sí —respondió Chamfort— pero su maravilloso es muy poco divertido, es demasiado patibulario. ¿Y cuándo sucederá todo esto?
- No pasarán seis años sin que todo cuanto acabo de deciros se haya cumplido.
- He aquí verdaderos milagros (y ahora era yo mismo quien hablaba), pero observo que no me mezcláis en ello para nada.
- Vos estaréis también allí por un milagro no menos extraordinario, entonces seréis cristiano.

Grandes exclamaciones.

- ¡Ah! Replicó Chamfort, ya estoy tranquilo... si no debemos perecer más que cuando Laharpe sea cristiano... Señores, somos inmortales.

- Pero a todo esto —dijo la Duquesa de Grammot— somos dichosas nosotras las mujeres de no meternos para nada en las revoluciones, y aun cuando digo para nada, esto no quiere decir que no nos metamos siempre un poco en ello; más nadie nos dice nada y nuestro sexo...
- Vuestro sexo, señoras, no os libraré esta vez, y aun cuando ninguna parte tomaréis, seréis tratadas del mismo modo que los hombres, sin diferencia ninguna.
- Pero ¿qué es lo que estáis diciendo, señor Cazotte? Es el fin del mundo, ni más ni menos, lo que estáis ahí predicando.
- No sé si será eso, pero lo que sí sé, es que vos, señora duquesa, seréis conducida al cadalso. Vos y muchas otras damas que os harán compañía, en la carreta del verdugo y con las manos atadas a la espalda.
- ¡Ah! Espero que en ese caso tendré por lo menos una carroza enlutada.
- No señora, puesto que damas de más alta alcurnia, irán como vos en carreta y con las manos atadas.
- ¡Señoras de mayor alcurnia! ¡Pues qué! Las princesas de la sangre...
- Más alto aún.

Hubo aquí un estremecimiento muy marcado en todos los circunstancias, y el dueño de la casa palideció, la broma comenzaba a parecer demasiado pesada.

La Duquesa de Grammont, con objeto de disipar el pesado ambiente, no insistió sobre aquella contestación, limitándose a decir con ligero tono.

- Vais a ver como ni siquiera me concederá un confesor.

- No, señora. no lo tendréis, ni vos, ni nadie. El último sentenciado que lo tendrá por especial gracia, será...

Y se detuvo un momento.

- Y bien ¿quién será el dichoso mortal que tendrá esta prerrogativa?
- Será la única que le quede, ese será el rey de Francia.

El dueño de la casa se levantó bruscamente y todo el mundo le imitó. Se dirigió aquel hacia donde estaba Cazotte y con sentida voz le dijo:

- Mi querido Cazotte, bastante ha durado esta lúgubre broma. La habéis llevado demasiado lejos, y podéis comprometer la reunión de la cual vos mismo formáis parte.

Cazotte no contestó y se disponía a retirarse, cuando la señora de Grammont, que a toda costa quería evitar se tomara en serio y deseaba renaciera la alegría, avanzó hacia él.

- Señor profeta —le dijo— vos que nos habéis dicho a todos la buena ventura, nada nos habéis manifestado de lo que sucederá a vos mismo.

Cazotte permaneció silencioso y cabizbajo unos instantes, después replicó:

- Señora duquesa ¿habéis leído el sitio de Jerusalem por Josefo?
- ¡Oh! Sin duda ninguna ¿quién no ha leído eso? Pero haced como si no lo hubiera leído.
- Pues bien, señora, durante aquel sitio, hubo un hombre que por siete días consecutivos anduvo recorriendo las murallas, y sin ocultarse de los sitiados ni de los sitiadores, gritaba incesantemente y con voz tonante: ¡Ay de ti,

Jerusalem! Y el séptimo día exclamó: ¡Ay de ti Jerusalem!
Y ¡ay de mí! y al terminar estas palabras, una piedra enorme lanzada por las máquinas enemigas, le hizo pedazos.

Dicho esto, Cazotte saludó y salió.

M. J. P. Deleuze, de quien tomamos la anterior cita por no tener a mano las obras de Laharpe, añada algunas comprobaciones que atestiguan la veracidad del relato y que creemos no estará de más el reproducir, puesto que se trata de un hecho nada común. Habiéndole asegurado el conde de Montesquieu a Deleuze que la condesa de Genlis le había hablado varias veces de esa predicción, suplicó a dicho señor pidiera a la condesa más amplios detalles. He aquí lo que le contestó:

Noviembre de 1805.

Creo haber mencionado ese hecho de M. Cazotte en mis memorias, si bien no estoy completamente segura de ello. Se lo he oído referir más de cien veces a Laharpe antes de la revolución y siempre exactamente según lo he visto impreso distintas veces y tal como él mismo lo imprimió. Esto es lo que puedo decir, certificar y firmar.

Condesa de Genlis.

El hijo de M. Cazotte, confirmó además a M. Deleuze que su padre estaba dotado en alto grado de la facultad de premonición, de la cual dio diferentes pruebas. Una de ellas que le refirió, es la que dio al volver a su casa el día en que su hija consiguió arrancarle de las manos de la turba que se había apoderado de él y le conducía al suplicio; en vez de participar de la alegría de la familia, anunció

que dentro tres días sería nuevamente arrestado, y que esta vez se cumpliría irremisiblemente su destino. En efecto, sucedió tal como lo predijo, pereciendo en el cadalso el 25 de setiembre de 1792 a la edad de 72 años. Añadiremos que el célebre médico y anatómico Vicq d'Azir refirió también a varios amigos suyos la profecía de Cazotte mucho antes de la revolución, la cual parece que le preocupaba algo. Por último, he aquí otra carta que también comprueba la realidad de la predicción. Carta, dirigida a M. Miale por el varón de La Mothe-Langon.

París 18 diciembre de 1833.

Mi querido amigo: me pregunta Ud. lo que puedo saber respecto a la famosa predicción de Cazotte, mencionada por Laharpe. No puedo decirle más sobre esto que atestiguar, bajo mi palabra de honor, que he oído repetir diferentes veces a la señora condesa de Beauharnais, que ella había asistido a ese singular hecho histórico. Ella lo contaba siempre de la misma manera y con el acento de la verdad. Su testimonio corrobora el de Laharpe. De ello hablaba delante de todos sus amigos; muchos viven aún y pueden atestiguarlo lo mismo que yo. Puede Ud. hacer de este escrito el uso que estime conveniente. Adios, mi antiguo y buen amigo.

Vuestro siempre afmo el barón de Lamothe-Langon.

Creemos que basta con esto. Añadir más sería un lujo que no debemos permitirnos.

También sobra señalar que la predicción de Cazotte se efectuó al pie de la letra aún en lo relativo a sí mismo. Fue, pues, una predicción, una profecía en toda regla la que hizo¹.

¹ *Estudios sobre el alma*, Arnaldo Mateos.

Pruebas de la verdad cefalométrica

Elijo rápidamente, entre muchas, solo tres observaciones que denotan que la cefalometría, sin ser una ciencia exacta, demuestra que, en general, las cualidades y el estado de progreso del espíritu forman un conjunto armónico con el mecanismo cerebral que ha de servir al desarrollo gradual correspondiente a cada encarnación.

Estando en St. Dié, Francia, fui invitado a comer por la familia del Sr. Basquin, relacionada con la de mi esposa. Me presentaron a la señora que tenía al lado, Madame Bordeu, sin que supiese yo que era hija del anciano que presidía la mesa. A los postres, la conversación, por uno de esos giros inexplicables, recayó sobre la fisionomía, y, de ahí, en algo alusivo a la frenología. Tomé parte en ella y no tardó en hacerse general. Hablé sobre la cefalometría dando al asunto algo de seriedad, lo que detuvo un tanto el tono alegre y ligero que hasta aquel momento revestía la conversación. Dirigiendo luego mi vista a Mme. Bordeu, podemos, dije, hacer un experimento muy fácil, si la señora lo permite.

- ¿Qué pretende Ud., examinarme la cabeza?
- No señora —contesté— para el caso me basta con lo que veo.
- ¿Y que ve Ud. en mí? —exclamó la señora con extrañeza.
- Veo señora que, si la cefalometría tiene algo de verdad, usted es poeta de nacimiento. No sé si ha hecho Ud. estudios literarios ni si ha escrito versos siquiera, pero si la ocasión ha faltado, Ud. ha de haber poetizado, aunque sea en prosa, pero casi me atrevo a decir que ha de haber estado inclinada a la versificación.

Sin dar tiempo a una contestación de su parte, Mr. Basquin dijo apresuradamente:

— Sí, eso es exacto. Desde la edad de doce años escribía versos, sin haberse dedicado a la literatura.

Diciendo esto el buen anciano quiso dar de ello una prueba, y como había terminado la comida, se levantó, y un momento después, volvía con un rollo de papeles y un cuaderno que atestiguaban la verdad de mi aserción. Excusado decir que esto dio lugar a que siguiera la conversación algunos momentos sobre el mismo tema, y se me pidiese opinión sobre otras personas. Contesté que no pudiendo hacer un prolijo examen que exigía tomar las dimensiones relativas de las cabezas, solo podía decir algo en los casos en que era muy visible el desarrollo en tal o cual sentido predominante. Agregué entonces, refiriéndome a un caballero que atribuía mi fallo a la casualidad, que podía decirle que el desarrollo excesivo de la imaginación en él era tal, que no siendo moderada esa facultad imaginativa por la memoria de los hechos (me guardé de indicar por la falta, que también notaba, de tonicidad de carácter), a veces debía llegar a ser hasta visionario, o a tomar por realidad las fantasías que asaltaban a su mente.

Antes de que yo pudiera disculpar mi atrevimiento por tener que poner a prueba conocimientos que consideraba de alguna importancia, la señora de aquel caballero exclamó con acento que demostraba la convicción. Exacto, exacto, ¿no ves? Es lo que siempre te digo.

Hallándome en Vichy, veía en la mesa del hotel, frente a mí, a una familia de ricos fabricantes de sederías de Lyon. Me llamaba la atención una de las jóvenes, como de 16 o 17 años, por el gran

desarrollo de los órganos correspondientes a la memoria de las palabras y de los sonidos. Estaba deseoso de saber si las aptitudes correspondían al signo cefalométrico. Una noche que llovía, se quedaron muchas personas en el gran salón del hotel. Aproveché la ocasión de entablar conversación con la madre de la joven, y supe por ella que no me había equivocado. La niña tenía una memoria de privilegio, conocía tres idiomas tan bien como el propio. Tocaba el piano, y según me dijo la señora, unas piezas que había llegado a saber, no la olvidaba jamás. Para darme de ello una prueba, llamó a su hija y le fijo que deseaba tocarse tal pieza (no recuerdo el nombre). La niña se excusaba, diciendo que hacía tanto tiempo que no la había tocado, que creía no le sería posible, pero que tocaría otra.

— No —replicó la mamá— quiero que toques la que te indico, deseo que la oiga este caballero.

Y como en Francia las jóvenes están acostumbradas de muy diverso modo que las de nuestro país, la niña se dirigió al piano, vaciló un rato, y por último encontró el principio y tocó una larga y brillante pieza.

Una de las observaciones más concluyentes que yo he podido hacer en cefalometría, me la proporcionó la casualidad en mi Establecimiento de Campo. Para dar una idea clara de ese hecho, debo transcribir algunos párrafos de la obra: *Code natural de la morale social*, por Armand Harembert.

Durante mi permanencia en París en 1855, para visitar la exposición, dice (página 12, edición de 1862), encontré algunos partidarios de mi doctrina, entre ellos, a Guy, anatómico de la Escuela de Medicina, poseedor de un gran número de modelos de

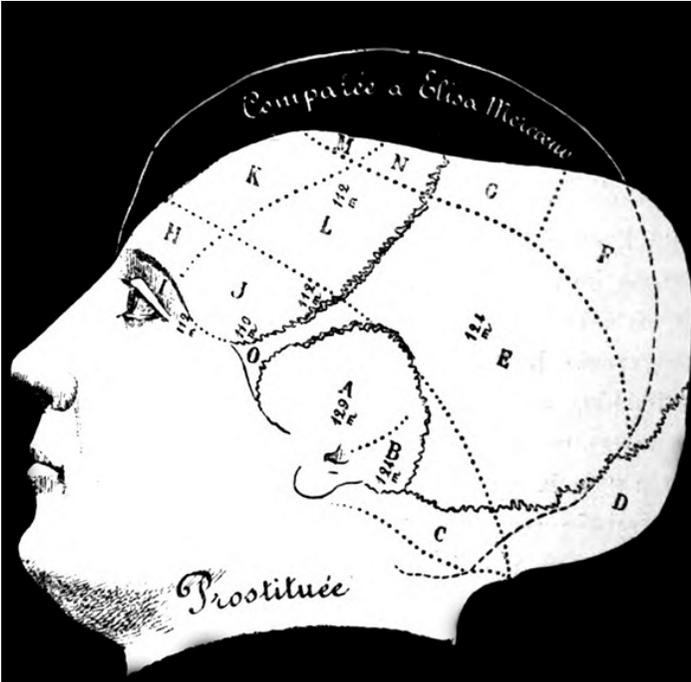
cabezas en yeso, representando con exactitud las de otras tantas personas célebres, de los cuales hice algunas compras para aumentar mi colección.

Mi presencia como autor de la nueva organografía del cráneo humano, fue bien recibida, porque en aquel momento se discutía sobre el cráneo de una persona que, según se decía, hacía mentir a la frenología, no presentando el órgano de una facultad a la cual había debido una cierta celebridad. La prueba a que me sometieron me pareció fácil, pues aquel cráneo tenía una forma excepcional, y es en esos casos, sobre todo, que se reconocen con seguridad las particularidades más salientes de un carácter.

Este cráneo, dije, bajo y prolongado, es el de una mujer privada de toda elevación de pensamiento, que tenía bastante configuración (sentido de las formas y de la armonía) para adorar los atavíos y la moda. Poca penetración, imaginación, equidad y respeto, para que la razón, que es la resultante de la acción armónica de las facultades de la inteligencia y del espíritu, haya podido dirigir los instintos muy desarrollados, con excepción de la perseverancia, casi nula, y del amor generación, que es muy débil. En ella la circunspección ha debido convertirse en astucia, en mentira y tal vez en robo. La altivez, que es enorme, sin la razón, no ha podido producir sino la vanidad, la coquetería, los celos. La simpatía, demasiado desarrollada, careciendo de la perseverancia, ha podido conducir a esta mujer hasta la prostitución, aunque el órgano del amor sea pequeño, pues este por sí solo no es siempre la causa del vicio. Es a la razón y a la perseverancia que se debe el valor en el trabajo para vivir honradamente, lo que debe tenerse presente en este caso, pues sin esas cualidades, una mujer en tales condiciones, fácilmente se entrega al primero que le ofrece un fácil porvenir.

Entonces, en medio de la admiración que mis palabras produjeron, se me hizo leer la inscripción que hasta aquel momento se había tenido el cuidado de ocultarme, y que decía así: «Una de las más decididas prostitutas de París».

He aquí el facsímil de ese cráneo con el perfil atractivo de aquella mujer.



Esta misma forma dominaba en el cráneo de una joven sobrina de otra de unos 18 años de edad, hija de una familia inglesa, vecina nuestra. Había venido a pasar un mes de campo. Así que la vi, llamó mi atención, y tan pronto me fue posible, hice caer la conversación sobre la cefalometría. No tardé en obtener un prolijo examen de la cabeza de aquella joven. Me preguntó enseguida lo que encontraba en ella. Contesté evasivamente y sonriendo que nada malo. Que para formar un juicio, deseaba consultar una obra. Comprendió, al

fin, que no quería decirle la verdad, y cuantas veces la vi después, lo que yo procuré expreso, porque deseaba darme cuenta, de alguna manera, si estaba o no equivocado en mi fallo, volvía sobre la cuestión. Al fin, cediendo gustoso a su empeño le dije la verdad, deseo que yo había sabido engendrar en su ánimo, consentí en ello, pero buscando una ocasión en que me encontrase solo con ella. Le dije lo que indicaba su cráneo, pero, naturalmente, de una manera medida y apropiada para no ofenderla, y le rogué me dijese la verdad al respecto, pues para el caso de no equivocarme, yo le daría un consejo que le serviría mucho. Bajó los ojos y quedó un momento como dudosa en lo que debía contestar. Volví a insistir sobre la idea científica que me preocupaba, y le rogué me dijese la verdad, que fuese cual fuese, jamás saldría de mis labios de una manera que pudiera comprometerla. Levantó entonces sus expresivos ojos, y fijándolos en mí, con coquetería, confesó que no había error en lo que aquella ciencia me indicaba. Le di el consejo prometido y me separé de ella, sin que haya tenido después ocasión de verla.

A la que vi unos días después de su partida, fue a la primita, notando en ella cierta pérdida de color, grandes ojeras y mirada velada, indicios todos de que había participado de los impulsos apasionados de su huésped, pues debo decir que aunque no tenía los defectos de bajeza de Catalina Llegado, cuya fisonomía y forma craneal es la de la figura, en cambio tenía más desarrollado el amor generación.

Después supe que la joven había sufrido un percance, y que el fruto desgraciado había ostensiblemente desaparecido para el mundo. No volví a saber nada más, pues mis vecinos cambiaron de residencia.

Ventajas que pueden obtenerse del estudio y aplicación de la cefalometría

En los niños se notan ya las inclinaciones del espíritu, pero tan mezcladas con los actos inocentes de la edad, que no sería posible fallar acerca de su porvenir. A la edad de 10 o 12 años es cuando principia a caracterizarse el ser. A esa edad ya se dibujan con claridad los lineamientos y proporciones de la cabeza. Sería el momento de estudiarla a la luz de los conocimientos que proporciona la cefalometría, a fin de formarse una idea, que si bien nunca puede ser definitiva, podría servir mucho para adoptar un plan de enseñanza y de educación para cada caso. Partiendo de esta verdad: todo órgano que se ejercita se desarrolla, podría darse a los jóvenes la ocasión de desarrollar los correspondientes a las facultades e instintos más nobles, evitándoles todo lo que fuese capaz de excitar la vitalidad de los que denotan malas o viciosas tendencias, que provienen del pasado. Si por este medio se pudiese propender a la reacción que el espíritu encarnado debe operar, esto probaría más y más la existencia de la ley de solidaridad humana. Los padres están obligados a dar buen ejemplo y educación a los hijos, corrigiendo sus errores en la medida de su propio adelanto y posibles, tal es la ley natural, y con el auxilio de la cefalometría, el grado de lo posible resultaría engrandecido.

Con el carácter observador que me distingue, he estudiado el desenvolvimiento moral de las personas que he conocido desde la juventud. He notado en algunos que no obstante sus malas inclinaciones, que se dejaban conocer en la intimidad, poco a poco han sabido dominarlas; y si bien aún sienten impulsos de venganza, son, de hecho, buenas personas, una de ellas, es casi un modelo en

procederes correctos y elevados. Su juventud fue la del calavera, era peleador, atropellado y mordaz, hoy es el tipo de la firmeza de carácter, de la honradez y del caballero. En él ha podido mucho el ejemplo del medio en que pasó muchos años (desde los 17 a los 30) y la dignidad que se nota dominante en las formas de su cabeza. Ha querido ser respetado, y con su clara inteligencia, ha optado por el único camino que puede conducir a la obtención del respeto y de la consideración sincera. Así ha logrado, por la práctica de las buenas facultades, dominarse de tal modo, que el hombre que decía sentir placer en hacer sufrir a otro y que no podía dejar impune la más leve ofensa, es hoy, en su edad avanzada, caritativo, servicial y sensible al menor sufrimiento o penalidad que en otro nota.

En cuanto a los dones de la inteligencia, conviene, a mi juicio, cultivarlos todos, pero dejando que los jóvenes sigan la carrera para la cual estén mejor dotados, lo cual solo la cefalometría puede determinar a priori. Recuerdo que una hermana de mi señora, que tenía nueve años cuando la conocí, en la época en la que me ocupaba intensamente en la cefalometría, estaba en una escuela en Mancy y yo pedí que se le enseñase el piano, porque noté en ella un gran desarrollo en los órganos necesarios para la música. La instrucción que recibía era general, así que poco pudo dedicarse al piano, pero aprendió con extrema rapidez, llegando a interpretar a primera vista piezas difíciles, que podía tocar inmediatamente ante extraños.

Por este medio se evitaría la pérdida de una vocación y tal vez la oportunidad de una carrera brillante y benéfica a la humanidad. Solo el estado de salud podría y debería modificar el indicio cefalométrico. En algunos casos, toda carrera que exija mucho estudio y concentración puede producir una muerte prematura.

El progreso espiritual, no exige que el espíritu llegue a conocer todos los ramos del saber humano. Es evidente que en el espacio no se hará contabilidad, ni matemáticas, ni geología, geografía, etc. Lo que importa al espíritu es el grado de inteligencia y de razón que se adquiere por medio del estudio en las encarnaciones sucesivas. Y más que todo ello, lo que se necesita es llegar a un alto grado de moral.

Dos palabras más sobre la cefalometría

Los conocimientos adquiridos por Armand Harembert lograron llamar la atención en Francia, y algunos médicos se interesaron en su estudio, pero este movimiento duró poco. ¿Por qué duró poco? ¿Por qué no ha tenido la cefalometría ni siquiera la boga efímera que tuvo su progenitora la frenología? Es lo que deseo explicar.

Harembert tuvo que tropezar con la mayor de las desventajas, no tenía un nombre científico. Además, rara vez un conocimiento nuevo llega a ser perfectamente admitido desde el primer momento de su aparición. Así ha sucedido con el transformismo, con el hipnotismo, con la aplicación del vapor y con los más de los descubrimientos.

Por otra parte, la caída sufrida, en cierto modo, por la frenología (conocimiento incompleto), tenía necesariamente que ser un obstáculo a la cefalometría, que viene a completarla. Sin embargo de todo esto, si Harembert hubiese desplegado en la propaganda de sus ideas el mismo afán, la misma vocación que tuvo durante veinte años en la reunión de perfectos modelos de cráneos y hasta los mismos cráneos de personas que le llamaron la atención por diversos conceptos, si hubiera escrito a medida que aplicaba sus conocimientos para asegurarse de su verdad, seguramente que habría hecho escuela; y entonces, la cefalometría hubiera ido poco a poco conquistando el lugar que le corresponde entre las ciencias, porque muchos se habrían convencido por sí mismos, como yo, de su verdad y conveniencia.

Para hacer escuela, aún en el caso de conocimientos embrionarios y destinados al olvido en tiempos más o menos largos, es necesario que el que está poseído de las nuevas ideas, escriba

mucho, a fin de llamar de algún modo la atención general. Harembert ha escrito poco y debió dedicar un folleto a cada cráneo de los que estudió. Lo hizo así con el del célebre asesino Dumollard, y tenía que haber hecho otro tanto con muchos.

Para que el transformismo cundiese, fue necesario que Darwin, con un tesón digno de admiración, escribiese sus voluminosas obras, en las que acumuló con sus propias observaciones las de muchos, llegando a la nimiedad en los detalles, con los que demuestra cien veces lo mismo por su aplicación en las diversas especies.

Pero no siempre es signo de verdad conquistada la fama que tal o cual teoría alcanza. Las observaciones de Lombroso no solo han hecho camino, sino que han infatuado a algunos. O, mejor dicho, dado pábulo a la fatuidad, cuando ni el mismo autor ha dejado de decir más de una vez en sus obras, que se trata únicamente de observaciones dignas de continuación, dejando ver por sus mismos datos que por ahora no puede fundarse nada definitivo con ellos.

Por mi parte, estoy convencido que tanto los que creen que todo es materia como los que buscan la existencia del alma, deben estudiar el cerebro interna y externamente, porque de él parten los instintos, de él la inteligencia, la voluntad, la memoria y las pasiones, ya sea como foco espontáneo, ya como instrumento al servicio del espíritu. La cefalometría tiene mucho de verdad y debiera relacionarse con la antropología. Esto es tan razonable, tan lógico, que es de esperar no pase mucho tiempo sin que a la disección cerebral, a las medidas angulares, a algunas (pocas) observaciones sobre la fisionomía, se agreguen las medidas cefalométricas, hasta que se logre implantar una psicología verdaderamente científica.

Magnetismo espiritual

Anteriormente me he referido al hecho de la magnetización de un médium por otro, que, en estado normal, es incapaz de magnetizar a nadie, y he clasificado este fenómeno de magnetismo espiritual.

Como he tratado de demostrar que el espíritu no arrastra consigo el fluido vital que anima al organismo, podría creerse, a primera vista, que existe una contradicción, y no siendo tal, conviene la presente aclaración.

En cuanto a que el magnetismo no se opera del mismo modo que la posesión, queda demostrado por el hecho mismo de que el que magnetiza no es el espíritu que toma la posesión, viéndose en este caso dos actos del todo diversos. Pero se me puede objetar que si es necesario el fluido vital para la magnetización, los espíritus disponen de él, en ciertos casos, puesto que magnetizan.

Para magnetizar tienen que valerse de un médium, es el espíritu que está en posesión el que en realidad dirige los fluidos para magnetizar a otra persona, pero encuentra los fluidos vitales en el médium.

En tal caso, se me dirá, ¿cómo explicar que ese médium no sea magnetizador en su estado normal, pues que en él encuentra el espíritu el fluido requerido? La contestación es fácil y ajustada a la verdad y al hecho. El fluido eléctrico transformado en su paso por el organismo humano, es el fluido magnético o vital de las personas. De ahí que estando el espíritu que ha de operar en posesión de un médium, se establece una corriente fluídica tomada del ambiente por un número dado de espíritus que forman la cadena, y el fluido así asimilado por el médium es rápidamente transformado

por el organismo, modificado, como dicen los espíritus que han explicado el fenómeno.

Debo decir también que no cualquier espíritu puede hacer lo que en *Constancia* presenciamos. El espíritu que opera el magnetismo es de un poder excepcional en ese sentido. Ningún otro de los que dirigen nuestro centro es capaz de hacer otro tanto, aun siendo ayudado por los otros en la forma indicada.

Palabras de Flammarion

El nombre de materialistas que aún se dan algunos hombres que no ven más que las apariencias vulgares de las cosas, no debiera ser ya considerado por los pensadores sino como una expresión sin significado. El Universo visible no es lo que aparece a nuestros sentidos, es el Universo invisible el que constituye la esencia y sostén de la creación. En efecto, este Universo visible se compone de átomos invisibles y las fuerzas que los rigen son también inmateriales e invisibles. Buscad la materia y no la encontraréis. Es un espejismo que se aleja a medida que se avanza, un espectro que se desvanece cuando creemos que vamos a tocarlo. No sucede lo mismo con la fuerza, con el elemento dinámico, es la fuerza invisible e imponderable lo que encontramos en último análisis, y es ella lo que presenta la base, el sostén y la esencia misma del Universo.

¿Habéis aproximado alguna vez un pedazo de hierro a una aguja imantada, libremente suspendida? ¡Qué maravilloso espectáculo el de su movilidad, sus palpitations, bajo la influencia de un objeto en apariencia inerte y que obra sobre ella a distancia! Observamos una brújula colocada en un sótano bien cerrado, mientras un regimiento pasa, y la brújula se agita influenciada a distancia por las bayonetas de acero. Una aurora boreal tiene lugar en Suecia, la brújula la siente en París. ¡Qué digo! Las fluctuaciones de la aguja imantada están en relación con las manchas y las erupciones solares. La física moderna es la proclamación del Universo invisible.

Experiencias del sabio Reichenbach sobre el fluido ódico-magnético

1ª Carta

En el transcurso de vuestra vida, ¿no habéis encontrado cierto número de personas que tenían la peculiaridad rara de serles antipático cuanto era amarillo? Sin embargo, un limón, el oro brillante, o una hermosa naranja presentan un aspecto agradable. ¿Qué podrán tener de repulsivo? Preguntad a esas personas qué color les agrada, y todas de común acuerdo os dirán: el azul. El azul de los profundos cielos es de un aspecto benéfico, pero si por la noche este azul se halla rodeado como de un marco de oro, lo bello se une a lo más bello; lo magnífico se nos aparece. Si se me dejase libre para escoger para mi vivienda entre un aposento tapizado o pintado de amarillo y otro de color celeste claro, es muy probable que yo le diera preferencia al amarillo. Todos los enemigos del amarillo, a quienes hablaba de este modo, se burlaban de mí y lástima tenían de mi gusto. Reformulo la pregunta, deseo saber si ¿habéis hallado alguna vez un hombre que os haya dicho que detestaba el azul? Por cierto, que no, ni uno solo ha tenido horror del color azul. ¿De dónde proviene esta conformidad entre varios hombres para disgustarles el amarillo y preferir el azul? Sabemos por los estudios hechos de los colores, que el amarillo y el azul se hallan en ciertas correlaciones, son colores complementarios que forman una especie de antítesis polar. ¿Habría, por casualidad, algo más que pudiera quedarnos oculto, por fuera de la simple actividad óptica producida sobre nuestra visual?

¿Sería una diferencia desconocida más profunda que la sencilla diferencia óptica de los diferentes colores que todos conocemos? Y ¿habría también para las percepciones de semejante diferencia, una diferencia entre los hombres, de modo que unos estarían en estado de percibir lo que otros no podrían reconocer? Y ¿habría hombres dotados, por así decir, de dobles sentidos? Sería una cosa bastante singular, tratemos de seguirla un poco más de cerca.

Una jovencita le echa de buena gana una mirada al espejo. No deja tampoco de haber hombres que ven con cierto placer reproducirse sus facciones. Más, ¿sería posible que hubiese jovencitas, mujeres y hombres a quienes el espejo repugna, que de él se alejan y que no pueden soportar el reflejo de su propia imagen? Y en verdad sea dicho, existen semejantes seres. Hay hombres y no escasean, a quienes el espejo produce un sentimiento de inquietud, como si un soplo tibio, desagradable, llegase a ellos y fuese la causa que no les permitiese permanecer un minuto delante de un espejo. El espejo no tan solo les envía su imagen, pero además les proyecta una impresión indecible y dolorosa, a unos con más fuerza, a otros con menos, a algunos tan poco sensible, que la repulsión es dudosa.

¿De dónde proviene esto, y qué podrá ser? ¿Por qué algunas personas solamente son las que sienten esta contrariedad, y no todas?

Habéis viajado mucho, y es imposible que en los carruajes públicos, ómnibus, o ferrocarriles, halláis dejado de encontraros con hombres que exigían con insistencia y constancia que estuviesen las ventanillas de los vehículos abiertas, aunque el aire o el frío fuesen intensos, sin miramiento alguno por los compañeros de viaje resfriados, reumáticos, etc. Estos hombres, según vuestro juicio ¿eran insoportables? A eso llamabais una falta de educación, más

contened un poco vuestro juicio, os lo ruego, a lo menos hasta que algunas de mis cartas hayan pasado ante vuestra vista. Tal vez adquiriréis entonces la convicción de que en el recinto de una sociedad muy compacta suceden cosas desconocidas, bastante poderosas para que lleguen a hacerse insoportables para algunos, mientras que otros ni siquiera las perciben.

¿No conoceríais entre vuestros amigos alguno caprichoso, que, en la mesa, en el teatro, en sociedad, en la iglesia, no quiere sentarse en las filas entre los demás, y que constantemente tiene la pretensión de ocupar un rincón? ¡Observad a este ser! es nuestro hombre, pronto trabajaremos con él un conocimiento más íntimo.

¿Sin duda habréis notado mujeres que, a pesar de gozar de buena salud, enferman hasta el síncope en la iglesia?

Muchas personas hay que no pueden conciliar el sueño sobre el lado izquierdo, y que se adormecen en cuanto se acuestan sobre el lado derecho. Otros lo mismo duermen bien del lado derecho como del izquierdo. Hay hombres que al comer con cuchara de metal o de plata de la China, sienten la mayor repugnancia, mientras que otros no hacen caso ninguno. A muchos les repugnan los alimentos calientes o muy cocidos, las grasas, los dulces, o prefieren las comidas sencillas un poco ácidas. Muchos tienen una predilección por la ensalada, y repiten que darían de buena gana los demás manjares por un poco de ensalada. Otros no pueden comprender este capricho extravagante y anormal. Hay para quienes es insupportable que alguien se coloque detrás de ellos, estos huyen de las muchedumbres, de las reuniones numerosas y de los mercados.

Algunos se disgustan cuando se les ofrece la mano, no pueden sufrir que se retenga un rato la de ellos, se sueltan y se van. Cuantos

hay que no pueden soportar el calor de una estufa de hierro, y muy bien el de un horno de porcelana.

Hay centenares de hechos de esta especie que no se pueden atribuir ni a la imaginación, ni a la educación, ni a la costumbre. Estos fenómenos jamás se hallan asilados, sino por el contrario, asociados entre sí. El enemigo de lo amarillo teme al espejo. Aquel que quiere sentarse en un rincón, exige que se abran las ventanillas del carruaje. El que bien duerme del lado derecho se enferma en la iglesia. Los que temen comer con los metales ya citados, prefieren los manjares fríos y sencillos, rechazan los dulces y las grasas, y prefieren la ensalada. Existe una solidaridad de estas singularidades especiales entre los que las poseen. La experiencia nos prueba que el que conoce a los unos, conoce a los otros.

De esto resulta claramente, que se hallan entre sí en una relación evidente, que su lazo de unión tiene un origen común desconocido.

Más si este origen se halla en algunos hombres y no en los demás, claro es que desde este punto de vista hay efectivamente dos clases de hombres, los ordinarios que no poseen ninguna de estas irritabilidades, y en particular los irritables, quienes, por el más pequeño motivo, se excitan en el sentido ya expresado. A estos se les puede llamar sensitivos, pues, a menudo, son más irritables que la planta llamada sensitiva (mimosa púdica). Lo son por su naturaleza, que no pueden desechar o vencer aun cuando quieran. Su número no es pequeño, pronto veremos hasta qué profundidad llegan estas cosas en la sociedad humana, de las cuales no he querido aquí daros sino una pincelada superficial.

2ª Carta

El Od, los cristales y la cámara oscura

Según las indicaciones que os he dado, habéis conseguido hallar entre vuestras relaciones alguno que pertenezca a los que yo llamo sensitivos. No es muy difícil encontrarlos, en todas partes abundan, y si no os es dado encontrar los que gocen de perfecta salud, informaos de aquellos que tienen el sueño penoso, que tiran las mantas, hablan durante el sueño y hasta se levantan, padecen cortas jaquecas, y a menudo dolores de estómago que rápido desaparecen, que se quejan de disonancias nerviosas, no les gusta la alta sociedad, se ciñen con preferencia a algunos amigos, o buscan la soledad. Con cortísimas excepciones, todos estos individuos son más o menos de una naturaleza sensitiva. Pero todo esto no es sino el lado trivial del asunto acerca del cual me consultáis. Desde el punto de vista de la piedra de toque científica, aparecen cosas de una mayor importancia. Hacedos de un cristal de roca natural tan grande como sea posible, un espato gipsoso, como de dos palmos de largo, por ejemplo, o un tungsteno, o un cristal de roca del monte Gotardo, de un pie de largo, colocadlo horizontalmente sobre la esquina de una mesa o de una silla, de tal modo que ambas extremidades sobresalgan libremente. Colocad enseguida delante del cristal a una persona sensitiva, pidiéndole que presente la palma de la mano izquierda a las extremidades de dicho cristal, a tres, cuatro o cinco pulgadas de distancia; no pasará medio minuto sin que el sensitivo os diga que, de la extremidad de la punta superior del cristal, le viene un soplo fino y fresco contra la mano, y que, por el fondo sobre el cual el cristal ha hecho su crecimiento, le viene algo de tibio hacia su mano. Hallará que el soplo fresco es agradable y refrescante, y el tibio desagradable y acompañado de una sensación

contrariante y que hasta cierto modo repugna, y que, si durase por algún tiempo más, se apoderaría de todo el brazo produciéndole una impresión de cansancio. Cuando hice por primera vez este experimento, era tan nuevo como enigmático para mí; nadie quiso creerlo. Entre tanto lo he repetido en Viena con centenares de sensitivos, se ha comprobado en Inglaterra, en Escocia, en Francia, y cada cual puede hacer la prueba, pues en todas partes hay sensitivos. Poned vuestra mano izquierda próxima a otros puntos del cristal, por ejemplo, contra sus aristas laterales, sentiréis igualmente ya algo de tibio, ya una sensación de frescura, pero siempre y por comparación más débil que a las dos extremidades que se hallan en oposición polar. Como estas sensaciones opuestas se producen sin que se toquen los cristales, hallándose a una distancia de varias pulgadas, se hace evidente que algo sale de estas así llamadas piedras semi organizadas, que de ellas fluye e irradia, lo que la física no conoce aún y que anuncia su presencia con impresiones materiales, aun cuando no poseamos la facultad de verlo. Pero, como los sensitivos, por su impresionabilidad, son notablemente más aptos para percibir que otros hombres, se me ocurrió la idea de averiguar si no podrían también ser superiores en ciertos aspectos, por el sentido visual, si tal vez no se hallasen en estado de percibir algo de esas emanaciones de los cristales en una profunda oscuridad.

Para obtener de ello una prueba, llevé en una noche sombría (mayo 1874), un gran y poderoso cristal de roca a casa de una señorita, Angélica Sturman, sensitiva en alto grado. Quiso la casualidad que su médico, el profesor Lippioh, de gran reputación entre los patólogos, se hallase presente. Establecimos una perfecta oscuridad en dos piezas, en una de las cuales puse el cristal. No

necesitó mucho tiempo para que me designase el lugar donde yo lo había depositado. Me dijo ella que todo el cuerpo del cristal estaba penetrado de parte a parte de una luz tenue, y que sobre la punta se elevaba una llama azul del tamaño de una mano, que tenía un movimiento ondulatorio y constante, a veces centelleante, con forma de tulipán, y que por lo alto se disolvía en un vapor fino. Cuando di la vuelta al cristal, ella vio elevarse del lado obtuso un humo húmedo, colorado-amarillo. Ya podéis imaginaros el placer que esta declaración me causó. Esta fue mi primera observación. Entre miles que he hecho después sobre los cristales con innumerables variaciones, y por las cuales el hecho quedó bien establecido, por un número considerable de sensitivos, que las percepciones sensoriales, que llegan por los cristales, vienen acompañadas de apariciones luminosas que se siguen unas a otras poco a poco, siendo azules, rojas o coloradas, los colores están polarmente opuestos unos a otros, y no pueden ser vistos sino por personas sensitivas. Si queréis repetir esos ensayos, preciso será que os diga que tan solo en una oscuridad absoluta podréis obtener resultados favorables. La luz del cristal, por lo general es tan fina y débil, que, si se percibiese el indicio de otra luz en la cámara oscura, eso bastaría para deslumbrar al observador, es decir, para amortiguar momentáneamente su aptitud sensitiva para percibir una luz tan débil. Además, pocas son las personas tan fuertemente sensitivas como la señorita ya citada. Los sensitivos medianos necesitan por lo general permanecer una o dos horas en la oscuridad, hasta que el ojo quede bastante libre de la excitación de la luz del día o de la lámpara, y bastante preparado por lo tanto para poder reconocer la luz del cristal. ¡Sí! En muchas circunstancias me ha sucedido con sensitivos débiles, que a la tercera hora no habían visto nada, y que

sin embargo a la cuarta han llegado a ver claramente lucir los cristales y se convencieron de la realidad de la proyección luminosa de los mismos.

Ahora estaréis impacientes por saber qué significado se debe dar a esto, y qué lugar deben de ocupar estas apariciones entre los fenómenos de la física y de la fisiología. Según su consistencia subjetiva y objetiva, ellas no son calor (calórico), aun cuando produzcan sensaciones que se asemejan al tibio y al fresco. Porque en esto no se puede imaginar un foco de calórico, y si hubiese uno, no tan solo sentirían su presencia los sensitivos, lo mismo que los no sensitivos, y mejor todavía un termoscopio fino. Estas apariciones no provienen de electricidad, pues les falta la excitación al efluvio eterno que de ello emana. El electroscoPIO nada siente, y un derivado según las leyes eléctricas permanece sin movimiento. No puede ser ni magnetismo ni diamagnetismo, desde que los cristales no son magnéticos, y que el diamagnetismo no obra en el mismo sentido en todos los cristales, pero sí en sentido muy diverso y opuesto; lo que no sucede en este caso de manera alguna. Tampoco puede ser la luz ordinaria que conocemos, pues, aun cuando esta luz apareciese aquí, esta luz no produce en ninguna parte sensaciones tibias y frescas. En resumen, ¿qué son estas apariciones descritas? Si absolutamente deseáis saberlo, me obligáis a confesaros que yo mismo lo ignoro. Tengo a la vista las manifestaciones de una dinámica que no puedo asentar entre aquellas ya conocidas. Si no me equivoco en mis juicios acerca de los hechos adquiridos, esto se colocará entre el magnetismo, la electricidad y el calórico. Pero ello no puede identificarse con ninguno de los tres, y en esta perplejidad, lo he designado, entretanto, dándole el nombre de *Od*, cuya etimología dejaremos para más adelante.

3ª Carta

El sol, la luna y el iris

Conocéis los sensitivos, así como el elemento en el cual se manifiestan, es decir el dinámico a que he dado el nombre de Od. Pero con esto no hemos tocado sino un ángulo de la cenefa de la gran vestimenta con la cual se ha envuelto toda la naturaleza con él. Esta fuerza maravillosa no tan solo fluye de los polvos de los cristales, brota además de muchos manantiales diversos del universo con una fuerza igual si no superior. Para empezar, voy a conducirlos delante de los astros, del sol. Colocad a una persona sensitiva a la sombra, poned en su mano un tubo vacío de barómetro o cualquier otro tubo, aunque sea un bastón, haced que ponga ese tubo en los rayos del sol mientras que el cuerpo y la mano permanecen en la sombra. Pronto oiréis algo de este sencillo experimento que os asombrará. ¡Esperáis tal vez que la persona que practica este experimento ha de sentir el calor! Ella os dirá precisamente lo contrario. La mano sensitiva percibirá impresiones diversas, pero el resultado será el frescor. Cuando coloque el tubo a la sombra el frescor desaparecerá, y sentirá que el tubo se calienta. Si lo vuelve a poner en el rayo del sol, sentirá otra vez volver la frescura, así podrá ella misma verificar alternativamente la exactitud de su propia sensación.

Existen pues circunstancias muy sencillas que hasta ahora no se habían observado, en las cuales el rayo de sol inmediato no tan solo comunica calor, pero a la vez frío del modo más inesperado y singular. Los sensitivos os dirán que este frescor es análogo en su modo de obrar al que poseía la punta del cristal de roca. Si pues este frescor es de la naturaleza del Od, preciso es que de un modo o de otro él se deje expresar como aparición luminosa en la oscuridad, y lo conseguireis si queréis repetir el siguiente ensayo. Llevé de una

pieza alumbrada un alambre de cobre a las oscuridades de la cámara oscura. Después coloqué la extremidad opuesta de este alambre en los rayos solares. No bien lo hube colocado de este modo, cuando la parte del alambre que estaba en la pieza empezó a hacerse luminosa, y que a su extremidad se elevó una especie de pequeña llama del tamaño de un dedo. De este modo, el rayo solar derramó Od en el alambre de cobre, que los sensitivos vieron fluir en la oscuridad bajo la forma de luz. Pasad un poco más adelante, haced caer el rayo solar sobre un buen prisma de cristal y lanzad los colores del iris contra el muro más cercano. Haced que pruebe estos colores una persona sensitiva teniendo el tubo de vidrio con su mano izquierda. Si lo coloca de modo que tan solo reciba en el aire el color azul o el violeta, la sensación será la del frescor de un modo muy agradable y más frescamente que lo que sentía con el rayo del sol en toda su integridad.

Si por lo contrario ella coloca el tubo en el rayo colorado, entonces desaparecerá de repente la frescura bienhechora, para dar lugar al calor; una tibieza y un malestar pronto se apoderarán del brazo. En vez del tubo podréis también hacer que el sensitivo meta el dedo desnudo en los colores, el resultado será el mismo. He dado la preferencia al tubo para neutralizar la cooperación de los verdaderos rayos del calórico sobre la mano por un mal conductor del calórico. Los productos descompuestos de la luz del sol fueron exactamente semejantes a los de los polos de los cristales. Resulta de ahí Od, en ambos modos de operar, en los rayos solares. Fluye a cada momento en una cantidad inconmensurable de nuestro astro del día con la luz y con el calórico, y forma un nuevo y poderoso agente en él, cuyo alcance no nos es dado todavía entrever. Permittedme que ahora eche una mirada retrospectiva sobre los enemigos

del amarillo y los amigos del azul de que se trata mi primera carta. ¿No hemos visto que el polo del cristal que ha exhalado un fresco agradable ha dado una luz azul, y no volvéis a hallar aquí por otro camino diferente, que la luz solar con su rayo azul, da un frescor agradable? Del mismo modo el rayo amarillo y colorado, ¿no ha producido sensaciones dolorosas con un soplo tibio y contrario para el sensitivo? Veis que en ambos casos, tan infinitamente distintos uno de otro, al azul acompañan siempre sensaciones agradables, y al rojo-amarillo sensaciones contrarias. Por lo tanto, obtenéis un primer indicio que os pondrá en guardia contra un juicio precipitado acerca de los caprichos así llamados de las personas sensitivas. Notad que con efecto algo más debe existir oculto en el amarillo y el azul de nuestros colores que la sencilla acción óptica sobre el tejido de nuestro ojo, y que en esto un profundo instinto guía el juicio de nuestros sensitivos para este algo sutil y desconocido. Esto merece todos los esfuerzos de nuestra atención. Pero haciendo abstracción de los colores, quiero presentaros otro ensayo fácil que hice a menudo para averiguar cuánto Od contenían los rayos solares. Polarizad estos del modo usual, y dejadlos caer bajo 35 grados sobre un conjunto de una docena de láminas de vidrio. Dejad que el sensitivo sumerja el tubo, que tomará con la mano izquierda, unas veces en la luz rechazada, otras en la que ha pasado. Le oiréis siempre decir que la primera da un fresco ódico y la última un tibio desagradable. Si os sentís de buen humor, podréis con lo siguiente embromar un poco a los químicos. Tomad dos vasos de agua iguales, colocad uno de ellos en la luz solar rechazada y el otro en aquella que ha pasado. Transcurridos 6 o 7 minutos, haced que un sensitivo saboree el agua. En el acto os dirá que el agua que ha estado en la luz rechazada está fresca y es un tanto ácida, y

que la de la luz pasada es tibia y ligeramente amarga.

Haced otra cosa todavía, colocad una pequeña vasija de vidrio llena de agua en la luz azul del iris, y otra en el rojo amarillo, o colocad uno a la extremidad de la punta de un gran cristal de roca y otro debajo del lado obtuso, podéis estar seguro que en ambos casos el sensitivo hallará siempre el agua que sale de la luz azul agradable, delicada, acidulada, y la que sale del rojo amarillo repugnante, un poco amarga y acerba. Beberá la primera con placer, si se lo permitís, pero si pretendéis obligarle a beber la otra, os sucederá tal vez lo que a mí, que al rato el sensitivo la arrojará del estómago con grandes arcadas. Entregad ahora esas aguas a los señores analizadores químicos y que os extraigan el *amarum* y el *acidum*.

Haced lo mismo con la luz de la luna como lo hicisteis con la del sol. Obtendréis resultados análogos, pero en parte polarmente inversos. Un tubo en la mano izquierda de un sensitivo sumergido en la pura y plena luz de la luna no le producirá frescor, le parecerá tibio. Un vaso de agua que habrá permanecido a la luz de la luna le parecerá más tibia y de peor gusto que aquella que, por igual espacio de tiempo, habrá permanecido a la sombra. Todos saben la gran influencia que la luna ejerce sobre una cantidad de hombres. Todas las personas que se hallan bajo su presión son sin excepción sensitivas y por lo general bastante delicadas. Como está probado que la luna emite productos ódicos, y que su influjo sobre los lunáticos concuerda perfectamente con los que se puede obtener de otras fuentes ódicas, este astro se nos presenta ahora revestido de un gran significado como emanando el Od. Así que la luz del sol y la de la luna nos irradian tan pródigamente la fuerza ódica, que podemos recoger fácilmente y conservarla con los sencillos experimentos que os he descrito. Muy pronto recibiréis pruebas de su

inconmensurable influjo sobre el género humano y, por lo tanto, sobre el reino animal y vegetal. El Od se halla en todo como dinámico cósmico. Irradia de estrella a estrella, y, así como la luz y el calórico, abarca el universo entero.

Estas cartas por su número e importancia podrían formar un volumen. He transcrito lo esencial y terminaré con un párrafo tomado de la novena carta.

Tenía conmigo al mecánico M. Enter, un sensitivo medio, en la cámara oscura (octubre 1851), y quería averiguar si existía alguna relación entre el sonido y el Od. Traje la campana de una máquina neumática, la tomé por el botón y con cuidado la golpeé con una llave. En cuanto se produjo el sonido se hizo luminosa y visible. Cuanto más fuerte era el golpe tanto más intensa se hacía la luz. Una campana de metal de un sonido incisivo golpeada durante un tiempo se hizo tan reluciente que una luz clara se esparció por toda la pieza, lo que fue visto por todos los sensitivos. Una barra de metal, un imán, una herradura de caballo, golpeadas para que produjeran un sonido, aumentaban de resplandor. Después de haber hecho sonar con el arco las cuerdas de un violín, no tan solo las cuerdas, pero la misma tabla de armonía se hicieron relucientes. Los cuerpos sonantes se pusieron en estado ígneo ódico, mas esparcieron también alrededor una claridad luciente, que parecía que los rodeaba como una aureola de santo. Cualquier vaso que se tocara con un cuchillo, como se acostumbra para llamar a un criado, adquiriría una atmósfera luminosa, y tanto más clara cuanto más fuerte era el sonido que el instrumento producía.

Mariano Perdriel, médium curandero en Buenos Aires

Al terminar esta obra, he sabido por los diarios de la capital que hay entre nosotros un gran médium curandero.

Mariano Perdriel aplica las manos con éxito hace más de doce años. Pero aunque alguna vez llegó la noticia a la clase ilustrada de la sociedad, no se prestó mucha atención, suponiendo, en vista de la clase de gente que relataba *sus milagros*, que se trataba de algún charlatán embaucador de ignorantes. Se pensó, tal vez, que les hacía creer que estaban atacados de enfermedades graves para explotarles y crearse fama. Pero, hace poco tiempo, una persona conocida se dejó aplicar las manos, tratándose de una enfermedad que habiendo resistido a los recursos de la medicina, fue curada por Perdriel. Le siguieron otras, hasta que se generalizó la noticia de su poder. Un caballero que ha sido redactor de un diario político hizo públicas las curas extraordinarias que efectuaba aquel, y desde ese momento fueron a llamar a la puerta del curandero, enfermos cuya categoría podía juzgarse por el lujo de los coches que allí estacionaban. Llegadas las cosas a este punto, el Consejo de Higiene creyó su deber llamar ante sí a Perdriel. Se presentó este patrocinado por personas de alta posición social, que no solo le defendieron de viva voz, sino también por la prensa, haciéndose aún más públicas las maravillosas curas de tan modesta persona, por medios que la ciencia rechaza.

Al terminar la sesión del Consejo, el secretario le dijo a Perdriel: «Tengo un terrible dolor de cabeza, si Ud. tiene el poder de que hace gala, podía Ud. dar pruebas de ello quitándomelo con la

facilidad que estos caballeros aseguran que usted lo hace». Perdriel contestó afirmativamente y colocó sus manos sobre la cabeza del paciente. A los pocos minutos, declaró este que el dolor había desaparecido por completo. Uno de los médicos que presenciaban el hecho, le dijo entonces. «Veo que es Ud., una medicina». A lo que contestó aquel con desenvoltura: «Pues en tal caso, Ud. debiera recetarme».

Excusado decir que Perdriel ha podido seguir ejerciendo su benéfica facultad y curando hasta personas desahuciadas por la medicina.

Muchos hechos de curas sorprendentes corren de boca en boca. Lo cierto es que se han relatado en la prensa, por personas bien reputadas, algunas que no son de menos importancia que las ejecutadas por Hippolyte y otros grandes médiums.

Perdriel carece de instrucción, y según me ha asegurado un amigo, no parece conocer el Espiritismo, si bien los diagnósticos que hace, la elección instintiva del punto en que ha de colocar las manos y los pronósticos en cuanto al tiempo en que se alcanzará la mejoría o el completo restablecimiento, demuestran que recibe inspiración y está bien asistido.

Aunque nada al respecto haya declarado Perdriel, se le ha oído decir que él necesita algunas horas de reflexión en el día, para saber a qué atenerse en cuanto a los enfermos. Su poder, dice con sobrada razón, le viene de Dios, que todo lo puede. En consecuencia, nada cobra, si bien, como no tiene fortuna, recibe lo que buenamente quieren darle. Nunca pide ni insinúa la cuestión de dinero, atendiendo con igual solicitud y sentimiento caritativo tanto al rico como al pobre.

La mediumnidad de Perdriel, como la de Teresa Urrea en México, viene a probar lo que he sostenido en esta obra. El fluido eléctrico del ambiente se acumula y se transforma, con la sola diferencia en cuanto a la intensidad, en todas las personas, produciéndose así lo que llamamos magnetismo animal. Las personas mejor dotadas en esto pueden magnetizar, y como he demostrado con hechos irrecusables, curarán algunas enfermedades por la transmisión de ese fluido vital a los pacientes.

Ahora bien, si en lugar de la instrucción que aquellas aplicaciones requieren, se tiene la mediumnidad, estaremos en presencia de médiums curanderos que, guiados por los espíritus, acentuarán el fenómeno de la acumulación. Siendo el fluido dirigido por ellos en la forma más adecuada, pudiendo, a la vez, manejar al instrumento (médium) por la inspiración o por la audición. Las curas son de este modo más rápidas y extraordinarias que las que pueden operar los magnetizadores.

La mayor o menor eficacia de los fluidos de un médium, no depende tan solo de la cantidad de fluido en movimiento, sino también del grado de elevación alcanzado por el espíritu encarnado, de su moralidad en la presente encarnación y de la elevación de los espíritus que le guían.

Perdriel puede ser ignorante en esta existencia, por las circunstancias de su prueba, pero eso no obsta a que sea un espíritu preparado intelectual y moralmente.

¡Humanidad! menos orgullo en la efímera ciencia conquistada, más humildad. Más aprecio y estudio de los fenómenos de origen espiritual que por todas partes se presentan, si quieres llegar más pronto a alcanzar la verdad, el bien y la felicidad.

Consejos a los espiritistas y a los que quieran experimentar en Espiritismo

Sucede muy a menudo que personas de buena fe, pero de poca preparación intelectual, se entregan a las prácticas espiritistas, sin saber de lo que se trata y sin otro objeto que la satisfacción de una curiosidad.

La curiosidad es muy justa y recomendable en este caso, pero siempre que ella esté dispuesta, una vez satisfecha, a ceder el lugar a móviles más serios.

No sucede así, la mayoría de las veces, sino que, o se abandona la experimentación porque ha dejado de ser una novedad, o se la convierte en un juego de salón, evocando a los espíritus para que nos adivinen cuántos centavos tenemos en el bolsillo, quien es la persona amada, si seremos afortunados en los negocios o si viviremos mucho tiempo.

Es muy deplorable lo que sucede en el primer caso, pero peor es lo del segundo, que puede llegar a ser un juego peligroso de muy serias consecuencias, justo castigo de tan mal empleo hecho de los medios que Dios nos proporciona para nuestro propio progreso y el de nuestros hermanos, con quien estamos en la obligación de compartir el convencimiento adquirido respecto a la inmortalidad del alma y el conocimiento de la vida espiritual.

La seguridad absoluta que nos trae el Espiritismo respecto a la existencia de la vida ultraterrena, de la cual nuestras almas están destinadas a formar parte, la enseñanza práctica que nos proporciona respecto al modo de conseguir una existencia dichosa en ese mundo eterno de los espíritus, el conocimiento de nuestro origen

y de nuestro fin, de la justicia divina, del progreso indefinido a que estamos destinados, etc.; el conocimiento, decimos, de todo esto y de cuanto nos trae la revelación de los espíritus, está destinado, como no puede dudarse, a transformar el mundo en el sentido del bien y de la felicidad.

Rasgado el velo que por tantos siglos nos ocultó toda esa vida grandiosa, inmensa, infinita, que le está destinada al ser, desaparece delante de ella la insignificancia de nuestra vida actual de hombres. Contemplamos la verdad cara a cara y leemos con seguridad en el libro abierto de nuestro porvenir. Esto se llama la vista del alma. Pues bien, ¿podrá haber necedad mayor que la de relegar al olvido, como cosa sin importancia, los medios que nos la proporcionan, y podrá haber crimen más grande que el de perder el tiempo en jugar con el instrumento que nos ha dado la vista, mientras que con él podemos darla también fácilmente a tanto hermano nuestro que gime en la oscuridad del alma? Por cierto que no, y solo la ignorancia puede hacer disculpable necedad y crimen tan grandes.

Pero hay más, y ya lo hemos señalado. El entregarse de lleno a las prácticas espiritistas sin un fin serio y sin conocimiento alguno de lo que se lleva a cabo, puede acarrear consecuencias muy desagradables, cual sería, por ejemplo, la de la *obsesión*¹.

El Espiritismo trae un fin muy grandioso. Él representa el movimiento de mayor trascendencia, en el sentido de las ideas, que se haya visto jamás en la humanidad. Por eso los espíritus encargados del desarrollo y progreso del Espiritismo, son seres de gran talla,

¹ Se llama así el dominio que en ciertos casos llega a ejercer un espíritu malo sobre el ser encarnado, y que toma todas las apariencias de la locura, cuando no llega a manifestarse ésta de un modo claro.

sobre todo en lo moral, y no es posible que su presencia acompañe a las personas que se divierten en evocar a los muertos por mera curiosidad o para pasatiempo en las largas noches de invierno. En estas reuniones no faltarán espíritus que nos acompañen y contesten con prontitud a todas nuestras preguntas, pero su sinceridad será siempre dudosa y su valor estará de acuerdo con la poca seriedad de los experimentadores.

Lo malo abunda más que lo bueno entre los espíritus que más de cerca rodean al hombre, pues bien, es en brazos de los malos que se entregan los que hacen del Espiritismo un juguete.

A los que solo buscan en el Espiritismo satisfacer una mera curiosidad, un pasatiempo o algún provecho personal, solo nos queda aconsejarles, en nombre de la experiencia adquirida, que dejen a un lado toda práctica mediúmnica. La evocación es un arma de doble filo, ¡pobre de quien la maneja mal! El Espiritismo no ha nacido para esta clase de personas.

Guía para la formación y sostenimiento de grupos y sociedades espiritistas, por Ovidio Rebaudi y Cosme Mariño

Sociedad *Constancia*

Andes, 444

A tan oportunos consejos, agregaré dos palabras directamente dirigidas a los espiritistas en general.

En verdad les digo que no es el ateísmo, que no es la indiferencia, que no es el descreimiento, ni aun el catolicismo, ni el ridículo efímero, los que pueden entorpecer la marcha del Espiritismo no. Todo ello es más bien el incentivo de la lucha para los espiritistas

convencidos y que con ánimo levantado han emprendido una cruzada sin tregua, en pro de la *buena nueva* que traen a la humanidad para levantarla de su postración moral y producir el bien. No es tampoco la ciencia materialista la que puede dañar nuestra causa, o sea el progreso de nuestra doctrina no. Por el contrario, es ella la que, destruyendo el error y combatiendo el fanatismo, ha preparado el terreno social hoy propicio al Espiritismo.

Lo que es de temer, es que el Espiritismo se popularice demasiado pronto, y que en ese caso se encuentre con elementos poco preparados y capaces de impedir su normal desarrollo. Lo que es de temer es que los ignorantes, una vez en posesión de la verdad espírita, se crean con la capacidad suficiente para despreciar a los materialistas y a los religiosos, mientras ellos se entregan con fanatismo a la dirección poco garantizada de cualquier espíritu. Lo que es de temer son los grupos formados sin una dirección competente de una o más personas que sean capaces, por su inteligencia e instrucción, de comprender y rechazar la mistificación y las falsas doctrinas que sostienen algunos espíritus atrasados que persisten en los errores que sostuvieron en el mundo. Lo que es de temer, sobre todo, es el empeño con que algunas personas se meten a propagandistas, careciendo de la elevación moral y de la requerida preparación intelectual.

En verdad puede decirse, pues, que los enemigos del Espiritismo, los que en realidad pueden dañarlo y hasta ocasionar su caída, alejando así por más o menos tiempo la realización de sus sanos propósitos que tienden a la moralización y a la felicidad humana, son los espiritistas pretenciosos, que envanecidos por haber presenciado algunos fenómenos de comunicación, se lanzan impudicamente a propagandistas o publicitan dictados que desfiguran o

desvirtúan las verdades que el Espiritismo entraña, o, cuando menos, comprometen su seriedad.

Conozco grupos que invitan a nuevos visitantes a presenciar fenómenos, de tiptología y otros, a todas luces simulados. No se crea por esto que se trata de embaucadores de oficio, ni que tengan ánimo de lucro, o egoísta en cualquier sentido. No, lo que les lleva a tamaña torpeza, es el deseo de aumentar los socios ¡para seguir luego con seriedad y verdad los trabajos! Pero esto es lo menos malo, en otros grupos se levanta un médium, que da un ronquido entre cada palabra que pronuncia, y por él se manifiestan los grandes hombres que fueron en el mundo. Lo peor no es que esos discursos sean admirados por los desgraciados ignorantes que forman el grupo, es que después se publican sandeces, bajo nombres tan conocidos como los de San Martín, Belgrano, Rivadavia, etc.

Más prudencia pues, y menos afán de propaganda.